



Nora Roberts

Trilogía El Círculo II

El Baile de los Dioses



Nora Roberts

Trilogía El Círculo 2

**EL BAILE DE
LOS DIOSES**

ARGUMENTO

El Círculo de Seis se prepara para la batalla contra la poderosa vampiresa Lilith y su ejército inmortal. Los miembros del círculo han sido escogidos del pasado y del presente por la diosa Morrigan.

Mientras el grupo se entrena para el enfrentamiento final en la Irlanda de nuestro siglo, deberán hacer frente a los esbirros de Lilith y hacer todo lo posible para evitar las tensiones sexuales que crecen entre ellos. La relación entre el anacrónico hombre lobo Larkin y la temperamental y solitaria Blair mantiene la tensión sexual en todo momento hasta que el odio se convierte en deseo. Y deberá elegir entre combatir la abrumadora atracción que siente hacia Larkin o arriesgarlo todo por un amor imposible. Cumpliendo con su destino, los seis guerreros penetran en el círculo de piedra dispuestos a viajar en el tiempo hasta Geall para afrontar la fatídica batalla con Lilith. Es en Geall donde todos ellos conocerán su destino: el hechicero, la bruja, el guerrero, el erudito, el que tiene muchas formas y aquel que se perdió. Y mientras su coraje es puesto a prueba, sus corazones permanecerán más unidos que nunca.

Lo que aprendemos a hacer, lo aprendemos haciéndolo.

Aristóteles

*Nosotros escogidos, privilegiados,
nosotros banda de hermanos.*

Shakespeare

PRÓLOGO

Cuando el sol descendió casi del todo en el cielo, irradiando los últimos vestigios de su fuego, los niños se apiñaron para escuchar la siguiente parte de la historia. Para el anciano, sus rostros ansiosos y expectantes y sus ojos tan abiertos iluminaban la habitación. La historia que había comenzado a contarles una tarde de lluvia continuaría ahora, mientras la oscuridad empezaba a aposentarse a su alrededor.

El fuego crepitaba en el hogar, el único sonido que se oía mientras él bebía su vino y buscaba las palabras adecuadas en su mente.

—Ahora ya conocéis el origen de Hoyt, el hechicero, y de la bruja que llegó de más allá de su tiempo. Sabéis cómo nació el vampiro, y cómo la erudita y el que adopta muchas formas llegaron desde el mundo de Geall, a través del Baile de los Dioses, a la tierra de Irlanda. Sabéis cómo se perdieron un hermano y un amigo, y cómo la guerrera se unió a ellos.

—Se unieron —dijo uno de los niños con los ojos muy abiertos— para luchar, para salvar todos los mundos.

—Es verdad y esto es lo que ocurrió. Esas seis personas, ese círculo de valor y esperanza, a través de su mensajera Morrigan,

recibió el encargo de los dioses de combatir contra el ejército de vampiros dirigido por Lilith, su ambiciosa reina.

—Ellos lucharon y derrotaron a los vampiros —dijo uno de los más pequeños, y el anciano supo que el niño se veía a sí mismo como uno de esos seis valientes, empuñando la espada y la estaca para destruir el mal.

—Eso también es verdad, y esto es lo que sucedió. La noche en que el hechicero y la bruja celebraban su compromiso, cuando se prometieron mutuamente el amor que habían descubierto en esos tiempos terribles, el círculo de seis derrotó a los demonios. Su valor no puede ser cuestionado. Pero se trató sólo de una batalla, en el primer mes de los tres que les habían sido concedidos para salvar los mundos.

—¿Cuántos mundos hay?

—No pueden ser contados —contestó el anciano—. Del mismo modo que no pueden contarse las estrellas que hay en el cielo, pero todos estaban amenazados. Porque si ellos seis eran derrotados, esos mundos cambiarían como un hombre al que convirtieran en un demonio.

—Pero ¿qué pasó después?

El anciano sonrió mientras el fuego que ardía en el hogar proyectaba sombras sobre su rostro curtido por los años.

—Bien, os lo contaré. Después de la noche de la batalla llegó el amanecer. Una aurora apacible y neblinosa, la calma después de la tempestad. La lluvia había lavado la sangre, tanto de humanos como de demonios, pero allí donde habían actuado las espadas flamígeras, la tierra aparecía quemada. Y aun así, las palomas se arrullaban y las

aguas del arroyo cantaban. Las hojas y las flores mojadas por la lluvia brillaban con la primera luz de la mañana.

—Era por eso —les dijo el anciano—, para preservar esas cosas simples y cotidianas por lo que ellos luchaban. Y así, juntos, comenzaron su viaje.

CAPITULO 1

Clare - Primer día de septiembre.

Larkin cojeaba a través de la casa, silenciosa como una tumba. El aire era dulce, invadido por la fragancia que se desprendía de las flores, profusamente distribuidas para la celebración del compromiso la noche anterior.

La sangre había sido eliminada; las armas limpiadas. Habían brindado por Hoyt y Glenna con el vino espumoso y habían comido pastel. Pero detrás de las sonrisas, acechaban los horrores de la batalla que habían librado contra los vampiros. Un invitado indeseado.

Ese día, imaginó Larkin, estaría dedicado al descanso y a más preparación. Tenía que hacer un esfuerzo para no mostrarse impaciente con el entrenamiento, con la planificación. Al menos, la noche anterior había tenido la oportunidad de luchar, pensó mientras se llevaba una mano al muslo, herido por una flecha. Habían conseguido abatir a un gran número de esos demonios, lo cual era fantástico.

Cuando llegó a la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de Coca-Cola. Había desarrollado una especial predilección por esa bebida y había reemplazado con ella su habitual té de las mañanas.

Hizo girar la botella, maravillado ante el ingenio demostrado en la fabricación de ese recipiente, tan suave, tan transparente y duro. Y el líquido que contenía en su interior... Eso era algo que echaría mucho de menos cuando regresaran a Geall.

Ahora reconocía que no había creído una sola palabra de su prima Moira cuando ésta le había hablado de dioses y demonios, de una guerra librada entre mundos. Aquel día, durante el triste entierro de la madre de Moira, él sólo la había acompañado para cuidar de ella. Moira no era solamente de su sangre, sino una amiga, y pronto sería la reina de Geall.

Pero cada palabra que ella le había dicho a pocos pasos de la sepultura de su madre, había sido la pura verdad. Ambos habían ido hasta el Baile de los Dioses y se habían colocado en el centro del círculo. Y entonces todo había cambiado.

No sólo el momento y el lugar donde se encontraban, recordó mientras abría la botella y bebía ese primer trago tonificante, sino todo. En un instante estaban los dos bajo el sol de la tarde, en Geall, y de repente aparecieron la luz y el viento, y un sonido estruendoso.

En seguida había caído la noche y estaban en Irlanda... un lugar que él siempre había pensado que sólo existía en los cuentos de hadas.

Larkin nunca había creído en cuentos de hadas, ni en monstruos y, a pesar del don que poseía, siempre había mirado la magia con desconfianza.

Sin embargo ésta existía, ahora lo reconocía. Del mismo modo que existían Irlanda y los monstruos. Esos demonios los habían atacado, irrumpiendo desde las sombras del bosque, con sus ojos

rojos y sus colmillos afilados. Con forma humana, pensó, pero no eran humanos.

Vampiros.

Los vampiros existían para alimentarse de los humanos. Y ahora se habían reunido todos alrededor de su reina para destruir el mundo.

El estaba ahí para frenarlos a cualquier precio. Él estaba ahí enviado por los dioses para salvar los mundos del hombre.

Se rascó ociosamente el muslo herido y decidió que difícilmente podía esperarse que salvase a la humanidad con el estómago vacío.

Cortó un trozo de pastel para acompañar la Coca-Cola y se lamió el azúcar de los dedos. Hasta el momento, y con distintas estratagemas, había conseguido eludir las lecciones de cocina de Glenna. A él le gustaba comer, de eso no había duda, pero preparar la comida era un asunto completamente distinto.

Larkin era un hombre alto y delgado, con una espesa mata de pelo leonado. Sus ojos, casi del mismo color del pelo, eran grandes como los de su prima, y casi tan penetrantes. Tenía una boca ancha y gesticulante, que sonreía con facilidad, manos ágiles y un carácter apacible. Aquellos que lo conocían lo tenían por un hombre generoso con su tiempo y su dinero, y un buen elemento para tenerlo a la espalda en el pub o en una pelea.

Había sido bendecido con unos rasgos bien cincelados y atractivos, unas espaldas anchas y una mano fuerte. Y con el poder de cambiar su forma humana por la de cualquier ser vivo.

Dio un generoso mordisco al trozo de pastel, pero en la casa había demasiado silencio y tranquilidad para su gusto. Él quería,

necesitaba, actividad, sonido, movimiento. Puesto que no podía dormir, decidió que sacaría el caballo de Cian a dar un paseo matutino.

Siendo un vampiro, Cian difícilmente podía hacerlo.

Salió de la gran casa de piedra por la puerta trasera. El aire era frío, pero llevaba puestos el jersey y los vaqueros que Glenna le había comprado en el pueblo. Y calzaba sus propias botas. Del cuello le colgaba la cruz de plata que Glenna y Hoyt habían forjado con su magia.

Vio las zonas donde la tierra estaba quemada, donde se veía pisoteada. Las huellas de sus propios cascos que habían quedado impresos en la tierra empapada cuando había galopado a través del campo de batalla con la forma de un caballo.

Y en ese momento vio también a la mujer que había llevado en su lomo la noche anterior, sembrando la destrucción con una espada flamígera.

Ella se movía entre la niebla, lentamente y con gracia, en lo que él habría tomado por una danza, de no haber sabido que esos movimientos, el completo control que ejercía sobre ellos, eran en realidad una forma de entrenamiento de combate.

Sus largos brazos y piernas hendían el aire con tanta suavidad que apenas perturbaban la neblina. Larkin podía ver el temblor de sus músculos cuando adoptaba una postura y la mantenía durante un tiempo casi infinito, ya que sus brazos estaban desnudos, ataviada como iba con una cómoda prenda blanca que ninguna mujer de Geall habría llevado fuera de su dormitorio.

Ella levantó una pierna en el aire, hacia atrás y doblada por la rodilla, y con una mano se cogió el pie descalzo. La camisa se alzó sobre su torso revelando más piel.

Larkin decidió que sería un hombre arrepentido aquel que no disfrutase de semejante espectáculo.

La muchacha llevaba el pelo corto, lo tenía negro y brillante; y los ojos más azules que los lagos de Fonn. En su mundo no la hubiesen considerado una belleza, ya que carecía de redondez, y de acentuadas y suaves curvas, pero él encontraba muy atractiva la fuerza de sus formas, interesantes y únicos los marcados ángulos de su rostro y el arco bien dibujado de sus cejas.

Ella bajó la pierna, la extendió hacia un lado y luego se acuclilló con los brazos paralelos al suelo.

—¿Siempre tomas tanto azúcar por la mañana?

Su voz lo sobresaltó. Él había permanecido inmóvil y en silencio, y creía que ella no había reparado en su presencia. Debió de haberse imaginado que no era así. Mordió un trozo del pastel que había olvidado que tenía en la mano.

—Está muy bueno.

—Apuesto a que sí. —Blair bajó los brazos y se irguió—. Te has levantado más temprano de lo habitual, ¿verdad?

—No podía dormir.

—Sé a lo que te refieres. Fue una pelea condenadamente buena.

—¿Buena? —Larkin echó otro vistazo a la tierra quemada y pensó en los gritos, la sangre, la muerte—. No fue precisamente una noche en el pub.

—Sin embargo, fue entretenida. —Blair también miró a su alrededor como lo había hecho él, pero con una expresión dura en los ojos—. Les pateamos el culo a algunos vampiros, ¿qué mejor manera puede haber de pasar la noche?

—A mí se me ocurren unas cuantas.

—Todo fue muy rápido. —Eliminó de sus hombros cualquier vestigio de tensión mientras miraba hacia la casa—. Y no estuvo nada mal eso de pasar de una ceremonia de compromiso a una pelea y vuelta al punto de partida... como ganadores. Especialmente si tenemos en cuenta la alternativa.

—Supongo que tienes razón.

—Espero que Glenna y Hoyt estén disfrutando de la luna de miel porque, en general, como reunión social fue una mierda.

Con ese andar largo, casi líquido, que él había llegado a admirar, Blair se alejó hacia la mesa que usaban durante el entrenamiento diurno para dejar las armas y las provisiones. Cogió la botella de agua que había dejado allí y bebió ávidamente.

—Tienes una marca de realeza.

—¿Cómo dices?

Larkin se acercó y le tocó suavemente el omóplato con la punta del dedo. Tenía la marca de una cruz como la que él llevaba colgada del cuello, pero de color rojo sangre.

—Es sólo un tatuaje.

—En Geall sólo el rey puede llevar una marca en el cuerpo. Cuando se corona al nuevo rey o reina, cuando sacan la espada de la piedra, la marca aparece. Aquí. —Se palmeó el bíceps derecho—.

No el símbolo de la cruz, sino el claddaugh, colocado allí, dicen, por el dedo de los dioses.

—Guay. Excelente —aclaró Blair cuando lo vio fruncir el cejo.

—Yo nunca lo he visto personalmente.

Ella alzó la cabeza. —¿Y ver es creer?

Larkin se encogió de hombros.

—Mi tía, la madre de Moira, tenía una de esas marcas. Pero la coronaron reina antes de que yo naciera, de modo que no vi cuándo le apareció.

—Nunca había oído esa parte de la leyenda. —Blair pasó un dedo por el recubrimiento de azúcar del pastel de él, y luego se lo chupó—. Supongo que no se pueden saber todas las cosas.

—¿Cómo conseguiste la tuya?

«Un tío divertido —pensó Blair—. Una naturaleza curiosa. Ojos maravillosos. Peligro, Will Robinson»¹, se dijo. Esa clase de combinación sólo podía suponer problemas. Y ella no estaba hecha para las complicaciones... era algo que había aprendido por las malas.

—Pagué para que me la hicieran. Mucha gente lleva tatuajes. Se podría decir que es una especie de afirmación personal. Glenna también tiene uno. —Bebió otro trago de agua, observándole mientras se palmeaba la región lumbar—. Aquí. Un pentagrama. Lo

¹ «Danger, Will Robinson!» es una frase que procede de la serie de televisión clásica norteamericana de la década de 1960, «Perdidos en el espacio». La frase es una característica de la relación entre dos de sus personajes, el Robot y Will Robinson a lo largo de los episodios de la mencionada serie. (N. del t.)

vi cuando Moira y yo la estábamos ayudando a vestirse para la ceremonia de compromiso.

—O sea que esas marcas son para las mujeres

—No solamente para las mujeres. ¿Por qué, quieres una?

—Creo que no.

Larkin se frotó la pierna con aire ausente.

Blair recordó el momento en que le había extraído la flecha del muslo y que Larkin no había emitido ni un gemido. Además de los ojos maravillosos y su naturaleza curiosa, aquel tío tenía un par de pelotas. No se arredraba en la lucha y no se quejaba después de la batalla.

—¿Te está dando problemas la pierna?

—La tengo un tanto rígida y me duele un poco. Glenna es una buena curadora. ¿Y la tuya?

Blair dobló la pierna hacia atrás hasta tocarse la nalga con el talón y luego la lanzó hacia adelante a modo de prueba.

—Está bien. Mis heridas cicatrizan de prisa... forma parte de la herencia familiar. No tanto como un vampiro —añadió—, pero los cazadores de vampiros se curan más rápido que el humano medio.

Cogió la chaqueta que había dejado encima de la mesa y se la puso para protegerse del frío de la mañana.

—Me apetece un café.

—A mí no me gusta el café. Prefiero la Coca-Cola. —Luego esbozó una sonrisa natural, encantadora—. ¿Vas a prepararte el desayuno?

—Dentro de un momento. Primero tengo que hacer algunas cosas.

—Tal vez no te importe preparar suficiente como para dos.

—Tal vez. —Un tío listo, además, pensó. Su forma sagaz de conseguir las cosas merecía respeto—. ¿Tienes algo que hacer ahora?

A Larkin le llevó un momento contestar. Todos los días trataba de pasar algún tiempo delante de esa máquina maravillosa llamada televisor. Se sentía orgulloso al pensar que estaba aprendiendo nuevos idiomas.

—Tenía previsto salir a dar un paseo en el caballo de Cian, y luego darle de comer y asearlo.

—Todavía hay mucha luz, pero no deberías entrar en el bosque sin llevar armas.

—Cabalgaré por los campos. Glenna me pidió que no fuese a caballo solo al bosque, y no quiero que se preocupe. ¿Quieres venir conmigo?

—Creo que ya tuve suficiente con lo de anoche, pero gracias.— Blair, divertida, le propinó un ligero golpe en el pecho—. Eres muy veloz, vaquero.

—Bueno, es que tú eres una amazona ligera y firme. —Echó otro vistazo a la tierra pisoteada—. Tienes razón, fue una buena pelea.

—Condenadamente cierto. Pero la próxima no será tan fácil.

Larkin enarcó las cejas.

—¿Y la de anoche fue fácil?

—Comparada con la que nos espera, puedes apostar el culo.

—Bueno, entonces, que los dioses nos ayuden. Y si no te importa preparar unos huevos con beicon, eso estaría muy bien. Podríamos hartarnos de comer mientras aún conservemos nuestros estómagos.

Un pensamiento alegre, pensó Blair mientras entraba en la casa. Un pensamiento realmente reconfortante. Ella nunca había conocido a nadie que se mostrase tan espontáneo y natural ante la vida y la muerte. No resignado —a ella sí la habían criado para resignarse—, sino una especie de confianza en que él viviría como había elegido vivir hasta que dejara de hacerlo.

Blair admiraba ese punto de vista.

A ella le habían enseñado que el monstruo que se ocultaba debajo de la cama era real, y que sólo estaba esperando a que te relajaras para cortarte el cuello.

La habían entrenado para retrasar ese momento tanto tiempo como fuese capaz de resistir y luchar, de cortar y quemar, y de hacer todo lo humanamente posible. Porque debajo de la fuerza, el ingenio y el interminable entrenamiento, estaba la certeza de que algún día, algún día, ella no sería lo bastante rápida, lo bastante lista, lo bastante afortunada.

Y el monstruo ganaría.

Aun así, siempre había habido una suerte de equilibrio en ello: demonio y cazador, cada uno mutuamente la presa del otro. Pero ahora las apuestas habían subido condenadamente alto, pensó mientras preparaba café. Ahora ya no se trataba sólo del deber y la

tradición que habían ido pasando de generación en generación hasta llegar a su sangre, durante casi todo un jodido milenio.

Ahora se trataba de una guerra para salvar a la humanidad.

Y ella estaba allí, con aquella extraña y pequeña banda —dos de cuyos miembros, el vampiro y el hechicero, habían resultado ser sus antepasados— para librar la madre de todas las batallas.

Faltaban dos meses, pensó, para la celebración de Halloween.

Para Samhain y la confrontación decisiva que había profetizado la diosa. Tenían que estar preparados, decidió mientras se servía la primera taza de café, porque la alternativa, simplemente, no era una opción.

Llevó el café a su habitación, en la planta superior.

Allí, en su cuarto, se percibía el mismo olor a batalla que impregnaba el apartamento de Chicago donde había fijado su base durante el último año y medio.

La cama de esa otra habitación donde ahora estaba, tenía una cabecera alta, flanqueada por dragones tallados. Una mujer podía sentirse como una princesa encantada en ese lecho... si tenía una naturaleza fantasiosa.

Aunque esa casa pertenecía a un vampiro, en la habitación había un gran espejo enmarcado en caoba. Por su parte, el armario podía contener tres veces la cantidad de ropa que Blair había traído consigo, de modo que lo utilizaba para guardar las armas auxiliares, mientras la cómoda le servía para meter la ropa de viaje.

Las paredes estaban pintadas de color ciruela oscuro y de ellas colgaban cuadros con escenas campestres a la hora del crepúsculo o

el amanecer, de modo que, si las cortinas estaban corridas, la habitación parecía estar en permanente penumbra. Pero no le importaba. Ella había pasado gran parte de su vida entre sombras.

Sin embargo, ahora descorrió las cortinas para que entrase la luz de la mañana y luego se sentó al magnífico y pequeño escritorio para comprobar sus correos electrónicos en el ordenador portátil. No pudo evitar una pequeña llama de esperanza, ni impedir que ésta se extinguiese de inmediato al comprobar que aún no había ningún mensaje de respuesta de su padre.

«Nada nuevo», se recordó a sí misma, y se reclinó en la silla. Lo último que había sabido de él era que estaba viajando por alguna parte de América del Sur. Y lo sabía porque su hermano se lo había dicho.

Ya habían transcurrido seis meses desde que habían estado en contacto por última vez, lo que tampoco era nada nuevo. En opinión de su padre, su obligación hacia ella estaba cumplida desde hacía muchos años. Y quizá tuviese razón. Él le había enseñado, la había entrenado, aunque ella jamás había sido lo bastante buena como para merecer su aprobación.

Blair simplemente era la persona equivocada: su hija y no su hijo. La decepción que su padre sintió cuando vio que había sido ella la que había heredado el don, era algo que él jamás se preocupó por ocultar.

El cuidado y la delicadeza nunca habían formado parte del estilo de Sean Murphy. Se había desentendido claramente de ella cuando Blair cumplió los dieciocho años.

Ahora se sentía avergonzada de enviarle un segundo mensaje cuando su padre nunca había contestado al primero. Blair le había

mandado aquel primer correo electrónico, antes de viajar a Irlanda, para decirle que estaba ocurriendo algo, que algo se estaba cocinando en alguna parte y que quería su consejo. Después de haber llegado a Irlanda y ver que el asunto era gordo, volvía a intentarlo de nuevo.

Él tenía su propia vida, por supuesto, y nunca lo había ocultado. Era problema de ella, su propia carencia, que aún buscara su aprobación. Hacía mucho tiempo que había renunciado a ganarse su amor. Apagó el ordenador, se puso una sudadera y se calzó, y luego decidió ir a la planta de arriba a quitarse la frustración y abrirse el apetito con una buena sesión de levantamiento de pesas.

En aquella casa, según le habían explicado, habían nacido Cian y Hoyt. A comienzos del siglo XII. Naturalmente, había sido modernizada, se le habían añadido algunas partes, pero viendo la estructura original, se podía ver que los Mac Cionaoiths habían sido una familia de posición holgada.

Cian, por su parte, había tenido casi un milenio para amasar su propia fortuna y volver a comprar la casa de sus antepasados. Aunque, por lo que había podido deducir, no vivía en ella.

Blair no tenía costumbre de conversar con los vampiros... simplemente los mataba. Pero con Cian estaba haciendo una excepción. Por razones que para ella no estaban del todo claras, él estaba luchando contra los vampiros, incluso financiando en cierta medida su pequeña partida de guerreros.

Además de eso, lo había visto luchar la noche anterior con una ferocidad despiadada. Su alianza podía ser el elemento que decantase la balanza en su favor.

Un momento después, subió la escalera de piedra hacia lo que una vez había sido el gran salón y, en años posteriores, un salón de

baile. Y que ahora se habían convertido en su salón de entrenamiento. Se detuvo en seco cuando vio que Moira, la prima de Larkin, estaba realizando extensiones pectorales con pesas de dos kilos.

La princesa de Geall llevaba su pelo castaño recogido en una gruesa trenza que le llegaba a la cintura. Gotas de sudor caían por sus sienes y otras empapaban la espalda de la camiseta blanca que llevaba puesta. Sus ojos, color gris niebla, miraban fijamente al frente, concentrados, supuso Blair, en lo que fuese que lo ayudara a realizar la serie de ejercicios.

Moira, según los cálculos de Blair después de haberla arrastrado fuera de un lago, medía alrededor de metro sesenta y pesaba quizá cincuenta kilos. Pero era una chica valiente. Una chica valiente que había ganado unos cuantos enteros en la escala de Blair.

Lo que ésta inicialmente había juzgado como timidez, era, en realidad, una actitud concentrada. Aquella mujer lo absorbía todo.

—Pensé que aún estarías en la cama —dijo Blair cuando entró en el salón.

Moira bajó la barra de las pesas y se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo.

—Llevo un rato levantada. ¿Quieres usar el salón para entrenar?

—Sí, pero aquí hay espacio suficiente para las dos. —Blair eligió una barra con pesas de cinco kilos—. Esta mañana no te has enterrado entre los libros.

—Yo... —Con un suspiro, Moira extendió los brazos como le habían enseñado. Tal vez deseara tenerlos tan fuertes y torneados

como los de Blair, pero nadie podía decir ya que los suyos fuesen blandos.

—Empiezo el día aquí, antes de ir a la biblioteca. Habitualmente, antes de que los demás se hayan levantado.

—Estupendo. —Blair estudió a Moira con curiosidad mientras trabajaba sus tríceps—. ¿Y por qué lo mantienes en secreto?

—No es un secreto. No exactamente. —Moira cogió una botella de agua y le quitó el tapón—. Soy la más débil de todos nosotros. No necesito que tú o Cian me lo digáis... aunque cualquiera de vosotros dos os encargáis de recordármelo con cierta regularidad.

Algo dio un pequeño vuelco en el estómago de Blair.

—Lo cual no es nada agradable. Y te diré que lo siento mucho, porque sé bien lo que se siente cuando, pese a que estás dando lo mejor de ti, te machacan.

—Pero lo mejor de mí no quiere decir bueno, ¿verdad? No, no estoy buscando compasión —dijo Moira antes de que Blair pudiese contestarle—. Es duro que te digan que tienes carencias, pero eso es lo que yo tengo... por ahora. De modo que vengo aquí todas las mañanas temprano y levanto estas malditas cosas como tú me has enseñado. Dejaré de ser la débil del grupo, aquella por la que el resto debe preocuparse.

—Aún no has desarrollado mucha musculatura, pero has ganado velocidad. Y eres un jodido genio con el arco. Si no fueses tan buena con él, anoche las cosas nos hubiesen ido de otra manera.

—Trabajar en mis puntos débiles, y en mi resistencia, a mi ritmo. Eso fue lo que me dijiste que debía hacer... y me enfadé. Hasta que fui capaz de ver la sabiduría de tus palabras. Ya no estoy

enfadada. Eres muy buena en el entrenamiento. King era... Él era más complaciente conmigo, quizá, porque era un hombre. Un hombre muy grande, además —añadió ahora Moira con la tristeza asomando a los ojos—. Alguien que sentía afecto por mí, creo, porque yo era la más pequeña de todos.

Blair no había llegado a conocer a King, el amigo de Cian que había sido capturado por los vampiros y luego asesinado por Lilith. A continuación, lo convirtió en vampiro y lo envió de regreso como tal.

—Yo no seré complaciente contigo —prometió Blair.

Para cuando hubo acabado la sesión con las pesas y tomado una ducha rápida, Blair ya tenía apetito. Decidió deleitarse con uno de sus bocados favoritos y comenzó a preparar una rebanada de pan empapada en leche y huevo que luego freiría y untaría con miel.

Tiró unas lonchas de beicon en una sartén para añadir proteínas a su dieta y seleccionó Grenn Doy en su reproductor MP3. Música para acompañar la comida.

Se sirvió su segunda taza de café antes de cascar varios huevos en un bol. Estaba batiéndolos cuando Larkin entró en la cocina. Se detuvo y miró el reproductor MP3.

—¿Y eso qué es?

—Es una... —¿Cómo explicarlo?—. Una forma de silbar mientras trabajas.

—No, no estoy hablando de la máquina. Hay tantas que no puedo acordarme de todas. ¿Qué es ese sonido?

—Oh. ¿Hummm, música popular? Rock... duro.

Ahora Larkin sonreía con la cabeza erguida mientras escuchaba.

—Rock. Me gusta.

—¿Y a quién no? Esta mañana paso de los huevos fritos. Estoy preparando una tostada especial.

—¿Tostada? —La decepción se adueñó del rostro de él, borrando el agradable placer de la música—. ¿Sólo pan cocido?

—No sólo. Además, cuando estoy al mando de los fogones, se come lo que yo hago o te preparas tú mismo tu forraje.

—Eres muy amable al cocinar, por supuesto. Su tono era tan suficiente, que Blair tuvo que tragarse la risa.

—Relájate y confía en mí, te he visto comer a dos carrillos, vaquero. Esto te va a gustar tanto como el rock, especialmente después de que lo untes con mantequilla y miel. Lo tendré listo en un minuto. ¿Por qué no les das la vuelta a esas lonchas de beicon?

—Primero debo lavarme. He estado trabajando en el establo y aún no estoy preparado para tocar nada. Blair alzó una ceja cuando Larkin se fue. Ella ya le había visto eludir toda clase de tareas en la cocina y, tenía que reconocerlo, era muy ingenioso.

Con un gesto de resignación, dio vuelta a las lonchas de beicon y luego puso a calentar una segunda sartén. Estaba a punto de colocar en ella la primera rebanada de pan cuando oyó voces. Se dio cuenta de que los recién casados se habían levantado, y se dispuso a preparar tostadas también para ellos.

Estilosa, sin esfuerzo, así era Glenna, pensó Blair. Aquélla entró en la cocina vestida con un jersey color verde salvia y unos téjanos negros, con su impresionante cabellera roja lisa suelta. Estilo urbano

con un toque campestre, supuso Blair. Si a ello se añadía el bonito rubor de una mujer que, obviamente, había tenido su revolcón matutino, el resultado era impresionante.

En aquellos momentos, Glenna no parecía una mujer capaz de arremeter contra un pelotón de vampiros mientras lanzaba gritos de guerra y blandía un hacha de combate, pero eso era exactamente lo que había hecho la noche anterior.

—¿Hummm, tostada rebozada? Debes de haberme leído el pensamiento.

—Mientras se acercaba a la cafetera, Glenna tocó levemente a Blair en el brazo—. ¿Te echo una mano?

—No, ya está. Tú ya has hecho mucho hasta ahora, y yo me manejo mejor con el desayuno que con la cena. ¿No he oído también a Hoyt?

—Justo detrás de mí. Está hablando con Larkin acerca del caballo. Creo que Hoyt se siente un poco molesto por no haberse hecho cargo de Vlad antes que Larkin. El café está muy bueno.

—¿Qué tal has dormido?

—Como si me hubiese quedado inconsciente durante un par de horas.—Blair empapó la rebanada de pan en la mezcla de huevo y leche, y a continuación la colocó en la sartén—. Luego, no sé, estaba demasiado intranquila. Inquieta. —Miró a Glenna—. Y no tenía dónde poner el exceso de energía, a diferencia de la novia.

—Debo reconocer que esta mañana me siento bastante floja y relajada. Excepto por una cosa. —Encogiéndose un poco, Glenna se masajeó el bíceps derecho—. Siento los brazos como si me hubiese pasado toda la noche agitando un martillo gigante.

—El hacha de combate es pesada. Hiciste un buen trabajo con ella.

—Trabajo no es la palabra que me viene a la mente. Pero no voy a pensar en ello... al menos no antes de haberme saciado. —Glen se volvió y abrió un armario para buscar unos platos—. ¿Sabes cuántas veces en mi vida he desayunado así, pan frito, beicon, antes de que comenzara todo esto?

—No.

—Nunca. Absolutamente nunca —añadió con una media sonrisa—. Vigilo mi peso como si, bueno, como si el destino del mundo dependiera de ello.

—Te estás entrenando muy duro. —Blair dio la vuelta al pan en la sartén—. Necesitas el combustible, los carbohidratos. Si ganas unos kilos, puedo asegurarte que serán de puro músculo.

—Blair —Glenna miró hacia la puerta para asegurarse de que Hoyt aún no había entrado—, tú tienes más experiencia en esto que cualquiera de nosotros. Entre tú y yo, al menos por ahora, ¿cómo lo hicimos anoche?

—Conseguimos sobrevivir —contestó Blair categórica, y siguió cocinando, colocando el pan ya frito en un plato y remojando más rebanadas—. Ésa es la conclusión.

—Pero...

—Glenna, te lo diré sin rodeos. —Blair se volvió, apoyándose en la encimera durante un momento, mientras el pan siseaba en la sartén y perfumaba el aire—. Nunca antes había estado metida en algo así.

—Pero has estado haciendo esto, cazando vampiros, durante años.

—Eso es verdad. Pero nunca había visto a tantos de ellos en un lugar al mismo tiempo; nunca los había visto tan organizados.

Glenna dejó escapar el aire.

—Ésa no puede ser una buena noticia.

—Buena o mala, es un hecho. No es propio de la naturaleza de la bestia, nunca lo ha sido según mi experiencia, vivir, trabajar y luchar formando parte de grandes grupos. Me he puesto en contacto con mi tía y ella me lo ha confirmado. Los vampiros son asesinos y pueden trabajar, cazar e incluso vivir en manadas. Manadas pequeñas, y puede haber un alfa, masculino o femenino. Pero nunca algo como lo que vimos ayer.

—No como un ejército —musitó Glenna.

—No. Y los de anoche no eran más que un pelotón... una pequeña porción de un ejército. La cuestión es que están dispuestos a morir por ella, por Lilith. Y ésa es una razón muy poderosa.

—Está bien. De acuerdo —comentó Glenna mientras preparaba la mesa—. Eso es lo que me merezco por decir que quería las cosas claras.

—Eh, ánimo. Conseguimos sobrevivir, ¿recuerdas? Eso es una victoria en toda regla.

—Buenos días —le dijo Hoyt a Blair al entrar en la cocina.

Luego su mirada fue directamente hacia Glenna.

Ella y Hoyt, su tío abuelo de muchas generaciones atrás, compartían el color de piel, pensó Blair. Ella, el hechicero y su hermano gemelo, el vampiro, compartían el color de piel, los antepasados, y ahora esa misión, suponía.

El destino era sin duda un cabrón retorcido.

—Vosotros dos estáis deslumbrantes —dijo Blair cuando Glenna alzó la cara para besar a Hoyt—. Prácticamente necesito mis gafas de sol.

—Sirven para proteger los ojos del sol y son una manifestación de moda sexy —dijo Hoyt haciéndola reír.

—Por favor, sentaos. —Apagó la música y luego llevó la fuente colmada de comida a la mesa—. He hecho suficiente como para alimentar a un ejército, considerando que eso es lo que somos.

—Tiene una pinta buenísima. Gracias.

—Sólo hago mi parte, a diferencia de algunos de nosotros, que se muestran un tanto escurridizos —comentó meneando la cabeza ante la llegada perfectamente calculada de Larkin—. Justo a tiempo.

La expresión de Larkin era a la vez inocente y afable.

—¿La comida ya está lista pues? He tardado un poco más en volver porque he ido a decirle a Moira que estabais preparando el desayuno. Y menudo espectáculo maravilloso.

—Mira y come. —Blair le sirvió cuatro rebanadas de pan frito rebozado con huevo y leche en un plato—. Y luego, tú y tu prima os encargaréis de fregar los platos.

CAPITULO 2

Tal vez fuese la inquietud posterior a la batalla, pero Blair no podía sosegar. Después de otra sesión con Glenna, las heridas de todos estaban mejor, de modo que podían entrenar. Debían entrenar, se dijo.

Quizá el sudor y el esfuerzo la ayudasen a disipar esa sensación de desasosiego.

Pero tuvo otra idea.

—Creo que deberíamos salir —dijo.

—¿Salir? —Glenna comprobó su lista de tareas domésticas y vio (que Dios les ayudase) que ese día le tocaba a Hoyt encargarse de la colada—. ¿Estamos escasos de alguna cosa?

—No lo sé. —Blair estudió las listas colocadas de forma destacada en la puerta de la nevera—. Al parecer tienes controladas las listas de provisiones y tareas... Jefa de Intendencia.

—Humm. Intendencia. —Glenna miró a Blair y le guiñó un ojo—. Me gusta. ¿Crees que puedo conseguir una insignia?

—Veré lo que puedo hacer al respecto. Pero cuando digo que deberíamos salir, estoy pensando más en una expedición de

exploración que en una salida para buscar provisiones. Deberíamos ir a echar un vistazo a la base de operaciones de Lilith.

—Esa sí que es una gran idea. —Larkin se volvió desde el fregadero, con las manos cubiertas de jabón; no parecía nada contento—. Darle una pequeña sorpresa, para variar.

—¿Atacar a Lilith? —Moira se interrumpió en su tarea de cargar el lavavajillas—. ¿Hoy?

—No he dicho que fuésemos a atacarles. Relájate —le aconsejó Blair a Larkin—. Nos superan en número con gran diferencia, y no creo que los habitantes de la zona fuesen capaces de entender un baño de sangre a plena luz del día. Pero en esto, la clave es precisamente la luz del día.

—Tenemos que ir hacia el sur, a Chiarrai —intervino Hoyt con voz tranquila—, a los acantilados y las cuevas, mientras aún brilla el sol.

—Exacto. Ellos no pueden salir de día. No pueden hacernos nada mientras merodeamos por la zona y echamos un vistazo. Y sería una bonita continuación a haberlos puesto en fuga anoche.

—Guerra psicológica. —Glenna asintió—. Sí, lo entiendo.

—Eso —convino Blair— y, además, quizá podamos reunir algunos datos interesantes. Vamos a ver qué vemos, exploramos algunas rutas de entrada y salida. Y nos encargamos de hacerle saber a Lilith que estamos allí. O que hemos estado allí.

—Si pudiésemos atraer a algunos fuera. O adentrarnos lo suficiente como para causarles algunos problemas. Fuego —continuó Larkin—. Tiene que haber alguna manera de que podamos iniciar un fuego en las cuevas.

—No es una mala idea. —Blair lo pensó durante un momento—. A esa zorra no le iría nada mal una buena paliza. Vayamos preparados y armados. Pero haremos lo que sea en silencio y con mucha cautela. No queremos que algún turista o alguien de la zona llame a la policía. Luego tendríamos que explicar por qué viajamos en una furgoneta llena de armas.

Hoyt sé levantó.

—Glenna y yo nos encargaremos del fuego.

—¿Por qué? —preguntó Blair.

Por toda respuesta, Glenna extendió la mano. Una bola incandescente comenzó a arder en su palma.

—Bonito —decidió Blair.

—¿Y qué pasa con Cian? —Preguntó Moira mientras continuaba metiendo los platos en el lavavajillas—. Él no podrá abandonar la casa.

—Entonces se quedará aquí —concluyó Blair categóricamente—. Larkin, si ya has terminado aquí, ve a cargar algunas armas.

—En la torre tenemos algunas cosas que nos podrían ser útiles. —Glenna acarició el brazo de Hoyt con las puntas de los dedos—. ¿Hoyt?

—No podemos dejar a Cian aquí sin decirle lo que hemos planeado.

—¿Quieres despertar a un vampiro a esta hora del día? —Blair se encogió de hombros—. Muy bien. Tú primero.

A Cian no le importó ser molestado durante su período de descanso. Imaginaba que una puerta cerrada con llave sería, para cualquiera, una clara señal de que deseaba privacidad. Pero ese tipo de detalles no parecían ser nunca un impedimento para su hermano. De modo que ahora estaba despierto, bajo la tenue luz, escuchando los planes para ese día.

—Así pues, si no te he entendido mal, me has despertado para decirme que pensáis viajar a Kerry para fisgonear en las cuevas de Lilith.

—No queríamos que te despertases y te encontraras con que nos habíamos ido.

—Ése es mi sueño más anhelado. —Cian hizo un gesto para desechar el comentario—. Al parecer, la buena y sangrienta pelea de anoche no es suficiente para la cazadora.

—Creo que ir allí es una buena estrategia.

—La última vez que fuimos, las cosas no salieron muy bien, ¿verdad? Hoyt permaneció un momento en silencio, pensando en King y en su pérdida.

—Y tampoco para ti y para mí la vez anterior a ésa —añadió Cian—. Tú acabaste casi incapaz de dar un paso y yo me caí de cabeza por el jodido acantilado. No es uno de mis recuerdos más felices.

—Esos tiempos eran completamente diferentes, y tú lo sabes muy bien. Ahora es de día y, esta vez, Lilith no podrá saber que vamos. Pero, como es de día, tú tienes que quedarte en casa.

—Si crees que me enfadaré por eso, estás muy equivocado. Tengo muchas cosas que hacer para mantenerme ocupado. Llamadas

y correos electrónicos que he desatendido estas últimas semanas. Aún tengo negocios que requieren mi atención, y a los que podría dedicarme ahora, puesto que me has sacado de la cama en mitad del maldito día. Permíteme añadir que será un gran placer para mí tener a cinco ruidosos humanos fuera de la casa durante algunas horas, eso te lo puedo asegurar.

Cian se levantó, fue hasta su escritorio y escribió algo en una libreta.

—Puesto que vais a ir arriba y abajo, necesitaría que fueras a esta dirección. Es un carnicero de Ennis que te venderá sangre. Sangre de cerdo —añadió Cian con una leve sonrisa mientras le entregaba el papel a su hermano—. Le llamaré para que sepa que alguien pasará a recoger el pedido. Por el pago no hay problema, tengo cuenta en la carnicería.

Hoyt advirtió que, en ese tiempo, la escritura de su hermano había cambiado. Muchas cosas habían cambiado.

—¿Y ese carnicero no se pregunta por qué...?

—Si lo hace, es lo bastante inteligente como para no decirlo. Y no cabe duda de que está encantado de recibir unos euros extras. Ésa es ahora la moneda aquí.

—Sí, Glenna me lo explicó. Estaremos de vuelta antes de la puesta de sol.

—Más os vale —murmuró Cian cuando Hoyt se hubo ido.

Fuera de la casa, Blair metió una docena de estacas en un cubo de plástico. En la camioneta ya habían cargado espadas, hachas y guadañas. Toda la fiera variedad. Resultaría muy interesante tener que explicarlo si alguien los paraba por el camino, pero ella no pensaba explorar el nido de un vampiro sin ir armada hasta los dientes.

—¿Quién quiere conducir? —le preguntó a Glenna.

—Yo conozco el camino.

Blair decidió tomar el control; se subió a la furgoneta y se sentó en el asiento de detrás de Glenna mientras los demás se unían a ella.

—Bien, Hoyt, ¿has estado alguna vez en esas cuevas? Me imagino que esa clase de cosas no cambian mucho en unos cuantos cientos de años.

—Muchas veces. Pero ahora son diferentes.

—Los dos hemos estado en ellas —explicó Glenna—. Mediante la magia. Hoyt y yo hicimos un conjuro antes de abandonar Nueva York. Fue muy intenso.

—Dame los detalles.

Blair escuchó lo que le contaba Glenna mientras una parte de su cerebro iba marcando la ruta, puntos sobresalientes, pautas de movimiento...

En ninguna parte había visto lo que Glenna describía. Un laberinto de túneles, cámaras cerradas con gruesas puertas, cadáveres apilados como si fuesen basura. Personas encerradas en jaulas como ganado en un corral. Y los sonidos —Blair podía oírlos en el fondo de su cabeza—: los sollozos, los gritos, las plegarias.

—Una urbanización de lujo para vampiros —murmuró—
.¿Cuántas entradas hay?

—No podría decirlo —contestó Hoyt—. En mis tiempos, los acantilados estaban llenos de cuevas. Algunas eran pequeñas, otras lo bastante grandes como para que un hombre cupiese de pie. Pero ahora hay más túneles, más anchos y altos que los que yo recuerdo.

—O sea que Lilith ha excavado. Ha tenido mucho tiempo para convertir el sitio en un lugar hogareño.

—Si pudiéramos dejarlos encerrados —comenzó a decir Larkin, y Moira se volvió hacia él con una expresión de horror.

—Hay gente allí dentro. Personas prisioneras en jaulas, como si fuesen animales. Cadáveres apilados sin ni siquiera un entierro decente. Larkin cubrió la mano de Moira con la suya y no dijo nada.

Blair intervino.

—No podemos sacarlos de allí. Eso es lo que Larkin se calla.—
«Pero había que decirse», pensó Blair—. Aunque algunos de nosotros intentásemos una acción suicida, eso es exactamente lo que sería. Nosotros moriríamos y ellos morirían. El rescate es implanteable. Lo siento.

—Un conjuro —insistió Moira—. Algo para cegar o atar, sólo hasta que podamos liberar a las personas a las que han capturado.

—Ya intentamos dejar ciega a Lilith una vez. —Glenna buscó los ojos de Moira a través del espejo retrovisor—. Y fracasamos. Quizá pudiéramos intentarlo con un conjuro de transporte.

—Ahora su mirada se dirigió a Hoyt—. ¿Crees que sería posible transportar a seres humanos?

—Nunca lo he hecho. Los riesgos...

—Esas personas morirán allí. Muchas ya han muerto. —Moira se incorporó en su asiento para coger a Hoyt del hombro—. ¿Qué riesgo es mayor que la muerte?

—Podríamos hacerles daño. Usar conjuros que podrían lastimarlos...

—O salvarlos. ¿Qué crees tú que elegirían ellos? ¿Qué elegirías tú?

—Ella tiene razón —convino Blair. «Si es que podían conseguirlo», pensó. Pero si podían salvar aunque sólo fuese a uno de los prisioneros, habría merecido la pena. Y sería una buena patada en el culo de Lilith—. ¿Hay alguna posibilidad?

—Para hacerlo, es preciso ver lo que vas a trasladar —explicó Hoyt—. Y hay más posibilidades de éxito cuanto más cerca estás del objeto que quieres transportar. En este caso, sería a través de una pared de roca, y por tanto no veríamos nada.

—No necesariamente —lo contradujo Glenna—. Pensemos en ello, discutámoslo.

Mientras ellos hablaban —argumentaban, discutían— Blair dejó que todo fuese cociéndose en un rincón de su mente. «Bonito día», pensó con expresión ausente. El sol brillando sobre todo aquel verde. El extenso y encantador terreno ondulado donde pastaban ociosamente las vacas. Los turistas debían de estar fuera, dando vueltas por ahí y disfrutando del día luminoso después de la

tormenta del día anterior. De compras en el pueblo o visitando boquiabiertos los Riscos de Mohr, tomando fotos y grabando vídeos de los dólmenes en The Burren.

Ella había hecho eso mismo una vez.

—¿Geall se parece en algo a este paisaje?

—Bastante, en realidad —contestó Larkin—. Esto es muy parecido a nuestro hogar excepto, bueno, las carreteras, los coches, la mayor parte de los edificios... Pero la tierra es muy similar a la nuestra, sí.

—¿Qué haces allí?

—¿Hacer? ¿A qué te refieres exactamente?

—Bueno, un tío tiene que ganarse la vida, ¿verdad?

—Oh. Trabajamos la tierra, por supuesto. Y tenemos caballos, para criarlos y venderlos. Excelentes caballos. He dejado a mi padre escaso de ayudantes. En este momento no debe de estar muy contento conmigo.

—Si finalmente acabas salvando el mundo, tu padre lo entenderá.

Debería haber sabido que Larkin trabajaba con las manos, pensó Blair. Las tenía fuertes y duras, y su propio aspecto era el de un hombre que pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre. Todos esos mechones desteñidos por el sol, el color dorado de su piel.

Guau, tranquilas, hormonas. Larkin era sólo otro miembro del equipo del que ella formaba parte. Era algo positivo saber todo lo posible sobre quienes luchaban a tu lado. Y una estupidez permitirte sentir deseo por alguno de ellos.

—De modo que eres un granjero —continuó Blair.

—Sí, en el fondo lo soy.

—¿Y cómo es que un granjero sabe usar la espada como tú?

—Ah. —Larkin se volvió para mirarla más directamente. Por un momento, sólo por un instante, olvidó lo que iba a decir. Sus ojos eran tan azules y profundos...—. Es que también organizamos torneos. ¿Juegos? Me gusta participar en ellos. Me gusta ganar.

Blair también podía entender eso. Aunque probablemente lo imaginase más tipo Hollywood que Geall.

—Sí, a mí también me gusta ganar.

—¿De modo que te gustan los juegos?

En esa pregunta había una segunda intención burlona, festivamente sexy. Tendría que haber estado clínicamente muerta para no haberla percibido. Clínicamente muerta desde hacía un mes, pensó, para no sentir ese pequeño zumbido.

—No demasiado, pero siempre gano cuando participo.

Larkin pasó un brazo por el respaldo del asiento de Blair con un movimiento natural.

—En algunos juegos, ambos bandos ganan.

—Tal vez. Pero en general, cuando yo lucho, no se trata de un juego.

—El juego equilibra la lucha, ¿no crees? Y nuestros torneos, bueno, al parecer nos han servido como una especie de preparación para aquello a lo que tendremos que enfrentarnos. En Geall hay muchos hombres, y también algunas mujeres, que tienen mucha

habilidad en el uso de la espada y de la lanza. Si la guerra se libra allí, como nos han dicho, tendremos un buen ejército para hacer frente a esas cosas.

—Lo necesitaremos.

—¿Y tú qué haces? —Preguntó Larkin—. Glenna dice que aquí las mujeres deben trabajar para ganarse la vida. O que la mayoría de ellas lo hacen. ¿A ti te pagan para cazar vampiros?

—No. —Larkin no la estaba tocando, y no podía decir que estuviese tratando de ligar con ella, pero Blair sentía como si lo estuviese haciendo—. Las cosas no funcionan de ese modo. Mi familia tiene algo de dinero. Quiero decir, no es que nademos en la abundancia ni nada por el estilo, pero no pasamos apuros económicos. Tenemos pubs. Chicago, Nueva York, Boston. Cosas así.

—¿Pubs? Me gusta un buen pub.

—¿Y a quién no? De todos modos, también suelo trabajar como camarera. Y a veces como entrenadora personal.

Larkin enarcó las cejas.

—¿Entrenamiento? ¿Para luchar?

—No exactamente. Es más una cuestión de salud y vanidad. Ayudar a la gente a ponerse en forma, perder peso, tonificarse. No necesito mucho dinero para vivir, de modo que la cosa me funciona. Y me deja también cierta libertad para largarme cuando lo necesito.

Blair desvió la vista de él. Moira estaba mirando por su ventanilla como una mujer atrapada en un sueño. En el asiento

delantero, Hoyt y Glenna continuaban hablando de magia. Blair se acercó un poco más a Larkin y le dijo casi en susurros:

—Mira, tal vez nuestra pareja de enamorados puedan conseguir este asunto del transporte y tal vez no. Si Glenna y Hoyt no lo logran, tendrás que encargarte de manejar a tu prima.

—Yo no puedo hacer eso.

—Seguro que sí. Si existe alguna posibilidad de entrar en esas cuevas, o de provocar un incendio, tenemos que aprovecharla.

Ahora sus rostros estaban muy juntos y sus voces eran poco más que susurros.

—¿Y qué pasa con la gente que hay dentro? ¿Los quemaremos vivos o los sepultaremos con los demás? Moira no lo aceptará. Y yo tampoco.

—¿Tienes idea acaso de los tormentos que están sufriendo ahora mismo?

—Eso no es culpa nuestra.

—Enjaulados y torturados. —Blair mantuvo la mirada fija en él, y su voz era grave y monocorde—. Obligados a mirar cuando uno de ellos es arrastrado fuera de la jaula para ser comido por esos monstruos. Aterrados mientras se preguntan cuál de ellos será el siguiente. Tal vez deseando serlo para acabar de una vez con esa tortura.

Ahora no había nada de diversión en el rostro de Larkin; ni en su tono de voz, cuando dijo:

—Sé lo que hacen.

—Crees que lo sabes. Quizá no beben toda su sangre, no la primera vez. Puede que tampoco la segunda. Esos monstruos vuelven a meterlos en las jaulas después de morderlos. Y la mordedura quema terriblemente. Si consigues sobrevivir a ella, quema. La carne, la sangre, el hueso; un recordatorio del dolor insoportable sentido cuando esos colmillos se clavaron en tu cuello.

—¿Cómo lo sabes?

Blair giró la muñeca para que él pudiese ver la pálida cicatriz.

—Yo tenía dieciocho años, estaba fastidiada por alguna cosa y me descuidé. Estaba en un cementerio en Boston, esperando a que uno de esos monstruos se levantara. Había ido al colegio con ese tío. Había estado en su funeral y oído lo suficiente como para saber que le habían mordido. Tenía que averiguar si también lo habían transformado, de modo que fui al cementerio y esperé.

—¿Él te hizo esto?

Larkin recorrió la cicatriz con un dedo.

—Tuvo ayuda. Es imposible que un vampiro reciente pueda hacerlo. Pero el vampiro que lo había convertido regresó. Más viejo, más astuto, más fuerte. Yo cometí algunos errores, y él no.

—¿Por qué estaba sola?

—Porque siempre salgo sola de caza —le recordó ella—. Pero en este caso había salido para demostrarle algo a alguien. No tiene importancia, pero eso fue lo que hizo que me descuidase. El vampiro viejo no me mordió, sino que me inmovilizó en el suelo mientras el otro se arrastraba hacia mí.

—Espera. ¿Ésa es la forma en que se comporta un vampiro que te ha convertido? Te proporciona...

—¿Comida?

—Sí, ésa sería la palabra adecuada, ¿no?

Blair pensó que era una buena pregunta; estaba bien que Larkin quisiera comprender la psicología y la patología del enemigo.

—A veces. No siempre. Eso depende, diría yo, de por qué el vampiro decide transformarte en uno de ellos en lugar de limitarse a dejarte sin una gota de sangre. Puede que quieran establecer un vínculo, o bien deseen un compañero de cacería. O simplemente contar con un vampiro más joven que se encargue del trabajo sucio. Ya sabes, que trabajen para ellos.

—Entiendo. De modo que el vampiro mayor te retuvo en el suelo para que el joven pudiese alimentarse primero. —«Qué aterrador debió de ser eso», pensó Larkin. Estar allí inmovilizada, probablemente herida. Tener dieciocho años y estar sola mientras algo que tenía el rostro de alguien a quien una vez conociste, venía a por ti.

—Podía oler la tumba en mi antiguo compañero de colegio, tan fresco estaba. Se sentía demasiado hambriento como para ir a morderme en el cuello, de modo que lo hizo aquí. Eso fue un error por parte de ellos, porque el dolor me despertó. Es algo que no se puede expresar con palabras.

Blair se quedó callada durante un momento. La forma en que Larkin le pasó los dedos por la cicatriz como si quisiera atenuar el dolor de una antigua herida, le hizo perder el hilo. No podía recordar la última vez que alguien la había tocado para consolarla.

—De algún modo, conseguí coger la cruz que llevaba al cuello y se la clavé en el ojo de ese cabrón, el que me tenía sujeta en el suelo. Dios, cómo gritó. El otro estaba tan ocupado tratando de comer que no le preocupaba nada más. Era una presa fácil. Ambos lo eran después de eso.

—Pero tú eras sólo una chica.

—No. Yo era una cazadora de vampiros, y también una estúpida. —Miró a Larkin a los ojos para que viese que el consuelo y la compasión no se aguantaban ante el juicio y la estrategia—. Si él hubiese ido a por mí cuello, yo estaría muerta. Sí, probablemente estaría muerta y ahora no estaríamos manteniendo esta conversación. Sé lo que sentí cuando vi a esa cosa acercarse hacia mí, vestido con el traje negro que su madre había elegido para que lo enterrasen. Sé lo que sienten las personas que están dentro de esas cuevas, al menos una parte de lo que sienten. Si no pueden ser salvadas, la muerte es mejor que lo que les espera.

Larkin cerró su mano sobre la muñeca de Blair, cubriendo completamente la cicatriz, y sorprendiéndola con la suavidad de su tacto.

—¿Tú amabas a ese chico?

—Sí. Bueno, al menos de la manera en que amas cuando tienes esa edad. —Ella casi lo había olvidado, casi había olvidado cuán triste se había sentido, incluso a pesar del dolor—. Lo único que pude hacer por él fue eliminarlo, y lo mismo con el vampiro que lo había matado.

—Te costó algo más que esto. —Larkin le levantó la mano y rozó la cicatriz con los labios—. Más que la quemadura y el dolor.

Blair se dio cuenta también de que casi había olvidado lo que significaba que alguien lo comprendiera.

—Tal vez sí, pero me enseñó algo muy importante. No puedes salvarlos a todos.

—Ésa es una lección triste. ¿No crees que, incluso aunque sepas que no puedes hacerlo, debes intentarlo de todos modos?

—Eso es lo que diría un aficionado. Esto no es un juego o una competición. Si te derrotan, estás muerto.

—Bueno, Cian no está aquí para darnos su opinión, pero ¿a ti te gustaría vivir para siempre?

Blair dejó escapar una breve risa.

—Demonios, no.

Había gente en aquella solitaria extensión de acantilado y mar, pero no tanta como Blair había esperado. Las vistas eran impresionantes, aunque suponía que había otras, igualmente espectaculares y más fácilmente accesibles.

Aparcaron y cogieron aquellas herramientas y armas que podían esconder con mayor facilidad. Alguien podría descubrir su espada en la funda que llevaba a la espalda, debajo del largo abrigo de cuero, pensó Blair. Pero para eso tendría que estar mirando. Aunque, si eso sucedía, ¿qué iban a hacer al respecto?

Estudió la configuración del terreno, la carretera, los otros coches que habían aparcado en el lugar. Una pareja de mediana edad había subido hasta algunas de las rocas planas de la base del acantilado, donde ahora se encontraba la carretera. Miraban el mar... absolutamente ignorantes de la pesadilla que vivía debajo.

—Muy bien, así pues, es desde el rompeolas hacia abajo. Habrá que mojarse —concluyó Blair mirando la estrecha franja de esquisto y luego los dientes de las rocas, donde el agua se arremolinaba y formaba charcas de espuma. Miró a sus compañeros—. ¿Podréis hacerlo?

Larkin, por toda respuesta, se deslizó por la pared. Ella empezó a gritarle que esperase, que aguardase un maldito minuto, pero él ya estaba bajando por la rocosa dentada que daba al mar.

No se convirtió en un lagarto, observó Blair, pero no cabía duda de que podía deslizarse como uno de ellos. Se merecía un sobresaliente en huevos y agilidad.

—Muy bien, Moira. Tómatelo con calma. Si resbalas, tu primo debería impedir tu caída.

Cuando Moira comenzó el descenso, Blair miró a Glenna.

—Nunca he hecho esto —musitó ella—. Nunca le había encontrado el jodido punto hasta hoy. Bueno, supongo que siempre hay una primera vez.

—Todo irá bien —la tranquilizó Blair. A continuación, Blair observó el progreso de Moira y se sintió aliviada al comprobar que era casi tan ágil como su primo—. La caída desde aquí no es mala. No te matará.

Blair no añadió que sí le rompería en cambio unos cuantos huesos. No hacía falta. Hoyt y Glenna iniciaron juntos el descenso, y Blair los siguió.

Descubrió que había algunos asideros razonablemente buenos... siempre que no te preocupase la manicura. Se concentró en la tarea

que tenía por delante e ignoró las salpicaduras saladas y frías mientras continuaba deslizándose por la pared del acantilado.

Unas manos la cogieron de la cintura y la ayudaron a salvar los últimos metros.

—Gracias —le dijo a Larkin—, pero puedo hacerlo sola.

—Es un poco complicado con la espada. —Larkin alzó la vista hacia la carretera—. Aunque divertido.

—Debemos estar alerta. Probablemente tengan guardias para proteger las cuevas. Quizá algunos sirvientes humanos... aunque debe de ser difícil disponer de seres vivos si allí dentro hay tantos vampiros como tú dices.

—Yo no vi a ningún humano vivo fuera de las jaulas —dijo Glenna—, no al menos entonces, cuando echamos un vistazo.

—Esta vez la cosa es en directo, de modo que si realmente cuentan con algunos humanos, será a ellos a quienes enviarán primero. Hoyt, será mejor que tú vayas delante, ya que conoces la zona.

—Es diferente, todo es tan distinto de antes. —Algo de lo que sentía en ese momento, la emoción y la tristeza, se filtraba en su voz—. La naturaleza y el hombre se han encargado de ello. Esa carretera que hay allí arriba, y el muro, y la torre con la luz.

Alzó la vista y pudo ver los acantilados, la cornisa que le había salvado la vida cuando luchó contra aquello en lo que Cian se había convertido. Una vez, pensó, él había estado allí arriba y había llamado al rayo con la misma naturalidad con que un hombre llama a su perro. Todo había cambiado, no podía negarlo. Pero, aun así, en

el corazón de todo aquello, estaba su sitio. Se abrió paso entre las rocas y por encima de ellas, a través de la salpicadura de las olas.

—Aquí tendría que haber una cueva. Y sólo hay... —Apoyó las manos en la tierra y la piedra—. Esto no es real. Es falso.

—Tal vez estás algo confuso —dijo Blair.

—Espera. —Glenna se acercó a Hoyt y apoyó las manos junto a las de él—. Una barrera.

—Es un conjuro —convino Hoyt— para que tenga el aspecto y el tacto de la tierra, pero no lo es. Esto no es tierra ni roca. Es una ilusión.

—¿Puedes romper el conjuro? —preguntó Larkin al tiempo que golpeaba la piedra con el puño probando.

—Esperad. —Con el ceño fruncido, Blair se pasó la mano por el pelo—. O bien Lilith tiene suficiente magia para conseguir esto, o allí dentro hay alguien que puede hacerlo; en realidad no sabemos de qué dispone. Esto es muy ingenioso. —Blair probó la pared—. Realmente ingenioso. Nadie puede entrar a menos que ella quiera. Y nadie puede salir a menos que ella lo permita.

—¿O sea que nos vamos? —preguntó Larkin.

—Yo no he dicho eso.

—Hay más aberturas, otras cavidades en la roca. Las había—se corrigió Hoyt—. Se trata de un conjuro muy poderoso.

—Y nadie siente curiosidad, la gente que viene aquí, los que viven aquí, acerca de ellos. —Blair asintió—. Eso también es muy poderoso. Ella quiere su intimidad. Me temo que tendremos que

decepcionarla. Se volvió, con las manos apoyadas en las caderas, buscando.

—Eh, Hoyt, ¿podéis Glenna y tú grabar un mensaje en esa gran roca que hay allí?

—Puede hacerse.

—¿Qué mensaje? —preguntó Glenna.

—Tengo que pensarlo; me parece que «Que te den por culo, zorra» es un poco ordinario.

—Tiembla —musitó Moira, y Blair asintió a modo de aprobación.

—Excelente. Breve, directo, y sólo un poco arrogante. Encargaos de eso, ¿de acuerdo? Luego seguiremos con el resto.

—¿Qué es el resto? —quiso saber Larkin, que dio una patada de frustración contra la pared de piedra—. Un mensaje más poderoso sería romper este conjuro.

—Sí, eso es verdad, pero lo que estoy pensando es que Lilith no sabe que estamos aquí. Y eso podría ser una ventaja. En ese momento, se oyó algo parecido a una pequeña explosión de pólvora y al volverse vieron la palabra Tiembla profundamente grabada en la roca. Debajo había un dibujo, asimismo tallado en la piedra, de lo que supusieron que era Lilith, con una estaca clavada en el corazón.

—Eh, buen trabajo. Realmente me gusta la ilustración que acompaña el texto.

—Un poco jactancioso —Glenna se sacudió las manos— pero pinto, y no he podido resistirme.

—¿Qué necesitas para realizar el conjuro de transporte?

Glenna resopló.

—Tiempo, espacio, concentración y un montón de jodida suerte.

—Aquí no. —Hoyt meneó la cabeza—. Los acantilados son míos. Las cuevas son tuyas. No importa cuánto tiempo haya pasado, los acantilados siguen siendo míos. Haremos el conjuro desde arriba. —Se volvió hacia Glenna—. Primero tenemos que ver. No podemos transportar a ciegas. Es probable que Lilith nos sienta y haga todo lo posible por detenernos.

—Tal vez no inmediatamente. Esta vez no estaremos buscándola a ella, sino a la gente a la que tiene prisionera. Quizá no comprenda lo que estamos haciendo y nos dé el tiempo que necesitamos. Hoyt tiene razón, es mejor hacerlo en la cima —le dijo Glenna a Blair—. En cualquier caso, si conseguimos sacar a alguno de ellos, no queremos transportarlos aquí.

—Una buena observación. —Tal vez no consiguieran mucho de esa expedición, reflexionó Blair, pero quizá no se fueran con las manos totalmente vacías—. Bien, ¿qué haremos con ellos si lo conseguimos?

—Ponerlos a salvo. —Glenna alzó las manos—. Un paso cada vez.

—Yo puedo tratar de ayudarlos. No tengo mucha magia —añadió Moira—, pero podría intentar ayudar.

—Cualquier ayuda es buena —contestó Glenna.

—Muy bien, vosotros tres id a la cima del acantilado. Larkin y yo nos quedaremos aquí, por si... bueno, por si acaso. Cualquier cosa que aparezca por este lado para causarnos problemas tiene que ser humano. Nos encargaremos de ello.

—Eso podría llevar algo de tiempo —le advirtió Glenna.

Blair estudió el cielo.

—Todavía queda mucha luz.

Esperó a que los tres comenzaran el ascenso antes de hablar con Larkin.

—No podemos entrar. Si este conjuro mágico abre las cuevas, no podemos entrar. Hablo en serio. —Le dio un leve golpe en el brazo—. Puedo ver lo que estás pensando.

—¿Oh, en serio puedes verlo?

—Entrar a la carrera, sacar a una o dos jóvenes en peligro, y salir pitando como un héroe.

—Te equivocas en cuanto a la parte del héroe. Eso no es lo que estoy buscando. Sin embargo, una joven en peligro es algo muy difícil de resistir para un hombre.

—Pues resiste. No conoces estas cuevas, no sabes dónde oculta Lilith a los prisioneros, y tampoco sabes cuántos vampiros hay o cómo están equipados. Escucha, no te niego que a una parte de mí le gustaría entrar ahí a saco si esta pared se abre, provocar algún daño y quizá salvar a alguien. Pero jamás conseguiríamos salir con vida, y, por consiguiente, tampoco lo conseguiría nadie más.

—Tenemos las espadas que encantaron Hoyt y Glenna. Las espadas de fuego.

Blair luchó contra su frustración. Era tan irritante tener que explicar estrategia básica...

—Y con ellas nos cargaríamos a unos cuantos vampiros, de eso no cabe duda. Luego, ellos nos cogerán a nosotros y las espadas.

—Entiendo el sentido de tus palabras, pero resulta difícil quedarse quieto y no hacer nada.

—Si el equipo de magos consigue su propósito, no será haber hecho nada. Eres demasiado bueno peleando como para que te perdamos por intentar hacer algo que no funcionará.

—Oh, un cumplido. No salen muchos cumplidos de tus labios.

—Larkin le sonrió mientras las gotas de agua de mar brillaban en su pelo—. No entraré en las cuevas. Tienes mi palabra. —Tendió la mano y cuando Blair se la cogió, él se la apretó levemente—. Pero nada nos impide provocar un buen fuego en el agujero si esta jodida roca se abre. Es lo que tú llamarías hacer una declaración, ¿verdad?

—Supongo que sí. No te pongas arrogante, Larkin.

—Me temo que he nacido así. ¿Qué puedo hacer, después de todo?

Larkin se volvió hacia la pared y se apoyó en una de las rocas mojadas mientras recibía las gotas de espuma. Parecía tan relajado, pensó Blair, que podría haber estado sentado en el salón, junto al fuego.

—Bueno, es probable que dispongamos de algo de tiempo, así que, dime, ¿cómo supiste por primera vez que ibas a ser cazadora de vampiros?

—¿Quieres que te cuente la historia de mi vida? ¿Ahora?

Larkin se encogió de hombros.

—Sería una manera de pasar el tiempo. Y reconozco que siento cierta curiosidad. Antes de irme de Geall, no me creía nada de todo esto, en el fondo no. Y ahora, bueno... —Miró pensativo la pared de piedra y tierra—. ¿Qué puedo hacer? —repitió.

Blair decidió que lo que Larkin decía tenía sentido. Se movió para acercarse a él, doblando el cuerpo de modo que pudiera controlar una curva de la pared del acantilado mientras él se encargaba de vigilar la otra.

—Tenía cuatro años.

—Eras muy pequeña —dijo él—. Demasiado pequeña como para poder comprender cuestiones tan oscuras y reales. Quiero decir asuntos que no son sombras que una niña imagina que son monstruos.

—Las cosas son un tanto diferentes en mi familia. Yo pensaba que sería mi hermano. Estaba celosa. Supongo que eso es bastante natural, la rivalidad entre hermanos. —Deslizó las manos dentro de los bolsillos de su abrigo de cuero negro, jugando con la botella de plástico con agua bendita que había guardado allí antes de abandonar la casa—. Él debía de tener seis años o seis y medio. Mi padre había estado trabajando con él. Acrobacias simples, artes marciales y armamento básicos. En aquella época, en mi casa había mucha tensión. El matrimonio de mis padres se estaba desmoronando.

—¿Cómo?

—Son cosas que pasan. —Tal vez en su mundo el cielo fuera rosa y el amor durase para siempre—. La gente se siente insatisfecha, los sentimientos cambian. Aparte de eso, mi madre estaba harta de aquella vida, de lo que hacía que mi padre se ausentara de casa. Ella quería una existencia normal, y cometió el error de casarse con alguien que nunca podría darle esa clase de vida. De modo que se dedicaba a montarle broncas a mi padre mientras él la ignoraba y trabajaba con mi hermano.

«Lo que significaba —pensó Larkin—, que nadie le prestaba atención a ella. Pobre corderito.»

—Así que yo siempre estaba persiguiendo a mi padre, para que me entrenase también a mí, o tratando de hacer algunas de las cosas que hacía mi hermano.

—Mi hermano pequeño también me seguía como una sombra cuando éramos niños. Supongo que sucede lo mismo en todos los mundos —dijo Larkin.

—¿Te fastidiaba? ¿Te molestaba?

—Oh, a veces me volvía loco. Otras veces no me importaba demasiado; si estaba cerca, resultaba más fácil echarle la bronca. En otros momentos, en cambio, era una buena compañía.

—Es muy parecido a lo que ocurría entre mi hermano y yo. Entonces, un día, estábamos en la zona de entrenamiento; un espacio de la casa donde la mayoría de las familias tendría una sala de estar. Allí teníamos un equipo bastante completo: pesas, un potro, barras asimétricas, anillas. Un espejo cubría toda una pared.

Ella aún podía ver perfectamente el reflejo de su padre y de su hermano, en el espejo, tan juntos, mientras ella permanecía a un costado. Sola.

—Yo les observaba en el espejo; ellos no sabían que estaba allí. Mi padre le estaba echando a Mick, mi hermano, un buen rapapolvo, porque Mick no podía realizar uno de los movimientos. Saltar hacia atrás —musitó—, echarse al suelo, rodar sobre el hombro y lanzar la estaca al blanco. Mick no lo conseguía y mi padre estaba empeñado en que debía hacerlo. Finalmente, mi hermano se cansó y tiró la estaca.

Se detuvo casi rozando sus dedos, recordó. Como si hubiese estado hecha para sus manos.

—La estaca llegó rodando hasta mí. Yo sabía que podía hacerlo, y quería demostrárselo a mi padre. Sólo quería que él me mirase, de modo que lo intenté. «Mírame, papá», le dije, e hice lo que le había visto hacer a él una y otra vez tratando de que Mick entendiese la secuencia del movimiento.

Cerró los ojos un momento porque aún podía verse a sí misma; todavía era capaz de sentir aquel momento en su interior. Como si el mundo se hubiese detenido y, durante aquellos breves segundos, sólo ella hubiese estado en movimiento.

—Hice blanco en el corazón. Fue sobre todo suerte, pero la estaca se clavó en el corazón del muñeco. Yo me sentía tan feliz... ¡Lo había conseguido! A Mick los ojos se le salían de las órbitas, luego... luego esbozó una leve sonrisa... sólo una leve sonrisa. Entonces no supe lo que significaba, sólo pensé que estaba contento de ver lo que yo había hecho, porque ambos nos llevábamos bastante bien. Mi padre no dijo nada durante unos segundos, a mí me pareció una hora, y pensé que iba a gritarme.

—¿Por haber hecho algo bien?

—Por entrometerme. Aunque en realidad no se trataba de que gritase. Mi padre jamás alzaba la voz; era una cuestión de control. Pensé que iba a decirme que regresara con mi madre. Ya sabes, que me fuese de allí. Pero no lo hizo. Le dijo a Mick que se fuese arriba, y nos quedamos solos él y yo. Sólo mi padre y yo, y finalmente me miró.

—Debía de sentirse muy orgulloso, muy satisfecho.

—No, nada de eso. —Blair soltó una risa breve y carente de todo humor—. Estaba decepcionado. Eso fue lo que vi en sus ojos cuando finalmente me miró. Estaba decepcionado de que fuese yo y no Mick. Ya no podría deshacerse de mí.

—Seguramente él... —Larkin se interrumpió cuando ella se volvió y lo miró fijamente—. Lo siento. Lamento que su falta de visión te hiciera daño.

—No puedes cambiar lo que eres. —Ésa era otra lección que había aprendido por las malas—. De modo que se dedicó a entrenarme y Mick se dedicó al béisbol. Ese había sido el significado de su sonrisa. Alivio, alegría. Mick jamás había querido lo que mi padre quería para él. Él se parece más a mi madre. Cuando ella se marchó, cuando pidió el divorcio, quiero decir, se llevó a Mick y yo me quedé con mi padre. Conseguí lo que quería, más o menos. Se puso tensa cuando Larkin le pasó un brazo por los hombros, pero cuando quiso alejarse, él la estrechó aún más en un abrazo de consuelo.

—No conozco a tu padre y tampoco a tu hermano, pero, desde luego, prefiero estar aquí contigo que con alguno de ellos. Luchas como un ángel vengador. Y hueles muy bien.

Larkin le arrancó una carcajada, una carcajada auténtica, y ella se relajó contra la roca húmeda, con su brazo aún alrededor de los hombros.

CAPITULO 3

"Formaron el círculo sobre los acantilados. De vez en cuando se oía el sonido de un coche que pasaba por la carretera. Pero nadie caminaba por allí, o hacía fotos, o se quedaba en aquel promontorio yermo.

Tal vez, pensó Hoyt, los dioses intentaban ayudar como podían.

—Hoy es un día tan claro. —Moira elevó la vista al cielo—. .Apenas si hay nubes. Tan claro que puedes ver hasta Gaillimh a través del agua.

—Galway. —Glenna estaba a su lado, tratando de hacer acopio de fuerzas y coraje—. Siempre quise visitar ese lugar, ver la bahía. Pasear por Shop Street.

—Y eso haremos. —Ahora Hoyt le cogió ambas manos—. .Después de que pase Samhain. Ahora miraremos y buscaremos. ¿Estás segura del lugar adonde vamos a enviarlos si podemos transportarlos?

Glenna asintió.

—Más me valdrá estarlo. —Cogió a Moira de la mano—. Concéntrate —le dijo—. Y pronuncia las palabras.

Sintió que de Hoyt surgía ese primer rugido de poder abriéndose paso hacia el exterior. Glenna se unió a él en la invocación, y Moira con ella.

—En este día y esta hora, invocamos el sagrado poder de Morrigan, la diosa, y le rogamos que nos conceda su gracia y valentía. En tu nombre, Madre, buscamos la visión, pedimos que nos guíes hacia la luz.

—Señora —dijo ahora Hoyt—. Muéstranos a aquellos que están retenidos debajo de esta tierra contra su voluntad. Ayúdanos a encontrar lo que se ha perdido.

—Ciega a las bestias que buscan matar. —Moira se esforzó por concentrarse mientras el aire comenzaba a arremolinarse alrededor de ellos—. Que ningún inocente pague el precio.

—Diosa y Madre —dijeron los tres al unísono— nuestro poder se une para traer hacia el día aquello que está atrapado en la noche. Buscaremos y veremos. Que así lo hagamos, que así sea.

Oscuridad, sombras y aire húmedo, junto con la fetidez de la muerte y la descomposición. De repente un resplandor luminoso y vislumbres de formas entre la penumbra. Se oyó el sonido de un llanto, áspero, humano, y los gemidos y palabras incoherentes de aquellos que ya no tienen lágrimas que derramar.

Los tres flotaron a través del laberinto de túneles y sintieron el frío, como si sus cuerpos caminasen realmente por allí. Y sus mentes se estremecieron ante lo que veían sus ojos.

Jaulas, de un metro de fondo y metro y medio de alto, apiladas, apiñadas en una cueva bañada por una nauseabunda luz verde. Pero sus mentes eran capaces de ver a través de ella la sangre que

formaba charcos en el suelo, los rostros de los aterrados y los dementes. Mientras miraban, un vampiro abrió una de las jaulas y arrastró a la mujer que había en su interior. El sonido que ella profirió fue apenas un lamento, y sus ojos parecían estar ya muertos.

—Lora está aburrida —dijo el monstruo mientras arrastraba del pelo a la mujer a través del suelo inmundo—. Quiere algo con que jugar.

En una de las jaulas, un hombre comenzó a gritar al tiempo que aporreaba los barrotes.

—¡Bastardos! ¡Bastardos!

La lágrima que se deslizó por la mejilla de Glenna estaba fría.

—Hoyt.

—Lo intentaremos. Él, el hombre que está gritando, es fuerte y puede ayudarnos. Míralo. No mires nada más. Puesto que necesitaban las palabras tanto como la visión,

Glenna comenzó a cantar. La voz de Moira se unió a la de ella. Y la tierra tembló.

Larkin estaba cantando. Algo acerca de una muchacha morena de Dará. A Blair no le importaba escucharle; Larkin tenía una voz clara y agradable. La clase de voz, pensó, de un hombre acostumbrado a cantar en un pub o mientras caminaba por los campos. Y resultaba muy relajante oír esa melodía junto con el rugido constante del mar y la caricia cálida de los rayos del sol.

Además, la simple compañía era todo un cambio para ella. Habitualmente cuando esperaba, lo hacía sola.

—¿Por casualidad no llevarás contigo esa cosa pequeña? ¿Eso que tiene música dentro?

—No. Lo siento. En cuanto pueda me compraré un par de esas Oakley Thumps, unas gafas de sol, que llevan el MP3 incorporado.

—Imitó el gesto de ponerse un par de gafas... y se le ocurrió que Larkin tendría un aspecto estupendo con ellas—. Con la cosa pequeña de música incorporada en ellas.

—Poder transportar la música. —El rostro de Larkin se iluminó—. Qué mundo milagroso es éste.

—Yo no sé nada acerca de milagros, pero está lleno de tecnología. Ojalá lo hubiese traído conmigo. —La música sería más fácil que toda aquella conversación. Ella estaba acostumbrada a esperar sola, maldita sea. Y no a andar por ahí con un compañero, intercambiando cotilleos y contándose la vida.

Todo eso contribuía a que se sintiera ansiosa e impaciente.

—Bueno, no importa. También sería agradable tener mi flauta.

—¿Pipa?² — Blair volvió la cabeza. No asociaba la idea de una pipa con aquel rostro dorado de dios irlandés—. ¿Fumas en pipa?

—¿Fumar? No, nada de eso. —Larkin se echó a reír, cambiando el peso del cuerpo mientras se ponía las manos delante de la boca al tiempo que movía los dedos—. Flauta. Tocar. De vez en cuando.

² pipe significa "flauta" y también "pipa" (N. del t.)

—Ah, ya.— Los iris de él eran del color de la miel pura. Podría estar muy atractivo con un par de Oakley, reflexionó, pero sería una lástima esconder aquellos ojos tras unas gafas de sol—. Eso está bien.

—¿Tú tocas algo? ¿Musicalmente?

—¿Yo? No. Nunca tuve tiempo de aprender. A menos que cuente redoblar sobre la piel de los vampiros. —E hizo a su vez gestos como de golpear el aire con los puños. Al parecer, ambos se entendían muy bien.

—Bueno, no cabe duda de que tu espada canta. —Le dio un golpe amistoso en el hombro—. Creo que nunca antes he oído algo parecido, y estoy pensando que éste sería un buen lugar para librar una batalla. —Hizo tamborilear los dedos rítmicamente en la empuñadura de la espada—. El mar, las rocas, el sol brillante. Sí, un buen lugar.

—Seguro, si no te importa no tener una ruta de escape, o perder pie en las rocas resbaladizas. Ahogarte.

Larkin le lanzó una mirada compasiva y suspiró.

—No tienes en cuenta el ambiente, el aire dramático de todo el escenario. ¿Los vampiros pueden ahogarse? —preguntó.

—No creo. Ellos... ¿Has notado eso?

Blair se separó de la roca al tiempo que la tierra vibraba bajo sus pies.

—Sí. Quizá el conjuro esté funcionando —dijo Larkin, y sacó la espada al tiempo que examinaba la pared del acantilado—. Tal vez ahora aparezcan las cuevas que hay debajo.

—Si eso sucede, tú no entrarás. Has dado tu palabra.

—Y la mantengo. —La irritación aleteó en su rostro. Ahí estaba el soldado, advirtió ella, no el campesino que tocaba la flauta—. Pero si alguno de esos monstruos asoma la cabeza, aunque sólo sea un poco... ¿Ves algo? Para mí no hay nada distinto a antes,

—No, nada. Tal vez se trate del mágico trío de los acantilados. Parece que han tenido tiempo suficiente para hacer algo. —Mantuvo la mano apoyada en la estaca que llevaba sujeta al cinturón mientras se acercaba lo más posible al lugar donde rompían las olas—. Desde aquí no puedo ver nada. ¿Puedes hacerlo tú, en forma de pájaro? ¿Como un halcón o algo parecido? ¿Puedes echar un vistazo allá arriba?

—Puedo hacerlo, por supuesto. Pero no me gusta dejarte sola aquí abajo.

La irritación trepó por su columna vertebral. Y ahí estaba ella, explicándolo de nuevo.

—Estoy a plena luz, los vampiros no pueden salir. Además, he trabajado sola durante muchos años. Consigamos un informe de cómo va la magia. No me gusta no saber dónde estoy.

Larkin pensó que podía hacerlo rápidamente. Podía subir hasta la cima y regresar en cuestión de minutos. Y desde el cielo también podría verla a ella, y a cualquier cosa que se le acercase, además de al grupo que estaba en la cima de los acantilados.

Así pues, le dejó su espada a Blair y pensó en el halcón. En su forma, en su vista y en su corazón. La luz brilló en su interior y encima de él. Durante la transformación, mientras los brazos se le convertían en alas, cuando los labios adoptaban forma de pico y sus

talones se proyectaban hacia fuera, curvándose, sintió un dolor súbito y extremo.

Luego libertad.

Se elevó hacia el cielo, un halcón dorado que dominaba el aire y describía un círculo sobre Blair con un graznido de triunfo.

—Guau —exclamó ella contemplando su vuelo; el poder y la majestad puros de él. Ella ya lo había visto transformarse antes; había cabalgado sobre su lomo cuando Larkin adoptó la forma de un caballo durante la batalla. Y aun así, se había quedado sin habla.

—Es tan excitante...

Mientras la tierra continuaba temblando, cogió la espada de Larkin y sacó también la suya. Y, con el mar rugiendo a sus espaldas, se encaró a la pared lisa del acantilado.

En el cielo, el halcón surcaba el aire por encima de los acantilados. Podía ver con la suficiente agudeza como para distinguir las hojas de hierba, los pétalos de las austeras flores silvestres que se abrían paso a través de las grietas de las rocas para buscar el sol.

Vio la larga cinta de la carretera, la extensa lámina del mar y, más allá, donde la tierra volvía a unirse al agua.

El halcón ansiaba volar, cazar. El hombre que había en su interior impuso su voluntad a ese deseo mientras planeaba por el cielo.

Podía ver a su prima, a la bruja y al hechicero abajo, con las manos unidas, inmóviles sobre el terreno estremecido. Había luz en ellos y alrededor de ellos; una luz salvaje y blanca, un círculo

giratorio que se elevaba en forma de torre para sacudir el aire al mismo tiempo que la tierra.

Ese viento lo alcanzó, y tiró de sus alas como dedos voraces. En él pudo oír sus voces, fundiéndose en una sola, y pudo sentir también su poder, una corriente caliente que atravesaba el aire arremolinado.

Entonces la fuerza del aire lo golpeó lanzándolo hacia abajo en una caída vertiginosa.

Blair oyó el grito del halcón, vio cómo caía describiendo una trayectoria en espiral. El corazón se le subió a la garganta, y allí se le quedó mientras Larkin daba vueltas por el aire. Y allí permaneció, como una bola dura y palpitante, mientras el halcón lograba remontar con las alas extendidas y luego se lanzaba en picado hasta aterrizar suavemente a sus pies.

Por un momento, Blair pudo ver la combinación de ambos, hombre y halcón. A continuación, tuvo a Larkin de pie delante de ella, con la respiración agitada y el rostro pálido.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Qué demonios ha pasado? Creía que ibas a estrellarte contra el suelo. Te sangra la nariz.

La voz de Blair sonó metálica a sus propios oídos y agitó la cabeza para aclarársela.

—No me extraña —contestó él, y se limpió la sangre con el dorso de la mano—. Allá arriba está pasando algo, al parecer algo muy poderoso. La maldita luz casi me deja ciego y el viento es muy fuerte. No he podido ver, no con seguridad, si tienen problemas.

Pero creo que lo mejor será que subamos para asegurarnos.

—De acuerdo.

Blair fue a devolverle la espada y entonces la tierra se levantó. La súbita elevación del terreno la hizo perder el equilibrio y caer hacia adelante. Larkin consiguió cogerla, pero el impulso de Blair lo lanzó contra la roca y a punto estuvo de enviarles a ambos al mar.

—Lo siento, lo siento —se disculpó ella, pero era sujetarse de él o caer al agua—. ¿Estás herido?

—Me has dejado sin aliento, eso es todo.

La siguiente ola al romper los empapó de arriba abajo.

—Mierda. Será mejor que salgamos de aquí.

—Estoy de acuerdo. Ahora, con cuidado.

Se cogieron el uno al otro de la cintura, luchando por permanecer erguidos. Piedras y tierra comenzaron a caer de la pared del acantilado, convirtiendo la idea de ascender por ella en muy poco atractiva, por no decir imposible.

—Puedo conseguir que subamos hasta donde se encuentran Glenna, Hoyt y Moira —propuso Larkin—. Sólo tendrás que cogerte y yo...

Se interrumpió cuando la pared comenzó a oscilar, a cambiar. A abrirse.

—Vaya, vaya —musitó—, ¿qué tenemos aquí?

—El conjuro se ha roto o lo han roto. Puede que haya problemas.

—Eso espero.

—Estoy contigo —dijo Blair.

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando unos individuos irrumpieron a través de la pared. Grandes, corpulentos y armados con espadas.

—¿Cómo pueden...?

—No son vampiros. —Blair se apartó de Larkin y afirmó los pies en el suelo. Supuso que el temblor de la tierra era tanto un problema para el enemigo como para Larkin y ella—. Ahora luchemos, las explicaciones más tarde.

Blair alzó la espada y bloqueó el primer golpe. La fuerza recorrió su brazo al tiempo que el suelo se estremecía bajo sus pies, aprovechó el movimiento, agachándose y bloqueando otro golpe mientras sacaba una de las estacas de su cinturón.

La clavó en la pierna de su atacante. El monstruo trastabilló, lanzó un aullido y ella lo remató con la espada.

«Uno menos», pensó, y se negó a sentir conmiseración por su víctima. Giró sobre sí misma, estuvo a punto de caer cuando la tierra se levantó, y entrechocó el acero con la espada del enemigo que acababa de saltar a su espalda.

Con el rabillo del ojo, vio que Larkin eliminaba a dos al mismo tiempo.

—¡Garra de oso! —le gritó.

—Ésa es una buena idea.

El brazo de él se hizo más largo y más grueso, con negras garras curvadas. Hizo girar ese brazo mientras blandía la espada con la otra mano.

Estaban manteniendo sus posiciones, pensó Blair, pero nada más. No había espacio para maniobrar, no cuando un paso en falso podía enviarles a ambos de cabeza al mar. Se estrellarían entonces contra las rocas, serían arrastrados mar adentro. Peor que una espada. Aun así, no podían escalar el acantilado, no de momento. No había más alternativa que quedarse y luchar.

Blair cayó al suelo, rodó y una espada se clavó entre las piedras, a escasos milímetros de su cara. Lanzó una patada con fuerza y arrojó a su oponente al mar.

Eran muchos, demasiados, pensó, mientras se levantaba tambaleándose. Pero podía ser peor. Podía...

De repente la luz cambió, se debilitó. Con la falsa penumbra, llegaron las primeras gotas de lluvia.

—Dios mío. Lilith está provocando la oscuridad.

Y con ésta, los vampiros empezaron a salir de la cueva. El mar y una muerte horrible, ahogados entre las olas, pareció de pronto la mejor alternativa.

Blair hizo un cálculo rápido y envió una lengua de fuego a través de la hoja de su espada. Podían bloquearles con fuego, contener a algunos de ellos, destruir a otros. Pero aun así, demasiados conseguirían pasar.

—No podemos ganar esta pelea, Larkin. Conviértete nuevamente en halcón, vuela hacia los demás y sácalos de aquí. Yo retendré a éstos todo el tiempo que pueda.

—No seas estúpida. Monta. —Le lanzó su espada—. Resiste.

Larkin cambió de forma, pero no era un halcón lo que ahora había junto a ella. Las alas doradas del dragón se extendieron y, cuando retrocedió, su cola abatió al primer enemigo que salía de la cueva.

Blair no lo pensó un segundo, simplemente saltó sobre su lomo, afirmando las piernas alrededor de su cuerpo sinuoso. Lanzó un mandoble hacia su izquierda, derribando a uno de los monstruos que cargaba contra ellos. A continuación, se dio cuenta de que estaban ascendiendo, atravesando la penumbra y la niebla.

Sin que ella pudiera hacer nada, pudiera detenerlo. Dejó escapar un grito de absoluto deleite, echando la cabeza hacia atrás mientras lanzaba estocadas al cielo con ambas espadas y hacía que ambas se cubriesen de llamas.

El viento soplaba a su alrededor y el suelo se alejaba rápidamente de debajo de sus pies. Envainó una de las espadas para poder pasar la mano por el dragón. Las escamas, brillando como si fueran de oro, parecían joyas lustradas, suaves y calentadas por el sol. Al mirar hacia abajo, vio la tierra y el mar; y densos bancos de niebla que cubrían las fauces de las rocas.

Entonces, en lo alto del acantilado, vio tres figuras tendidas sobre la hierba húmeda y áspera.

—Baja. ¡Baja hacia allí, de prisa!

Ella sabía que Larkin podía oírla y entender lo que le decía, fuese cual fuera la forma que hubiera adoptado, pero en esa ocasión podía haberse ahorrado el aliento.

El impulso de la velocidad la lanzó hacia atrás cuando Larkin enfiló hacia donde estaban los otros. Blair saltó a tierra mientras el aterrizaba y comenzaba a recuperar su forma humana.

El miedo era un puñal de plata clavado en su estómago, pero vio que Hoyt hacía un esfuerzo para sentarse y extendía un brazo hacia Glenna. Le sangraba la nariz, y a Glenna también. Cuando Larkin se acercó a Moira y le dio la vuelta, Blair vio que tenía sangre en los labios.

—Tenemos que movernos, tenemos que largarnos de aquí. Podrían seguirnos y, si quieren, pueden moverse muy de prisa. —Ayudó a Glenna a ponerse de pie—. Tenemos que movernos más rápido que ellos.

—Estoy aturdida. Lo siento, yo...

—Apóyate en mí. Larkin...

Pero él ya había tomado sus decisiones. Blair se apartó el pelo húmedo mientras empujaba a Glenna hacia el caballo en que Larkin se había convertido.

—Monta. Moira y tú. Hoyt y yo iremos justo detrás de vosotros. ¿Puedes caminar? —le preguntó a Hoyt.

—Puedo. —Si bien sus piernas temblaban, aún se movían; y velozmente, mientras Larkin galopaba—. Ha pasado mucho rato. Ya ha anochecido.

—No, ha sido ella. Lilith lo ha hecho. Tiene más poder del que yo imaginaba.

—No. No, no ha sido ella. —Hoyt se vio obligado a pasar el brazo sobre el hombro de Blair para sostenerse—. Lilith tiene a alguien o algo con poder para hacer esto.

—Ya lo averiguaremos. —Blair lo llevó casi a rastras hasta la camioneta donde Larkin ya estaba ayudando a subir a Glenna y Moira—. Glenna, las llaves. Yo conduciré.

Ésta las sacó del bolsillo con cierta dificultad.

—Necesito sólo un minuto, unos pocos minutos para recuperarme. Eso ha sido... ha sido salvaje. ¿Moira?

—Estoy bien. Sólo un poco mareada, eso es todo. Yo nunca... nunca había participado en algo así.

Blair condujo velozmente para poner por medio distancia suficiente, al tiempo que miraba por el espejo retrovisor para comprobar si alguien los seguía.

—Terremoto, un falso crepúsculo, relámpagos. ¡Vaya viaje!

—Redució la velocidad cuando el sol comenzó a asomar nuevamente entre las nubes—. Bueno, parece que Lilith ha decidido dejarnos en paz. Por ahora. ¿Nadie está herido? ¿Sólo conmocionado?

—No, heridos no. —Hoyt atrajo a Glenna hacia él y enjugó con sus labios las lágrimas que corrían por sus mejillas—. No. Aghra, no llores.

—Había tantos. Tantos de ellos. Gritando.

Blair respiró profundamente un par de veces antes de hablar.

—No os martiricéis así. Lo habéis intentado, habéis dado lo mejor de vosotros. Siempre ha sido una posibilidad remota que consiguierais sacar a alguien de esas cuevas.

—Pero lo hemos conseguido. —Glenna giró el rostro hacia el hombro de Hoyt—. Cinco. Hemos logrado sacar a cinco, luego no hemos podido resistir más.

Blair, asombrada, se detuvo en el arcén y se volvió hacia el asiento trasero.

—¿Qué habéis sacado a cinco? ¿Y dónde están?

—En el hospital. Pensé que...

—Glenna pensó —dijo Moira mirándose las manos vacías— que si lográbamos sacarlos de allí, bien podríamos transportarlos a un lugar donde estuviesen a salvo y los cuidasen.

—Ingenioso. Realmente ingenioso —comentó Blair—. De ese nodo, se obtiene para ellos atención médica inmediata y se evita tener que responder a preguntas embarazosas. Felicidades.

Glenna levantó la cabeza; en sus ojos se veía la desolación.

—Había tantos. Tantos más.

—Y cinco de ellos están vivos y a salvo.

—Lo sé, tienes razón, lo sé. —Se irguió en el asiento y se secó las mejillas con las manos—. Sólo estoy conmocionada.

—Hemos hecho lo que habíamos venido a hacer —dijo Blair.

—¿Qué eran esas cosas? —le preguntó Larkin—. ¿Qué eran esas cosas contra las que hemos luchado tú y yo? Has dicho que no eran vampiros.

—Medio vampiros. Siguen siendo humanos. Han sido mordidos, probablemente en multitud de ocasiones, pero no los han dejado totalmente sin sangre. Y no se les ha permitido mezclarla; no los han transformado.

—Entonces, ¿por qué nos han atacado?

—Están controlados. El término más correcto, supongo, sería siervo. Están sojuzgados y hacen lo que se les ordena. He contado siete, todos ellos tipos muy fornidos. Hemos acabado con cuatro de ellos. Probablemente Lilith no tenga más; o no muchos más. Debe de ser muy difícil mantenerlos bajo control.

—¿Ha habido una pelea? —preguntó Glenna.

Blair volvió a la carretera.

—Las cuevas se abrieron. Lilith ha enviado una primera oleada, los medio vampiros. Luego ha llevado a cabo su pequeño truco con la luz.

—Creías que te dejaría allí —interrumpió Larkin—. ¿Has creído que te dejaría a merced de ellos?

—La prioridad es permanecer con vida.

—Tal vez sea así, pero yo no abandono a un amigo o a un compañero de armas. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

—Es una buena pregunta.

—La respuesta es que no soy un cobarde —prosiguió Larkin con voz tensa.

—No lo eres y estás muy lejos de serlo. —¿Lo habría abandonado ella? No, reconoció. No podría haberlo hecho, y le

habría parecido un insulto que alguien le sugiriese que se marchara—. Es lo que se me ha ocurrido para mantener con vida al resto de nosotros, para impedir que ella ganase. ¿Cómo podía saber que tenías un dragón en tu repertorio?

Glenna se atragantó en el asiento trasero.

—¿Un dragón?

—Lamento que te lo hayas perdido. Ha sido algo realmente salvaje. Pero Dios, Larkin, ¿un dragón? Alguien debe de haberte visto. Naturalmente, si lo cuentas, todos pensarán que está chiflado, pero aun así.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque se trata de un dragón, y todo el mundo sabe que no existen.

Larkin, fascinado, se dio la vuelta en el asiento.

—¿No tenéis dragones aquí?

Blair desvió la mirada hacia él.

—No —le contestó lentamente.

—Pues es una lástima. Moira, ¿has oído eso? En Irlanda no tienen dragones.

Su prima abrió sus ojos cansados.

—Creo que, lo que quiere decir, es que no hay dragones en ningún lugar de este mundo.

—Vamos, eso no puede ser. ¿O sí?

—No hay dragones —le confirmó Blair—. Ni unicornios, ni caballos alados, ni centauros.

—Ah, bueno. —Larkin estiró la mano y le palmeó el hombro—. Pero tenéis coches y son muy interesantes. Me muero de hambre—dijo un momento después—. ¿No tenéis hambre? Todos esos cambios me han dejado vacío. ¿Crees que podríamos parar en alguna parte y comprar esas patatas fritas que van en unas bolsas?

Comer patatas fritas con sal y vinagre y beber refrescos directamente de la botella no fue exactamente un festín de la victoria, pero les bastó hasta llegar a casa.

Una vez allí, Blair se guardó las llaves del coche en el bolsillo.

—Vosotros tres entrad en la casa. Larkin y yo podemos encargarnos de las armas. Aún estáis muy pálidos.

Hoyt cogió la bolsa con la sangre que le había comprado al carnicero.

—Le llevaré esto a Cian.

Blair se quedó esperando a que los tres hubieran entrado en la casa.

—Tendremos que hablar con ellos —le dijo a Larkin—. Establecer algunos parámetros, algunos límites.

—Sí, así es. —Y se apoyó en la camioneta mirando hacia la casa. Era bueno, y en cierto modo curioso, la manera como se entendían a veces, sin necesidad de palabras—. Estamos de acuerdo. No deben emplear esa clase de magia; al menos no a menudo, y sólo cuando no haya otra alternativa.

—Hemorragias nasales, mareos, jaquecas. —Blair sacó las armas por la puerta trasera de la camioneta. «Si tienes un equipo— pensó—, tienes que ocuparte de sus miembros. No hay elección»—. Con sólo mirar a Moira se ve lo mal que se encuentra. Esa clase de esfuerzo físico no puede ser bueno para ellos.

—Al principio, cuando los he visto allí tendidos, bueno, he pensado...

—Sí. —Blair dejó escapar un suspiro largo y entrecortado—. Sí, yo también.

—En esos momentos he sentido muchas cosas por Hoyt y Glenna, y por Cian también, aunque no estuviera. Algo más fuerte, más profundo incluso que la amistad. Tal vez más que el parentesco. En cuanto a Moira... Ella siempre ha sido mía, ya sabes. No sé cómo podría vivir si algo le ocurriese. Si yo no lo impidiera.

Blair apartó las armas y se impulsó hacia arriba hasta sentarse en la parte trasera de la camioneta.

—Lo que dices no puede ser. Que a ella, o a cualquiera de nosotros, le ocurriese lo peor porque tú no pudieses impedirlo. Depende de cada cual que hagamos lo que debemos para poder sobrevivir, y todo lo posible por cubrirnos mutuamente las espaldas.

Pero...

—Tú no lo entiendes —la cortó Larkin, y sus ojos brillaban con intensidad cuando los fijó en los de Blair—. Moira forma parte de mí.

—No, no lo comprendo porque nunca he tenido a nadie así en mi vida. Pero creo que la entiendo a ella lo bastante bien como para

saber que se sentiría herida, tal vez incluso cabreada, si pensara que te sientes responsable de ella.

—Responsable no. Eso sería una obligación, y no lo es. Es amor. Sabes lo que es eso, ¿verdad?

—Sí, sé lo que es eso. —Blair, molesta, comenzó a bajarse de la parte posterior de la camioneta, pero Larkin se movió, girando el cuerpo hasta bloquearla.

—¿Crees, acaso, que no sentía nada por ti cuando estábamos de espaldas al mar y con todos aquellos monstruos saliendo de la oscuridad? ¿Creías que no sentía nada, y que por tanto me iría y me pondría a salvo sólo porque me has dicho que lo hiciera?

—Yo no sabía que ibas a sacar un dragón de la chistera, de modo que...

Blair se interrumpió; a continuación, cuando él extendió la mano y le cogió la barbilla entre los dedos, se puso rígida.

—¿Crees que no sentía nada? —volvió a preguntar y sus ojos eran profundos y dorados, y pensativos—. ¿Que no siento nada ahora?

«Maldita sea», pensó Blair. Se había metido ella sola en la trampa.

—No te estoy preguntando por tus sentimientos —comenzó a decir.

—Pues yo te los digo aunque no me los hayas preguntado.— Larkin se acercó un poco más, las piernas separadas y colocadas una a cada lado de las de Blair, los ojos fijos en su rostro, con curiosidad—. No puedo decir que sé lo que siento, pues no creo

haberlo sentido antes, pero hay algo cuando te miro, como ahora. Cuando te veo combatir. O cuando te observo, como lo he hecho esta mañana, moviéndote como algo mágico entre la niebla.

Como ella había sentido también algo, reconoció, cuando entró en batalla montada sobre él. Cuando vio cómo se iluminaba su rostro con la música.

—Esto es realmente una muy mala idea.

—Aún no he dicho que tuviese una idea. Pero tengo sentimientos; tantos que no soy capaz de separar uno de los demás para examinarlo detenidamente. Así que...

Echó la cabeza hacia atrás cuando Larkin inclinó la suya hacia ella. Con la mano aferró la muñeca del hombre.

—Oh, estate quieta un momento —dijo él con una sonrisa—y deja que lo intente. No puedes tener miedo de algo tan simple como un beso.

No tenía miedo, pero sí cautela. Y desde luego curiosidad. Blair permaneció sentada, tal como estaba, los dedos de una mano doblados débilmente sobre el borde trasero de la camioneta, los de la otra rodeando la muñeca de Larkin.

Sus labios eran muy suaves, apenas un amago de contacto. Un roce, una caricia, un mordisco leve y juguetón. Blair tuvo tiempo de pensar que él era muy bueno en ese juego antes de que la niebla inundase su mente.

«Fuerte», pensó él. Sabía que habría fuerza, y fue una encantadora sacudida para su sistema. Pero también había dulzura; y de eso no había estado seguro. De modo que besarla fue como si le circulase vino por las venas.

Y había también una necesidad; lo que parecía una profunda y contenida necesidad. Confiaba en ella. El beso se volvió más intenso, de modo que alcanzó a oír el sonido del placer vibrando en la garganta de Blair, y sintió cómo aquel maravilloso cuerpo se apretaba y se entregaba al suyo.

Cuando intentó tenderla junto a las espadas y las hachas, ella apoyó una mano sobre su pecho y lo apartó.

—No.

—Lo he oído, pero no es eso lo que siento.

—Tal vez no, pero es lo que he dicho.

Larkin deslizó un dedo desde su hombro hasta su muñeca, mientras sus ojos recorrían su rostro.

—¿Por qué?

—No estoy segura de por qué. No estoy segura, de modo que no.

Blair se volvió y comenzó a juntar las armas.

—Me gustaría hacerte una pregunta. —Larkin sonrió cuando ella lo miró inquisitiva por encima del hombro—. ¿Llevas el pelo tan corto para que me quede prendado de tu nuca? La forma en que te baja por esa zona hace que desee... lamértelo.

—No. —«Escucha la forma en que usa esa voz. Las mujeres de Geall deben de correr tras él como cachorrillos», se dijo Blair—

.Llevo el pelo corto porque, de ese modo, el enemigo no tiene mucho donde coger y tirar si quiere luchar como una mujer. —Se volvió—. Y además me queda bien.

—Sí, de eso no cabe ninguna duda. Es como si fueses una reina de las hadas. Siempre he pensado que, si realmente existen, deben de tener la fuerza y el valor reflejados en el rostro.

Volvió a inclinarse hacia ella y Blair apoyó la hoja de una espada contra su pecho.

Larkin miró la espada y luego alzó la vista hacia ella. Esta vez, su sonrisa era francamente divertida.

—Eso es bastante más que un no. Sólo tenía intención de besarte otra vez. No pensaba pedirte nada más. Solamente un beso.

—Eres condenadamente atractivo —dijo Blair un minuto después—. Y te mentiría si dijese que no me siento tentada. Pero precisamente porque eres condenadamente atractivo y tentador, vamos a dejarlo ahora mismo.

—Muy bien entonces, si así es como tiene que ser. —Pasó junto a ella, cogió una hacha y el cubo con las estacas—. Pero no dejaré de pensar en otro beso. Y tú también.

—Quizá. —Blair echó a andar hacia la casa con los brazos cargados de armas—. Un poco de frustración me dará un humor muy agradable.

Larkin meneó la cabeza mientras la seguía con la mirada. Y pensó que era la mujer más fascinante que había conocido.

CAPITULO 4

Blair fue directamente a dejar las armas en la zona de entrenamiento y luego bajó a la cocina por la escalera trasera. Decidió que Larkin podía encargarse de limpiar las espadas, para liberar un poco de energía sexual.

Encontró a Glenna en la cocina con la tetera al fuego.

—Estoy preparando una infusión, una mezcla que debería eliminar las tensiones del día.

—He oído que el alcohol consigue eso.

Y, al pensarlo, Blair abrió la nevera en busca de una cerveza.

—Para mí, eso queda para un poco más tarde... Mi sistema se encuentra todavía algo alterado. Hoyt ha subido a ver a Cian y ponerlo al tanto de lo sucedido.

—Bien. Tenemos que hablar, Glenna.

—¿Podríamos dejar para más tarde mostrarte los pasos y etapas del conjuro por si los necesitas? En este momento, se me hace un poco difícil.

—No, no los necesito. Ése es tu territorio. —Blair se sentó sobre la mesa y observó a Glenna, que mantenía las manos ocupadas—. En serio, en esta área, soy una negada. En mi familia hay algunos

miembros con facilidad para la magia y personas con notables habilidades, pero nada parecido a lo que hacéis Hoyt y tú.

—Ahora tengo más capacidad que antes. Quizá es que estoy más abierta a ello. —Glenna se sacó unas horquillas del bolsillo y se recogió el pelo en un moño—. Tal vez sea la conexión con Hoyt, o la que todos tenemos mutuamente. Pero sea lo que sea, estoy encontrando dentro de mí un poder que nunca imaginé que pudiera existir.

—Y te sienta muy bien además. Tienes que saber, aceptar, entender que lo que los tres habéis hecho hoy ha sido realmente asombroso; y también poderoso, puesto que ha salvado vidas. Pero además debes saber, aceptar y entender que no se trata de algo que podáis repetir. Al menos, no a corto plazo.

—Creo que podríamos sacar de allí a más prisioneros —dijo Glenna sin volverse—. Quizá a uno o dos cada vez. Hemos sido demasiado ambiciosos, queríamos sacar a tantos como pudiéramos, y hemos mantenido el fuego demasiado tiempo.

—Glenna, ése es tu territorio, como ya te he dicho, pero he sido yo quien ha ido a buscaros después del seísmo. La cuestión es que, tanto Larkin como yo, pensábamos que los tres estabais muertos. Que lo que quedaba de vosotros estaba completamente vacío.

—Sí, eso es exactamente. Es el término exacto para describir lo que nos ha pasado.

—Es posible que la próxima vez no seáis capaces de regresar.

—¿Y no es ésa la razón por la que estamos aquí? —Ahora las manos de Glenna se dedicaban a echar las hojas de hierba—. ¿Para arriesgarlo todo? ¿No es verdad acaso que cualquiera de nosotros

puede no regresar cada vez que salimos por esa puerta, cada vez que cogemos una arma? ¿Cuántas veces has cogido tú una y el don que posees y lo has arriesgado todo?

—No podría contar las veces en que eso ha ocurrido, pero esto nuestro es completamente distinto. Tú sabes que lo es. Larkin y yo... os necesitamos. Necesitamos que el resto de vosotros estéis fuertes y saludables.

—Hoy has estado a punto de morir, ¿no es verdad?

—Sí, pero gracias al chico-dragón...

—Blair —la interrumpió Glenna. A continuación, se acercó a ella y le apretó la mano con fuerza.

Conexiones, eso había dicho Glenna, y es lo que Blair sintió entonces. No se podía mentir a alguien con quien había una conexión tan estrecha, decidió.

—Sí, de acuerdo, la cosa se ha puesto fea... tan fea que no estaba segura de que pudiésemos salir bien librados. Pero podría haber sido peor. Al final, todos hemos hecho nuestra parte, y ahora yo estoy bebiendo una cerveza y tú estás preparando una infusión.

Bien por nosotros.

—Tú eres mejor que yo en esto —musitó Glenna.

—No, no lo soy. Es sólo que estoy más acostumbrada. Y al estarlo, puedo disfrutar de una cerveza porque sé que hoy no sólo le hemos dado una paliza a Lilith, Glenna. La hemos insultado, y ésa es una sensación que me llena de alegría. ¿Y sabes qué me gustaría?

—Creo que sí. Volver allí y repetirlo todo otra vez.

—Puedes apostar el culo a que me encantaría hacerlo. Nada sería mejor que eso, ésa es la pura verdad. Pero sería algo estúpido y soberbio, y probablemente haría que nos matasen a todos. Acepta la victoria, Glenna, porque puedes estar completamente segura de que te la mereces. Y acepta también que quizá no seas capaz de volver a hacerlo de la misma manera.

—Lo sé. —Glenna se acercó nuevamente al fogón cuando el agua comenzó a hervir—. Sé que tienes razón. Es difícil aceptar que la tienes. Durante las últimas semanas, he experimentado unas fuerzas mágicas tan intensas que no podría ni haber imaginado que existiesen. Es excitante... y tiene un precio. Sé muy bien que necesitaremos más tiempo y más preparación si volvemos a intentar lo que hemos hecho hoy.

Vertió el agua en la tetera.

—Creía que habíamos perdido a Moira —prosiguió con voz calmada—. He sentido cómo se deslizaba, alejándose de nosotros. Ella no es tan fuerte mágicamente como yo y, desde luego, no es tan fuerte como Hoyt. —Mientras la infusión reposaba, se volvió para mirar a Blair—. La dejamos ir. La soltamos un instante antes de que todo explotase. No sé qué habría podido pasarle si la hubiésemos retenido con nosotros.

—¿Habráis podido sacar de las cuevas a tantos sin la ayuda de Moira?

—No, la necesitábamos.

—Pues acepta la victoria. Ha sido un buen día. Queda una pregunta, sin embargo. ¿Cómo sabías adonde tenías que enviarles? No me refiero a la parte mágica, sólo a la logística del asunto.

—Oh, tenía un mapa. —Glenna sonrió levemente—. Había calculado cuáles serían las rutas más rápidas para llegar a los hospitales en caso de que alguno de nosotros necesitase uno. De modo que sólo ha sido cuestión de, bueno, de seguir el mapa.

—Un mapa. —Después de lanzar una carcajada, Blair bebió un largo trago de cerveza—. Eres demasiado, Glenna. Eres increíble. Si esa zorra vampiro te tuviese en su equipo, creo que estaríamos perdidos. Ha sido un día inolvidable. —Y añadió con un suspiro—: He viajado sobre un monstruoso dragón.

—¿Qué enternecedor, verdad, lo sorprendido que se ha quedado Larkin al saber que aquí no teníamos dragones? —Con una sonrisa, y el ánimo más tranquilo, Glenna dispuso las tazas y los platos sobre la mesa—. ¿Qué aspecto tenía? Yo a veces los pinto.

—Como esperaríamos que fuese un dragón, supongo. Era dorado, con una cola larga y peligrosa... Se ha cargado a un par de enemigos con ella. Y un cuerpo sinuoso. Sí, todo él largo y sinuoso, el cuerpo, la cola, la cabeza. Ojos dorados. Dios, era hermoso. Y las alas, grandes, puntiagudas, y translúcidas. Con escamas del tamaño de mis manos, y de un color que iba del dorado mate al brillante, junto con todos los matices intermedios. Y veloz. Más que eso, velocísimo. Ha sido como montar el sol. Yo estaba...

Blair se interrumpió al ver que Glenna se apoyaba en la encimera con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Qué?

—Me estaba preguntando si esa mirada la producía el dragón o el hombre.

—Estamos hablando de dragones, pero el hombre tampoco está mal.

—Es magnífico, totalmente adorable, y con el corazón de un campeón.

Blair enarcó las cejas.

—Eh, ¿tú no te has casado hace poco?

—Pero eso no me ha dejado ciega. Y Larkin tiene tu misma expresión en los ojos, cada vez que te mira.

—Tal vez sea como tú dices, y quizá me plantee llevármelo al huerto un día de éstos, pero de momento... —Se bajó de la mesa—, me voy a mi habitación, a darme una ducha realmente larga y caliente.

—¿Blair? A veces el corazón de un campeón es muy tierno.

—No pretendo lastimar el corazón de nadie.

—Estaba pensando también en el tuyo —murmuró Glenna cuando se quedó sola.

Blair oyó voces al pasar junto a la biblioteca y se acercó lo suficiente como para identificarlas. Satisfecha al ver que Larkin estaba hablando con Moira, volvió sobre sus pasos y se dirigió a la escalera que llevaba a la planta superior. Sólo deseaba lavarse la sal marina, la sangre y la muerte.

Al llegar arriba, se detuvo al ver a Cian entre las sombras del corredor. Ella sabía que sus dedos habían bajado hasta rozar la estaca que llevaba sujeta en la cintura, y no se preocupó en fingir que no lo había hecho. Había sido algo instintivo. Cazador, vampiro. Ambos debían aceptarlo y asumirlo.

—Es un poco temprano para que estés levantado y dando vueltas por la casa, ¿no crees?

—Mi hermano no siente ningún respeto por mi ciclo de sueño.

Blair pensó que había algo claramente sexual en un vampiro que miraba desde la penumbra. O lo había en aquel vampiro.

—Hoy Hoyt lo ha pasado verdaderamente mal.

—Sí, he podido verlo con mis propios ojos. Parecía enfermo. Pero ya se sabe... —su sonrisa fue lenta y deliberada—, es humano.

—¿Acostumbras a trabajar esos aspectos de tu personalidad? ¿La voz seductora, la sonrisa peligrosa?

—Nací con ello. Y morí con ello también. ¿Vamos a llegar a un acuerdo, tú y yo?

—Creo que ya lo hemos hecho. —Blair vio que la mirada de Cian se deslizaba hacia su mano y la estaca que había debajo de ella—. No puedo evitarlo. —Pero apartó la mano y enganchó el pulgar en el cinturón—. Es algo innato.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Creo que sí, en cierta medida. Soy buena en lo que hago, y suele gustarte hacer aquello en lo que eres buena. Es lo que hago. Es lo que soy.

—Sí, somos lo que somos. —Cian se acercó a ella—. Tienes el aspecto que debió de tener ella a tu edad. Más joven, supongo, nuestra Ñola debía de ser más joven cuando era como tú ahora. En aquella época, las mujeres envejecían más rápido.

—Muchas veces, los vampiros buscan sus primeras presas entre su familia.

—El hogar es ese lugar donde siempre te aceptan cuando llegas. ¿Crees acaso que cualquiera de los miembros de esta casa estaría con vida de no haberlo querido yo así?

—No. —Era el momento de sincerarse—. Creo que habrías jugado con ellos durante algunos días, quizá una semana. Te hubieses divertido. Habrías esperado a que confiaran en ti, entonces los habrías sorprendido con la guardia baja y los habrías matado.

—Piensas como un vampiro —reconoció él—. Es parte de tu talento. Bien, ¿por qué entonces no los he matado?

Blair mantuvo los ojos fijos en los de Cian, súbitamente impresionada por el hecho de que era casi como mirar los suyos. El mismo color, la misma forma.

—Somos lo que somos, y supongo que tú no eres así; o ya no lo eres.

—En mis tiempos tuve mi ración de muertes. Pero salvo por el hecho excepcional de que una vez intenté matar a mi hermano, jamás toqué a mi familia. No puedo explicar por qué, salvo que no quería sus vidas. Tú eres de la familia, aunque ni tú ni yo nos sintamos cómodos con el hecho. Desciendes de mi hermana. Tienes sus mismos ojos. Y una vez la quise, la quise mucho.

Blair sintió algo... no era piedad, no era eso lo que Cian pedía. Pero sí experimentó una especie de comprensión. Bajo el impulso de esta sensación, sacó la estaca que llevaba sujeta al cinturón, y, manteniendo la punta hacia ella, se la entregó a Cian. Él la estudió con expresión de perplejidad.

—No tendré que empezar a llamarte tío Cian, ¿verdad?

Este consiguió esbozar una sonrisa y, al mismo tiempo, pareció apenado.

—No, por favor, no lo hagas.

Luego, ambos siguieron sus respectivos caminos. Cian bajó hacia la cocina, donde encontró a Glenna atareada preparando unas bandejas con tazas de infusión. Se la veía demacrada, pensó él, y con sombras oscuras bajo los ojos.

—¿Has considerado alguna vez la posibilidad de que otro asuma el papel de madre?

Glenna se sobresaltó al oír su voz, y la taza golpeó contra la bandeja que estaba preparando en ese momento.

—Creo que estoy un poco nerviosa. —Volvió a colocar la taza con cuidado sobre el platillo—. ¿Qué has dicho?

—Me pregunto por qué uno de los otros no puede hacerse cargo de la comida de vez en cuando.

—Lo hacen. Bueno, Larkin es un tanto vago en ese sentido, pero los demás lo hacen. En cualquier caso, es algo que me mantiene ocupada.

—Según me han contado, también has estado ocupada con cuestiones no domésticas.

—Hoyt ha hablado contigo.

—Mi hermano parece disfrutar despertándome en mitad del día. Que es la razón por la que quiero café —añadió, mientras se acercaba al fogón para prepararlo. Cuando reparó en que Glenna

fruncía el cejo al ver la estaca que dejaba junto a la taza, se encogió de hombros—. Podría decirse que es una especie de ofrenda de paz por parte de Blair.

—Oh, ya veo; eso es bueno, ¿verdad?

Cian se volvió y cogió la barbilla de Glenna con la mano.

—Ve a acostarte, pelirroja, antes de que te desplomes.

—Para eso sirve la infusión. Es un reconstituyente. Lo necesitamos. Las baterías están muy bajas por aquí. —Consiguió esbozar una sonrisa, pero ésta se esfumó en seguida—. Ella provocó una tormenta, Cian. Lilith tiene a alguien con ella lo bastante poderoso como para invocar una tormenta y oscurecer el sol, de modo que necesitamos recargar esas baterías. Hoyt y yo debemos trabajar, y tenemos que hacerlo con Moira. Necesitamos sacar de su interior lo que ella tiene, ayudarla a que lo perfeccione. Glenna se volvió y comenzó a colocar galletitas en unos platos pequeños y bonitos, cualquier cosa con tal de no tener las manos quietas.

—Hoy nos hemos separado. Nosotros tres en lo alto del acantilado, y Blair y Larkin en la base. Podrían haberles matado y no habríamos podido ayudarles; no podríamos haberlo impedido. No lo vimos venir porque estábamos totalmente concentrados en el conjuro de transporte, y, cuando llegó, cuando ese poder nos envió y nos lanzó al suelo, ya estábamos fuera de combate.

Y ahora sufría por ello, pensó Cian. Los humanos siempre sufrían, por lo que habían hecho y por lo que habían dejado de hacer.

—Bueno, ahora tienes una idea más precisa de cuáles son tus límites.

—No se nos permite tener límites.

—Oh, no me vengas con ésas, Glenna. —Cogió una galletita—. Por supuesto que tenéis límites. Los habéis expandido, y probablemente conseguiréis ampliarlos aún un poco más. Pero ella también los tiene, y eso es lo que vosotros olvidáis. Lilith tiene puntos débiles y no es invulnerable ni omnipotente. Algo que habéis podido comprobar hoy, al arrebatarse a cinco de sus trofeos en sus propias narices.

Mordió la galletita y bebió un sorbo de café.

—Sé que tendría que pensar en las cinco personas que hemos conseguido salvar. Blair me ha dicho que acepte la victoria.

—Y tiene razón.

—Lo sé. Lo sé. Pero, oh Dios, me gustaría no haber visto a los que hemos tenido que dejar atrás. Me gustaría no tener sus rostros, sus gritos, en la cabeza. No podemos salvarlos a todos, eso fue lo que le dije a Hoyt en Nueva York. Entonces fue fácil decirlo. —Glenna meneó la cabeza—. Y tienes razón, necesito descansar. Pero ahora tengo que llevar esta bandeja arriba y asegurarme de que los demás también toman la infusión. ¿Podrías hacerme un favor?

—Probablemente podría.

—Llevar esta bandeja a la biblioteca. Moira está allí.

—Ella probablemente crea que la infusión está envenenada si soy yo quien se la lleva.

—Oh, basta.

—Está bien, está bien. Pero luego no me culpes si arroja tus hierbas por el sumidero. —Levantó la bandeja, murmurando para sí al abandonar la cocina—. Soy un vampiro, por el amor de Dios. Una

criatura de la jodida noche, un bebedor de sangre. Y aquí estoy, haciendo de mayordomo de una reina de Geall de otro tiempo. Es algo realmente mortificante.

Era él quien quería pasar algún tiempo en la biblioteca, frente al fuego con un libro en las manos.

Entró en la estancia irritado y con un comentario crítico en la punta de la lengua.

Que habría sido totalmente desperdiciado, decidió, ya que Moira estaba durmiendo; acurrucada en uno de los sofás.

¿Y ahora qué demonios se suponía que debía hacer? ¿Dejar que siguiese durmiendo, despertarla y hacerla beber la maldita infusión?

Sin acabar de decidirse, se quedó donde estaba, estudiándola.

Bastante bonita, pensó; con un gran potencial de gran belleza si se esforzaba. Al menos, cuando dormía, sus ojos no parecía que fuesen a tragarse su rostro, y a cualquiera a quien ella apuntase con esos grandes y almendrados faros grises.

Hubo un tiempo en que Cian habría encontrado divertido corromper y deshonar esa clase de inocencia. Despellejarla lentamente, capa tras capa, hasta que ya no quedase nada de ella. Pero ahora prefería la simplicidad de las más experimentadas; mujeres que lo hacían por la misma razón que él. Unas horas de calor en la oscuridad.

Criaturas como Moira exigían un gran esfuerzo. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había estado lo bastante excitado como para jugar con una de ellas.

Finalmente, decidió dejar la bandeja sobre la mesa. Si ella se despertaba, se bebería la infusión. Si no lo hacía, bueno, el sueño también le serviría para recuperar fuerzas.

En cualquier caso, él habría cumplido con su tarea.

Se acercó a la mesa y apoyó la bandeja con apenas un tintineo de la porcelana contra la madera. No obstante, ella se agitó. Un leve gemido, un pequeño temblor. Cian retrocedió sin apartar los ojos de su rostro... y fue lo bastante imprudente como para colocarse bajo un fino rayo de sol.

El dolor instantáneo y lacerante en el hombro hizo que maldijese en voz baja mientras se alejaba rápidamente de la luz. Enfadado con Glenna, consigo mismo y con la reina durmiente, se volvió para marcharse.

Moira comenzó entonces a agitarse en sueños, pequeños sonidos aterrorizados borboteaban en su garganta. Su cuerpo se convirtió en un tenso ovillo mientras temblaba. Y, en sueños, empezó a decir entre jadeos.

—No, no, no.

Una y otra vez, hasta que pasó a un gaélico ininteligible.

Moira se revolvió en el sofá colocándose boca arriba y quedándose luego quieta, al tiempo que dejaba por completo expuesta su garganta.

Cian se movió raudo hacia el espacio entre el sofá y la mesa. Luego, inclinándose sobre Moira, la sacudió con fuerza.

—Despierta —le ordenó—. Ya basta. No tengo paciencia para esto.

Ella se movió de prisa, pero Cian aún más haciéndole soltar la estaca que sostenía en la mano. La pieza de madera fue a caer a tres metros de distancia.

—No hagas eso. —Le cogió la muñeca y sintió que su pulso golpeaba como un yunque contra sus dedos—. La próxima vez que lo hagas, te romperé la muñeca como si fuese una rama, te lo prometo.

—Yo... yo... yo...

—Contesta. ¿Entiendes lo que te digo?

Los ojos de Moira, enormes y vidriosos por el miedo, recorrieron la habitación.

—Ella estaba aquí, estaba aquí. No, no, aquí no. —Moira se arrodilló en el sofá, apretando el brazo de Cian con su mano libre—. ¿Dónde está? ¿Dónde? Aún puedo olerla. Demasiado dulce, demasiado denso.

—Basta. —Cian le soltó la muñeca para cogerla de los hombros. Una nueva sacudida hizo que sus dientes castañetearan—. Estabas dormida, estabas soñando.

—No. Yo estaba... ¿Estaba? No lo sé. No está oscuro. Aún no ha oscurecido, pero era... —Apoyó las manos sobre el pecho de Cian, pero en lugar de empujarle para apartarlo, como él esperaba, Moira simplemente recostó la cabeza en él—. Lo siento. Lo siento. Dame un momento.

Cian reprimió el impulso de acariciarle el pelo... aquella larga y gruesa trenza del color del roble oscuro. Dejó caer la mano a un lado del cuerpo.

—Te has quedado dormida en el sofá —dijo con voz apagada, casi indiferente—. Has tenido un sueño. Ahora estás despierta.

—Creía que Lilith... —Retrocedió—. He estado a punto de clavarte la estaca.

—No. Ni por asomo.

—No quería... Nunca lo hubiese hecho. —Cerró los ojos en un evidente esfuerzo de buscar algo de serenidad. Cuando volvió a abrirlos, su mirada era más clara y más directa—. Lo siento mucho, pero ¿por qué estás aquí?

Cian se hizo a un lado y señaló la mesa. Ahora la expresión de Moira era de sorpresa.

—¿Tú...Tú me has preparado té y galletitas?

—Glenna —la corrigió él, sorprendentemente incómodo ante esa idea—. Yo sólo soy el chico de los recados.

—Hum. De todos modos ha sido muy amable de tu parte. No tenía intención de dormir. Después de que Larkin se ha ido a su habitación, pensaba leer. Pero...

—Entonces bebe tu infusión. Es probable que después te sientas mejor. —Cuando Moira se limitó a asentir y no hizo ningún movimiento, Cian elevó la vista al techo—. ¿Limón o crema, su alteza?

Ella levantó la cabeza para mirarlo.

—Estás enfadado conmigo y ¿quién podría culparte por ello? Me has traído una taza de té y yo he estado a punto de matarte.

—Entonces no desperdicies mi tiempo ni la maldita infusión.

Aquí tienes. —Puso la taza entre sus manos—. Bébela. Órdenes de Glenna.

Moira bebió un trago sin dejar de mirarlo.

—Está muy buena.

Luego sus labios temblaron y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Cian sintió que se le tensaba el estómago.

—Te dejaré con la bebida entonces, y con tus lágrimas.

—No he sido lo bastante fuerte. —Las lágrimas no cayeron, simplemente brillaban en sus ojos como gotas de lluvia entre la niebla—. No he podido ayudarles a mantener el conjuro. No he podido hacerlo, de modo que se ha roto, se ha hecho pedazos, y ha sido como fragmentos de vidrio que nos atravesaran. No hemos podido sacar a ninguno de los otros; a ninguno más de los que estaban encerrados en las jaulas.

Cian se preguntó si debía decirle que Lilith se limitaría a reemplazar a los que se habían llevado. Probablemente el doble de ese número, a causa de su furia.

—Estás malgastando el tiempo culpándote y compadeciéndote de ti misma por ello. Si hubieseis podido hacer más, lo habríais hecho.

—En el sueño, ella ha dicho que no se molestaría en beber mi sangre. Que al ser la más pequeña y débil, no merecería la pena tomarse esa molestia.

Cian se sentó a la mesa, frente a ella, y cogió una de sus galletitas.

—Ella miente.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy una criatura de la noche, ¿recuerdas? La más pequeña es a menudo la más dulce. Una especie de aperitivo, si lo prefieres. Si yo aún tuviese el hábito, te mordería en un abrir y cerrar de ojos. Moira dejó la taza en el plato y lo miró con el cejo fruncido.

—¿Es eso, acaso, una especie de extraño cumplido?

—Tómalo como más te guste.

—Bueno. Gracias... supongo.

—Termina tu bebida. —Se levantó—. Y pídele a Glenna algo para bloquear los sueños. Seguramente pueda ayudarte.

—Cian —dijo ella cuando él se alejaba hacia la puerta—. Gracias. Por todo.

Él se limitó a asentir y abandonó la biblioteca. Mil años, pensó, y aún era incapaz de entender a los humanos... en particular a las mujeres.

Blair bebió la infusión que Glenna había preparado y decidió que se acostaría una hora con los auriculares puestos. En circunstancias normales, la música le tranquilizaba la mente, le daba el tiempo que necesitaba para despejarse y recuperar fuerzas. Pero ahora todo seguía girando alrededor de la espiritual voz de fondo de Patty Griffin.

El mar, los acantilados, la batalla. El momento, cuando el cielo se oscureció, de absoluta certeza de que había llegado al final del camino. Y aquella diminuta y fría semilla de alivio en su interior ante el hecho de que todo, finalmente, hubiese terminado.

Blair no deseaba en absoluto la muerte —pensó—. No la quería. Pero había ese lugar pequeño y secreto en su interior que estaba cansado, tan horriblemente cansado de la soledad; de ser lo que era, y que lo que tenía que hacer le ordenase permanecer sola.

Sola con sangre y muerte y con una violencia interminable.

Eso ya le había costado el amor de un hombre al que había querido con todo su corazón y el futuro que ella había creído que tendrían juntos. ¿Fue entonces cuando comenzó todo?, se preguntó. ¿Fue entonces cuando esa pequeña semilla quedó plantada en su interior? ¿La noche en que Jeremy se había alejado de ella?

Penoso, pensó, quitándose los auriculares. Patético. ¿Acaso iba a permitir que su psique fuese alterada de ese modo por un hombre... y por uno además que no había sido lo bastante hombre como para enfrentar la situación? ¿Aceptaría acaso la muerte sólo porque él no la había aceptado a ella como era?

Todo eso no eran más que tonterías. Se volvió de lado, abrazando la almohada mientras contemplaba la luz menguante a través de la ventana.

Sólo había vuelto a pensar en Jeremy porque Larkin la había excitado. No quería volver a interesarse por un hombre, sentirse arrastrada por toda esa emoción.

El sexo estaba bien, era agradable siempre que no significase más que alivio y liberación. Blair no podía volver a pasar por todo el dolor, por la horrible sensación de abandono que le había dejado el corazón como una masa temblorosa y sangrante dentro del pecho.

Nadie permanecía, pensó mientras cerraba los ojos. Nada era para siempre.

Se dejó llevar por la música, leve y distante, que seguía fluyendo de los auriculares que no había apagado.

Le llenaba la cabeza; la música era el excitado latido de su propia sangre. Estaba casi amaneciendo y acababa de terminar el trabajo de la noche, pero se sentía tan llena de energía, tan enardecida, que podría continuar durante horas.

Se miró mientras recorría la última manzana que la separaba de su casa. Había estropeado otra falda. Ese trabajo, pensó, estaba causando estragos en su guardarropa. La tenía desgarrada y manchada de sangre, y su hombro izquierdo era una mezcla de contusiones y un dolor pulsante.

Pero ¡se sentía tan animada!

La calle, en aquella zona residencial, estaba tranquila y silenciosa; todo el mundo estaba durmiendo y a salvo. Y cuando el sol se alzó en el cielo, los cerezos silvestres y los magnolios se mostraron en todo su esplendor. Podía oler el aroma de los jacintos, y aspiró profundamente el aire dulce y suave de la primavera.

Era la mañana de su dieciocho cumpleaños, de modo que iba a lavarse, descansar, y luego dedicaría un montón de tiempo a ponerse irresistible para una cita muy ardiente.

Cuando abrió con la llave la puerta principal de la casa donde vivía con su padre, deslizó la bolsa que llevaba colgada del hombro sano y la dejó caer al suelo. Tenía que limpiar sus armas, pero antes necesitaba beber varios litros de agua.

Entonces vio las maletas junto a la puerta, y la excitación que sentía se desvaneció.

Su padre bajó la escalera con el abrigo ya puesto. Era tan guapo..., pensó en ese momento. Alto y moreno, con aquel rostro bien cincelado y unos ojos penetrantes. Apenas unas briznas de plata en el pelo. Un mundo de amor y desdicha se abrió en su interior.

—Así que has regresado —dijo él mirándole la falda—. Si vas a permitir que te manchen de sangre, llévate ropa para cambiarte. Llamará la atención si vas por ahí de esta guisa.

—Nadie me ha visto. ¿A dónde vas?

—A Rumania. Investigación, principalmente.

—¿Rumania? ¿Podría ir contigo? Me gustaría mucho ver...

—No. Te he dejado un talonario de cheques. Debería ser suficiente para llevar la casa durante varios meses.

—¿Meses? Pero... ¿cuándo piensas volver?

—No volveré. —Cogió una pequeña maleta y se la colgó del hombro—. Ya he hecho por ti todo lo que podía. Tienes dieciocho años, ya eres mayor.

—Pero... no puedes... Por favor, no te marches. ¿Qué es lo que he hecho?

—Nada. He puesto la casa a tu nombre. Puedes quedarte aquí o venderla. Ve a donde te apetezca. Es tu vida.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo puedes abandonarme de este modo? Eres mi padre.

—Te he entrenado en la medida de mis posibilidades, y de las tuyas. No hay nada más que pueda hacer por ti.

—Podrías quedarte conmigo. Podrías amarme, aunque sólo fuese un poco.

Su padre abrió la puerta y cogió las maletas. No era pesar lo que ella vio en su rostro, sino ausencia. Comprendió entonces que ya se había marchado.

—Mi vuelo sale temprano. Si necesito algo más, enviaré a buscarlo.

—¿Significo algo para ti?

Él la miró fijamente a la cara.

—Eres mi legado —dijo y salió por la puerta.

Ella lloró, por supuesto, y se quedó allí sola, con la primavera flotando en la fragante brisa.

Canceló la cita y pasó el día de su cumpleaños sola en su casa. Unos pocos días más tarde estaba sentada en el cementerio, también sola, preparándose para destruir aquello en lo que se había convertido el chico que le gustaba.

Durante el resto de su vida no dejaría de preguntarse si él habría vivido de no haber anulado ella aquella cita.

Ahora estaba de pie en el dormitorio de su apartamento de Boston, frente al hombre en quien había volcado todo su amor y sus esperanzas.

Jeremy, por favor, sentémonos. Tenemos que hablar de esto.

¿Hablar? —En sus ojos persistía aquella expresión conmocionada mientras metía la ropa dentro de una bolsa de piel—.

No puedo hablar de esto. No quiero saber nada de todo esto. Nadie debería.

—Me equivoqué. —Alargó la mano para tocarlo, pero él se apartó con un gesto tan tajante y disuasorio que ella sintió que le cortaba hasta el hueso—. No debería haberte llevado conmigo, no debería haberte mostrado nada. Pero no quisiste creerme cuando intenté explicártelo.

—¿Que te dedicas a matar vampiros? ¿En qué estaría pensando, mira que no creerte?

—Tenía que mostrártelo. No podíamos casarnos sin que tú lo supieras todo acerca de mí. No era justo para ti.

—¿Justo?—Se volvió, y ella pudo ver aquello claramente reflejado en su rostro. No sólo miedo, no sólo ira. También repugnancia—. ¿Esto es justo? ¿Tú mintiéndome y engañándome todo este tiempo?

—Yo nunca te mentí. Omití, y lo siento. Dios, lo siento tanto, pero no era algo que pudiera haberte explicado la primera vez... y después no sabía cómo decirte lo que era, lo que hacía.

—Lo que tú eres es un monstruo.

Ella echó la cabeza hacia atrás como si la hubiera abofeteado.

—No soy ningún monstruo. Sé que estás enfadado, pero...

—¿Enfadado? No sé quién eres, qué eres. Cristo, con lo que he estado durmiendo todos estos meses. Pero hay algo que sí sé. Quiero que te mantengas lejos de mí, lejos de mi familia y de mis amigos.

—Necesitas tiempo, lo entiendo, pero...

—Te he dado todo el tiempo que vas a obtener de mí. Me pone enfermo mirarte.

—Ya es suficiente.

—Es más que suficiente. ¿Crees que podría acostarme contigo, que podría volver a tocarte después de esto?

—Pero ¿qué te pasa? —contraatacó ella—. Lo que he hecho ha servido para salvar vidas. Eso había matado a gente, Jeremy. Hubiese cazado y asesinado a personas inocentes. Yo se lo he impedido.

—Eso no existe. —Arrastró la bolsa fuera de la cama que habían compartido durante casi seis meses—. Cuando me marche de aquí, eso no existirá; y tú tampoco.

—Creía que me amabas.

—Al parecer, ambos estábamos equivocados.

—De modo que te marcharás —dijo ella sin levantar la voz—y yo dejaré de existir.

—Así es.

No era la primera vez, pensó; no, no lo era. El otro único hombre a quien había amado había hecho lo mismo. Se quitó lentamente el anillo de prometida del dedo.

—Será mejor que te quedes con esto.

—No lo quiero. No quiero nada que hayas tocado —contestó él, y se alejó hacia la puerta; miró atrás sólo una vez—. ¿Cómo puedes vivir contigo misma?

—Yo soy todo lo que tengo —replicó ella a una habitación vacía. Luego guardó el anillo en un cajón de la cómoda, se arrodilló en el suelo y lloró.

Los hombres son criaturas realmente detestables. Usan a las mujeres y luego las abandonan, las dejan solas y destrocadas, Es mejor dejar/es a ellos primero, ¿no crees? Mejor aún, pagarles con la misma moneda y dejarlos heridos.

Estás enferma, y cansada de ser a la que abandonan, ¿verdad? Y toda esa lucha, toda la muerte. Yo puedo ayudarte. Me gustaría mucho poder ayudarte.

¿Porqué no hablamos de ello, tú y yo? Sólo nosotras, las chicas. Tomemos unas copas y machaquemos a los hombres, ¿qué me dices?

¿No vas a pedirme que entre?

Blair estaba de pie junto al ventanal, y el rostro que había detrás del cristal oscuro le sonreía. Sus manos sujetaron la ventana, y empezaron a subirla. Date prisa. Ábrela. Déjame entrar, Blair. Es lo único que tienes que hacer. Ella abrió la boca, las palabras ya en su mente.

Entonces, algo voló hacia ella desde atrás y la lanzó al otro extremo de la habitación.

CAPITULO 5

Lo que flotaba fuera de la ventana lanzó un grito de furia. El cristal pareció vibrar con el sonido, casi combarse a causa de la presión.

Luego desapareció, una mancha en movimiento. Blair sintió que la habitación giraba a su alrededor.

—Oh, no, no lo harás. Nada de eso. —Larkin la cogió con fuerza de los hombros y la ayudó a incorporarse—. ¿Qué demonios estabas haciendo?

El rostro de él se enfocaba y desenfocaba.

—Voy a salir. Lo siento.

Lo siguiente de lo que se enteró fue de que volvía en sí en su propia cama, con Larkin golpeándole suavemente las mejillas.

—Ah, bien. Esta vez quédate con nosotros, ¿quieres, muirniri? Voy a buscar a Glenna.

—No, espera. Dame un minuto. Sólo estoy un poco mareada.

—Blair hizo un esfuerzo para tragar y se apretó con fuerza la mano sobre el estómago—. Es como si hubiese bebido demasiados margaritas. Debo de haber estado soñando. Creía que... ¿Estaba soñando?

—Estabas junto a la ventana, a punto de abrirla. Ella estaba fuera; de alguna manera había llegado hasta aquí. La francesa.

—Lora. Iba a pedirle que entrase en la casa. —Se volvió hacia Larkin con una mirada horrorizada—. Oh, Dios mío, iba a pedirle que entrase. ¿Cómo puede ser?

—Parecías estar... mal. Estabas dormida, pero tenías los ojos abiertos.

—Sonambulismo. Un estado de trance. Se han metido dentro de mi cabeza y me han hecho algo. ¡Los otros!

Larkin la obligó a permanecer acostada cuando ella intentó salir de la cama.

—Están todos abajo, en la cocina, donde Glenna está preparando la comida, Dios la bendiga. Me ha dicho que subiera a buscarte. He llamado a la puerta pero no has contestado. —Miró hacia la ventana y su expresión se ensombreció—. Estaba a punto de marcharme, pensando que estabas dormida y que podría comerme tu ración, pero entonces me ha parecido oír algo... he oído que ella hablaba contigo.

—Si la hubiese dejado entrar... Hasta ahora, no podían controlar tu mente si no habías sido mordido. Algo nuevo. Será mejor que bajemos y se lo contemos a los demás.

Larkin le acarició suavemente el pelo.

—Aún estás conmocionada. Podría llevarte en brazos.

—Apuesto a que sí. —Hizo que sonriera—. Quizá la próxima vez. —Se sentó en la cama, se inclinó hacia adelante y le rozó los labios con los suyos—. Gracias por salvarme.

—Ha sido un placer.

La cogió de la mano para ayudarla a bajar de la cama y luego la sujetó entre sus brazos cuando Blair se tambaleó.

—Guau. Estoy mareada. Me han hecho algo, Larkin. Han utilizado recuerdos y emociones. Material privado. Eso me cabrea.

—Lo estarías mucho más si ella hubiera conseguido que la invitases a entrar.

—Buen argumento. Muy bien, ahora bajemos y...

Blair volvió a tambalearse y maldijo.

—Después de todo, tendremos que hacerlo a mi manera —dijo Larkin levantándola en brazos.

—Sólo necesito un minuto para encontrar mi equilibrio.

—Pues a mí me pareces bastante equilibrada. —La miró y sonrió lentamente—. Tienes unas formas encantadoras. Y me gusta que la ropa que llevas no las oculten. En este momento, tienes además una agradable fragancia para acompañarlas. Un poco como a manzanas verdes.

—¿Estás tratando de distraerme del hecho de que he estado a punto de invitar a cenar a un vampiro?

—¿Funciona?

—Un poco.

—Entonces intentémoslo un poco más.

Larkin se detuvo, inclinó la cabeza y cubrió la boca de Blair con la suya.

Un rápido sobresalto. El beso no era tan juguetón como el anterior, y Blair se dio cuenta de que Larkin sentía una gran cantidad de ira y temor. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien había sentido temor por ella. Respondió al beso antes de poder contenerse, fundiéndose con su boca, enredando los dedos en su pelo, llenando con él aquella dolorosa soledad que la había seguido fuera del sueño.

—Absolutamente eficaz —murmuró cuando Larkin alzó nuevamente la cabeza.

—Bueno, al menos ha devuelto el color a tus mejillas, de modo que por ahora está bien.

—Será mejor que me bajes. Si me llevas hasta allí en brazos, los otros se asustarán. Y ya estarán bastante asustados cuando les contemos lo que ha sucedido.

El la bajó hasta que sus pies tocaron el suelo, pero le mantuvo los brazos alrededor de la cintura.

—¿Suficientemente firme?

—Sí, mejor, de verdad.

Larkin, no obstante, la cogió del brazo mientras recorrían el resto del camino hasta la cocina.

—Si pueden hacer esto, ¿por qué no lo han hecho antes?

Hoyt estaba sentado en el comedor, a la cabecera de la mesa, con el fuego crepitando a su espalda. Miró a Cian, que estaba sentado en el otro extremo.

—Nunca he tenido noticia de algo así antes de ahora —contestó su hermano encogiéndose de hombros; probó el pescado que había

preparado Glenna—. Si hay una conexión personal entre el vampiro y el humano, sí; una invitación puede ser inducida o conseguida mediante halagos, pero eso se debe en general a la negación instintiva de los humanos de aquello que ven. Esta es una cuestión diferente, y según lo que tú y Larkin decís, estabas durmiendo.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Blair no tenía hambre, pero comía porque necesitaba combustible—. En nuestro equipo tenemos miembros con capacidades para la magia. De modo que, obviamente, ella también los tiene. Una especie de conjuro.

—Yo me he quedado dormida en la biblioteca y... —Moira bebió un poco de agua para humedecerse la garganta—. Ha pasado una cosa. No lo mismo que a ti, Blair, no exactamente, pero era como si Lilith estuviese allí conmigo. Mejor dicho, yo con ella, y no en la biblioteca. No estábamos aquí sino en mi alcoba, en mi casa. En Geall.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Blair—. ¿Puedes recordarlo?

—Yo... —Moira fijó la mirada en el plato mientras sus mejillas se teñían de rojo—. Yo estaba durmiendo y parecía como si ella estuviese allí; tan real como tú ahora. Se metía en la cama conmigo y ella... me tocaba. Podía sentir sus manos sobre mi cuerpo.

—Eso no es inusual. —Blair jugó con su pescado—. El sueño, la claridad del mismo, quizá, pero el contenido. Los vampiros son criaturas sexuales y, con mucha frecuencia, bisexuales. Parece como si Lilith hubiera estado probando cosas contigo, jugando.

—Yo tuve una experiencia poco después de que llegásemos aquí —intervino Glenna—. Después tomé precauciones, me protegí en el sueño. Fue estúpido, estúpido de mi parte no haber pensado en proteger también a los demás.

—Bueno, eso constará en tu expediente. —Blair agitó el tenedor en dirección a ella—. Glenna no piensa en todo.

—Aprecio que se me perdone el descuido, pero tendría que haber pensado en ello.

—Bueno, sin duda lo pensaremos ahora, porque no vamos a permitir que esos monstruos le hagan algo a uno de nosotros y vengan a bailar el vals en esta casa —la tranquilizó Blair.

—Tienen a alguien con muchísimo poder. Y no es un vampiro. —Moira miró a Cian en busca de confirmación y él asintió ligeramente—. He leído que hay algunos vampiros que pueden provocar un trance, pero para conseguirlo tienen que estar físicamente con la víctima. O haberles mordido previamente. La mordedura provoca una conexión, un vínculo entre ellos de tal modo que la persona, el humano, puede quedar bajo control del vampiro.

—En nuestro caso no han mordido a nadie —señaló Blair.

—Así es. Y tú estabas durmiendo, igual que yo..., como Glenna cuando llegamos a la casa. No podía hipnotizarte con la mirada mientras dormías.

—Un vampiro necesita hacer un gran esfuerzo para hechizar a un humano. Invertir un montón de energía —explicó Blair—. Y tener mucha práctica.

—Así es —confirmó Cian.

—De modo que han convertido a un hechicero o una bruja en uno de ellos —concluyó Hoyt.

—No. —Moira se mordió el labio—. No lo creo, si lo que he leído en esos libros es verdad. El vampiro puede obtener poder

bebiendo sangre de poder, pero éste al final se debilita. Y si la persona que posee poder es convertida, perderá la mayor parte, si no toda, su magia. Es el precio que hay que pagar por la inmortalidad. El demonio en que se transforma pierde el don; o retiene sólo algunos vestigios del mismo.

—O sea que es más probable que tenga brujas o lo que sea entre los suyos, por decirlo de alguna manera. —Blair reflexionó sobre ello mientras comía—. Alguien que ya está en el lado oscuro. O alguien a quien Lilith tiene sojuzgado. Un medio vampiro. Uno muy poderoso.

—No sé si tiene que ser así. —A diferencia de los demás, Larkin ya había acabado toda la comida que tenía en su plato y se estaba sirviendo más—. He estado escuchando todo lo que habéis dicho.

—¿Cómo es que tus oídos siguen funcionando teniendo la boca tan ocupada? —preguntó Blair.

Larkin sonrió mientras se servía más pescado y más arroz.

—Es una comida muy buena —le dijo a Glenna—. Si no la como, ¿cómo sabrías que la aprecio?

—Me gustaría decirte dónde podrías meter todo ese aprecio, pero estabas diciendo algo —añadió Blair, señalándolo.

—Estas cosas que habéis dicho han ocurrido siempre durante el sueño, de modo que parece que el conjuro no actúa sobre la mente consciente. ¿No se necesitaría más poder para... —Larkin recurrió a las palabras empleadas por Blair—... para hacerle algo a alguien cuando está despierto y consciente?

—Sí —asintió Hoyt—. Por supuesto que sí.

—Y no sólo durmiendo, al menos no hoy. Moira estaba casi enferma de agotamiento a causa de su intervención en lo que habéis hecho en el acantilado. Blair también estaba exhausta. No sé cómo estabas tú cuando te sucedió, Glenna, pero...

—Estaba derrotada... agotada, perturbada. No pensé en tomar precauciones antes de meterme en la cama.

—Ahí lo tenéis entonces. Es no sólo cuando se está dormido, sino cuando se está durmiendo, el cuerpo está debilitado y la mente se halla en su momento más vulnerable. De modo que creo que, sea lo que sea lo que ella esté utilizando, o a quien esté utilizando, no es tan fuerte como lo que tenemos aquí, en esta mesa.

—Has estado escuchando con atención. —Blair lo miró—. Aquí el chico dragón ha dicho algo importante. Ella lo ha intentado cuando nuestras defensas estaban más bajas, y a punto ha estado de conseguirlo. ¿Qué hacemos al respecto?

—Hoyt y yo trabajaremos en la protección. Hasta ahora he estado usando el escudo más básico. —Glenna miró a Hoyt—. Lo mejoraremos.

—No estaría mal si pudiésemos hacer algo para la casa — señaló Blair—. Alguna especie de conjuro general para que no puedan entrar, ni siquiera con una invitación.

—No puedes bloquear una invitación. —Cian se reclinó en su silla, con su copa de vino—. Puedes apartarla con el conjuro adecuado, pero no puede bloquearse.

—De acuerdo, quizá no. Entonces, tal vez algo que sirva para ampliar el perímetro, que cree una área segura alrededor de la casa.

—Lo hemos intentado. —Hoyt apoyó la mano sobre la de Glenna—. Y no hemos sido capaces de encontrar la manera de hacerlo.

—Algo que funcionase podría ser otra capa. Cuantas más capas tengan que atravesar, mejor. Pensad en una zona libre de vampiros —prosiguió Blair.

—Tal vez yo debería mudarme a una bonita posada —sugirió Cian, haciendo que Blair lo mirase con el cejo fruncido, hasta que entendió el significado de sus palabras.

—Oh. Oh, es verdad. Lo siento. Me he olvidado. No podemos tener una zona libre de vampiros con un vampiro dentro de la casa.

—No hemos encontrado una manera de excluirle del conjuro de protección —explicó Glenna—. Tenemos algunas ideas. En realidad son esbozos más que ideas —reconoció—. Y Hoyt ha estado trabajando durante algún tiempo para crear una especie de escudo para ti, Cian; para que puedas salir fuera de la casa durante el día. Al sol.

—Otros lo han intentado antes y fracasado. No puede hacerse.

—Antes la gente solía creer que el mundo era plano —señaló Blair.

—Es verdad. —Cian se encogió de hombros—. Pero yo diría que, si pudiera hacerse, en los miles de años que llevamos de existencia ya se habría hecho. Y experimentar con eso en este momento no es la mejor manera de emplear el tiempo.

—Es mi tiempo —dijo Hoyt.

—Hoy podríamos haberte utilizado. —Glenna habló después de un momento de silencio—. En Kerry, en los acantilados. Merece la pena dedicarle tiempo. Creemos que tendríamos más éxito si pudiésemos tener un poco de tu sangre.

—¡Oh! —espetó Cian secamente—. ¿Eso es todo?

—Piensa en ello. No obstante, nuestra primera prioridad será la protección. Hoyt y yo nos encargaremos de ello. —Y Glenna apretó la mano de Hoyt—. ¿Por qué no nos ponemos en marcha?

—Mientras tanto, que nadie duerma hasta que tengamos protección. Tengo algunas cruces extras y un poco de agua bendita en mi equipo. —Blair se levantó—. Cian, a menos que estés planeando salir, me gustaría colocar algunas precauciones básicas en puertas y ventanas.

—Adelante. Pero esa clase de chucherías no anulará una invitación.

—Capas —dijo Blair otra vez.

—Yo te ayudaré. —Larkin apartó su plato—. Hay muchas puertas y ventanas.

—De acuerdo, nos dividiremos en grupos. Hoyt y Glenna, magia. Larkin y yo haremos lo que podamos para bloquear todas las entradas. Eso deja a Cian y Moira a cargo de la cocina.

No era que no confiase en Hoyt y Glenna... confiaba tanto como nunca antes lo había hecho con nadie. Tampoco se trataba de que no estuviese abierta a la magia. Tenía que estarlo.

Pero incluso con el amuleto debajo de la almohada, la vela encendida y el segundo amuleto colgando junto con la cruz en la ventana, aquella noche Blair tuvo un sueño agitado.

Y la noche siguiente.

El entrenamiento ayudaba; el esfuerzo físico como tal, y el propósito del mismo. Blair se esforzaba, y mucho. Nadie, ni siquiera ella, acababa el día sin magulladuras y los músculos doloridos. Y nadie, ni siquiera ella, acababa la jornada sin ser cada día un poco más fuerte, un poco más rápido.

Veía florecer a Moira... o así se lo parecía. Lo que a ésta le faltaba de fuerza, lo compensaba con velocidad y flexibilidad. Y con una absoluta determinación.

Y, con un arco en las manos, nadie era capaz de competir con ella.

Glenna perfeccionaba las habilidades que ya poseía: la astucia, los sólidos instintos. Y estaba progresando con la espada y el hacha.

Hoyt ponía una gran intensidad en todo lo que hacía. Ya luchase con una espada, con un arco o con las manos, tenía una concentración casi inalterable. Blair lo consideraba como el más fiable de los soldados.

Y a Cian como el más elegante y malvado. Él tenía la fuerza superior de los de su especie, así como la destreza animal, pero a todas esas cualidades les añadía estilo. Cian podía matar, pensaba Blair, con violento donaire.

Larkin era en cambio luchador por antonomasia. En el combate cuerpo a cuerpo era una aspiradora y simplemente se negaba a rendirse. No tenía la intensidad de Hoyt ni la elegancia de Cian con

una espada, pero peleaba sin desmayo hasta que derrotaba a sus oponentes, o éstos se derrumbaban exhaustos. Tenía buena puntería con el arco. No tanta como Moira, pero ¿quién la tenía?

Y nunca se sabía cuándo se sacaría de la manga uno de sus pequeños trucos; de modo que uno acababa luchando con un hombre con cabeza de lobo, garras de oso o cola de dragón.

Era hábil y eficaz.

Y endiabladamente sexy.

Había momentos en los que la impacientaba. Era demasiado impulsivo y, a menudo, ostentoso. A la manera de Errol Flynn, pensó. Y los exhibicionistas a menudo acababan mordiendo el polvo.

Pero cuando pensaba en ello, de poder elegir a las personas que quería que lucharan junto a ella en la batalla para salvar al mundo, no habría elegido a otros.

Sin embargo, incluso los soldados que participaban en la guerra para acabar con las guerras necesitaban comer, hacer la colada y sacar la basura.

Blair fue al pueblo en busca de provisiones porque quería desesperadamente salir de la casa. Dos días de lluvia habían limitado las actividades al aire libre y estaba inquieta y nerviosa. Si una persona, sólo una, decía que la lluvia era lo que hacía que Irlanda fuese tan verde, le partiría la cabeza en dos con una hacha.

Por otra parte, desde la noche de su encuentro con Lora no había habido ninguna señal del enemigo. Y esa calma temporal acentuaba su inquietud y aumentaba su crispación.

Algo se estaba cociendo. Seguro.

Blair habría preferido ir sola, disponer de un par de horas para sí misma, con sus propios pensamientos, con su única compañía. Pero tuvo que aceptar que se trataba de un riesgo innecesario. No obstante, había fijado un límite al negarse a darle a Larkin una lección de conducción durante el viaje a Ennis.

—No sé por qué no puedo hacerlo —se quejó él—. He observado a Glenna cuando conduce esta cosa. Y ella le enseñó a Hoyt.

—Hoyt conduce como un viejo ciego de Florida.

—No sé lo que significa eso, excepto que se trata de un insulto de alguna clase. Pero yo podría hacerlo mejor que él con este trasto, o con esa otra belleza que Cian guarda en el establo.

—Garaje. Los coches se guardan en el garaje y Cian ha dejado muy claro que morderá y desangrará a cualquiera que toque su Jaguar.

—Podrías enseñarme a conducir con éste. —Estiró la mano y deslizó un dedo por el costado de su cuello—. Sería un alumno muy bueno.

—El encanto no te va a funcionar. —Encendió la radio—. Escucha la música y disfruta del paseo.

Larkin levantó la cabeza

—Es parecida a la música de Geall.

—Emisora irlandesa, música tradicional.

—Es maravilloso, ¿no crees?, poder tener música con sólo chasquear los dedos. O trasladarte tan de prisa de un sitio a otro en una máquina.

—No en medio del tráfico de Chicago. Allí, te pasas un montón de tiempo sentado en el coche, maldiciendo en lugar de moverte.

—Háblame de tu Chicago.

—No es mi Chicago. Es sólo el lugar donde he estado viviendo en los últimos años.

—Antes de eso estuviste en el Boston.

—Sí. —Pero Boston era Jeremy, y Blair había tenido que alejarse de allí—. Chicago. Es, ah, es una ciudad. La ciudad más importante del Medio Oeste de Estados Unidos. A orillas de un lago... un lago enorme.

—¿Pescas en ese lago?

—¿Pescar? ¿Yo? No. Supongo que la gente lo hace... ellos navegan en ese lago. Deportes acuáticos y cosas así. En invierno hace un frío de mil demonios y no podrías creer el viento que sopla. Es el efecto del lago; un montón de nieve y un frío que te cala hasta los huesos. Pero no sé, es una ciudad con mucho movimiento. Restaurantes, grandes almacenes, museos, clubes nocturnos. Vampiros.

—¿Una ciudad grande? ¿Más grande que Ennis?

—Mucho más grande.

—¿Cómo es posible que si es una ciudad tan grande y con tanta gente no se hayan unido para luchar contra los vampiros?

—Ellos no creen en los vampiros o, si algunas personas lo hacen, fingen que no es así. Si alguien es atacado o lo matan, las autoridades lo atribuyen a bandas de delincuentes o a psicópatas. En general, los vampiros procuran no llamar la atención o, al menos, era así hasta hace poco tiempo. Sus víctimas preferidas son las personas sin hogar, las que han huido de sus casas, gente a la que nadie echará de menos.

—En Geall corrían leyendas que hablaban de criaturas que acechaban por la noche y cazaban a los seres humanos en tiempos remotos. Yo nunca creí en ellas, hasta que la reina, mi tía, fue asesinada por ellas. E incluso entonces...

—Es difícil aceptar que lo que te han enseñado es fantasía, o imposible. De modo que alzas un escudo. Es algo natural.

—Pero tú no —dijo Larkin estudiando el perfil de ella. Era de rasgos marcados, sí, pero se suavizaba en las mejillas, y su pelo oscuro contrastaba de forma encantadora con el blanco de la piel—. Tú siempre lo has sabido. ¿Deseaste alguna vez que fuera diferente? ¿Ser una de esas personas que tienen un escudo? ¿Que nunca han sabido?

—No tiene sentido desear lo que no puedes tener.

—¿Y qué sentido tiene desear lo que puedes hacer y haces?

Él tenía razón, decidió Blair. En general, la tenía, si escuchabas con suficiente atención.

Encontró sitio en un aparcamiento y sacó el dinero para el tique. Larkin permaneció a su lado, con las manos en los bolsillos de los téjanos que Glenna le había comprado en un viaje anterior, mirando a todas partes.

Era un alivio que no le hiciera una docena de preguntas. Él ya había estado antes en el pueblo, pero Blair imaginaba que cada visita era un poco como un paseo por Disney World.

—No te separes de mí, ¿de acuerdo? No quiero tener que ir de cacería para buscarte.

—De acuerdo. —Le cogió la mano y se la apretó ligeramente cuando ella intentó soltarse—. No deberías hacerlo —dijo con absoluta inocencia en los ojos—. Podría perderme.

—Eso es mentira.

—En absoluto. —Entrelazó sus dedos con los de ella y echó a andar—. Con toda esta gente, y la calle, y los sonidos y las vistas, podría perder el rumbo en cualquier momento. En Geall, el pueblo no es tan grande, y allí no vive tanta gente. Los días que hay mercado está más lleno y todo es muy colorido, pero allí sé dónde estoy.

—Tú sabes dónde estás en todas partes —contestó ella con un susurro.

Él tenía buen oído, y sus labios esbozaron una sonrisa ante el comentario.

—Los días que hay mercado, la gente llega al pueblo desde todas partes. La comida es exquisita...

—Lo que debe de ser tu primera prioridad.

—Un hombre tiene que comer. Pero también hay telas y artesanía y música. Encantadoras piedras de las montañas y conchas marinas. Y se regatea, eso es lo divertido. Cuando estemos nuevamente en casa, el día que haya mercado te compraré un regalo.

Larkin hizo un alto en el camino para estudiar los objetos de recuerdo y las joyas que había en el escaparate de una tienda.

—No tengo nada con lo que pueda regatear, y Hoyt me ha dicho que no podemos usar las monedas que traje conmigo. Pero a ti te gustan las chucherías. —Señaló con el dedo uno de sus pendientes—. De modo que el día que haya mercado, te compraré algunas.

—Estamos demasiado ocupados como para ir de compras. Vamos. —Blair tiró de su mano—. Estamos aquí para comprar provisiones, no chucherías.

—No hay necesidad de apresurarse. Podemos divertirnos un poco mientras estamos aquí. Por lo que parece, no te diviertes lo suficiente.

—Si en noviembre aún estamos con vida, daré volteretas en medio de la calle. Y las daré completamente desnuda.

Él la obsequió con una de sus fulgurantes sonrisas.

—Ésa es una razón nueva e importante para que yo luche. No había pensado en las volteretas, pero sí he pensado en ti desnuda una o dos veces. Oh, mira allí. ¡Pasteles!

Sexo y comida, pensó ella. Si hubiese incluido un par de cervezas y un partido de fútbol, el cuadro estaría completo.

—No. —Puso los ojos en blanco, resignada y sin interés alguno, mientras él la arrastraba al otro lado de la calle—. Tampoco hemos venido a comprar pasteles. He confeccionado una lista. Una lista realmente larga.

—Luego podremos ocuparnos de ella. Vaya, mira ese de ahí. Ese grande, el que tiene chocolate.

—Eclair.

—Eclair—repitió él, haciendo que la palabra sonase casi como un orgasmo—. Deberías probar uno, y yo también. —Volvió hacia ella aquellos ojos grandes y castaños—. Sé amable, ¿quieres, Blair? Te lo devolveré.

—Tendrías que estar gordo como un cerdo —musitó ella, pero entró en la pastelería para comprar dos éclairs.

Y salió llevando también una docena de pastelillos horneados.

No tenía la menor idea de cómo había logrado convencerla para que los comprase, o para que se desviasen de su camino a curiosear en una docena de tiendas. Ella habitualmente —demonios, siempre— podía con todo eso.

Entonces se percató de la forma en que miraban a Larkin las empleadas de las tiendas, otras cuentas, las mujeres en la calle. Era muy difícil poder también con todo eso, decidió.

Larkin se las ingenió para conseguir que pasasen más de una hora sin hacer nada productivo antes de que ella pudiera arrastrarlo a completar la lista de provisiones.

—Muy bien, hemos terminado. No más concesiones. Ahora llevaremos todo esto a la camioneta y volveremos a casa. Se acabó mirar escaparates y flirtear con las dependientas.

—Realmente ha sido vergonzoso cómo has derrochado tu encanto con esa amable mujer.

Blair lo miró sin inmutarse.

—Eres un tío verdaderamente divertido. —Hizo un gesto con la barbilla—. Por allí. Sin desviarse.

—¿Sabes?, la forma en que está construido este pueblo quiero decir, la forma en que están trazadas las calles, es muy parecida a la de Geall. Y cómo están apiñadas las tiendas. Y esto también es muy parecido a mi pueblo.

Antes de que pudiese detenerle, Larkin había abierto la puerta de un. pub.

—Ah, el olor es muy familiar. Y hay música. Así que nos detendremos un momento.

—Larkin, debemos regresar a la casa.

—Y lo haremos. Pero primero deberíamos beber una cerveza. Me gusta la cerveza.

Puesto que Blair tenía los brazos cargados de bolsas y paquetes, no pudo ofrecer demasiada resistencia cuando Larkin la empujó dentro del pub.

—Es agradable sentarse y beber un pichel de cerveza después de toda esa caminata —dijo él—. No es un pichel —recordó.

—Una pinta. Por estos lugares, habitualmente dicen pinta.

Blair se dijo que había cedido por la caminata. El hombre estaba exhausto. Y excitado.

Dejó caer las bolsas con las compras encima y alrededor de una silla junto a una mesa baja y luego se sentó.

—Una cerveza. —Levantó un dedo—. Y nada más. No quiero tener más problemas contigo.

—¿He sido acaso un problema para ti? —Le cogió una mano entre las suyas y empezó a besarle los dedos—. No era ésa mi intención.

Blair entrecerró los ojos.

—Espera un momento, espera un momento. ¿Has estado jugando conmigo? ¿Todo este asunto es la idea que tú tienes de una cita?

Larkin frunció el cejo.

—No sé qué día³ es. No puedo llevar la cuenta.

—No, lo que he querido decir es... déjalo, no tiene importancia. Una pinta de Guinness —le dijo a la camarera que se acercó a la mesa—, y una Harp.

—¿Qué tal te va todo? —le preguntó Larkin a la camarera, y el rostro de la joven se iluminó con una sonrisa.

—Muy bien, gracias. ¿Y a ti?

—He tenido un hermoso día. ¿Vives en el pueblo?

—En Ennis, sí. ¿Estás de visita?

—Sí, estamos de visita. Mi mujer es de Chicago.

—Oh, yo tengo primos allí. Bueno, bienvenidos a Irlanda entonces. Espero que estéis disfrutando del viaje. En seguida os traeré las cervezas.

Blair tamborileó los dedos sobre la mesa mientras le estudiaba.

³ La confusión deriva del hecho de que date significa «cita» y también «fecha, día, momento». (N. del t.)

—No necesitas ponerte en situación, ¿verdad? En ti es lo natural.

—No sé a qué te refieres.

—No, probablemente no. En tu pueblo, ¿las chicas también se comportan así cuando te ven? ¿Se ruborizan y tiemblan de excitación?

Él le cubrió las manos con la suya.

—No debes tener celos, querida. No pienso en ninguna mujer que no seas tú.

—¡Ahórrate el aliento! —No pudo reprimir la risa—. No me lo creería ni aunque fuese el fin del mundo.

—No hay nadie aquí, o en Geall, que me haya atraído como tú. Me pregunto si alguien podrá hacerlo ahora que te he visto. No eres como las mujeres que conozco.

—No soy como las mujeres que ningún hombre conoce.

La sonrisa se borró de los labios de Larkin.

—Tú crees que eso es un defecto tuyo, un fallo, o... una barrera—dijo—, Algo que te vuelve menos atractiva que el resto de las mujeres. Y es falso. Cuando digo que no eres como las demás mujeres, quiero decir que eres más interesante, más excitante. Más seductora. ¡Basta!

La súbita e inesperada irritación en la voz de Larkin hizo que Blair reaccionara.

—¿Basta qué?

—Otra vez has puesto esa cara. La que dice tonterías. Me gusta ser amable con las mujeres, eso no le hace daño a nadie. —Larkin se quedó mirándola y, en esa ocasión, Blair pudo comprobar que tuvo que hacer un esfuerzo para sonreírle a la camarera cuando llegó con las bebidas—. Gracias —le dijo a la joven. Luego levantó su jarra y bebió lentamente.

—Estás enfadado —murmuró ella, reconociendo el brillo en sus ojos—. ¿Qué es lo que ha hecho que te enfadaras de ese modo?

—No me gusta la manera en que te menosprecias.

—Menospreciarme y una... ¿estás loco?

—Ahora escúchame. Te he dicho que me gusta ser amable con las mujeres y así es. Me gusta flirtear de vez en cuando y disfrutar de un revolcón cuando puedo. Pero nunca hago daño a las mujeres, ni con mis manos ni con mis palabras. Yo no miento. De modo que cuando te digo cómo te veo, es la pura verdad. Creo que eres magnífica.

Bebió otro trago de cerveza, asintiendo cuando ella se limitó a mirarlo.

—Bueno, veo que te has quedado sin palabras. Magnífica— repitió—. En todos los sentidos, en tu corazón y en tu mente. Magnífica por lo que haces todos los días y has hecho durante años;

desde que eras poco más que un bebé. Nunca he conocido a nadie como tú y nunca lo conoceré. Lo que te estoy diciendo es que, si un hombre te mira y no ve lo maravillosa que eres, es su vista la que falla, no tú.

CAPITULO 6

Volvieron a la rutina, el entrenamiento, la planificación de la estrategia. Por los temblores y fogonazos que salían de la torre, Blair sabía que allí también se estaba trabajando con la magia.

Pero lo que todos ellos estaban haciendo con aquella actividad, pensaba, era esperar.

—Tenemos que hacer un movimiento. —Lanzó una serie de golpes rápidos contra el pesado saco de arena que habían colgado en un extremo de lo que había sido el salón de baile—. Estamos atrapados en un bucle de tiempo y ya es hora de que hagamos algo. Zarandear un poco las cosas.

—Estoy de acuerdo. —Larkin la miró, preguntándose cuántos niveles de frustración estaba atravesando al golpear ese gran saco que colgaba del techo—. Yo pensaba en un ataque diurno a las cuevas.

—Ya hemos estado allí. —Blair golpeó con ambos puños, izquierda, izquierda, derecha—. Eso ya lo hemos hecho.

—No, fuimos allí, pero no los atacamos, ¿verdad?

Molesta porque él tenía razón... peor aún, porque Larkin no había mencionado que ella había estado al borde de la muerte después de la expedición a Kerry, lo fulminó con la mirada.

—Si entramos allí estamos muertos. O al menos la mayoría de nosotros.

—Es posible que sea así, pero en cualquier caso es probable que todos acabemos muertos antes de que esto haya terminado.

Una dura verdad, pensó ella. Innegable.

—Sí, las probabilidades son ésas.

—De modo que podría haber una manera de darles algo en que ocuparse sin tener que entrar realmente en las cuevas y precipitar esa eventualidad. Aunque me gustaría tener la posibilidad de hacerlo, acosarlos en su propio terreno, para variar.

Cogió una de las estacas y la lanzó contra el muñeco de paja que empleaban para practicar.

Ella entendía el sentimiento y lo compartía. Pero sabía que no había que sucumbir a él.

—Siempre que sea posible, no se debe luchar en su terreno o según sus términos. Las cuevas son un suicidio.

—Podría serlo para ellos si las iluminamos.

Blair lanzó otro golpe y luego se volvió hacia él.

—¿Iluminarlas?

—Fuego. Pero tendríamos que hacerlo nosotros dos. Los otros, Moira en particular, nunca estarían de acuerdo con ese plan.

Intrigada, Blair empezó a quitarse el vendaje protector de las manos.

—Quería preguntártelo. Cuando te transformas en dragón, lanzas fuego por la boca?

Él la miró con expresión sorprendida.

—¿Lanzar fuego?

—Sí. Los dragones lanzan fuego por la boca, ¿verdad?

—No. ¿Por qué iban a hacer tal cosa? ¿Cómo podrían hacerlo?

—Eso plantearía también la cuestión de cómo puede un hombre transformarse en dragón, pero dejémoslo estar; otra fantasía hecha añicos. ¿Cómo piensas incendiar las cuevas?

Larkin levantó una espada.

—Sólo sería necesario que uno de nosotros se adentrara lo suficiente, sólo unos metros, en el interior de las cuevas. Eso me gustaría. Pero... —volvió a bajar la espada— una manera más práctica de hacerlo sería con flechas incendiarias.

—Disparar flechas incendiarias al interior de las cuevas a plena luz del día. Bien, eso no debería llamar demasiado la atención.

No, no te estoy desanimando —añadió antes de que él pudiera hablar—. Un terremoto y el vuelo de un dragón casi no hicieron pestañear a nadie. La gente usa anteojeras. Sin embargo, hay otro factor: allí dentro aún hay gente.

—Lo sé. ¿Podemos salvarlos?

—Altamente improbable.

—Si yo estuviese encerrado en una jaula, con la única perspectiva de servir de comida a uno de esos monstruos, o ser convertido en uno de ellos, preferiría quemarme vivo. Tú dijiste lo mismo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero necesitaríamos un ataque a gran escala para causar algún impacto. Y tampoco estás equivocado cuando dices que nunca lograríamos convencer a los demás.

—Se acercó a Larkin y estudió su rostro—. Y tú lo dices, pero no podrías hacerlo. No cuando llegara el momento.

Larkin fue hasta el muñeco de paja y recuperó la estaca. Él quería ser capaz de hacerlo; y lo era, en su cabeza. Pero en su corazón... eso era otra historia.

—¿Podrías tú?

—Sí, yo podría. Luego tendría que vivir con ello, pero lo haría. He estado librando esta guerra toda mi vida, Larkin, y no se puede evitar que haya bajas. Víctimas inocentes... daños colaterales. Si

pensara que de esa manera podríamos acabar con este asunto, o causarle un grave daño a Lilith, ya lo habría hecho.

—Y crees que yo no puedo hacerlo.

—Sé que no puedes.

—Porque soy débil.

—No. Porque no eres duro.

Larkin giró, lanzó nuevamente la estaca y la clavó en el corazón del muñeco de prácticas.

—¿Y tú lo eres?

—Tengo que serlo. Tú no has visto lo que yo he visto, y aún no sabes lo que yo sé. Tengo que ser dura. Lo que hago me vuelve dura.

—Lo que tú eres, una guerrera, una cazadora, es un don y un deber. Pero endurecerse es algo que eliges. Yo puedo hacer lo que haga falta; y si ése fuese el camino, ese sacrificio de hombres y mujeres, viviría con ello. Me dolería y me pesaría, pero haría lo que fuese necesario.

«Con el peso suficiente —pensó ella cuando Larkin se alejó— ,te endureces o te hundes.»

Y por eso trabajaba sola, se recordó. Por eso estaba sola. De ese modo no tenía que explicarse a sí misma, o justificarse a sí misma.

Por eso, después de la ruptura con Jeremy, había aceptado que la única manera de hacer aquello para lo que había nacido era permaneciendo sola.

En ese momento oyó una explosión amortiguada que procedía de la torre y alzó la vista. Sin duda algunas personas encontraban esa intimidad, esa unidad, y conseguían que funcionase. Pero primero tenían que conocerse mutuamente, y aceptar todas las zonas oscuras. No sólo tolerarlas sino asimilarlas.

Y eso, por lo que se refería a ella y a su vida, no formaba parte del juego. Volvió a vendarse las manos y reanudó el entrenamiento golpeando el pesado saco de arena.

—¿Alguien que conoces? —preguntó Cian desde la puerta.

Blair apenas si le dedicó una mirada. Ahora estaba usando los pies además de las manos. Patadas laterales, patadas hacia atrás, altos dobles. El ejercicio era tan violento que estaba bañada en sudor y su respiración era un jadeo entrecortado.

—La maestra de álgebra de décimo.

—Estoy seguro de que esa mujer se merece una buena paliza. ¿Alguna vez has encontrado alguna aplicación para eso? Para el álgebra, quiero decir.

—Nunca.

Cian la miró mientras ella se lanzaba a la carrera y golpeaba el saco con una patada en el aire que a punto estuvo de arrancarlo de la cadena.

—Excelente estado físico. Pero es curioso, lo que veo en ese saco es el rostro de Larkin. —Sonrió ligeramente cuando ella hizo un alto para recuperar el aliento y beber un trago de agua—. Acabo de verlo cuando bajaba. Parecía enfadado, lo cual es muy raro en él, ya que es un muchacho muy afable, ¿no crees?

—Suelo provocar esas reacciones en la gente.

—Sin duda. Larkin es un muchacho simpático y agradable.

—A mí también me gusta.

Cian atravesó la habitación para recoger varios cuchillos y luego comenzó a lanzarlos al blanco que había en el otro extremo.

—Cuando has estado rodeado de humanos tanto tiempo como yo, puedes reconocer fácilmente rasgos y señales. Y, en mi lugar, sentirías curiosidad por sus elecciones. Por ejemplo, yo me pregunto por qué vosotros dos no estáis juntos. Tiempos peligrosos, posible fin del mundo y esas cosas.

La espalda de Blair se puso rígida; podía sentir literalmente el estremecimiento en su columna vertebral.

—No suelo irme a la cama con el primer tío que se me pone a tiro... en caso de que fuese asunto tuyo.

—Es tu elección, por supuesto. —Cian se acercó al blanco y extrajo los cuchillos. Cuando regresó junto a ella, se los entregó con un gesto natural, casi afable—. Pero creo que no se trata solamente de que Larkin se encuentre por aquí cerca y esté disponible.

Blair sopesó el cuchillo agitándolo en el aire y luego lo lanzó hacia el blanco. El cuchillo se clavó en el centro.

—¿A qué viene este súbito interés por mi vida sexual?

—Es sólo un estudio de las reacciones humanas. Mi hermano se marchó de su mundo para venir a éste. La diosa le señaló el camino y él simplemente lo siguió.

—Hoyt no se limitó a seguir a la diosa.

—No —convino Cian al cabo de un momento—. Vino a encontrarme a mí. Después de todo somos mellizos, y el vínculo es muy profundo. Además, Hoyt es, por naturaleza, un hombre leal y responsable.

Esta vez fue ella quien recuperó los cuchillos del blanco.

—Es también un tío poderoso y valiente.

—Sí, lo es. —Cian cogió los cuchillos y volvió a lanzarlos—. Las probabilidades indican que le veré morir. Eso no es algo que yo elegiría, pero aunque consiga sobrevivir a esto, se hará mayor, su cuerpo envejecerá y morirá.

—Un pensamiento muy alegre, ¿no crees? Puede que muera en paz, mientras duerme, tras una vida larga y plena. Tal vez después de una sesión de sexo realmente bueno.

Cian esbozó una leve sonrisa, pero ésta no alcanzó sus ojos azules y serenos.

—Bien muera violentamente o bien por causas naturales, el resultado es el mismo. He visto más muerte que tú, más de la que podrás ver en tu vida. Pero aun así, tú has visto más de la que los humanos han visto o verán. Y eso nos diferencia, a ti y a mí, del resto.

—En ese aspecto no tenemos elección —dijo Blair.

—Por supuesto que la tenemos. Sé un poco acerca de la soledad, y de lo que puede ahuyentarla; aunque sea por poco tiempo.

—¿O sea que debería abalanzarme sobre Larkin porque estoy sola?

—Ésa sería una respuesta. —Volvió a recuperar los cuchillos y, esta vez, los dejó en su sitio—. La otra podría ser que lo mirases más detenidamente; a él y lo que él ve cuando te mira. Mientras tanto, la tensión y la represión te otorgan una buena ventaja. ¿Quieres que disputemos un par de asaltos?

—No diría que no.

Ella se sentía mejor. Magullada, pero mejor. Nada como una lucha cuerpo a cuerpo con un vampiro —incluso con uno que no quisiera matarte— para despejar la cabeza. Ahora bajaría a la cocina y comería algo antes de la sesión de entrenamiento de la tarde.

Pero antes pasaría por su habitación y se pondría un poco de la crema mágica de Glenna en las zonas magulladas.

Entró en la habitación y se encontró sobre la colina que dominaba el Valle del Silencio.

—Oh, mierda. Mierda, mierda. No necesito volver a ver esto.

—Sí lo necesitas. —Morrigan estaba junto a ella, su túnica azul pálido flotando al viento—. Necesitas conocerlo, cada roca, cada precipicio, cada brizna de hierba. Éste es tu campo de batalla. Éste será el lugar donde luchará la humanidad. No en las cuevas de Kerry.

—¿De modo que sólo debemos esperar?

—Será mucho más que una simple espera. Ahora eres cazadora y presa. Lo que haces, lo que eliges, te acerca cada vez más a esto.

—Una batalla. —Blair, súbitamente cansada, se pasó una mano por el pelo—. Todo lo demás son sólo escaramuzas que nos conducen hasta aquí. Es así, ¿no? ¿Esa batalla acabará con todo esto?

Morrigan miró a Blair con sus ojos color esmeralda.

—Nunca se acaba. Tú lo sabes; en cada parte de tu cuerpo conoces esta única verdad. Pero si ella os derrota aquí, los mundos serán arrojados al caos. Habrá sufrimiento, muerte y tormento durante un tiempo inimaginable.

—Lo he entendido. ¿Cuál es la buena noticia?

—Todo lo que necesitáis para vencer está en vuestro interior. Vuestro círculo tiene el poder para ganar esta guerra.

—Pero no para ponerle fin. —Blair echó nuevamente un vistazo al campo de batalla que se extendía ante sus ojos, a la desolación que transmitía—. Para mí nunca acabará.

—La elección es tuya, pequeña, siempre ha sido tuya.

—Me gustaría poderme marchar. Algunos días lo deseo con toda mi alma, y otros... Otros pienso «Vaya, mira lo que estoy haciendo, lo que soy capaz de hacer», y eso me hace sentir, bueno, virtuosa, creo. Justa, en cualquier caso. Pero algunas veces, cuando regreso a casa después de una cacería y allí no hay nadie esperándome, todo me parece demasiado duro, demasiado vacío.

—Tendrían que haber cuidado de ti y no lo hicieron —dijo Morrigan, ahora con tono suave—. Y aun así, todo lo que ha pasado antes, todo lo que vives ahora, te ha hecho como eres. Tienes más de una batalla que ganar, más de una búsqueda que llevar a cabo. Y siempre, pequeña, más de una alternativa.

—Irme no es una de ellas para mí. De modo que vendremos aquí y venceremos. Porque eso es lo que tenemos que hacer. No tengo miedo a morir. No puedo decir que lo esté buscando, pero no tengo miedo.

Volvió a mirar el paisaje, cómo la niebla llenaba las cavidades del terreno, la forma en que las rocas se alzaban en él. Entonces, como siempre, esa visión hizo que se estremeciera. Entonces, como

siempre, se vio a sí misma allí tendida, en medio de un charco de sangre. Muerta.

Estuvo a punto de preguntar si lo que veía era real o imaginario, pero sabía que la diosa nunca le contestaría.

—De modo que, si voy a ir —decidió Blair—, me llevaré a un montón de ellos conmigo.

—Dentro de una semana, vosotros, el círculo de seis, iréis al Baile de los Dioses y, desde allí, a Geall.

Blair se volvió ahora desde el borde del precipicio para mirar a Morrigan a la cara.

—Una semana.

—Una semana a partir de hoy. Ya habéis hecho lo que teníais que hacer aquí. Os habéis reunido y ahora, juntos, haréis el viaje a Geall.

—¿Cómo?

—Lo sabréis en su momento. Dentro de una semana. Debes confiar en aquellos que están contigo y en lo que tienes dentro. Si el círculo no llega a Geall, y a este lugar en el momento indicado, este mundo, el tuyo y todos los demás serán arrojados a la oscuridad.

El sol se ocultó. En la negrura, Blair oyó gritos, aullidos, llanto. El aire, súbitamente, se impregnó de olor a sangre.

—No estás sola —le dijo Morrigan—. Ni siquiera aquí.

Blair volvió a la realidad y se encontró mirando a Larkin a los ojos. Sintió que los dedos de él se clavaban en sus hombros.

—Estás aquí, ahora estás aquí. —Ella estaba demasiado aturdida como para apartarlo cuando la atrajo hacia él y la estrechó entre sus brazos mientras apretaba los labios contra su pelo—. Estás aquí repitió—. ¿Era el vampiro?

—No. ¡Vaya! Tienes que soltarme.

—En un par de minutos. Estás temblando.

—No lo creo. Creo que eres tú quien tiembla.

—Es posible. Me acabas de dar un susto de muerte que me ha quitado seis vidas. —Se apartó de ella aunque apenas unos centímetros—. Estabas ahí de pie, inmóvil, mirando el vacío. No me has oído cuando te he hablado. No me has visto cuando me he puesto delante de ti. Y tus ojos... —Ahora apretó los labios contra su frente, firmemente, de la forma en que ella imaginaba que los padres comprobaban si sus hijos tenían fiebre—. Tan oscuros, tan profundos...

—Era Morrigan. Me ha llevado a una pequeña excursión. Estoy bien.

—¿Quieres acostarte y descansar un momento? Relájate. Me quedaré contigo.

—No, he dicho que estoy bien. Creía que estabas enfadado conmigo.

—Lo estaba... un poco. Eres una criatura frustrante, Blair, y nunca he tenido que trabajar tanto para cortejar a una mujer.

—¿Cortejar? —Algo se cerró de golpe en su garganta—. No me gusta ese asunto del cortejo.

—Eso está bastante claro, pero a mí sí. Y un hombre tiene que complacerse a sí mismo tanto como a la mujer que le atrae, ¿verdad? Pero en cualquier caso, ya estuviese o no enfadado o frustrado contigo, no te dejaría sola.

«Ellos siempre lo hacen —susurró una pequeña voz en su cabeza—. Tarde o temprano.»

—Estoy bien. Sólo un poco conmocionada después de haber recibido un mensaje de la tierra de los dioses.

—¿Cuál es ese mensaje?

—Será mejor reunimos todos y os lo daré cuanto antes. En la biblioteca —dijo ella—. Es el mejor lugar.

Se paseaba de un lado a otro de la habitación esperando a Hoyt y Glenna. Por lo visto, la magia no podía ser interrumpida ni siquiera por mensajes enviados por los dioses. Jugó con las dos

cruces que llevaba colgadas del cuello mientras luchaba contra la impaciencia. Una de ellas la había llevado casi toda su vida. Había pasado a través de su familia, a través de Nola, y todo el camino hasta llegar de vuelta a Hoyt. La Cruz de Morrigan, una de las que le habían entregado a él al inicio de aquella lucha, mientras Hoyt aún se encontraba en su época.

La segunda cruz había sido forjada por Glenna y él con plata y fuego y magia. Un símbolo del equipo, suponía, a la vez que un escudo, que cada uno de ellos —excepto Cian— llevaba en todo momento.

La primera, recordaba, le había salvado la vida en una ocasión. De modo que la magia, suponía, tenía prioridad sobre la impaciencia.

No obstante, cuando Moira le ofreció una infusión, ella meneó la cabeza.

Ya estaba repasando en su cabeza lo que debían hacer... y la mayor parte de ello no le gustaba nada. Pero era movimiento, y eso era lo que querían. Lo que necesitaban.

—Fuera hay dos de ellos —dijo Moira con calma—. No hemos visto a ninguno durante días, pero ahora hay dos de ellos ahí fuera, justo donde comienza el bosque.

Blair se acercó a la ventana que tenía más cerca y miró hacia fuera.

—Sí, puedo verlos. A duras penas.

—¿Voy a por mi arco?

—Es un tiro largo en medio de la oscuridad. —Luego Blair se encogió de hombros—. Pero sí, ¿por qué no? Aunque no alcances a ninguno de ellos, eso les demostrará que no estamos dormidos.

Blair miró a su alrededor mientras Moira abandonaba la biblioteca. Cian estaba repantigado en un sillón, con una copa de vino y un libro. Larkin estaba sentado en el sofá, bebiendo cerveza y mirándola.

Ella no quería la infusión que Moira le había ofrecido, no quería relajarse. Tampoco quería que el alcohol le embotase los sentidos. De modo que se paseó unos minutos más y luego se acercó nuevamente a la ventana. Vio al vampiro en el tronco de la izquierda. Ni siquiera había visto la flecha, pero sí vio cómo el segundo vampiro desaparecía entre los árboles.

«No, no estamos durmiendo», pensó.

—Siento que hayamos tardado tanto, pero no podíamos dejar a medias lo que estábamos haciendo. Infusión. Perfecto. —Glenna fue directamente a la mesa y se sirvió una taza para ella y otra para Hoyt—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Moira volverá en un momento. Ha ido arriba, para liquidar a uno de los vampiros que estaba fuera de la casa.

—Oh. —Glenna dejó escapar el aire ruidosamente mientras se sentaba—. De modo que han regresado. Bueno, fue agradable mientras duró.

—Sólo he podido alcanzar a uno de ellos. —Moira entró en la biblioteca con su arco—. Estaba demasiado oscuro como para distinguir al segundo vampiro y probablemente hubiera sido desperdiciar una flecha.

Pero dejó apoyados el arco y la aljaba junto a la ventana por si tenía otra oportunidad.

—Muy bien, ahora ya estamos todos aquí. He recibido una visita de Morrigan... o ha hecho que yo la visitase. Como quiera que haya sido, ha funcionado.

—¿Has tenido una visión? —preguntó Hoyt.

—Lo que fuese. He estado en el campo de batalla. Estaba vacío. Sólo viento, niebla y Morrigan. Y un montón de cuestiones crípticas relacionadas con los dioses hasta llegar a la conclusión de que debemos marcharnos a Geall dentro de una semana. Eso es lo que ha dicho ella.

—¿Regresamos a Geall? —Moira se acercó a Larkin y apoyó una mano sobre su hombro—. Regresamos a Geall.

—Eso es lo que ha dicho la señora —confirmó Blair—. Tenemos una semana para prepararnos para el viaje. Para decidir lo que necesitamos, hacer el equipaje y acabar lo que sea que estéis haciendo en la torre mágica. Debemos ir al círculo de piedra, el camino por el que vosotros llegasteis aquí —añadió, haciendo un

gesto con la cabeza hacia Larkin y Moira—. La forma en que Hoyt también llegó. No sé cómo funciona, pero...

—Tenemos llaves —le dijo Moira—. Morrigan me dio una llave a mí y otra a Hoyt.

—Pues yo diría que los arreglos del viaje dependen de vosotros entonces. Llevaremos todas las armas que podamos cargar. Pociones, lociones... todo lo que Glenna y Hoyt consideren que puede sernos de utilidad. El principal problema que veo es que, para que Cian pueda ir allí, tenemos que esperar un día muy nublado o abandonar la casa después de que se haya puesto el sol. Considerando que de nuevo hay vigías en el bosque, sabrán inmediatamente que nos hemos puesto en marcha e intentarán detenernos, de eso no cabe la menor duda.

—Y le dirán a Lilith que nos hemos largado —añadió Glenna.

—Y ella sabrá adonde. De modo que, cuando regresemos a Geall, la llevaremos hasta allí. —La mano de Moira se tensó sobre el hombro de Larkin—. Llevaré esa plaga a mi pueblo.

—Es algo inevitable... —comenzó a decir Blair.

—Hablas así porque te has acostumbrado a vivir con eso. Yo quiero ir a casa —dijo Moira—. Tengo tantas ganas de regresar que no puedo ni expresarlo, pero ¿llevar conmigo algo tan maligno? ¿Y qué pasa si la batalla nunca se produce? ¿Si encontramos su portal y lo sellamos? Podríamos cambiar el destino.

El destino, en opinión de Blair, era algo que era mejor no tomarse a la ligera.

—Entonces la batalla se libraría aquí —dijo—, donde no estaba previsto. Con lo que nuestras posibilidades de victoria disminuirían drásticamente.

—Moira —intervino Larkin al tiempo que se levantaba y rodeaba el sofá hasta quedar delante de su prima—. No amo a Geall menos que tú, pero éste es el camino. Fue lo que te pidieron a ti y lo que tú me pediste a mí.

—Larkin.

—La plaga de la que hablas ya ha infestado Geall. Se llevó a tu madre. ¿Me pedirías ahora que abandonase a los míos, que traicionase su confianza? ¿Que hiciera peligrar la misión?

—No. Lo siento. No tengo miedo por mí. Ya no. Pero veo los rostros de toda esa gente en las jaulas y se convierten en los rostros de aquellos que conozco, de la gente de Geall. Y siento miedo.

—Se tranquilizó—. Se trata de algo más que Geall, lo sé. Nos marcharemos dentro de una semana.

—Una vez que estemos allí formaremos un ejército. —Hoyt miró a Moira—. Le pedirás a tu gente que luche, que se unan a este círculo.

—Ellos lucharán.

—Eso supondrá mucho entrenamiento —señaló Blair—. Y será más complicado aún que lo que hemos estado haciendo hasta ahora. Nosotros sólo somos seis, y tendremos que ser capaces de

reunir a cientos de hombres. Por otra parte, no se trata sólo de poner una estaca en sus manos, hay que enseñarles a matar vampiros.

—Con una excepción —señaló Cian, y alzó su copa a modo de saludo.

—Nadie te pondrá las manos encima —le aseguró Moira.

Él le respondió con una sonrisa indolente.

—Pequeña reina, si creyera que no iba a ser así, lanzaría confeti al aire y os desearía un buen viaje.

—Muy bien, hay otra cosa. —Blair se acercó de nuevo a una de las ventanas, sólo para ver si algún vampiro se había arriesgado a acercarse a la casa—. Por lo que sabemos, Lilith también podría haberse puesto en marcha. Incluso es posible que llegue allí antes que nosotros. ¿Podemos hacer algo con el círculo de piedras, algún conjuro, para saber si ha sido utilizado para... abrir la puerta?

—Debería haber alguno. —Glenna miró a Hoyt—. Sí, creo que podemos hacerlo.

—No hay necesidad de que lo hagáis. Ella no puede usar el Baile de los Dioses.— Larkin cogió nuevamente su botella de cerveza—. Moira, ¿no dijiste cuando atravesamos el portal que un demonio no podía entrar en el círculo?

—Es un lugar puro —convino ella—. Esas criaturas no pueden entrar en el anillo, y mucho menos utilizarlo para pasar de un mundo a otro.

—De acuerdo, tenemos otro problema más grande.

Cian confirmó el comentario de Blair alzando nuevamente su copa.

—Parece que, después de todo, tendré que lanzar el confeti.

—Eso es realmente grave, ¿verdad? Lo había olvidado. — Larkin frunció los labios antes de beber otro trago de cerveza—. De modo que tendremos que encontrar cómo solucionarlo. Tal como yo lo entiendo, debemos ir los seis, así que debe haber un modo de hacerlo. Sólo necesitamos encontrarlo.

—Iremos todos juntos —dijo Hoyt apartando su taza— o no iremos.

—Sí —asintió Larkin—. No dejamos a nadie atrás. Y esta vez nos llevaremos el caballo —se recordó a sí mismo, y sonrió mirando a Cian—. Si a ti no te importa.

—Resolveremos el problema. ¿A alguien se le ocurre alguna solución mágica? —preguntó Blair a Hoyt.

—La diosa debe interceder. Tiene que hacerlo. Si Glenna y yo intentamos abrir el portal para que Cian pueda pasar, podríamos cambiarlo todo, perturbar el poder; cerrar el paso por completo de modo que nadie pueda entrar... o volver a salir.

—Cada vez que cambias la naturaleza de algo —explicó Glenna— te arriesgas a que haya consecuencias. En realidad, la magia tiene mucho en común con la física. El círculo es un lugar sagrado, terreno santo, eso no podemos alterarlo. Pero al mismo

tiempo, Cian debe ir con nosotros, y a instancias de la diosa. Así pues, trabajaremos en ese portal.

—Si existe otro camino, otro portal que Lilith necesite utilizar, quizá Cian también pudiera utilizarlo. —Blair miró a éste con el cejo fruncido—. Ésa sería mi segunda opción. No me gusta que nos separemos, especialmente un día de traslado.

—Sumado al hecho —le recordó Cian— de que no sé dónde demonios podría estar ese portal o ventana.

—Sí, eso además. Pero quizá podamos descubrirlo.

—¿Otro conjuro de búsqueda? —Glenna cogió la mano de Hoyt—. Podemos intentarlo.

—No. No estaba pensando en conjuros. No exactamente.— Blair ladeó la cabeza y estudió a Larkin—. Cualquier ser vivo, ¿verdad?

Él dejó la botella de cerveza y sonrió lentamente.

—Así es. ¿En qué estás pensando?

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —Blair se encontraba en la torre, con Larkin—. Sé que fue idea mía, pero...

—Y una buena idea sin duda. Ah, ahora estás preocupada por mí, ¿a stor?

—Enviarte desarmado a un nido de vampiros fortificado, un nido protegido por escudos mágicos. No. ¿Por qué habría de estar preocupada?

—No necesitaré armas, y no sería fácil llevar una con la forma en que voy a ir.

—Cualquier cosa rara que veas, te largas inmediatamente de allí. No quieras hacerte el héroe.

—Nací para ser un héroe.

—Estoy hablando en serio, Larkin, nada de actos para impresionar al público. —Ya comenzaba a notarse el estómago revuelto—. Esta misión es sólo para recabar información. Cualquier señal de que Lilith está a punto de ponerse en marcha, cuánta gente tiene, si puedes hacerte una idea aproximada, un vistazo a su arsenal...

—Ya me lo has dicho un par de veces. ¿Acaso te parece que soy un poco tonto?

—Deberíamos esperar a que amaneciera, después te llevaríamos en coche hasta el acantilado. Allí estaremos por si tienes problemas.

—Como tú misma dijiste, es más que probable que mantengan las cuevas bloqueadas durante las horas de luz. Y es menos probable que esperen nada por la noche, como yo dije. Si voy a ser un soldado en esta guerra, Blair, debo hacer todo lo que pueda.

—Sólo digo que no hagas nada estúpido.

Acuciada por la necesidad y la preocupación, Blair cogió el pelo de Larkin con ambas manos y acercó su rostro al de él.

Mantuvo el miedo fuera del beso. No era miedo precisamente lo que quería transmitirle. Le entregó en cambio calor y esperanza, y se mantuvo pegada a él mientras el impacto del beso le recorría de arriba abajo.

—No tan de prisa —dijo él cuando ella comenzó a apartarse. Y la hizo girar de modo que su espalda quedó contra la pared de la torre—. No todos hemos acabado ya.

Eso era lo que Larkin había estado buscando, ese fuego. Llamas ardientes surgían de ella para recorrer la sangre de él. Dejó que lo quemasen mientras la cogía por las caderas y acariciaba su cuerpo con las manos. Para poder llevarse su forma.

—Cian los ha atraído delante de...

Moira se interrumpió, con los ojos abiertos como platos al ver a Blair y a su primo besándose apasionadamente.

—Lo siento.

—No hay problema —la tranquilizó Larkin—. Sólo era un beso de despedida. —Cogió el rostro de Blair entre las manos—. Estaré de regreso por la mañana.

Luego se volvió y abrió los brazos hacia Moira.

Ella corrió a refugiarse entre ellos.

—Ten cuidado. No soportaría perderte, Larkin. Recuérdalo, recuerda que todos te estaremos esperando, y regresa sano y salvo.

—Al amanecer. —Besó a Moira en ambas mejillas—. Mantened una vela encendida por mí.

—Estaremos vigilando. —Blair se volvió y abrió la ventana—. Con el cristal de Glenna, todo el tiempo que nos sea posible.

—No me molestaría nada comer una de esas tostadas rebozadas en huevo y leche cuando vuelva.

La miró fijamente.

Lo primero que cambió en Larkin fueron los ojos. Blair se dio cuenta entonces. En primer lugar, la pupila y el iris, luego brillaron incandescentes.

El halcón la miró del mismo modo en que lo había hecho el hombre y, a continuación, alzó el vuelo hacia la noche, silencioso como el aire.

—Estará bien —dijo Blair con un susurro—. Estará bien.

Moira buscó su mano y, juntas, se quedaron mirando el cielo hasta que el halcón se perdió de vista.

CAPITULO 7

Remontó en el aire. Con la altura alcanzada y sus ojos de halcón, Larkin pudo ver a los que se movían furtivamente alrededor de la casa. Contó ocho, una pequeña partida pues, y probablemente vigías, como había dicho Blair. No obstante, volvió a volar en círculos sobre la casa para asegurarse de que se trataba de un grupo de exploración y no de una fuerza de ataque.

Al ampliar el círculo, divisó la furgoneta al final del sendero, justo después del desvío. Por supuesto, pensó, necesitaban algún medio para salir de las cuevas y regresar a ellas, ¿verdad? Pero resultaba osado y un tanto insultante que dejaran su máquina tan cerca de la casa.

Volvió a describir un círculo en el cielo, estudiando la situación, y luego se lanzó en picado hacia abajo.

Recordó lo que Glenna había dicho acerca del funcionamiento de la furgoneta, que se necesitaba una llave para... ¿cómo era?, el encendido. Era una lástima que no la hubiesen dejado allí colgada, en la máquina.

Pero recordó asimismo que Glenna le había explicado que las ruedas sobre las que se apoyaba la máquina estaban llenas de aire. Si

la rueda se perforaba y el aire escapaba de su interior, la rueda se desinflaba, lo cual era un verdadero quebradero de cabeza, había dicho ella.

Pensó que sería productivo, y divertido al mismo tiempo, darles a los vampiros un quebradero de cabeza.

Cambió de forma y se convirtió en un unicornio, con una pátina dorado pálido sobre su piel blanca. Y, bajando la cabeza, clavó su cuerno puntiagudo en el neumático. Se produjo un agradable estallido, y luego se oyó el siseo del aire al escapar a través del orificio. Para asegurarse, perforó el neumático por segunda vez.

Satisfecho, Larkin trotó alrededor de la camioneta y perforó los tres neumáticos restantes hasta que vio que el vehículo quedaba apoyado sobre cuatro ruedas desinfladas. «A ver cómo hacéis ahora para que esta máquina vuelva a funcionar, bastardos», pensó.

Luego volvió a elevarse, con sus alas desplegadas, y voló hacia el sur.

La luz de la luna era suficiente para guiarlo, y soplaba un viento fresco que lo ayudaba a mantener la velocidad. Allí abajo podía ver la tierra, cómo se extendía ondulándose en la distancia. Las colinas elevadas, el variado mosaico de los campos.

Las luces brillaban débilmente en los caseríos y en los pueblos más grandes.

Pensó en los animados *pubs*, con la música llenando el ambiente y el olor de la cerveza y las bellas mujeres. Las voces de la

gente y el sonido de las risas. Una noche, cuando toda esa historia hubiese acabado, él quería sentarse en un pub en compañía de sus amigos, esas cinco personas que eran vitales para él, y alzar una jarra de cerveza con todas esas voces, con toda esa música a su alrededor.

Era una buena imagen para que lo acompañase durante su largo vuelo hasta el nido de los monstruos.

Abajo, pudo ver el largo y bello curso del río que llamaban Shannon.

Era una tierra hermosa, pensó, tan verde como la de su hogar, y con el mar muy próximo. Podía oír el sonido de las olas hacia el sudoeste.

Sabía que el dragón era más veloz, pero se había decidido por el halcón. Deseó poder volar de nuevo por allí, en forma de dragón, con Blair montada en su lomo. Ella podría decirle los nombres de lo que se veía desde arriba, los pueblos y las ruinas, los ríos y los lagos. ¿Conocería ella el nombre de aquella cascada que ahora estaba sobrevolando, la que era tan alta y poderosa como la Faene Falls, en Geall?

Recordó el tacto de sus piernas aferradas en torno a su cuerpo mientras se elevaban en el aire. La forma en que se rió. Nunca conocería a nadie como ella, guerrera y mujer, tan fuerte y vulnerable a la vez. El puño dispuesto y un corazón tan tierno.

Le gustaba su forma de hablar, rápida y segura. Y el modo en que sus labios se curvaban hacia arriba, primero una comisura y luego la otra, cuando sonreía.

Sentía una gran atracción hacia Blair que le parecía tan natural como el hecho de respirar. Pero había algo más mezclado con ello; algo intenso que no alcanzaba a reconocer. Sería muy interesante descubrir lo que significaba.

Voló por encima de la gran cascada y del frondoso bosque que la rodeaba. Pasó a baja altura sobre el débil resplandor de los lagos, donde se reflejaba la luz de las estrellas. Y se dirigió hacia el haz de luz del faro que coronaba los acantilados.

Comenzó a descender, silencioso como una sombra.

Alcanzó a ver dos figuras en la estrecha franja rocosa. Una mujer, comprobó, acompañada de un niño. La alarma hizo que el corazón se tensara dentro de su pequeño pecho. Los monstruos los capturarían si vagaban en la oscuridad cerca de las cuevas. Prisioneros, después usados y luego asesinados. Y él no tenía armas para defenderlos.

Descendió hasta posarse tras la sombra de una roca, y a punto estuvo de recuperar la forma humana para advertirles. Pero en ese momento, la mujer se volvió para sonreírle al niño, y la fría luz blanca de la luna le iluminó el rostro. Él la había visto solamente una vez antes de entonces de pie en lo alto de los acantilados. Pero jamás olvidaría su rostro. Lilith. La autoproclamada reina de los muertos vivientes.

—Por favor, mamá, por favor, quiero cazar.

—Davey, recuerda lo que te dije. Nosotros no cazamos cerca de casa. Tenemos mucha comida dentro y, puesto que has sido tan bueno... —se agachó para darle unos golpecitos en la nariz, un gracioso gesto de cariño—, puedes escoger lo que más te guste.

—Pero no es tan divertido teniéndolos allí.

—Lo sé. —Lilith suspiró mientras le revolvía el pelo, brillante y dorado—. No resulta muy excitante. Pero ya no queda mucho. Cuando estemos en Geall podrás cazar todas las noches.

—¿Cuándo?

—Pronto, mi precioso corderito.

—Ya estoy harto de estar aquí.

Con tono petulante, el niño pateó el suelo rocoso.

Larkin pudo ver que tenía el rostro de un pequeño diablillo, redondo y dulce.

—Me gustaría tener un gatito. Por favor, mamá, ¿puedo tener un gatito? No me lo comeré, como la última vez.

—Eso mismo dijiste del cachorro —le recordó ella con una risa breve y alegre—. Pero ya veremos. ¿Qué me dices a esto? Soltaré a uno de los prisioneros para ti, para que corra a través de las cuevas. Tú puedes perseguirle y darle caza. ¿No crees que sería divertido?

Cuando el niño sonrió, la luz de la luna reveló una expresión ilusionada en su rostro cubierto de pecas, y arrancó reflejos de sus colmillos.

—¿Puedo tener dos?

—Eres un glotón. —Ella lo besó pero según Larkin pudo comprobar, no de la manera en que una madre besa a un hijo—. Eso es lo que me encanta de ti, mi único y verdadero amor. Vayamos dentro y podrás escoger los que más te gusten.

Detrás de la roca, Larkin volvió a cambiar de forma. Una rata larga y oscura se deslizó dentro de las cuevas, detrás de las faldas de Lilith.

Podía oler la muerte y ver a los seres que se movían en la oscuridad. Inclínaban la cabeza cuando Lilith pasaba junto a ellos.

La luz era escasa, apenas un puñado de antorchas fijadas a las paredes. Pero a medida que se adentraban en el laberinto de cuevas, la luz adquiría una desvaída tonalidad verde que a Larkin le pareció artificial. Magia, lo sabía, del mismo modo que sabía que esa magia no era blanca y limpia.

Lilith atravesó el laberinto de cuevas, aferrando la mano del niño que trotaba a su lado. Los vampiros trepaban por las paredes como si fuesen arañas, o colgaban del techo como murciélagos.

Sólo esperaba que no estuviesen excesivamente interesados en un aperitivo de sangre de rata.

Siguió el susurro de las faldas de Lilith procurando mantenerse en los rincones oscuros.

Los sonidos de un sufrimiento humano indescriptible comenzaron a resonar en la cueva.

—¿Qué clase de humano quieres, querido? —Lilith balanceó los brazos junto con los del pequeño, como si hubiesen salido de paseo y estuviesen frente a un apetitoso escaparate—. ¿Uno joven y delgado o quizá otro con un poco más de carne?

—No lo sé. Primero quiero mirarlo a los ojos. Entonces lo sabré.

—Chico listo. Haces que me sienta orgullosa de ti.

Había más jaulas de las que había imaginado y el simple horror de esa escena obligó a Larkin a hacer un esfuerzo para no cambiar de forma. Quería transformarse en un hombre, coger la espada de uno de los guardias y empezar a cortar cabezas.

Podría acabar con unos cuantos, y quizá mereciera la pena morir por ello, pero nunca conseguiría rescatar a ninguna de esas personas.

Blair ya se lo había advertido, pero él no la había escuchado del todo.

Ahora, el niño se había soltado de la mano de su madre y se paseaba, con las manos a la espalda, por delante de las jaulas. Un niño mirando los pasteles expuestos en una pastelería, pensó Larkin.

Davey se detuvo frunciendo los labios mientras estudiaba a una mujer joven que estaba acurrucada en la esquina de una de las jaulas. Parecía que estuviera cantando o quizá rezando, ya que las palabras resultaban ininteligibles. Pero Larkin vio que sus ojos ya estaban muertos.

—Cazar a ésta no sería nada divertido. —Incluso cuando Davey la tocó a través de los barrotes, la muchacha permaneció impasible—. Ya no tiene miedo.

—A veces se vuelven locos. Después de todo, sus mentes son débiles, igual que sus cuerpos. —Lilith señaló hacia otra de las jaulas—. ¿Qué me dices de éste?

El hombre que había en la jaula mecía entre sus brazos a una mujer que estaba dormida o bien inconsciente, con sangre en el cuello y el rostro pálido como la cera.

—Zorra. Eres una zorra, ¿qué le has hecho? Te mataré.

—¡Vaya, éste parece que aún conserva un poco de vida! — Lilith sonrió satisfecha y se echó hacia atrás la cabellera dorada—. ¿Qué opinas, querido?

Davey alzó la cabeza y luego la meneó.

—No correrá. No querrá abandonar a su mujer.

—Eres muy observador, Davey. —Su madre se agachó y lo besó en ambas mejillas con evidente orgullo—. Qué chico tan grande y tan inteligente.

—Quiero ésta. —Señaló a una mujer que apretaba la espalda contra el fondo de la jaula. Sus ojos miraban hacia todas partes—. Tiene miedo y piensa que tal vez, tal vez, pueda escapar, de modo que correrá y correrá y correrá. Y a ése. —Davey señaló hacia arriba—. Está loco, quiere luchar. Mira cómo sacude los barrotes.

—Creo que son dos elecciones excelentes —dijo Lilith, e hizo chasquear los dedos en dirección a uno de los guardias, los cuales llevaban una armadura ligera y cascos de cuero—. Liberad a esos dos y haced correr la voz. No se los debe tocar, excepto para impedir que abandonen las cuevas. Pertenece al príncipe.

Davey comenzó a dar brincos al tiempo que aplaudía entusiasmado.

—¡Gracias, mamá! ¿Quieres jugar tú también? Los compartiré contigo.

—Eso es encantador de tu parte, pero ahora tengo que hacer algunas cosas. Y recuerda que debes lavarte cuando hayas terminado de comer. —Se volvió nuevamente hacia uno de los guardias—. Dile a lady Lora que quiero que se reúna conmigo en la cueva del mago.

—Ésa primero. —Davey señaló a la mujer.

Ésta empezó a gritar y se debatió con desesperación cuando el guardia la sacó a rastras de la jaula, mientras otro guardia hacía retroceder a golpes a los que estaban con ella y pretendían impedir que se la llevaran.

El cuerpo de Larkin le pedía hacer algo. Cualquier cosa.

Davey se inclinó para olfatear a la temblorosa mujer y así fijar su olor.

—Ahora eres mía, y jugaré contigo todo el tiempo que desee, ¿verdad, mamá?

—Así es, querido.

—Suéltala —ordenó Davey al guardia. Luego, sus ojos desprendieron un resplandor rojizo mientras miraba a la mujer. ¡Corre, corre, corre! Juguemos al escondite! —gritó, cuando ella se alejó a trompicones.

Davey se encaramó a la pared y se quedó allí mientras le sonreía a Lilith por encima del hombro. Luego desapareció en la oscuridad.

—Es agradable ver cómo disfruta. Liberad al otro en, digamos, quince minutos. Mientras tanto, estaré con el mago. Regresaría, se dijo Larkin. Una vez cumplida su misión, volvería y abriría las jaulas. Al menos eso daría a los prisioneros una posibilidad de luchar para escapar. Para sobrevivir.

Pero en esos momentos, haciendo oídos sordos a los gritos y gemidos, y también a sus propios instintos, siguió a Lilith.

La prisión estaba separada por un largo túnel de lo que se suponía que eran las zonas destinadas a vivienda, almacenamiento y trabajo. Lilith había construido allí una especie de mansión subterránea. Había toda una serie de habitaciones, algunas de ellas ricamente amuebladas, otras cerradas con puertas protegidas por guardias armados.

Un hombre y una mujer vestidos con jerséis y téjanos negros, llevaban ropa de cama limpia a través del túnel. Obviamente criados, decidió Larkin, y pensó que probablemente se tratase de criados humanos. Cuando Lilith se acercó, ambos se detuvieron y le hicieron una profunda reverencia.

Ella siguió su camino como si no los hubiese visto.

Larkin oyó el sonido de gente combatiendo y se detuvo un momento para echar un vistazo a uno de los túneles. Vio una zona de entrenamiento no muy diferente de la que ellos utilizaban en la casa de Cian. En las cuevas, las criaturas, hombres y mujeres, practicaban con espadas o mazos, cuchillos o con las manos desnudas.

Dos prisioneros, desarmados y con grilletes, eran utilizados del mismo modo en que él y su círculo usaban los muñecos de prácticas. Vio a la criatura llamada Lora cruzando su acero con un hombre más grande que ella. No llevaban ninguna protección, y las espadas, según pudo comprobar, mostraban un filo mortal.

Lora saltó sobre su pareja de entrenamiento con un movimiento tan veloz que fue apenas una mancha fugaz. Aunque el hombre se volvió, la espada lo hirió en el pecho.

Cuando cayó al suelo, Lora se abalanzó sobre él.

—Siempre fallas ese golpe. —Se inclinó y lamió su sangre con expresión divertida—. Si fueses humano, mon cher, estarías muerto.

—Nadie puede superarte con la espada. —Su respiración era entrecortada, pero alzó una mano y le acarició la mejilla—. No sé por qué lo intento.

—Si Lilith no me necesitara, disputaríamos otro asalto.

Pasó un dedo por su mejilla y luego le dio otro lametón.

—Tal vez más tarde... hacia el amanecer.

—Si la reina no me necesita, vendré a buscarte —contestó Lora.

Entonces volvió a inclinarse, y el beso fue largo y apasionado.

Envainó la espada ensangrentada y se marchó, con Larkin tras ella.

Lora apenas se detuvo cuando la mujer que había sido liberada para que el niño jugase, cayó llorando delante de ella. Lora se limitó a pasarle por encima y mirar el par de ojos rojos que brillaban en la oscuridad.

—¿Jugando al corre corre que te pillo, Davey?

—Yo quería jugar al escondite, pero ella no deja de caerse. ¡Haz que se levante, Lora! Haz que corra un poco más. El juego todavía no ha terminado.

Lora dejó escapar un suspiro de resignación.

—Ça va. —Se agachó y levantó la cabeza de la mujer cogiéndola por el pelo—. Si no corres y mantienes entretenido a nuestro querido Davey, te prometo que te cortaré los dedos uno por

uno. Primero los de las manos y luego los de los pies. —Se incorporó arrastrando a la otra con ella—. ¡Ahora, allez!⁴.

Cuando la mujer se alejó llorando, Lora volvió la vista hacia Davey.

—¿Por qué no le concedes algo más de ventaja inicial? Es más deportivo y así el juego durará más tiempo.

—Sería más divertido si tú también jugaras. Siempre es más divertido contigo.

—Y no hay nada que me gustase más que jugar contigo, pero tu madre quiere verme ahora. Tal vez más tarde podamos jugar a otra cosa.

Lora le sopló un beso y continuó su camino.

Larkin, profundamente asqueado, la siguió.

La vampira en una habitación. Larkin sintió las ondas de magia al tiempo que se apresuraba a entrar tras ella.

—Ah, Lora, te estábamos esperando.

—Estaba terminando un asalto con Lucio y luego me he encontrado a Davey. Se lo estaba pasando de maravilla.

—Sí, estaba loco por jugar.

Lilith extendió una mano y Lora se acercó y se la cogió. Juntas, casi mejilla con mejilla, miraron al hombre que estaba en el centro de la habitación.

⁴ Corre.

Llevaba una especie de túnica negra ribeteada en rojo. Su pelo era una espesa melena plateada que enmarcaba un rostro de ojos negros como el ónix, nariz larga y aguileña y una boca de labios finos que no sonreía.

Detrás de él había un fuego que ardía sin hogar ni troncos ni turba. Suspendido encima del fuego había un caldero del que salía un humo verde pálido, el mismo color de la luz nauseabunda que brillaba en las cuevas. Sobre dos mesas largas se veían frascos y botes. Lo que fuese que nadara en su interior parecía viscoso, y vivo.

—Midir. —Lilith señaló al hombre con un amplio gesto del brazo—. Quería que Lora nos acompañase cuando mantuviéramos esta discusión. Ella me tranquiliza. Como sabes, he necesitado algo de tiempo para recuperar la calma después del desastre que sufrimos hace unos días.

Lilith caminó unos pasos, cogió una pequeña garrafa y vertió líquido rojo en un vaso. Lo olió.

—¿Fresca? —le preguntó al mago.

—Sí, mi señora. Extraída y preparada para vos.

Lilith bebió un trago y le ofreció el vaso a Lora.

—Debería preguntarte si ya estás completamente restablecido de tus heridas.

—Estoy bien, mi señora.

—Te pido disculpas por haber perdido los nervios, pero me decepcionaste, Midir. Profundamente. Tu castigo habría sido mucho más severo si Lora no me hubiese tranquilizado. Ellos se llevaron ese ganado bajo mis propias narices. Y dejaron un mensaje

insultante en la mismísima puerta de mi casa. Tú eras el encargado de proteger mi hogar de esas situaciones y fallaste miserablemente.

—Me siento humillado, mi señora. —Se arrodilló e inclinó la cabeza—. No estaba preparado para ese intento, y tampoco para la fuerza del poder que contenía. No volverá a ocurrir.

—Por supuesto que no, de lo contrario te entregaré a Lora. ¿Sabes cuánto tiempo puede mantener a un hombre con vida?

Desvió la mirada hacia su compañera con una dulce sonrisa cómplice.

—Hubo ese tío, en Budapest —recordó Lora—. Lo mantuve vivo durante seis meses. Podría haber hecho que durase más, pero me aburrí de él. No creo que pudiese aburrirme de Midir aunque pasaran años. Pero...

Lora deslizó suavemente la mano por la espalda de Lilith.

—Él nos resulta útil, chérie. Posee un gran poder y está ligado a ti, n'est-cepas?

—El me hizo promesas, muchas y grandes promesas. Silencio—dijo bruscamente cuando Midir volvió a alzar la cabeza—. Debido a esas promesas aún tiene que sentir mi mordedura. Pero tú eres mi perro, Midir, y nunca debes olvidarlo.

Ahora el hombre alzó lentamente la cabeza.

—Os sirvo a vos, majestad, y sólo a vos. Os escogí, mi señora, para daros el portal, para que pudieseis caminar entre los mundos y dominarlos.

—Y así tú pudieses moverte también entre ellos, mago, arrancando el poder como si fuesen margaritas, con mi ejército a tu

espalda. Y, no obstante, ese poder se rompió cuando fue golpeado por aquello que los mortales esgrimían.

—Ellos nunca deberían haberlo conseguido, eso es verdad.— Lora intervino nuevamente para apaciguar los ánimos—. Midir permitió que ellos os humillasen, y eso es imperdonable. Pero aun así, somos más con él que sin él. Con Midir lo conseguiremos para Samhain.

—¿Lo ves? Ella me tranquiliza. —Lilith volvió a coger el vaso de manos de Lora mientras ambas permanecían enlazadas por la cintura—. Estás vivo gracias a lo que ella ha dicho... y estoy de acuerdo con sus palabras. Y porque al menos, tuviste el buen juicio de traer la oscuridad cuando nos dimos cuenta de que habíamos sido invadidos. Oh, vamos, levántate, levántate.

Midir se puso de pie.

—Mi señora, ¿puedo hablar?

—He dejado la lengua en tu boca.

—He consagrado mi poder y mi vida a vos durante más de doscientos años. Os he construido este lugar como ordenasteis, bajo tierra, y lo he escondido a la mirada de los humanos. La magia que tienen ellos es muy poderosa, pero pese a ello, al final conseguí vencerles.

—Es verdad, es verdad. Pero sólo después de que me hubiesen robado prisioneros.

—Ellos son formidables, mi señora. —Cruzó las manos de modo que quedaron ocultas dentro de las amplias mangas de su túnica—. Menos que eso no hubiese sido digno de vos. Pero así, vuestro triunfo será mayor cuando los hayáis derrotado.

—Adulador.

—Midir estuvo a punto de conseguir hacerme entrar en la casa—dijo Lora—. Estuve tan cerca que casi podía saborear a esa mujer. Fue un buen conjuro, tan poderoso que venció la voluntad de la cazadora. Podríamos volver a intentarlo.

—Sí, podríamos hacerlo —convino Midir—. Pero sólo faltan dos semanas para que abramos nuevamente el portal. Necesitaré toda mi fuerza para ello, majestad. Y otro sacrificio.

—¿Otro sacrificio? —Lilith puso los ojos en blanco—. Qué aburrido. Y supongo que en esta ocasión se tratará también de una virgen.

—Si ése es vuestro deseo, mi señora. Entretanto, tengo un regalo que espero que os agrade.

—¿Más diamantes? —Lilith se llevó la mano a la boca para cubrir un delicado bostezo—. Me estoy cansando de ellos.

—No, mi señora, no se trata de diamantes. Es algo más precioso, creo.

Midir cogió un pequeño espejo de mano por el mango de hueso y se lo ofreció a Lilith.

—¿Estás jugando conmigo? Esa chuchería... —Lilith se quedó boquiabierta cuando hizo girar el pequeño espejo—. ¡Es mi rostro!

Perpleja, se llevó una mano a la mejilla con la mirada fija en el cristal.

Era como si estuviese mirando a través de una fina niebla, pero podía ver la forma de su rostro, los ojos, la boca. La alegría de ese momento casi la hizo llorar.

—Oh. Oh, puedo ver cómo soy. Soy hermosa. Mis ojos son azules. De un azul muy bello.

—Permitidme... —Lora se acercó al espejo y sus ojos se abrieron como platos al ver su rostro reflejado en el pequeño cristal, junto al de Lilith—. ¡Oh! C'est magnifique! Je suis belle!

—Míranos, Lora. ¡Oh, oh, mira cuan maravillosas somos!

—Mucho mejor que una fotografía o un dibujo. Mira, ¡nos movemos! Mira cómo se unen nuestras mejillas.

—Estoy aquí —murmuró Lilith—. Hace mucho tiempo, antes de que se me concediese el don, podía ver mi rostro en un cristal pulido, en el agua cristalina de un lago. La forma de mi cara y cómo caía mi cabellera enmarcándola.

Ahora se tocó el pelo, observando cómo se movían sus dedos a través de él.

—La forma en que mis labios, mis mejillas, se transformaban con una sonrisa, cómo subían y bajaban mis cejas. La última vez que pude ver este rostro fue en los ojos de quien me transformó. Han pasado dos mil años desde la última vez que me vi. —Una lágrima se deslizó lentamente por su mejilla y su reflejo le encantó—. Estoy aquí —repitió en voz baja, una voz teñida de emoción—. Estoy aquí.

—¿Os sentís complacida, majestad? —Midir bajó sus manos cruzadas hasta la cintura—. Pensé que era vuestro deseo más ansiado.

—Nunca me habían hecho un regalo así. ¡Mirad cómo se mueve mi boca cuando hablo! Quiero un espejo grande, Midir, tan grande que pueda verme toda entera.

—Creo que puede conseguirse, pero requerirá tiempo y poder.

El portal...

—Por supuesto, por supuesto. —Lilith movió el espejo por encima de su cabeza para tratar de ver un poco más de sí misma—. Soy tan codiciosa como Davey, exigiendo más a pesar de tener un tesoro en mis manos. Midir, me has complacido más allá de las palabras. Haré que te consigan todo lo que necesites.

Cuando el mago inclinó la cabeza, ella se acercó a él y le tocó la mejilla.

—Más allá de las palabras —repitió—. Nunca olvidaré que te esforzaste por alegrar mi corazón.

Larkin se escurrió velozmente fuera de la habitación. Puesto que sólo hablaban del espejo y de belleza, se alejó para echarle un vistazo al arsenal y para hacerse una idea más precisa del número de enemigos.

Recorrió túneles largos y oscuros y pasó por debajo de las puertas. En una de las cámaras encontró a tres vampiros dándose un festín con un hombre. Cuando el hombre gimió, la impresión hizo que Larkin se descuidase. Uno de los vampiros lo descubrió y alzó el rostro ensangrentado con una sonrisa en los labios.

—No me importaría una pequeña rata de postre.

Cuando el monstruo se lanzó sobre él, Larkin salió disparado por debajo de la puerta y cruzó también la siguiente, escurriéndose entre los pies del guardia.

Estaba dentro del arsenal.

Allí había miles de armas. Para más de un millar de hombres. Espadas y lanzas, arcos y hachas, todas dispuestas con una precisión militar que le confirmó que se trataba de un auténtico ejército, y no sólo de una manada de animales.

Y llevarían estas armas con ellos a Geall para destruirlo.

Bueno, primero les causaría algunos problemas.

Recuperó su forma humana y, con la única antorcha que había en la pared, prendió fuego a las mesas, los baúles, los armarios.

Distracción y destrucción, pensó, lanzando la antorcha a un lado antes de volver a transformarse en una rata.

Regresó tan velozmente como pudo a la zona donde se encontraban los prisioneros enjaulados. Vio que el hombre que el niño había escogido para su juego ya no estaba en su jaula. Ya era demasiado tarde pues para salvarlo a él o a la mujer, pero había otros; más de veinte prisioneros, y al menos les daría una oportunidad de escapar de allí.

Ahora sólo había un guardia. Apoyado contra la pared, parecía estar dormitando a pesar de los gemidos y súplicas de los prisioneros.

Para conseguir su propósito, necesitaría velocidad y suerte, pensó Larkin. Contaba con tener ambas. Volvió a asumir su forma humana, cogió la espada del vampiro y lo atravesó con ella.

Cuando el guardia estalló en una nube de polvo, los gritos que salían de las jaulas eran ensordecedores.

—Tenéis que correr.

Cogió el manojó de llaves que colgaba de un gancho en la pared y comenzó a abrir las jaulas. Le lanzó la espada a un hombre que lo miraba con expresión vacía.

—Podéis herirles con eso —dijo Larkin sin perder un segundo—. Y matarlos si les cortáis la cabeza. Atacadlos con fuego. Hay antorchas iluminando los túneles. Usadlas. Tomad. —Dejó las llaves en otro par de manos—. Abrid el resto de las jaulas. Luego echad a correr. Algunos podréis escapar. Haré todo lo que esté a mi alcance para mantener despejado el camino.

Aunque sabía muy bien que corría un gran riesgo al consumir su energía, volvió a transformarse mientras el caos se desataba a su alrededor. Salió velozmente a través de la puerta, convertido en lobo.

Giró hacia la izquierda, esperando así ganar tiempo, y se lanzó contra el primer vampiro que encontró. Lo cogió completamente por sorpresa y le desgarró el cuello. Con el hocico goteando sangre continuó su carrera.

Había esperado que el incendio que había iniciado en el arsenal los mantuviese ocupados, pero todavía no había oído ninguna alarma.

Vio que dos de los monstruos arrastraban cuerpos hasta una pila donde había más muertos. Arrojadlos, pensó, como si fuesen desperdicios. Mientras corría, volvió a convertirse en humano y, mientras cambiaba, cogió una espada.

Acabó con los dos vampiros de un solo golpe.

Ahora comenzaban a oírse gritos; no los de los prisioneros, sino sonidos de alarma y de furia. Volvió a convertirse en lobo para

aprovechar su velocidad. Ya no podía hacer más de lo que había hecho.

Continuó su carrera por uno de los túneles y vio al niño.

Estaba agachado en el suelo, devorando al hombre al que habían permitido salir de su jaula. El pelo rubio y brillante del pequeño estaba manchado de sangre, y ésta goteaba asimismo de sus dedos y sus labios.

El gruñido grave que salió de la garganta de Larkin hizo que el niño alzara la cabeza y lo mirase.

—¡Perrito! —Davey sonrió de un modo horrible—. No hay nada para ti hasta que yo haya terminado. Ya he acabado con ésa, de modo que si quieres, quédatela.

Davey hizo un gesto hacia la mujer que yacía boca abajo a pocos metros de allí.

—No ha resultado tan divertida como éste, de modo que he acabado rápido.

Larkin sintió una enorme furia, y se dispuso a saltar sobre

Davey.

—¡Davey, al fin te encuentro! —El vampiro que había estado practicando con Lora se acercaba rápidamente por el túnel—. Tu madre quiere que regreses a tus habitaciones. Algunos de los humanos se han escapado y han conseguido provocar un incendio.

—Pero todavía no he terminado.

—Pues tendrás que terminar más tarde. ¿Estas dos son tus presas? —Se agachó para palmear a Davey en la espalda a modo de

felicitación—. Bien por ti. Pero si sigues comiendo te pondrás enfermo. Enviaré a alguien para que se lleve estos cuerpos a la pila, ahora tienes que venir conmigo.

Mientras hablaba con Davey, echó un vistazo a su alrededor y vio a Larkin.

—¿Es uno de los lobos de tu madre? Pensaba que los había enviado a todos a...

Larkin advirtió el cambio en su rostro, la súbita tensión de su cuerpo. Saltó hacia adelante pero no consiguió alcanzarle en el cuello, ya que el vampiro bloqueó el ataque. La fuerza del golpe lanzó a Larkin contra la pared; por suerte se repuso rápidamente, atacando al vampiro otra vez antes de que el monstruo pudiese sacar su espada.

Hubo gritos, unos alaridos horribles y sus propios gruñidos y dentelladas. La parte de él que era lobo ansiaba la sangre tanto como el hombre que tenía dentro deseaba la venganza.

Hundió las garras en el hombro y en el pecho de aquel ser.

Entonces sintió un dolor, un dolor indescriptible cuando el niño saltó sobre su lomo y le clavó los colmillos.

Larkin retrocedió lanzando un aullido, y consiguió desembarazarse de Davey. Pero el niño se puso de pie inmediatamente mientras el vampiro que estaba en el suelo buscaba su espada.

El lobo estaba vencido, y Larkin rogó tener suficiente energía como para poder escapar de allí.

Su luz destelló, brillando débilmente. Sintió más dolor y, junto con éste, una creciente debilidad, pero consiguió convertirse en un ratón pequeño y veloz, y deslizarse en medio de la oscuridad buscando el sonido del mar.

El fuego que sentía en la parte posterior del cuello le quemaba hasta el hueso. En las cuevas se oían gritos y pies que corrían. Larkin estaba al cabo de sus fuerzas, y su velocidad se reducía, pero continuó corriendo hacia la tenue claridad de la luna, el rugido del mar.

Había gente que corría y trepaba por la pared del acantilado. Algunos cargaban con los más débiles y los heridos. Larkin sabía que, si volvía a cambiar de forma, también tendrían que cargar con él.

No podía hacer nada más. Con la escasa energía que le quedaba, consiguió arrastrar su pequeño cuerpo hasta una roca, y se ocultó tras ella.

Lo último que alcanzó a ver, fue el resplandor de las estrellas que se apagaban, junto con la llegada del amanecer.

CAPITULO 8

—Ya tendría que haber regresado. —Desde la ventana del salón, Blair vio cómo el alba se abría paso a través de la larga noche—. O estar de camino. Tal vez deberíais intentarlo de nuevo.—Se volvió hacia Hoyt y Glenna—. Empezar de nuevo.

—Blair. —Glenna se acercó a ella y le acarició el brazo—. Te aseguro que, tan pronto como se lo pueda ver, lo veremos.

—Fue una idea estúpida. Imprudente y estúpida. ¿En qué estaría pensando? Fui yo quien lo envió allí.

—No. —Ahora Glenna la cogió por ambos brazos—. Larkin fue a las cuevas y todos estuvimos de acuerdo. Estamos todos juntos en esto. Ninguno de nosotros soporta toda la carga.

—Larkin se fue sin un arma, sin un escudo.

Cerró la mano sobre las cruces que llevaba colgando del cuello.

—Difícilmente hubiese podido volar o arrastrarse o deslizarse alrededor de un nido de vampiros con una cruz alrededor del cuello —señaló Cian—. ¿Un faro como ése? No habría durado ni cinco minutos.

—¿Y qué? Podía durar diez entrando allí desnudo.

—No está muerto. —Moira habló pausadamente sentada en el suelo, con la mirada fija en el fuego—. Yo lo sabría. Creo que todos lo sabríamos. El círculo se rompería. —Miró a Hoyt por encima del hombro—. ¿No es así?

—Creo que sí. Tal vez sea algo tan simple como que Larkin necesita descansar. Asumir y mantener otras formas debe de exigir una energía y una concentración considerables.

—Así es. Por eso Larkin suele comer como un caballo de tiro.—Volviéndose para mirar a los demás, Moira consiguió esbozar una débil sonrisa—. Y, que yo sepa, nunca ha mantenido una forma durante más de dos o tres horas.

Otra pesadilla, pensó Blair. Imaginar a Larkin corriendo a través de las cuevas en la forma de rata que habían decidido que adoptaría y luego, clic, se convierte en humano sin tener siquiera una barrita de cereales para recuperar fuerzas.

—Iré a preparar algo de comida —dijo Glenna, palmeando la espalda de Blair para confortarla.

—Yo lo haré —propuso Moira mientras se levantaba—. Debo practicar más con la cocina. Y necesito hacer algo, aparte de estar sentada y preocupada.

—Te echaré una mano. —Glenna rodeó con un brazo los hombros de Moira—. Traeré café en unos minutos.

—Yo saldré un momento. —Hoyt se levantó del sillón—. Quizá pueda captar algo, sentir alguna cosa fuera de las paredes de la casa.

—Iré contigo.

Pero Hoyt miró a Blair y meneó la cabeza.

—Lo haré mejor si estoy solo.

¿Qué se suponía que iba a hacer? Ella no estaba acostumbrada a quedarse esperando. Blair era la que salía, hacía su trabajo y arriesgaba el pellejo. No se suponía que debiera quedarse dentro, retorciéndose las manos, mientras otro estaba en peligro.

—¿Te importaría correr esas otras cortinas? La luz entra desde ese lado.

Blair, sorprendida, miró por encima del hombro. Cian estaba repantigado en un sillón... y el sesgo de luz que entraba a través de las ventanas que daban al este estaba a menos de un metro de la punta de sus botas.

Imaginó que la mayoría de los miembros de su especie huirían velozmente de esa propagación de luz. Pero Cian no. Ella dudaba de que él saliese huyendo ante nada.

-Claro.

Se acercó a la ventana, corrió las cortinas y sumió la habitación en la penumbra. No se molestó en encender una lámpara. En ese momento, la oscuridad resultaba confortable.

—¿Qué le harán a Larkin? No mientas, no trates de suavizarlo. Si lo han cogido, ¿qué le harán?

«Tú lo sabes —pensó Cian—. Tú ya lo sabes.»

—Lilith hará que le torturen. Para divertirse y con el propósito práctico de sacarle información.

—Él no les dirá...

—Por supuesto que lo hará.

La impaciencia tiñó la voz de Cian. Le resultaba irritante sentirse tan unido a Larkin como para preocuparse por el muchacho.

—Lilith puede hacerle a un hombre cosas que ningún ser humano puede soportar... y mantenerle mientras con vida. Larkin le dirá todo lo que ella quiera saber. Y lo mismo harías tú o cualquiera de nosotros. ¿Y tiene alguna importancia?

—Tal vez no. —Blair se acercó, cedió a la debilidad de sus piernas y se sentó a la mesa, delante de su sillón. Él le estaba diciendo la verdad, desnuda y sin sentimentalismo. Era lo que ella necesitaba—. Lilith lo transformará, ¿verdad? Ése es el gran golpe, someter a uno de nosotros.

—Con lo que ya seríamos dos de nosotros.

—De acuerdo. De acuerdo. —Blair dejó caer la cabeza entre las manos porque le dolía, igual que las entrañas, igual que el estómago—. Cian. Si... tendremos que...

—Sí, tendremos que hacerlo.

—No creo que pueda soportarlo. No creo que pudiera seguir con todo esto. Si él está muerto sí, porque de otro modo sería como si él hubiese malgastado su vida. Pero si Lilith lo envía aquí cambiado, y tenemos que... —Alzó la cabeza y se pasó las manos sobre las mejillas húmedas—. ¿Cómo pudiste superarlo? ¿Lo que le pasó a King? Glenna me contó que King y tú estabais muy unidos, y que tuviste que matarlo. ¿Cómo se puede superar algo así?

—Me comporté como un cabrón durante un par de días.

—¿Eso ayudó?

—No especialmente. Me desesperé y bebí hasta emborracharme, luego dejé que la ira se apoderase de mí. Fue por lo que le hicieron a King, más que cualquier otra razón, por lo que llegaré al final de esto. —Giró la cabeza y estudió a Blair—. Te has enamorado de él.

—¿Qué? No es eso... él me preocupa, por supuesto. Todos nosotros. Somos una unidad.

—Los humanos son tan extraños; sus reacciones ante lo que sienten. La expresión de sus emociones. En tu caso parece tratarse de vergüenza. ¿Por qué? Ambos sois jóvenes, sanos, y atrapados en una situación llena de pasión y peligros. ¿Por qué no deberíais formar un vínculo?

—No es tan sencillo.

—No para ti, evidentemente.

Cian desvió la mirada cuando Hoyt entró en la casa y Blair se puso en pie de un brinco.

—Hay una furgoneta en el sendero. Las ruedas están destrozadas. Y hay algunas armas en su interior.

Blair no se entretuvo en coger una chaqueta. Salió corriendo de la casa en dirección al sendero. Vio que la puerta del conductor estaba abierta, con la llave en el encendido, como si alguien hubiese intentado poner en marcha el vehículo y luego lo hubiese abandonado a toda prisa.

Había un par de espadas y una pequeña nevera con varias bolsas de sangre en la parte trasera.

—Bueno, es de ellos —le dijo a Hoyt—. De eso no cabe ninguna duda. Y las posibilidades de que los cuatro neumáticos se hayan pinchado a la vez son igual a cero. —Se agachó y metió el dedo en uno de los agujeros que había en la goma—. De alguna manera, Larkin hizo esto.

—Yo diría que debieron de abandonar la furgoneta para huir al bosque y ocultarse del sol —sugirió Hoyt.

—Sí. —La sonrisa de Blair mostró su avieso propósito—. Al menos tengo algo que hacer. Voy a por las armas.

—Iré contigo —dijo Hoyt.

Blair entró en el bosque llevando una ballesta y estacas, buscando entre las sombras, moviéndose como una de ellas. En la bifurcación de un sendero, Hoyt y ella se separaron, cada uno adentrándose cada vez más en la luz, que era moteada y tenue.

Encontró a uno de ellos agazapado y oculto en una zona húmeda, cubierto por espesas sombras. Vio que era un muchacho, que no tenía más de dieciocho años en el momento de morir. Por sus ropas —téjanos agujereados y una camiseta desteñida— probablemente había sido un estudiante que recorría la zona con una mochila al hombro.

—Lo siento —le dijo Blair.

El muchacho respondió con un siseo y se arrastró para esconderse detrás del tronco de un árbol.

—Oh, venga ya, ¿crees que no puedo verte? No me obligues a ir hasta ahí.

No oyó llegar al vampiro que la atacaba por detrás, pero lo sintió. Blair realizó un medio giro y bajó el hombro derecho, de modo que cuando la criatura saltó sobre su espalda, salió lanzada por encima de ella.

Ese vampiro, una chica, tenía aproximadamente la misma edad que el muchacho, y parecía mucho más decidida.

—¿Sois pareja? Qué bonito, y también menuda mala suerte.

La chica atacó y Blair apuntó con la ballesta. Pero entonces se dio cuenta de que no quería un golpe mortal, sino un combate.

Desvió la patada de la muchacha, recibiendo la mayor parte del impacto en el costado de la cadera, y el segundo golpe en la zona lumbar. Ambos golpes llevaban fuerza suficiente como para lanzarla hacia adelante. Aterrizó sobre las manos, se levantó como un resorte y estrelló el tacón de su bota contra la cara del vampiro.

—Clases de kickboxing ¿eh?

Blair vio algo en los ojos de la muchacha cuando volvió al ataque y comenzaron a intercambiar golpes. Comprendió que es que no había comido, y recordó la pequeña nevera con bolsas de sangre abandonada en la furgoneta, cerca de la casa. Estaba desesperada.

Y demorar el desenlace sólo estaba torturándola aún más. Esta vez, cuando la vampira la atacó, Blair sacó la estaca que llevaba en la cintura y se la clavó en el corazón.

—Perra. Perra estúpida —gritó el vampiro que se había escondido detrás del árbol, y el fuerte acento de Nueva Jersey en su voz casi la divirtió.

—¿Cuál de nosotras?

Cuando el vampiro se puso de pie, ella giró sobre sus talones, pero el muchacho echó a correr.

—Oh, por el amor de Dios. —Levantó la ballesta y lo atravesó con una flecha—. Cobarde.

Se dio la vuelta rápidamente al oír un ruido a su espalda, luego se relajó al ver a Hoyt que se acercaba por el sendero.

—Sólo uno —dijo él.

—Dos aquí. Es posible que haya más, pero seguramente se han internado profundamente en el bosque. Deberíamos regresar y ver si hay alguna noticia de Larkin.

—No he podido sentir nada; tampoco su muerte. Larkin es un hombre inteligente, Blair, con muchos recursos, como habrás podido comprobar después de lo que hizo con las ruedas de esa furgoneta.

—Sí. No es ningún asno, aunque pueda convertirse en uno.

—Sé lo que significa que alguien te importe y preocuparte por su vida. —Mientras caminaban de regreso a la casa, los ojos de Hoyt, alerta y vigilantes, rastreaban los árboles—. Podemos defendernos mutuamente, pero no podemos protegernos todo el tiempo. Glenna me enseñó la diferencia.

—Yo nunca tuve que preocuparme por nadie en mi vida. Creo que no soy muy buena en ese terreno.

—Pues puedo asegurarte que es una habilidad que adquieres con gran facilidad.

Cuando finalmente dejaron atrás el bosque, Moira salía corriendo de la casa como si hubiese estallado en llamas. La

absoluta felicidad que reflejaba su rostro hizo que la preocupación de Blair se desvaneciera de inmediato.

—¡Está volviendo! —gritó—. Larkin está de regreso a casa.

—Ya lo ves. —Hoyt pasó el brazo por encima de los hombros de Blair mientras los invadía una profunda sensación de alivio—. De modo que por hoy ya no necesitas seguir cultivando esa habilidad de la preocupación.

Necesitó de todas sus fuerzas para conservar la forma del halcón, para permanecer en el aire. El dolor y la fatiga luchaban en su interior, cada uno amenazando con abrirse paso y acabar con la poca energía que aún le quedaba. Había perdido sangre, lo sabía, pero no podía decir cuánta. Sólo sabía que la mordedura en la parte posterior del cuello era un fuego lacerante que no cesaba.

No había nadie —humano o vampiro— a la vista cuando, después de que hubiera amanecido, recuperó su forma humana. Había sangre en el suelo de piedra, aunque no toda era de él. Tampoco la suficiente, se consoló, como para hacer pensar que todos los prisioneros que había conseguido liberar hubiesen sido asesinados.

Seguramente algunos de ellos habían conseguido escapar. Aunque sólo lo hubiera logrado uno...

Sintió que le flaqueaban las fuerzas, notó que una de sus alas temblaba tratando de convertirse en un brazo. Descendió, invocando al halcón para que mantuviese la forma.

«Allí está el río —pensó—. Allí está el Shannon.» Ahora sabía que estaba en el camino correcto de regreso a casa.

Convocó a su mente el rostro de Blair, aquella sonrisa en dos tiempos, el intenso azul de sus ojos, la música de su voz. Lo conseguiría, haría que eso durase kilómetros.

Podía sentir que su corazón —el corazón del halcón— latía demasiado de prisa. Incluso el simple hecho de respirar le suponía un gran esfuerzo, y su visión ya no era tan aguda. En su interior había algo que había metido aquel demonio en forma de niño. Dentro de él, circulando con su propia sangre, envenenándola.

Una debilidad, la oscuridad de Lilith, le susurró que debía rendirse.

Pero entonces Larkin oyó algo más, más intenso.

Ya casi estás en casa, muchacho-pájaro. Sigue volando, ya casi estás devuelta. Te estamos esperando. Vamos a prepararte el desayuno de los campeones, todo lo que seas capaz de comer. Venga, Larkin, regresa a casa.

Blair. Se aferró al sonido de su voz y continuó volando.

Allí estaba el bosque, y también el bonito arroyo, y la casa de piedra y el establo. Y más allá el cementerio, donde estaba condenadamente decidido a no acabar ahora que ya estaba tan cerca.

¡Allí! Allí estaba Blair, fuera de la casa, con el rostro vuelto hacia el cielo buscándolo. Sus ojos. Y también estaba Moira, su querida Moira, y los demás, excepto Cian. Elevó una plegaria de profundo agradecimiento a todos los dioses.

Luego sus fuerzas simplemente se disolvieron. Cayó los últimos tres metros que le separaban del suelo, ya convertido nuevamente en un hombre.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —Blair corrió hacia él antes que los demás—. Esperad, tened cuidado. Debemos ver si se ha roto algo.

Comenzó a pasar las manos sobre su cuerpo al tiempo que Glenna hacía lo mismo. Entonces percibió la piel herida en la parte posterior del cuello y le apartó lentamente el pelo.

Alzó la vista y miró los ojos brillantes de alegría de Moira.

—Le han mordido.

—Oh, Dios, querido Dios. Pero no lo han transformado. —Moira alzó una de las flácidas manos de Larkin hasta sus labios—. No podría estar al sol si así fuese.

—No, no lo han transformado. Y tampoco tiene nada roto. Aunque está muy magullado. Su pulso es realmente muy débil, Glenna.

—Llevémosle dentro.

—Necesita comer. —Moira corrió hacia la casa mientras Glenna y Blair alzaban a Larkin—. Es como si uno de nosotros hubiese pasado varios días sin comer. Necesita alimento y líquidos. Buscaré algo.

—Al sofá del salón —ordenó Glenna—. Luego iré a buscar lo que necesito.

Una vez que lo hubieron colocado en el sofá, Blair se agachó junto a su cabeza. Larkin estaba pálido como la muerte y las magulladuras comenzaban a acentuarse.

—Ya ha pasado, ya estás en casa. Eso es lo que importa. Estás en casa.

Cian... Cian ha dicho que comencemos con esto. —Moira entró llevando una gran jarra de zumo de naranja—. Para que reponga líquido y azúcar.

—Sí, bien. Tenemos que reanimarlo. Venga, muchacho volador.

—Deja que lo intente con esto. —Glenna se arrodilló junto al sofá. Metió el pulgar en una jarra de bálsamo y lo untó en el centro de la frente de Larkin—. Sobre los chakras —explicó mientras trabajaba.— Un poco de equilibrio chi. Moira, cógele la otra mano, aplica un poco de tu fuerza. Tú sabes cómo hacerlo. Blair, habla nuevamente con él del modo en que te dije que lo hicieras cuando estaba volando. Tus palabras le llegarán. ¿Hoyt?

—Sí. —Hoyt colocó ambas manos a los lados de la cabeza de Blair—. Dile que regrese —le dijo.

Venga, Larkin, tienes que despertar. No puedes quedarte aquí tumbado todo el día. Además, el desayuno está listo. Por favor, despierta ya. Te he estado esperando. —Apretó la mano contra su mejilla—. ¡Sus dedos se han movido! Venga, Larkin, ya es suficiente drama por un día.

Sus párpados aletearon.

¿Por qué las mujeres están siempre riñendo a los hombres?— murmuró Larkin.

Supongo que eso es precisamente lo que necesitan —contestó Blair.

—Toma, aquí tienes.

Moira rodeó el sofá para levantarle la cabeza y sostener un vaso junto a sus labios.

Larkin bebió como un camello y luego consiguió esbozar una sonrisa.

Aquí está mi querida prima. Qué cuadro tan hermoso. Tres bellos rostros a mi alrededor. Os entregaría todos mis bienes terrenales y una vida de devoción si me consiguierais algo de comer.

Fue Cian quien entró en la habitación llevando un pequeño plato con dos tostadas.

—Necesitas empezar poco a poco.

Larkin miró a Blair. Ella le devolvió la mirada y cerró los ojos, asintiendo.

—No te las comas de un bocado —le advirtió.

—¿Sólo pan? ¿No puedo comer carne? Juro que podría zamparme un venado entero. O ese plato delicioso que tú preparas, Glenna, el de los fideos y las bolas de carne.

—Lo haré esta noche.

—Necesitas comer sólo lo suficiente como para reanimarte— comenzó a decir Blair— y recuperar un poco de fuerza. Si ha cesado una comida completa la vomitarás cuando nos estemos encargando de la mordedura —le explicó.

—Fue el niño, su hijo. Ese pequeño bastardo. En ese momento yo era un lobo, de modo que la mordedura no fue muy profunda.

—Glenna tiene bálsamo. Lo usó conmigo cuando me mordieron. —Moira acarició el pelo de Larkin—. Es una quemadura terrible, lo sé, pero el bálsamo calma el ardor.

—A ti no te mordieron —dijo Cian categóricamente—. Fue un rasguño, no un pinchazo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Mucha. —Blair se levantó—. Con la mordedura se produce una infección, y existe también un riesgo considerable de que el vampiro que te mordió tenga cierto control sobre ti.

—Sí. —Larkin frunció el cejo y cerró los ojos—. Sentí algo en mi interior. Pero...

—Nos encargaremos de ello. Tienes que ser purificado con agua bendita.

—Está bien. Luego si pudiese contar con ese bálsamo milagroso del que ha hablado Moira, y con una buena comida, me sentiría como nuevo... eso sin tener en cuenta que cada hueso de mi cuerpo parece haber sido golpeado con un martillo.

«Hay que decirle la verdad —pensó Blair—. La verdad pura y dura.»

—¿Sabes la quemadura que sentiste cuando el niño te clavó los colmillos? ¿La quemadura que estás sintiendo ahora?

—Sí.

—Esto será mucho peor. Lo siento.

Blair abandonó el salón y subió rápidamente la escalera. Moira salió tras ella.

—Tiene que haber alguna otra manera de hacerlo. ¿Cómo podemos volver a hacerle daño? Aún está muy débil y dolorido. Puedo ver el dolor reflejado en sus ojos.

—¿Y crees que yo no lo veo? —Blair entró en su habitación—. No hay otro modo.

—Ya sé que no está en los libros. Los he leído. Pero con Glenna y Hoyt...

Blair sacó una botella con agua bendita de entre sus cosas y había una firme determinación en su rostro cuando se dio la vuelta.

—No hay otra manera de hacer esto. Larkin está infectado. Y eso nos coloca a él y a todos nosotros ante un grave riesgo. —Extendió el brazo y giró el brazo de modo que la cicatriz de la muñeca quedase al descubierto—. Sé muy bien lo que se siente. Si existiese alguna otra manera, ¿no crees que lo intentaría?

Moira dejó escapar el aire al tiempo que sentía un escalofrío.

—¿Qué puedo hacer?

—Puedes ayudar a mantenerlo inmóvil.

Blair llevó al salón toallas y vendas. Se obligó a acercarse a Larkin y lo miró fijamente a los ojos.

—Esto te dolerá.

—Te dolerá —añadió Cian— como mil demonios.

—Oh, bien. —Larkin se humedeció los labios—. Eso es muy alentador.

—Yo podría bloquear parte del dolor —comenzó a decir Glenna.

—No creo que puedas o debas hacerlo,

Blair meneó la cabeza.

—Forma parte de ello. Es la manera de hacerlo. Tenemos que colocarle en el suelo, boca abajo. Ponedle esas toallas bajo el cuerpo. Cian, tú es mejor que lo cojas de los pies. No quisiera que te salpicase ni una gota de agua bendita.

Larkin se estremeció de dolor cuando lo levantaron del sofá.

—¿Por qué es necesario que me coja de los pies?

—Te mantendremos sujeto contra el suelo —explicó Blair.

—No necesito que...

—Sí lo necesitarás.

Él volvió a fijar sus ojos en los de Blair y vio lo que había en ellos.

—Hazlo entonces. Confío en ti.

Con Cian a sus pies, Hoyt a un lado y Glenna y Moira en el otro, Blair abrió la botella. Apartó el pelo de Larkin y dejó la herida al descubierto.

—En estas circunstancias, gritar no se considera impropio de un hombre. Prepárate —le advirtió, y vertió un poco de agua bendita sobre la herida.

Larkin gritó. Su cuerpo se arqueó y retorció de dolor y la herida pareció hervir. Blair dejó que el líquido viscoso brotase burbujeante de la herida mientras seguía rociándola con agua bendita.

Recordó la noche en que había tenido que ir a ver a su tía, menos de una semana después de que su padre la hubiese abandonado. Y cómo las lágrimas habían corrido por las mejillas de la mujer mientras vertía el agua bendita sobre la herida abierta en la muñeca de Blair.

La sensación de que la carne, los huesos estaban siendo cortados con un cuchillo al rojo vivo.

Cuando la herida quedó completamente limpia, Blair utilizó las toallas para secarla. Larkin jadeaba tratando de respirar.

—Es probable que el bálsamo ayude ahora.

Glenna, blanca como una sábana, se acercó tambaleante para coger el frasco con el bálsamo. Sus lágrimas se derramaron sobre Larkin.

—Lo siento, Larkin, lo siento mucho. ¿Puedo ayudarle a que duerma ahora? ¿Aunque sólo sea una hora?

Blair se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Claro, ya hemos terminado. Le vendría bien un poco de descanso.

Dicho esto, Blair corrió escaleras arriba, irrumpió en su habitación y cerró la puerta violentamente a sus espaldas. Luego se dejó caer al suelo, a los pies de su cama, escondió la cara entre las manos y se echó a llorar.

Se sobresaltó al sentir que un brazo le rodeaba los hombros y la abrazaba con fuerza.

—Has sido muy valiente —canturreó Moira, como una madre que arrulla a su hijo—. Tan fuerte y valiente. Yo intento serlo, pero

es tan difícil... Quiero creer que hubiese sido capaz de hacer lo que tú has hecho por él, porque quiero mucho a Larkin.

—Estoy enferma, me siento enferma —dijo Blair.

—Lo sé, yo también. ¿Te importa que nos quedemos así, abrazadas, durante un momento?

—Yo no debo seguir sintiendo este tipo de cosas. No son de ninguna ayuda.

—Yo creo que ocuparse de los demás, aunque eso signifique hacerles daño, sí ayuda. Cian le ha preparado zumo y pan tostado. Jamás lo hubiese imaginado de él. Pero Cian le tiene afecto. Es imposible no tenérselo a Larkin. Y si tú le amas...

Blair alzó la cabeza y se enjugó las lágrimas.

—No quiero volver a hablar de eso.

—Bueno, si le amases, disfrutarías de una vida feliz y completamente inusual. ¿Me puedes enseñar a preparar esas tostadas con huevo? A Larkin le gustará tenerlas cuando despierte.

—Sí. Sí, por supuesto. Iré a refrescarme un poco y bajaré en seguida. —Ambas se levantaron—. Moira, yo no puedo ser buena para él. No soy buena para nadie.

Moira se detuvo al llegar a la puerta.

—Eso dependería de él, ¿no crees?, tanto como de ti.

Larkin aún estaba pálido cuando despertó, pero sus ojos ya no estaban turbios. Insistió en comer sentado a la mesa, con la comida al alcance de la mano, según dijo.

Acabó con varias tostadas rebozadas y fritas, además de huevos y beicon, y lo hizo a un ritmo lento y deliberadamente pausado. Mientras comía, les contó lo que había visto, hecho y oído en las cuevas.

—Fueron muchos cambios, Larkin. Tú sabes que no deberías...

—No me regañes, Moira. Todo ha salido bien, ¿verdad? ¿Podría beber ahora un poco más de Coca-Cola? —Acompañó el ruego con una sonrisa dulce y encantadora.

Puesto que era quien estaba más cerca, Blair abrió la nevera y sacó otra botella de Coca-Cola.

—No se trataba de una misión de rescate —dijo—. Hablamos específicamente de eso, Larkin.

—Tú habrías hecho lo mismo. Oh, no menees la cabeza mirándome de ese modo. —Cogió la botella—. Tenía que intentarlo, y cualquiera de nosotros lo habría hecho. Vosotros no visteis ni oísteis lo que yo. No podía abandonar aquel lugar, no sin haber intentado ayudar a esa pobre gente. Y la verdad es que, desde hace algún tiempo, he estado queriendo provocar un incendio en ese lugar. —Ahora miró a Cian—. Desde lo que pasó con King.

—Él sin duda habría apreciado el gesto —contestó el vampiro.

—Estuviste a punto de perder la vida —señaló Blair.

—En la guerra hay que matar, ¿verdad? Debí haber dejado al niño actuar como lo que parecía ser, un niño. Pero al ver lo que estaba haciendo... creo que perdí el juicio, no lo niego, y sólo quería acabar con él. Eso fue un acto inútil y estúpido. —Se llevó la mano

a la parte posterior del cuello y tocó la venda que cubría le herida—. Y nunca olvidaré el precio que he tenido que pagar por ello. — Luego se encogió de hombros y engulló más huevos—. Ella no parecía estar muy contenta con ese mago, ese tal Midir.

—Conozco ese nombre —dijo Hoyt—. Era un personaje con una pésima reputación... antes de mi época —añadió—. Magia negra; creaba demonios para que cumpliesen sus órdenes.

Larkin bebió un largo trago de la botella de Coca-Cola.

—Ahora es él quien cumple las órdenes de Lilith.

—Se decía que Midir había sido devorado por su propio poder. Y, de alguna manera, creo que así fue.

—Creo que ella tenía intención de castigarle, o permitir que la otra, Lora, lo hiciese. Pero cuando él le dio el espejo mágico, Lilith se quedó deslumbrada, y su enfado desapareció. Ella y Lora estaban hipnotizadas por sus propios rostros.

—En ello hay una considerable dosis de vanidad —comentó Cian—. Debió de ser muy emocionante poder ver su reflejo después de tanto tiempo.

—No fue lo que yo esperaba; bueno, quiero decir que tuvieron una reacción humana, o algo parecido. Y el afecto entre ambas mujeres parecía auténtico.

—Larkin está siendo muy delicado —dijo Cian—. Lilith y Lora son amantes. Ambas tienen también a otros, por supuesto, a menudo al mismo tiempo, pero son pareja, y se quieren sinceramente la una a la otra. La relación ha tenido sus altibajos, pero ha durado cuatrocientos años.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Blair.

—Lora y yo tuvimos... ¿cómo lo llamaría? ¿Una aventura? Eso debió de ocurrir, veamos, a comienzos de mil ochocientos, en Praga si la memoria no me falla. Lilith y ella estaban en medio de uno de sus enfados, y Lora y yo pasamos juntos algunas noches. Luego, ella trató de matarme y yo la arrojé por la ventana.

—Una ruptura bastante contundente —murmuró Blair.

—Oh, bueno, ella es la criatura de Lilith, no importa con quién pueda jugar de vez en cuando. Yo lo sabía antes de que intentase clavarme una estaca en el corazón. En cuanto al niño, no sé nada acerca de él. Yo diría que es una reciente incorporación al cuadro.

—A la familia —lo corrigió Larkin—. Hay algo depravado entre ellos, pero, de alguna manera, Lilith lo considera su hijo y él a ella como su madre.

—Eso los convierte en puntos débiles —afirmó Hoyt—. Tanto al niño como a la mujer francesa.

—Davey. Así lo llamaba ella —añadió Larkin.

Hoyt asintió. Un nombre siempre resultaba útil.

—Si pudiéramos capturar o acabar con alguno de ellos, para Lilith significaría un golpe terrible.

—Ella no partirá hacia Geall tan pronto como nosotros —reflexionó Blair—. Tal vez pudiéramos colocar algunas trampas para recibirlos. No podemos saber por dónde saldrán en el otro lado, no exactamente, pero quizá seamos capaces de hacer algo. En cualquier caso, aún tenemos algunos días para pensar en ello.

—Y lo haremos, pero ahora todos estamos cansados. Necesitamos dormir un poco. —Glenna apoyó las manos sobre los hombros de Larkin—. Y tú necesitas recuperar tus fuerzas, guapo.

—Ya me voy sintiendo mejor, gracias. Pero la verdad es que podría usar una cama. —Se puso de pie—. Parece que mis piernas vuelven a sostenerme. ¿Subes conmigo, Blair? Me gustaría hablar contigo.

—Sí, de acuerdo. —Blair comenzó a subir la escalera tras Larkin. Quería mantener las manos apartadas de él, pero no se lo veía muy seguro con los escalones, de modo que cogió su brazo y se lo colocó encima de los hombros—. Así, apóyate en mí.

—No me importaría hacerlo. Quería agradecerte lo que has hecho por mí.

—No lo hagas. —Blair sintió un nudo en el estómago—. No me des las gracias por eso.

—Sí te las doy. Has estado pendiente de mí. Oí tu voz. Cuando volaba de regreso a casa y no estaba seguro de que pudiera conseguirlo, oí tu voz, y supe que lo lograría.

—Creía que ella te había atrapado. Te imaginé encerrado en una jaula, y eso era peor que pensar que habías muerto. No quiero estar tan asustada, no quiero sentir esa impotencia.

—No sé cómo impedir que eso suceda. —Cuando llegaron a su habitación, Larkin estaba casi sin aliento y agradecido por la ayuda para llegar hasta la cama—. ¿Te acostarías conmigo?

Blair estaba tendiéndolo en la cama y lo miró boquiabierto.

—¿Qué?

—Oh, no lo decía en ese sentido. —Se echó a reír y le cogió la mano—. Creo que aún no me he recuperado del todo, aunque es un pensamiento encantador para otro momento. Lo que digo es si querrías acostarte aquí conmigo, *a stór*, y dormir un rato a mi lado.

Después del dolor que le había causado, Blair hubiese imaginado que sería la última persona con quien él desearía estar. Pero ahí estaba, tendiendo la mano hacia ella.

—Sólo dormir. —Se acostó junto a él y se volvió para poder verle la cara—. Nada de tonterías.

—¿Rodearte con el brazo sería una tontería?

—No.

—¿Y un beso?

—Uno. —Blair le tocó los labios con los suyos—. Cierra los ojos.

Larkin lo hizo, al tiempo que suspiraba.

—Es bueno estar en casa otra vez.

—¿Sientes dolor?

—En realidad, no. Alguna molestia, eso es todo.

—Eres afortunado.

El volvió a abrir los ojos.

—¿No podías decir que he sido valiente y hábil?

—Tal vez eso también. Y puedo añadir astuto a la lista. Cuerno de unicornio contra Goodyear. Eso realmente me ha gustado.

Blair apoyó la mano sobre el corazón de Larkin y cerró los ojos. Y se durmió.

CAPITULO 9

Fue su propio entumecimiento lo que lo despertó. Larkin permaneció unos minutos tendido en la cama, preguntándose si así serían las cosas cada bendita mañana cuando fuese un anciano.

Un poco aturdido de mente y pesado de cuerpo. Tal vez la mente fuese adaptándose de forma gradual, de modo que uno olvidase lo que significaba sentirse joven y activo.

Juraría que los huesos le habían crujido al darse la vuelta.

Por supuesto, Blair se había marchado. Probablemente no hubiese podido hacer el amor con ella en caso de que se hubiera quedado... si es que conseguía convencerla de que lo hicieran.

Blair era un enigma. Tan fuerte, casi de acero, y una diosa en la batalla. Pero con todas esas capas en su interior, algunas suaves, otras magulladas.

Él deseaba quitarle esa cascara dura y llegar hasta su corazón.

Y era tan agradable mirarla. El pelo tan suave y negro, contrastando con su piel blanca. Los ojos, profundos, de un azul mágico que te miraban fijamente, sin ninguna timidez. A veces, Larkin se contentaba con mirar los movimientos de su boca sin importar las palabras que salieran de ella, ver todas las formas que era capaz de adoptar.

Luego estaba su cuerpo, esbelto y duro. Elegante, en realidad. No podía decir que le importase demasiado que ella lo derrotase cuando practicaban la lucha cuerpo a cuerpo; no cuando tenía ese cuerpo chocando contra el suyo. Brazos y piernas largos, hombros fuertes que a menudo estaban desnudos durante el entrenamiento. Y aquellos pechos encantadores y firmes.

Él había pensado mucho en esos pechos.

Y ahora se estaba excitando sin posibilidad de darle salida a su deseo.

Se levantó y dio un respingo de dolor. Teniendo en cuenta todo lo que había pasado, supuso que podía considerarse afortunado por haber salido sólo dolorido o magullado. Tenía que darle las gracias a Glenna por ello, y quizá fuese a buscarla para ver si podía ayudarlo un poco más, ahora que estaba descansado.

Se duchó, entregándose al placer de permanecer bajo un agua tan caliente como pudo soportar. Echaría de menos eso, ésa era la pura verdad. Se preguntó si Moira, que era muy lista deduciendo el funcionamiento de las cosas, podría construir una ducha en Geall.

Una vez que se hubo vestido, salió de la habitación y recorrió la casa. Todo estaba tan silencioso que se preguntó si los demás estarían aún durmiendo, y consideró la posibilidad de hacer una visita a la cocina. Tenía hambre otra vez, lo cual no era ninguna sorpresa.

Pero dudaba de encontrar a Blair allí. Pensó que sabía muy bien dónde estaría.

Oyó la música antes de llegar a la sala de entrenamiento. No era la misma música que ella había estado escuchando en la cocina

hacía un par de días. Ahora la que cantaba era una mujer, con una voz dura y fascinante, pidiendo un poco de respeto cuando llegara a casa.

Bueno, eso no era mucho pedir, en opinión de Larkin.

Y allí estaba Blair, vestida sólo con la breve camiseta blanca y los pantalones negros que se ceñían a la parte baja de las caderas... uno de sus atuendos favoritos, para ser sincero.

Estaba dando volteretas y utilizando para ello la mayor parte de la gran habitación. Saltos mortales, patadas y giros sobre sí misma. En un momento dado, rodó hasta coger una espada que había en el suelo y comenzó a luchar contra lo que parecía ser una multitud de enemigos invisibles.

Larkin esperó a que ella lanzara el último golpe, con el cuerpo colocado en la concentrada posición del guerrero.

—Bien, has acabado con casi todos ellos.

Blair primero movió sólo la cabeza, girándola hasta que sus ojos se encontraron con los de Larkin. Luego juntó los pies y bajó la espada.

—Nada más que polvo.

Se acercó a la mesa para dejar la espada, apagó la música y luego cogió una botella de agua. Mientras bebía, le dedicó una larga y exhaustiva mirada. El rostro de Larkin estaba magullado, con rasguños en una sien... algo que, por alguna razón, no le restaba un ápice de belleza, decidió.

En cualquier caso, tenía buen color.

—¿Cómo te sientes?

—Bastante bien, aunque me habría sentido mejor si hubieses estado a mi lado al despertar.

—No sabía cuánto necesitabas dormir. ¿Cómo está la mordedura?

—Apenas me acuerdo de ella. —Se acercó a Blair, le cogió la mano y le hizo girar la muñeca—. Ahora los dos tenemos nuestras cicatrices.

—Tienes el pelo húmedo.

—He estado un rato bajo la ducha. Me dolían los huesos y creo que, después de toda una noche, olía bastante mal.

—Habrás empapado el vendaje. —Blair frunció el cejo mientras hacía que se diera la vuelta—. Deja que eche un vistazo.

—Siento picazón más que nada—dijo él, disfrutando del contacto de sus dedos en su pelo, sobre su piel.

—Está cicatrizando de prisa. Es el bálsamo mágico de Glenna chico, me gustaría haber tenido un poco de eso después de mi pelea. Creo que saldrás de ésta.

—¿Lo crees?

Larkin se volvió, la cogió por la cintura y la alzó hasta sentarla encima de la mesa.

—Ve con cuidado, amigo, aún no te hemos quitado de la lista de incapacitados.

—No sé de qué estás hablando. Y tampoco importa demasiado. Hace un momento estaba pensando en cómo me gusta mirar los

movimientos de tu boca. —Pasó la yema del pulgar por su labio inferior—. Tiene tanta energía...

—¿No crees que te has despertado demasiado juguetón? Creo que sería mejor que...

Fue todo lo que alcanzó a decir antes de que su boca estuviese demasiado ocupada.

Esta vez, Larkin no se limitó a probar, sino que se deleitó con los labios de Blair. No se conformó con una muestra sino que los poseyó. Aquello era más hambre, demasiada exigencia para Blair; la clase de demanda que embotaba el cuerpo y la mente y la dejaba temblando de necesidad.

Ella no había llegado a tiempo de colocar sus defensas, y ahora ya era demasiado tarde para hacer nada salvo enfrentarse al ataque.

Cedió un poco, sólo lo suficiente, luego volvió a invadirla la ola de calor. Larkin podía sentirlo, surgiendo del cuerpo de ella y traspasando el suyo, un glorioso incendio. Deslizó las manos sobre su cuerpo, tocando, finalmente tocando, el torso esbelto, los pechos duros y firmes, los hombros fuertes, y vuelta a empezar.

Sintió el estremecimiento de su respuesta, oyó el gemido de placer atrapado en su garganta y supo que ella sería suya.

Pero Blair apoyó ambas manos sobre su pecho.

—Espera. Espera. Separémonos un momento.

Su voz era espesa y jadeante y le hizo desear lamerla como si fuese crema.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero pensaré en una razón dentro de un minuto, tan pronto como mi cociente intelectual vuelva a superar el nivel de un nabo.

—No sé lo que significa tu cociente intelectual, pero el resto de ti es perfecto.

Ella se echó a reír, pero mantuvo las manos firmes, de modo que la boca de Larkin no pudiese tomar la suya nuevamente y freírle el cerebro por segunda vez.

—No lo soy. Ni de lejos. Y no se trata de que no piense que sumergirme en esto sería algo bueno. Realmente bueno. Es más que probable que, finalmente, acabemos haciéndolo. Pero es complicado, Larkin.

—Las cosas son tan simples o complicadas como nosotros las hagamos.

—No. A veces las cosas simplemente son. Tú ni siquiera me conoces.

—Blair Murphy, cazadora de vampiros. Eso es en lo que piensas primero... eso es lo que te han enseñado a pensar primero. Pero no eres toda tú, ni mucho menos. Tan fuerte y llena de coraje.

Ella fue a interrumpirle, pero él apoyó un dedo sobre sus labios.

—Sin embargo, en ti hay mucho más que valor y obligación. Tienes rincones tiernos en tu corazón. Yo los vi cuando Glenna y Hoyt se comprometieron. Te encargaste de las flores y las velas porque querías que ellos tuviesen su momento. Tú sabías que ellos se amaban, y que eso era lo importante. Hubo una gran dulzura en tu actitud.

—Larkin...

—Y te han herido. Las cicatrices están todas en tu interior, escondidas donde nadie pueda verlas. Esas heridas te hacen pensar que estás sola, que necesitas estar sola. Pero no lo estás. Sé que durante toda tu vida has luchado contra algo verdaderamente horrible, y que nunca lo has evitado. Y aun así puedes sonreír, y reír, y hacer que los ojos se te empañen cuando dos personas enamoradas se comprometen y hacen sus votos. No sé cuál es tu color favorito ni cuál fue el último libro que leíste cuando tuviste un momento libre, pero te conozco.

—No sé qué hacer contigo —dijo Blair cuando pudo volver a hablar.—Realmente no lo sé. Se suponía que las cosas no debían ser así para mí. Se suponía que no iba a haber sorpresas.

—¿Sin sorpresas? Pues me siento feliz de poder cambiar eso. Bueno, puesto que no creo que pueda conseguir que te quites la ropa en este momento, ¿por qué no damos un paseo?

—Esto... Hoyt y yo hemos hecho una batida por el bosque esta mañana. Hemos matado a tres.

—No me refería a cazar. Un paseo. Sólo un paseo. Aún queda mucha luz.

—Oh. Ah...

—Necesitarás una camisa, o una chaqueta. Saldremos por la cocina y cogeremos una. De ese modo también podemos llevarnos una caja de galletas.

Qué extraño era, se dijo, salir a pasear por los campos acompañada de un hombre al caer la tarde. Sin otro propósito que el

de caminar: ninguna misión, ninguna exploración, ninguna caza. Armados con espada y estaca y galletitas dulces.

—¿Sabías que Hoyt se quedará aquí con Glenna cuando todo esto haya acabado?

Blair mordió una galleta y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Aquí, en Irlanda? ¿Cómo lo sabes?

—Hoyt y yo solemos hablar de muchas cosas cuando estamos en el establo encargándonos del caballo. Sí, aquí en Irlanda. En este lugar. Cian les regaló la casa y las tierras.

—¿Que Cian les regaló la casa? —Comió otra galleta—. No puedo imaginarlo. Sé que algunos vampiros, o eso he oído decir, dejan de beber sangre. Sangre humana. Existen rumores, principalmente leyendas, de que algunos viven entre nosotros haciéndose pasar por humanos, después de haber abandonado la caza. Nunca creí realmente nada de eso.

—Hacerse pasar por humanos no los convierte en humanos. Y, sin embargo, confío en Cian más que en muchos hombres. Me pregunto si vivir una vida tan larga tiene algo que ver con eso.

—Díselo a Lilith. Ella tiene el doble de años que él.

—Los demonios deben de tener alternativas, ¿verdad? Elegir este camino o aquél, no sé. Cuando todo esto haya terminado, ¿volverás a tu Chicago?

—No lo he pensado. —Sintió un pinchazo entre los omóplatos al pensar en ello—. Puede que en alguna otra parte. Tal vez viva en Nueva York durante algún tiempo.

—Donde vivía Glenna. Me mostró fotografías de ese lugar. Es maravilloso. Quizá pudieras quedarte un tiempo en Geall. Como unas vacaciones.

—Vacaciones en Geall. —Meneó la cabeza—. Hablando de maravillas... Tal vez unos días.

No se trataba precisamente de que nadie estuviese esperando que ella regresara.

Caminaron hasta el cementerio y las ruinas de la capilla. Allí aún nacían flores, y la brisa susurraba entre la hierba crecida.

—Ésta es mi gente. Es tan extraño saber eso. Si alguien siguió la pista de nuestros antepasados hasta tiempos tan remotos, a mí nadie me lo dijo.

—¿Eso te entristece?

—No lo sé. Un poco quizá. Hoyt me trajo aquí para mostrarme de dónde vengo. Ésa es la tumba de Nola. —Señaló una lápida donde se estaba marchitando el ramo que ella había depositado algunos días antes—. Ella fue el inicio del legado de la familia. El comienzo. Uno de sus hijos habría sido el primer cazador. No sé cuál de ellos, y supongo que nunca lo sabré. Pero al menos uno de ellos.

—¿Cambiarías eso si pudieras?

—No. —Blair lo miró cuando Larkin le rodeó los hombros con el brazo—. ¿Renunciarías tú a lo que eres capaz de hacer?

—No lo haría ni por todo el oro que hay en las Green Mountains. Especialmente ahora. Porque ahora hay una diferencia.

Cuando tú estés de vacaciones en Geall —dijo mientras continuaban andando— te llevaré a las Faene Falls. Y haremos un picnic.

—De nuevo la comida.

Blair sacó una galleta de la caja y se la metió a Larkin en la boca.

—Nadaremos en el estanque. El agua es transparente como el cristal y no está fría. Después te haré el amor sobre la hierba suave mientras el agua cae junto a nosotros.

—Y el sexo.

—Comida y sexo. ¿En qué otra cosa más placentera se puede pensar?

Blair tuvo que admitir que no le faltaba razón. Y no podía negar tampoco que la simplicidad de un paseo al atardecer había sido un regalo inesperado, más precioso de lo que nunca hubiese imaginado.

—Es el azul —dijo ella—. Mi color favorito es el azul.

Él le sonrió, cogió su mano y continuaron caminando arriba y abajo de la colina.

—Mira allí. Es una hermosa vista.

Blair vio a Glenna y Hoyt en el jardín de hierbas, muy cerca el uno del otro. El jardín se veía exuberante a su alrededor y el sol iluminaba la escena. Glenna sostenía una cesta llena de hierbas que había recogido y su mano libre se apoyaba en la mejilla de Hoyt.

—¿Oyes el canto del sinsonte? —preguntó Larkin y ella escuchó el pequeño gorjeo feliz del pájaro.

El momento contenía una silenciosa intimidad, algo que no podía ser capturado y conservado aunque era permanente y universal. Encontrar esto era un verdadero milagro, pensó Blair, aquella normalidad, aquella proximidad de los corazones en medio de todo el horror.

Se dio cuenta de que, hasta que no llegó allí, ella no había creído en los milagros.

—Por eso ganaremos —dijo Larkin.

—¿Qué?

—Es por esto por lo que ellos no pueden derrotarnos. Nosotros somos más fuertes.

—No es mi intención echar a perder este momento, pero físicamente son superiores al humano medio.

—Físicamente. Pero no todo es fuerza bruta, ¿verdad? Nunca lo es. Ellos buscan destruir y nosotros sobrevivir. La supervivencia siempre es más fuerte. Y también tenemos esto. —Señaló con la cabeza hacia Hoyt y Glenna—. Amor y generosidad, compasión. Esperanza. ¿Por qué otra razón si no se harían promesas dos personas en un momento así, y con intención de mantenerse fieles a ellas? No renunciaremos a esto. No permitiremos que nos lo arrebatan. Lucharemos juntos por ello y nunca nos detendremos.

Larkin oyó que Glenna se echaba a reír y el sonido de su risa se metió dentro de él, reforzando su esperanza, mientras Hoyt y ella se alejaban hacia la casa.

—Estás pensando que ellos tampoco lo harán. Que Lilith tampoco se detendrá, pero eso no cambia nada, Blair. En las cuevas vi a toda esa gente dentro de jaulas. Algunos estaban derrotados,

demasiado cansados y asustados como para hacer nada que no fuese esperar la muerte. Pero había otros que agitaban los barrotos y maldecían a esos bastardos. Y cuando les liberé, pude ver algo más que miedo, incluso algo más que esperanza en algunos de esos rostros. Vi venganza.

Cuando se volvió para mirarla, Blair pudo ver todo eso reflejado en el rostro de Larkin.

—Vi a los más fuertes ayudando a los más débiles — continuó— porque eso es lo que hacen los humanos. Las épocas terribles sacan lo mejor o lo peor de nosotros mismos.

—Y tú estás contando con lo mejor.

—Nosotros ya hemos empezado por ese lado, ¿no crees? Seis nos hemos unido.

Ella dejó que ese pensamiento se instalara en su mente mientras continuaban su paseo.

—La forma en que me entrenaron —comenzó Blair— consistía en una sola cosa. Tú y nadie más. En la batalla estás solo, desde el comienzo hasta el final... y eso nunca acaba.

—¿De modo que siempre estás solo? ¿Qué sentido tiene pues luchar?

—Ganar. Salir de la batalla con vida, mientras que tu enemigo está muerto. Blanco y negro. Nada de impresionar al público, nada de errores, ninguna distracción.

—¿Quién podría vivir de esa manera?

—Mi padre pudo. Lo hizo. Lo hace. Después de que él... después de quedarme sola, estuve algún tiempo viviendo con mi tía.

Ella tenía una filosofía diferente. Por supuesto que se trata de ganar, porque si no lo haces estás muerto. Pero también se trata de vivir. Familia, amigos. Ir al cine, sentarse en la playa.

—Caminar bajo el sol.

—Sí. Funciona para ella, para su familia.

—Tú eres su familia.

—Y ella siempre me hizo sentir de esa manera. Pero es así como fui entrenada. Tal vez sea ésa la razón de que la compañía nunca haya funcionado muy bien para mí. Yo... hubo alguien una vez y yo le amé. Nos hicimos mutuamente algunas promesas, pero no pudimos mantenerlas. Él no pudo seguir conmigo. Yo no pude hacer que funcionara porque, lo que soy, no sólo lo conmocionó y asustó, también le produjo repugnancia.

—Entonces no era el hombre indicado para ti o, en mi opinión, no era hombre en absoluto.

—Él era simplemente un hombre normal, Larkin. Un tío normal y corriente, y yo pensé que quería eso... creí que yo podía ser eso. Alguien normal y corriente.

Ella estaba hecha para algo mejor, pensó él. Estaba hecha para más.

—Podría decirse que Jeremy, así se llamaba, me enseñó que no era posible. No es que no tenga una vida fuera de lo que mi padre llama «la misión». Tengo algunos amigos. Me gusta ir de compras, comer pizza, mirar la tele. Pero la certeza que aparece cuando el sol se ha puesto, siempre está allí. No puedes sacudírtela de encima. Nosotros no somos como el resto de la gente.—Blair alzó la vista—. El sol se está poniendo. Será mejor que volvamos a la casa y nos

preparemos para una sesión de entrenamiento. —Lo miró con ojos apacibles—. El recreo ha terminado.

No era precisamente una mala situación, pensó Larkin; estar sentado y dejar que te atienda una hermosa mujer, especialmente cuando esa mujer olía de maravilla y tenía las manos de un ángel.

—¿Cómo sientes esto?

Glenna le masajó suavemente los hombros, bajando por los brazos y volviendo a subir.

—Muy bien. Es agradable. Puedes parar cuando quieras dentro de las próximas dos horas.

Glenna sonrió, pero siguió trabajando la espalda de Larkin hasta el otro hombro.

—Recibiste algunos golpes muy duros, chico, pero te estás recuperando bien. No te perjudicará pasar del entrenamiento de esta noche.

—Creo que será mejor que no me quede atrás. Tenemos muy poco tiempo.

—Unos pocos días más y nos pondremos en marcha —convino Glenna mirando por encima de la cabeza de Larkin a través de la ventana, mientras continuaba masajéandole la espalda y los hombros—. Es extraño cómo este lugar se ha convertido en un hogar en tan poco tiempo. Todavía echo de menos Nueva York, pero ya no es mi hogar.

—Pero regresarás de vez en cuando.

—Oh, sí. Necesitaré mi dosis. Puedes llevarte a la chica fuera de la ciudad, pero...

Glenna caminó alrededor de Larkin y pasó los dedos por las magulladuras que tenía en el costado, en las costillas, lo que le hizo dar un brinco.

—Lo siento. Tengo un poco de cosquillas.

—Respira profundamente y piensa en Geall. Acabaré pronto.

Era realmente una tortura, temiendo a cada minuto echarse a reír tontamente como una chica.

—Geall te gustaría. En el castillo hay unos hermosos jardines, y hierbas... Oh, Jesús, me estás matando. Y el río, cuando su cauce pasa por detrás del castillo, es casi tan ancho como un lago. Los peces saltan y caen dentro de tus manos, y... Gracias a Dios, ¿eso es todo?

—Sí. Puedes ponerte la camisa.

Larkin levantó primero los hombros y luego movió la cabeza hacia ambos lados.

—Mucho mejor. Gracias por esto, Glenna.

—No es nada. —Fue hasta el lavabo a limpiarse el resto de bálsamo de las manos—. Larkin, Hoyt y Cian hoy han estado hablando.

—Eso está bien, considerando que son hermanos. —Larkin se levantó y se puso nuevamente la camisa—. Pero deduzco que no te estás refiriendo a conversaciones familiares corrientes.

—No. A logística, estrategias. Hoyt es muy bueno con la parte logística, nunca pasa por alto un detalle, pero Cian es mejor en todo lo que se refiere a la estrategia, supongo. —Se volvió mientras se secaba las manos con una toalla—. Les pedí que no discutiesen de esas cuestiones durante la cena, para que pudiésemos disfrutar de la comida. Una comida normal... bueno, tan normal como pueda serlo con armas por todas partes.

—Lo ha sido. Os he visto a Hoyt y a ti antes, cuando os besabais en el jardín de hierbas aromáticas.

—Oh.

—Y eso también era normal. Como el paseo que dimos con Blair, o Moira acurrucada en alguna parte con un libro. Necesitamos todo eso, Glenna, de modo que no deberías preocuparte por si estoy ofendido por no haber tomado parte en una discusión acerca de logística y estrategia.

—Haces que las cosas resulten fáciles, gracias. La cuestión es que estamos tratando de resolver no sólo cómo llevamos las armas y los suministros que necesitamos desde aquí hasta el Baile de los Dioses, sino también desde allí hasta Geall, y luego desde el Baile de los Dioses en Geall hasta donde tengamos que dirigirnos una vez que estemos allí.

—El castillo sería el mejor lugar para ello.

—El castillo. ¡Ah, del castillo! —Glenna rió brevemente—. Iremos al castillo. El transporte puede resultar un tanto complicado, y necesitaremos que Moira y tú nos ayudéis en ese aspecto. Por otra parte, solamente Moira y tú sabréis hacia dónde tendremos que dirigirnos una vez que hayamos llegado a Geall. ¿Qué tal eres dibujando mapas?

—Esto sería todo Geall. —Larkin había dibujado el mapa en la biblioteca—. Esta es la forma que tiene. Una especie de abanico dentado en el que estas depresiones son bahías, calas y puertos. Y aquí estaría el Baile de los Dioses.

—Hacia el oeste —murmuró Hoyt—, igual que aquí.

—Sí, y un poco hacia el interior. Aunque si es un día claro, desde allí se puede ver la costa y el mar. Hay un bosque, igual que aquí, pero se extiende hasta un poco más al norte. El Baile de los Dioses se encuentra en una elevación de terreno y aquí está el Pozo de los Dioses. Y más o menos en esta zona, estaría el castillo.

Larkin lo marcó dibujando una especie de torre y una bandera.

—Por este camino, hay una buena hora de marcha a caballo si el viaje es tranquilo. Hay intersecciones aquí y también aquí. Por ésta se va a la ciudad de Geall. Y este camino lleva a Dragon's Lair y luego a Knockarague. El pueblo de mi madre vino de allí y habrá muchos que se unirán a nosotros para luchar contra los vampiros.

—¿Y el campo de batalla? —preguntó Hoyt.

—Aquí, casi en el centro de Geall. Las montañas forman una especie de semicírculo que se extiende hacia el norte, curvándose hacia el este y luego bajando hacia el sur. El valle está aquí. Es muy amplio y el terreno es abrupto, salpicado de cuevas y con muchas rocas. Se llama dunas. Silencio, ya que un hombre podría vagar durante horas por allí, completamente perdido. Y nadie podría oírle. En todo Geall, que yo sepa, es el único lugar donde sólo hay hierbas y rocas.

—No tiene sentido provocar un Apocalipsis en una pradera— comentó Cian—. Serán cinco días de marcha, eso fue lo que dijo Moira, ¿verdad?

—Una marcha dura, así es.

—Peligrosa para mí, aun cuando consiguiera llegar tan lejos.— indicó Cian.

—Hay algunos lugares a lo largo del camino. Refugios, cabañas, cuevas, chozas. Nos encargaremos de que no te enciendas como una antorcha.

—Eres un consuelo para mí, Larkin.

—Un hombre debe hacer lo que pueda. Hay caseríos en las proximidades del valle —continuó explicando al tiempo que los dibujaba en el mapa—. Se puede recurrir a los hombres que viven allí, pero creo que mejor sería construir algunas fortificaciones. El enemigo seguramente encontrará esos lugares muy apropiados para instalar sus propios refugios y comenzar sus preparativos.

—No cabe duda de que el chico tiene cerebro —dijo Cian—. Lilith atacará estos caseríos. —Cian golpeó ligeramente el mapa con el dedo—. Diezmará su población, convertirá en vampiros a todos aquellos que considere que pueden servirle mejor, y utilizará al resto de ellos como comida. Ese será su primer golpe.

—Entonces será allí donde instalaremos nuestra primera línea de defensa —dijo Hoyt, asintiendo.

—Estarías malgastando tiempo y esfuerzos —replicó Cian.

—No podemos dejar a esa gente indefensa —comenzó a decir Hoyt.

—Debemos sacarles de allí. Dejar a Lilith sin fuentes de comida o reclutas frescos, al menos en esa zona. Yo diría que debemos quemar esos caseríos, pero de ese modo también estaríamos malgastando tiempo y esfuerzos.

—Pero tienes razón. —Blair entró en la habitación—. Dejarla sin posibilidad de refugiarse, sin suministros, nada más que tierra arrasada y cenizas. Es el método más limpio, más rápido y más eficaz.

—Estás hablando de los hogares de esa gente. —Larkin meneó la cabeza mirando a Blair—. De los hogares, las vidas y los medios de subsistencia de esa gente.

—Algo que, en cualquier caso, ya no tendrán cuando Lilith haya acabado con ellos. Pero está claro que no querrán —le dijo Blair a Cian—. Y si nosotros lo hiciéramos, lo intentásemos, la gente se rebelaría, y entonces tendríamos que combatir en dos frentes. Así pues, lo mejor será evacuar a la población, trasladar al castillo o a otras fortificaciones a los ancianos, a los más débiles, a todos aquellos que no puedan o no quieran luchar.

—Pero estás de acuerdo con él —insistió Larkin—. En el aspecto general del plan. Quemarlo todo, las casas, las granjas, las tiendas.

—Sí, así es.

—Hay otras maneras. —Hoyt alzó una mano—. Glenna y yo no hemos sido capaces de crear un conjuro para mantener a los vampiros alejados de esta casa debido a la presencia de Cian entre nosotros. Sin embargo, sí podríamos intentar uno para proteger esas áreas, para impedir que se acerquen a las casas allí. Es posible que

su mago pueda romperlo, pero eso le llevaría tiempo... y lo obligaría a mantener su concentración y sus energías puestas en ello.

—Eso podría dar resultado. —Blair intercambió una mirada con Cian comprendiendo que estaban pensando lo mismo; aunque ellos no quemaran los caseríos, Lilith se encargaría de hacerlo.

—Así que esto es Geall. —Se inclinó sobre el mapa—. Y éste es el lugar. Aislado, arrinconado contra las montañas. Muchas cuevas, muchos lugares donde esconderse, y un terreno completamente desolado. Hasta una cabra tendría problemas para batirse en retirada en ese sitio.

—Nosotros no saldremos huyendo —dijo Larkin secamente. —Estaba pensando en ellos. Al carecer de cualquier otro refugio durante el día, utilizarán las cuevas. Eso nos deja a nosotros el terreno elevado, pero les concede a ellos la ventaja para tendernos una emboscada. Será de noche, lo que juega también a su favor. Usaremos fuego, una gran ventaja para nosotros. Pero antes de que lleguemos allí, se me han ocurrido algunas ideas para darles una sorpresa durante el camino. En este momento, no sabemos por dónde aparecerá Lilith exactamente, pero cabe deducir que las probabilidades indican que será dentro de esta área.

Blair colocó una mano sobre el mapa.

—Campo de batalla, refugio, castillo. Ella no se va a quedar escondida detrás de una roca durante el día; no es su estilo, de modo que debemos suponer que se trasladará de noche y se moverá de prisa, buscando un lugar donde refugiarse. Y, más probablemente, enviará una fuerza de avanzada hacia esos caseríos que se encargará de tenerlo todo preparado para su llegada. Es decir que necesitamos saber cuáles son las rutas más rápidas entre estos dos puntos.

Todos trabajaron, debatieron, discutieron. Blair se dio cuenta de que Larkin ya no la apoyaba, que se había apartado de ella en algo básico. Se dijo a sí misma que era algo que podía manejar. Se dijo que no se sentiría herida.

De todos modos, lo que había entre ellos, no era más que una ilusión. Algo enmarcado en la fantasía, tan pasajero como inocente. La pasión no estaba mal, ayudaba a llenar los vacíos... temporalmente. Pero ella sabía muy bien que la pasión se apagaba y acababa muriendo cuando las cosas se ponían difíciles. Aunque era un pobre consuelo, se aferró a él. Lo mantuvo vivo cuando se fue sola a su habitación.

Moira esperó su oportunidad. Durante todo el entrenamiento, pudo ver claramente que algo ocurría entre Blair y Larkin. Apenas si se hablaban y, si lo hacían, era como si fueran dos desconocidos. Cuando ya estaba a punto de amanecer, Moira cogió a Larkin del brazo antes de que éste abandonase el salón de entrenamiento.

—Ven conmigo, ¿quieres? Hay algo que quiero enseñarte.

—¿Qué es?

—En mi habitación. Sólo será un minuto. Regresaremos a casa en unos días —prosiguió antes de que Larkin pudiese protestar—. Me pregunto si todo esto no nos parecerá un sueño.

—Una pesadilla.

—No todo. —Reconociendo su bajo estado de ánimo, le dio un afectuoso golpecito con la cadera—. Tú sabes muy bien que no todo es una pesadilla. Durante algún tiempo nos pareció que habíamos estado aquí desde siempre. Ahora el tiempo vuela, y es como si acabásemos de llegar.

—Me sentiré mucho mejor cuando hayamos llegado a Geall. Cuando sepa dónde estoy y lo que tengo que hacer.

Oh, sí, pensó ella, no cabía duda de que algo no funcionaba. Entraron en su habitación y no volvió a hablar hasta que ambos estuvieron dentro y con la puerta cerrada.

—¿Qué es lo que ocurre entre Blair y tú?

—No sé de qué estás hablando. ¿Qué era eso que querías mostrarme?

—Nada.

—Pero has dicho que...

—Bueno, te he mentado. Hace días que os veo mucho juntos, y hoy mismo habéis dado un paseo cogidos de la mano... y sólo con mirarte puedo ver que no estoy equivocada.

—¿Y qué pasa con ello?

—Esta noche, el aire se congelaba cada vez que uno de vosotros abría la boca. ¿Os habéis peleado?

—No.

Moira frunció los labios.

—Tal vez necesitéis una pelea.

—No seas tonta, Moira.

—¿Y qué me dices de ti? Ella te ha hecho feliz. Te ha dado algo que yo nunca había visto que tuvieses y me da la impresión de que tú le has dado lo mismo a Blair.

Larkin jugó un momento con las bonitas piedras que Moira había recogido en el arroyo y colocado encima de la cómoda.

—Creo que te equivocas, y que yo estaba equivocado.

—¿Cómo es eso?

—Blair me ha dicho que yo no la conocía realmente. No la he creído, pero ahora... Ahora me pregunto si quizá tenía razón.

—Tal vez sí, tal vez no, pero es evidente que ha hecho o dicho algo que te ha molestado. ¿Piensas dejarlo así o harás algo al respecto? ¿Por qué no lo analizas o, al menos, lo hablas con ella?

—Yo no...

—No me vengas con excusas —le cortó Moira con impaciencia—. Sea lo que sea, no puede ser más grave que aquello con lo que nos enfrentamos. Ahora, cualquier otra cosa es insignificante. Te aseguro que cualquier otra cosa puede arreglarse. De modo que ve y arréglalo.

—¿Por qué debo ser yo quien arregle las cosas?

—Porque, si no, hasta que lo hagas, estarás de mal humor y cavilando amargamente en lugar de dormir. Y antes de que llegues a eso, yo me encargaré de fastidiarte hasta que te estalle la cabeza.

—Está bien, está bien. Moira, eres realmente insoportable.

—Lo sé. —Le acarició la mejilla—. Eso es porque te quiero. Y ahora vete de una vez.

—Es lo que estoy haciendo.

Larkin aprovechó su irritación con Moira para salir de la habitación y dirigirse a la de Blair. Llamó a la puerta, pero no esperó

a que lo invitasen a entrar. Abrió y vio que ella estaba sentada frente al escritorio, con su pequeña máquina computadora.

Cerró la puerta con firmeza detrás de él.

—Tengo que hablar contigo.

CAPITULO 10

Ella conocía ese tono..., cuando «tengo que hablar contigo» significaba en realidad «tengo que discutir contigo». Y eso le parecía bien, eso era genial. Se encontraba de un humor perfecto para una trifulca rápida y sucia.

Pero eso no significaba que fuera a ponerle las cosas fáciles a Larkin.

Permaneció sentada.

—Obviamente, has pasado por alto el hecho de que en este momento estoy ocupada.

—Obviamente, has pasado por alto el hecho de que me importa una mierda.

—Es mi habitación —espetó ella fríamente— y lo que he decidido hacer.

—Entonces échame de la habitación; ¿por qué no lo haces?

Ella se volvió hacia él y estiró las piernas casualmente, en un gesto que sabía que era insultante.

—¿Crees acaso que no podría hacerlo?

—Creo que, en este momento, tendrías muchos problemas para conseguirlo.

—Por tu expresión, me parece que has venido a buscar jaleo. De acuerdo. —Cruzó los pies a la altura de los tobillos... un lenguaje corporal sólo un poco más insultante, pensó. Con un ademán ocioso, cogió una botella de agua y lo señaló con ella antes de beber—. Di lo que hayas venido a decir y luego márchate.

—Por el sonido de tu voz, cara, me estabas esperando.

—Sé que te pasa algo conmigo, lo has dejado bastante claro. De modo que escúpelos ya, Larkin. No tenemos mucho tiempo y yo no tengo paciencia para agravios insignificantes.

—¿Acaso es insignificante hablar de un modo tan insensible acerca de destruir los hogares de la gente, el trabajo de toda su vida, todo aquello que han construido y por lo que se han esforzado?

—Se trata de una estrategia legítima y probada en tiempo de guerra.

—Habría esperado oír esas palabras de Cian. Él es lo que es y no puedo hacer nada para evitarlo. Pero no de ti, Blair. Y no se trata solamente de la estrategia, sino de la manera en que lo has dicho, de la forma en que has hablado de esas personas que defenderían sus hogares; como si fuesen un estorbo, unos rebeldes, seguí tus palabras.

—Lo serían, al crear un problema que no podemos afrontar.

—Pero en cambio sí podrías afrontar el hecho de quemar sus casas.

Ella conocía demasiado bien el aspecto y el sonido que tenía la aversión airada de un hombre. Lo único que podía hacer era fortalecerse contra eso.

—Es mejor perder madera y ladrillo que carne y hueso.

—Un hogar es mucho más que madera y ladrillo.

—No podría decirlo, nunca he tenido uno, pero ésa no es la cuestión. En cualquier caso, sólo lo hemos planteado, no lo hemos hecho. De modo que si eso es todo...

—¿Qué quieres decir con que nunca has tenido un hogar?

—Digamos que nunca desarrollé un vínculo emocional con el techo que tenía encima de mi cabeza. Pero si lo tuviese, preferiría verlo desaparecer antes de que eso me ocurriese a mí, o a cualquiera que me importase. —Los músculos de la parte posterior del cuello se le habían tensado como cables, provocándole una jaqueca que le llegaba directamente al cráneo—. Y ésta es una discusión ridícula, porque no vamos a quemar nada.

—No, porque nosotros no somos los monstruos.

Blair palideció ante ese comentario. Larkin pudo ver cómo el color desaparecía de su rostro.

—Eso significa que tú no lo eres y que Hoyt no lo es, pero Cian y yo somos otra historia. Muy bien. No es la primera vez que me comparan con un vampiro.

—No es eso lo que estoy haciendo.

—Lo esperabas de él, pero no de mí —le recordó Blair—. Bien, puedes esperarlo. No, tacha eso, no esperes nada. Y ahora lárgate de mi habitación.

—No he terminado —dijo él.

—Yo sí. —Blair se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando Larkin se colocó delante de ella y la cogió del brazo, ella se liberó de un tirón—. Muévete o yo me encargaré de que lo hagas.

—¿Ésa es tu solución? ¿Amenazar, empujar, golpear?

—No siempre.

Sin embargo, su puño salió lanzado hacia arriba y llegó a su destino antes de que la idea de hacerlo llegase a su cerebro. El golpe derribó a Larkin y la dejó asombrada, conmocionada y avergonzada. Perder el control con un ser humano, causar daño físicamente a una persona, eso no estaba permitido.

—No pienso disculparme, porque tú te lo has buscado. No obstante, me he pasado. Y que lo haya hecho significa que he traspasado la línea y que esta conversación tiene que terminar. Ven, levántate.

Le tendió la mano.

Blair no lo vio venir, otro error. Larkin tiró violentamente de su mano y, con la pierna, le levantó los pies del suelo. Cuando ella cayó, él rodó colocándose encima antes de que Blair pudiese reaccionar.

Ella tuvo un instante para pensar que Larkin había estado entrenando muy bien.

—¿Es así como ganas tus discusiones? —preguntó él—. ¿Con un puñetazo en la cara?

—La discusión ya había acabado. Eso ha sido para afirmar mi posición. Vas a desear alejarte de mí, Larkin, y deprisa. Es tu última oportunidad.

—Que te jodan.

—Que te jodan a ti. —Se lo quitó de encima y luego encogió el cuerpo para bloquear cualquier golpe que él pudiese lanzarle—. No puedes jugar conmigo de este modo. Todo es muy fácil cuando se trata de paseos bajo el sol y de propuestas de comidas campestres, pero cuando las cosas se ponen difíciles, cuando tengo que ser dura, entonces a ti te repugna y soy un jodido monstruo.

—Yo nunca te he llamado de esa manera y no me repugna. Lo que estoy es furioso contigo.

Se abalanzó sobre ella y ambos cayeron rodando nuevamente al suelo. Sus cuerpos chocaron contra una mesa y la volcaron, haciendo que un bol de cristal se hiciera pedazos.

—Si dejaras de intentar machacarme y herirme durante cinco segundos, podríamos acabar con esto.

—Si hubiese querido herirte, en este momento te estarías desangrando por una arteria. No necesito que me juzgues o me sermonees porque he herido tu sensibilidad. No necesito esta mierda de ti ni de...

—Lo que necesitas es cerrar tu maldita boca.

Y Larkin aplastó la suya contra los labios de Blair en un beso furioso y frustrado, a pesar de que el codo de ella encontró la forma de clavarse en su estómago. Él tuvo que apartar la cabeza para recuperar el aliento perdido.

—No me digas que cierre la boca.

Blair lo cogió del pelo con ambas manos y volvió a acercarle los labios a los suyos.

Lo besó con la misma furia, con la misma frustración. Con la misma necesidad. «A la mierda todo —pensó—. A la mierda lo que está bien y lo que está mal, la sensatez, la seguridad. A la mierda el control.»

Había momentos en los que tomabas y dejabas que te tomaran.

No significaba nada, se dijo mientras le arrancaba la camisa. Era sólo carne, era sólo deseo sexual. Quería llorar y rugir tanto como devorar.

Se sentó a horcajadas sobre él mientras se quitaba la camiseta por encima de la cabeza. Pero Larkin se irguió, rodeándola con sus brazos al tiempo que su boca encontraba su pecho. Entonces Blair se aferró a él, echó la cabeza hacia atrás y dejó que continuase.

Ahora ella estaba montando de nuevo en el dragón, pensó él, volando con su poder. Blair era como una llama, y su simple quemadura lo volvía loco. Usó los dientes y la lengua, saciándose, mientras los dedos de Blair se hundían en sus hombros, su espalda, en los costados. Entonces la tuvo otra vez debajo de él, elevando y moviendo las caderas mientras sus bocas se juntaban violentamente.

Larkin le deslizó los pantalones hacia abajo y vio que ella no llevaba nada más salvo la mujer, caliente y húmeda. Más caliente y más húmeda cuando su mano la tocó. Su gemido, ronco y profundo, lo hizo vibrar.

Cuando el orgasmo estalló a través de ella, Blair sólo pudo pensar «Dios, gracias Dios». Pero la ansiedad volvió a zarandearla,

giró en su interior como un ciclón que la hizo morder, arañar y rasgar.

No pensaba dar cuartel, y tampoco pedirlo; sólo quería aferrarse al cuerpo de Larkin con sus poderosas piernas. Experimentar el exquisito cataclismo de su penetración.

Él arremetió a un ritmo enloquecido, embestida tras embestida, hasta que ambos se consumieron en el mismo fuego

¿Qué había hecho? Acababa de tener una sesión de sexo frenético y explosivo sin dedicar un solo pensamiento al instinto de conservación, a las consecuencias, a... nada. Ningún pensamiento, absolutamente ninguno, sólo la satisfacción de una necesidad brutal y primaria.

Larkin aún estaba dentro de ella y era como si sus cuerpos se hubiesen fundido debido al intenso calor emanado por ellos. ¿Cómo haría para volver a ser ella misma? ¿Cómo haría para salir indemne de aquello?

Se suponía que no debía sentir de ese modo. Se suponía que no debía querer nada ni a nadie de tal modo que se olvidase de sí misma. No permitir que la tomasen al tiempo que ella también tomaba, en medio de una pasión ciega y salvaje.

Blair no lo había detenido. No había sido capaz de hacerlo. Y ahora pagaría las consecuencias.

Larkin murmuró algo que ella no entendió. Luego frotó la nariz contra su cuello, como si fuese un cachorro, y rodó hacia un lado.

La simple dulzura de ese gesto, después de la ferocidad del asalto que habían mantenido, la desmontó.

—Eres increíble. —Jadeante, Larkin consiguió articular las palabras.— Bueno, ha sido realmente asombroso, y como yo lo había planeado. ¿Estás bien?

«Ten cuidado —se recomendó a sí misma—. Permanece alerta y tranquila.»

—Muy bien.

Se sentó y buscó los pantalones.

—Espera un minuto. —Le palmeó el brazo—. La cabeza aún me da vueltas. Y, además, apenas he podido mirarte, considerando que los dos teníamos prisa.

—Lo hemos hecho. —Blair se puso los pantalones—. Eso es lo que cuenta.

Larkin también se levantó y cogió la camiseta de Blair antes de que ella lo hiciera.

—Mírame, ¿quieres?

—No soy muy buena para los análisis posteriores al partido y, además, tengo cosas que hacer.

—No recuerdo ningún partido. Una batalla, tal vez. Pensaba que ambos habíamos quedado en el bando ganador.

—Sí, y estoy bien, tal como te acabo de decir. —Empezaría a temblar en cualquier momento—. Necesito mi camiseta.

Larkin estudió su expresión.

—¿Adonde te has ido? Tienes tantos escondites...

—Yo no me escondo.

Le arrancó la camiseta de las manos.

—Sí, ya lo creo que lo haces. Si alguien consigue acercarse demasiado, tú te deslizas de inmediato hacia uno de tus recovecos.

—A ver, ¿por qué quieres que ahora me enfade? —Se puso la camiseta con movimientos bruscos—. Hemos tenido sexo... sexo realmente bueno. Era algo que se veía venir desde hacía tiempo, y ya ha sucedido. Podemos volver a concentrarnos en lo que importa.

—No creo que aquí las cosas sean tan diferentes de Geall como para decir que lo que hemos tenido ha sido simplemente sexo.

—Mira, vaquero, si lo que quieres es una aventura romántica...

Él se levantó lentamente. El brillo de sus ojos le advirtió a Blair que su mal humor había vuelto. Eso era bueno, de hecho, eso estaba muy bien. Se habían dado un buen revolcón y ahora él se iría.

—No ha habido nada romántico en lo que hemos hecho. Pensaba que lo sería la primera vez que estuviéramos juntos, pero las cosas han tomado otro rumbo, y no me quejo. Pero ahora estás tratando de echarme, de apartarme de ti, del mismo modo que antes con el puñetazo. Permíteme que te diga que ese golpe ha sido más honesto que lo que estás haciendo ahora.

—Ya has tenido lo que andabas buscando.

—Tú sabes muy bien que no era sólo eso.

—¿Qué sentido tiene cualquier otra cosa? ¿Cuál es el maldito sentido? No hay futuro.

—¿Has estado consultando la bola de cristal de Glenna? ¿Eres capaz de ver hoy lo que ocurrirá mañana y al día siguiente?

—Lo que sé es que estas cosas están condenadas antes incluso de que comiencen. Cian no es el único que es lo que es, Larkin.

—Ah, ahora me sales con eso.

—Sólo... —Levantó ambas manos, hizo un gesto en el aire y se apartó de él—. Olvídalo. Si el revolcón no es suficiente para ti, busca en otra parte.

De modo que él la había herido, comprendió Larkin. No era el primero en hacerlo, y no podía decidir si realmente lamentaba lo que había hecho.

—No sé lo que es suficiente para mí cuando se trata de ti.— Recogió sus pantalones y se los puso—. Pero sí sé que me preocupo por ti. Sé que me importas.

—Oh, por favor. —Blair cogió la botella de agua que había encima de su escritorio y bebió un trago—. Si ni siquiera te gusto.

—¿De dónde diablos has sacado eso? ¿Por qué dices algo tan estúpido y tan falso?

—Pareces haber olvidado qué ha sido lo que ha empezado todo esto; para qué has venido a mi habitación.

—No lo he olvidado, pero no sé qué tiene eso que ver con lo que siento por ti.

—Por el amor de Dios, Larkin, ¿cómo podrías sentir algo por alguien al que tienes enfrente en un asunto fundamental?

Larkin pensó muy bien sus palabras antes de hablar. Él sabía muy bien que en esos momentos Blair lo estaba comparando con ese Jeremy del que le había hablado antes. Alguien que no había sido capaz de amarla y aceptar quién era, o que no había querido hacerlo.

—Blair, eres una mujer muy obstinada, y yo también tengo mi vena de testarudez. Mis propios pensamientos y opiniones y, ¿cómo lo llamaste?, sensibilidades. ¿Y con eso qué?

—Con eso, tú y yo —Blair lo señaló, luego se golpeó ligeramente el pecho y agitó el dedo entre Larkin y ella—, barrera.

—Oh, tonterías. ¿Crees acaso que no puedo disentir de ti, y hacerlo apasionadamente, y a la vez preocuparme por ti? ¿Respetarte, admirarte, incluso sabiendo dentro de mi corazón que estás equivocada acerca de lo que estábamos discutiendo? Apuesto a que, por tu parte, tú crees que soy yo quien está equivocado. No lo estoy —dijo con un leve asomo de sonrisa—, pero ésa es otra cuestión. Si todo el mundo debe creer lo mismo, si nunca existe ninguna diferencia apasionada, ¿cómo se empareja la gente en tu mundo?

—No lo hacen —dijo ella un momento después—. No conmigo.

—Entonces sólo eres estúpida. Y estrecha de mente —añadió ante la mirada boquiabierta de ella—. Y muy dura de mollera también, como creo que te acabo de decir.

Blair bebió otro cauteloso trago de agua.

—No soy estúpida.

—Entonces el resto de lo que he dicho. —Larkin asintió mientras daba un paso hacia ella—. Blair, no siempre a donde vas es lo más importante. Lo que cuenta es el propio viaje, lo que encuentras, lo que haces a lo largo del camino. Yo te he encontrado a ti, y eso es algo muy importante.

—A donde vamos, importa.

—Es verdad. Pero también donde estamos ahora. Tengo sentimientos hacia ti, sentimientos que nunca antes he tenido por nadie. No siempre me resulta fácil acomodarlas dentro de mí, pero procuro cambiar la disposición de las cosas hasta que encajan.

—Tú tal vez. Yo no soy buena en esas cosas.

—Pues como yo sí lo soy, sólo tendrás que seguirme.

—¿Cómo te las has arreglado para darle la vuelta a mis palabras?

Larkin se limitó a sonreír, luego la besó en la mejilla, en la frente y en la otra mejilla.

—Sólo me las he arreglado para que dieses la vuelta hacia mí. Ésa es la dirección correcta.

Blair tenía que mantener la mente concentrada en el trabajo. Si no lo hacía, tendía a vagar en la dirección que Larkin había mencionado. Entonces se encontraba soñando despierta, sonriendo

sin ningún motivo, o recordando cómo era despertarse junto a un hombre que la miraba de un modo que la hacía sentir tan mujer.

Aún había demasiadas cosas pendientes como para abandonarse a las fantasías.

—Tienes que ser práctica, Glenna. Todos tenemos que serlo ahora. —Blair tocó con su pie el baúl donde Glenna guardaba sus cosas.— ¿Qué es esencial de lo que tienes aquí dentro?

—Todo.

—Glenna.

—Blair —Glenna cruzó los brazos—, ¿vamos a entrar en batalla o no contra todos los demonios?

—Sí, eso es lo que haremos. Lo que significa que iremos ligeros de equipaje, con facilidad para movernos.

—No, lo que significa que iremos cargados. Éstas son mis armas. —Glenna movió una mano, pensó Blair, como una de esas presentadoras que muestran premios fabulosos—. ¿Piensas dejar tus armas aquí?

—No, pero yo puedo llevarlas a la espalda, algo que tú no puedes hacer con tu baúl de dos toneladas.

—El baúl no pesa dos toneladas. Como máximo, treinta y cinco kilos. —Los labios de Glenna temblaron ligeramente ante la larga y fría mirada de Blair—. De acuerdo, tal vez cuarenta.

—Sólo los libros...

—Pueden ser decisivos. ¿Quién puede decirlo? Yo me encargaré de transportarlos.

—Será mejor que sea un círculo de piedra jodidamente grande—dijo Blair entre dientes—. ¿Sabes que llevas más cosas que todo el resto de nosotros juntos?

—¿Qué puedo decir? Soy una diva.

Blair puso los ojos en blanco y se acercó a la ventana de la torre para mirar la lluvia.

Allí les quedaba ya muy poco tiempo, pensó. Casi era el día de la mudanza. Y aunque ella podía ver —prácticamente ver— a algunas de las fuerzas de Lilith en los árboles, no se percibía ningún movimiento hacia la casa. Ningún ataque.

Ella había esperado que sucediese algo. Después de lo que Larkin había provocado, sólo por el valor que había demostrado, Blair esperaba alguna clase de represalia por parte de Lilith. Parecía casi imposible que encajase semejante insulto, semejante pérdida, sin devolver el golpe.

—Quizá ella está también demasiado ocupada haciendo los preparativos para irse a Geall.

—¿Qué?

—Lilith. —Blair se volvió hacia Glenna—. Hace días que no tenemos noticias de ella- Y la incursión de Larkin tuvo que hacerle daño. Dios, cuando piensas en ello, un solo hombre, desarmado, no sólo consigue entrar en esas cuevas, sino que logra liberar a los prisioneros. Es una patada en pleno rostro.

Los ojos de Glenna brillaron.

—Me gustaría que eso fuese literal además de figurado.

—Ponte a la cola. Pero quizá ahora está demasiado ocupada preparándose para mover su frente como para hostigarnos.

—Es muy probable.

—Voy a la sala de combate. Es necesario que ultimemos los detalles de las trampas que queremos colocar.

—¿Supondrán alguna diferencia?

—¿Qué quieres decir?

—He estado pensado en ello, en todo. En lo que hemos hecho, en lo que han hecho ellos. —Glenna pasó una mano por la tapa de su baúl—. Pero el momento y el lugar ya han sido fijados. Nada de lo que hagamos cambiará ese momento y ese lugar.

—No; Morrigan lo dejó muy claro durante nuestra última conversación. Pero lo que nosotros hagamos, la forma en que manejemos el tiempo entre ahora Y entonces, fijará cómo serán ese momento y lugar. Morrigan también estaba diciendo eso. No te preocupes, es normal que estemos nerviosos.

—Bien. —Con enérgica eficacia, Glenna volvió a colocar en su caja los frascos que había rellenado—. Hoy he llamado a mis padres. Les he dicho que probablemente estaría ilocalizable durante algunas semanas. Les he explicado que lo estaba pasando de maravilla. Naturalmente, no les he dicho nada de todo esto.

Ni siquiera les he hablado de Hoyt; todavía es algo demasiado difícil de explicar. —Cerró la caja y se volvió—. No se trata de que no tenga miedo a morir. Lo tengo, por supuesto... quizá más ahora que cuando comenzó todo esto. Ahora tengo mucho más que perder.

—Hoyt, y el «felices para siempre».

—Exactamente. Pero estoy preparada para morir si es preciso. Tal vez más ahora que cuando esto empezó; por las mismas razones.

—El amor sin duda puede ponerlo todo patas arriba.

—Oh, ya lo creo —fue el sincero asentimiento de Glenna—. Y no cambiaría un solo momento desde que conocí a Hoyt. Sin embargo, todo es tan difícil, Blair. Si no salgo de ésta, no tengo forma de explicarle nada a mi familia. Ellos nunca sabrán lo que me pasó. Y eso me pesa.

—Entonces no te mueras.

Glenna se echó a reír.

—Una idea estupenda.

—Lo siento. No pretendía tomarlo a la ligera.

—No, de hecho es una especie de ánimo. Pero... si me sucediese algo, ¿le llevarías esto a mi familia? —Le tendió un sobre—. Sé que es mucho pedir —añadió al ver que Blair dudaba.

—No, pero... ¿por qué yo?

—Cian y tú sois los que tenéis más posibilidades de salir con vida de esto. No puedo pedirle a él que lo haga. Ellos no lo entenderán, incluso con la carta, pero al menos no se pasarán el resto de sus vidas preguntándose si estoy viva o muerta. No quiero hacerlos pasar por eso.

Blair estudió el sobre, el trazo artístico de la letra con que estaban escritos los nombres y la dirección de sus padres.

—Desde que comenzó esta historia, yo he tratado de comunicarme con mi padre dos veces —explicó Blair—. A través

del correo electrónico, ya que en realidad no sé dónde está. No me ha contestado.

—Oh, lo siento. Seguramente está fuera del alcance de...

—No, probablemente no. Es sólo que no me contesta; eso es bastante típico de mi padre. Y necesito superarlo. No es que el asunto en sí no le importe. Una gran guerra de vampiros... realmente le interesaría. Y si yo muriese, lo sentiría. Porque él me entrenó para no ser derrotada. Si sucumbiese, sería como una crítica para él.

—Eso suena muy duro.

—Él lo es. —Blair miró fijamente a Glenna a los ojos—. Y no me ama.

—Oh, Blair.

—Es hora de superar eso también. Tiempo pasado. Tú tienes algo más aquí. —Dio unos golpecitos en el sobre—. Y es importante.

—Lo es —convino Glenna—. Pero ellos no son mi única familia.

—Lo entiendo. Te refieres a lo que tenemos nosotros seis. Es una de las cosas buenas que he encontrado a lo largo del camino.— Blair asintió y guardó el sobre en uno de los bolsillos traseros de sus téjanos—. Te devolveré este sobre el primero de noviembre.

—Eso estaría bien.

—Te veré abajo.

—En seguida. Oh, y ¿Blair? Es muy bonito lo de Larkin y tú. Resulta agradable de ver.

—¿Ver qué?

Ahora Glenna dejó escapar una sonora carcajada.

—¿Es que estoy ciega acaso? Además, ahora tengo la supervisión de rayos X de una recién casada. Sólo estoy diciendo que me gusta la manera en que estáis juntos. Me parece que ambos encajáis muy bien.

—Es sólo... No es... Yo no estoy buscando el gran final estilo Hollywood, donde la música va in crescendo y la luz se vuelve rosada y hermosa.

—¿Por qué no?

—Simplemente las cosas no son así. Yo vivo día a día. Si las personas como yo miran demasiado lejos, acaban cayendo en el gran agujero que alguien ha cavado en el camino, justo delante de ellos.

—Y si no miran lo bastante lejos, o con suficiente intensidad, no pueden ver lo que realmente estaban buscando.

—En este momento, me conformo con evitar el agujero.

Una vez dicho esto, abandonó la habitación. A una mujer que aún estaba flotando en las alas de un amor flamante, era imposible explicarle que había algunas personas que, simplemente, no estaban hechas para eso, pensó. Algunas mujeres no tenían incluido en su destino ese paseo a la puesta del sol, cogidas de la mano del hombre de sus sueños.

Cuando Blair caminaba a la puesta del sol, lo hacía sola, e iba armada y plantando cara a la muerte.

No era exactamente un asunto de romance y futuro esperanzador.

Ella lo había intentado en una ocasión y había sido un desastre que le había estallado en pleno rostro. Larkin no era Jeremy, de eso no había ninguna maldita duda. Larkin era más duro, más fuerte, y, desde luego, más dulce.

Pero eso no cambiaba un ápice la cuestión fundamental. Ella tenía su trabajo —la misión— y él tenía su mundo. No eran precisamente elementos muy adecuados para una relación a largo plazo.

Su rama particular del viejo árbol genealógico de los McKenna moriría con ella. Se había hecho a esa idea después de Jeremy, una vez que se hubo repuesto a duras penas.

Comenzó a avanzar hacia la escalera, pero la música hizo que se detuviese. Alzó la cabeza esforzándose por escuchar, por reconocer. ¿Era Usher?

Joder, ¿era Larkin el que estaba en la sala de entrenamiento jugando con su MP3? Tendría que matarle.

Subió la escalera a la carrera. No es que no apreciara el hecho de que Larkin disfrutara de su música, pero ella había pasado mucho tiempo bajándola de la red e instalándola en el reproductor, y él ni siquiera sabía cómo funcionaba ese jodido chisme.

—Escucha, vaquero, no quiero que...

La habitación estaba vacía y las puertas de la terraza firmemente cerradas. Y la música fluía en el aire. Le pareció extraño.

Apoyó la mano en la estaca que siempre llevaba en la cintura y se acercó lentamente hacia las armas. Las luces estaban encendidas;

nada podía esconderse entre las sombras. Sin embargo, cerró la mano alrededor del mango de una guadaña.

La música cesó de golpe; se oyó el sonido de un interruptor.

Lora apareció a través de la pared de espejos.

—Hola, chérie.

—Bonito truco.

—Uno de mis favoritos.

Lora describió un círculo y pareció estudiar la habitación. Llevaba botas de tacón alto, pantalones negros ceñidos y una chaqueta con un top de encaje debajo.

—De modo que aquí es donde entrenáis y transpiráis y os preparais para morir.

—Aquí es donde nos entrenamos para patearos el culo.

—Tan dura, tan formidable.

Lora flotó alrededor de la habitación con los agudos tacones de las botas rozando apenas el suelo.

«No está aquí —se dijo Blair—. En realidad, no está aquí, es sólo la apariencia engañosa de Lora.» Pero para comprobarlo, lanzó una estaca. Vio cómo ésta pasaba a través de la figura de Lora y acababa clavada en la pared.

—Eso ha sido muy descortés de tu parte. —Lora se volvió, ligeramente enfurruñada—. No es forma de recibir a una invitada.

—A ti nadie te ha invitado a esta casa.

—No, la última vez nos interrumpieron antes de que pudieras hacerlo. Pero aun así, te he traído un regalo. Algo que he elegido especialmente para ti. Tuve que viajar a Estados Unidos para buscarlo. Hasta Boston.

Lora giró sobre sí misma con los ojos brillantes como soles.

—¿No te gustaría verlo? ¿O tal vez te gustaría adivinarlo? ¡Sí, sí, sí, debes adivinarlo! Tres posibilidades.

Para mostrar su absoluta falta de interés, Blair permaneció impasible, con los pulgares enganchados en los bolsillos del pantalón.

—Yo no juego con los muertos vivientes, Fifi.

—No eres nada divertida, ¿verdad? Pero un día nos divertiremos; tú y yo. —Se acercó flotando en el aire y deslizó la lengua por los colmillos antes de sonreír—. Tengo tantos planes para ti... Los hombres te han decepcionado, ¿no es así? Pobre Blair. Te negaron su amor y tú en el fondo lo deseas.

—Lo único que deseo es acabar con esta conversación antes de que me ponga enferma.

—Lo que tú necesitas es una mujer. Lo que necesitas... —Hizo un trazo con el dedo en el aire, a escasos centímetros de la mejilla de Blair—. Sí, necesitas el poder y el placer que yo podría darte.

—No me gustan las rubias baratas con estúpido acento francés. Y en cuanto a la ropa... estás súper pasada de moda.

Lora siseó como una serpiente y su cabeza se lanzó hacia adelante como si fuese a morderla.

—Haré que te arrepientas y te arrastres. Y luego te haré gritar.

Blair, deliberadamente, abrió los ojos como platos.

—¡Dios mío! ¿Acaso eso significa que ya no quieres quedar conmigo?

Lora giró en el aire al tiempo que se echaba a reír.

—Me gustas, realmente me gustas. Tienes, eh... estilo. Por eso te he traído ese regalo tan especial. Iré a buscarlo. Aguarda un minuto.

Lora desapareció a través de los espejos.

—A la mierda con esto —musitó Blair.

Cogió una ballesta y la armó. Con ésta en una mano y la guadaña en la otra, comenzó a moverse cautelosamente hacia la puerta.

Aquél era territorio de Glenna, no suyo. Hora de llamar a la bruja.

Pero Lora volvió a deslizarse a través de la pared de espejos, y lo que traía con ella hizo que a Blair se le helase la sangre.

—No. No, no, no.

—Es muy guapo. —Lora deslizó la lengua por la mejilla de Jeremy mientras él se debatía para librarse de ella—. Ahora entiendo lo que sentías.

—Tú no estás aquí. —Oh, Dios, el rostro de Jeremy estaba sangrando. Tenía el ojo derecho hinchado y casi cerrado—. Esto no es real.

—No estoy aquí, pero esto es real. Jeremy, saluda.

—¿Blair? ¿Blair? ¿Qué está pasando? ¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre?

—Fue tan fácil. —Lora lo cogió por el cuello, asfixiándolo mientras lo levantaba unos centímetros del suelo. Y se echó a reír cuando Blair se abalanzó en su dirección, voló a través de ellos y chocó contra la pared—. Me lo ligué en un bar. Unas copas, unas insinuaciones. «Hombres, eternos seductores»: Shakespeare. «¿Por qué no vamos a tu casa?», fue todo lo que tuve que susurrarle al oído. Y aquí estamos.

Lora bajó a Jeremy hasta que sus pies tocaron el suelo, pero no apartó la mano de su cuello.

—Me lo habría follado primero, pero pensé que eso le quitaría encanto al regalo.

—Ayúdame. —Jeremy habló con un silbido ahogado—. Blair, tienes que ayudarme.

—Ayúdame —lo imitó Lora, burlándose de él, y lo lanzó violentamente al suelo.

—¿Por qué estás perdiendo el tiempo con él? —Blair sintió que se le revolvía el estómago cuando Jeremy comenzó a arrastrarse hacia ella.— Si me quieres a mí, ven a buscarme.

—Oh, lo haré. —Lora dio un brinco y cayó encima de Jeremy. Lo colocó de espaldas contra el suelo y se sentó a horcajadas encima de él—. Este humano débil, aunque atractivo, te rompió el corazón, ¿no es así?

—El me abandonó. ¿Qué puede importarme lo que le hagas? Estás perdiendo el tiempo con él cuando deberías estar tratando conmigo.

—No, no, nunca es una pérdida de tiempo. Y sí te importa, chérie.

—Lora le tapó la boca a Jeremy con una mano cuando éste comenzó a gritar y luego, sin quitar los ojos de Blair, le abrió la mejilla con la uña para que brotase sangre fresca. Se la lamió de la punta del dedo Hummm. El miedo siempre le da un sabor especial. Implora por él. Si imploras, le dejaré vivir.

—No le mates. Por favor, no le mates. Él no significa nada para ti. No es importante. Déjalo libre, déjalo, ya tienes mi atención. Me encontraré contigo donde quieras. Solas tú y yo. Resolveremos este asunto sólo nosotras dos. No necesitamos que los hombres interfieran. No lo hagas. Pídeme algo a cambio. Sólo tienes que pedirlo.

— Blair. —Lora le dirigió una sonrisa dulce y compasiva—. No tengo que pedir nada. Yo tomo lo que me gusta. Pero has implorado muy bien, de modo que yo... Oh, no seas ridícula. Las dos sabemos que voy a matarle. Observa. Lora hundió los colmillos en el cuello de Jeremy, colocando su cuerpo sobre el de él mientras se movía rítmicamente en una horrible parodia del acto sexual. Blair se oyó gritar y gritar. Y gritar.

CAPITULO 11

Cuando Larkin irrumpió en la habitación, lo único que vio fue a Blair tratando de clavar una y otra vez una estaca en el suelo. Mientras lo hacía, no dejaba de llorar con sollozos violentos y estridentes, y en su rostro había una expresión de desvarío.

Corrió hacia ella, pero cuando intentó sujetarla, Blair le lanzó un golpe que le hizo sangrar el labio.

—¡Vete, vete de aquí! ¡Ella lo está matando!

—Aquí no hay nada.

Larkin le aferró la muñeca, y habría recibido otro golpe si Cian no hubiese arrastrado a Blair hacia atrás.

Ella se revolvió para atacar y Cian la abofeteó dos veces. Con bastante fuerza como para que los golpes resonasen en la habitación.

—Basta. Las histéricas son inútiles.

Larkin, furioso, se levantó de un salto.

—Quítale las manos de encima. ¿Crees que puedes hacerle daño?

Podría haber golpeado a Cian pero Hoyt le aferró el brazo.

—Esperad un minuto.

La respuesta de Larkin fue lanzar la cabeza hacia atrás y estrellarla contra la mandíbula de Hoyt en el momento en que Glenna corría para interponerse entre Larkin y Cian.

—Calma. —Glenna alzó las manos—. Que todo el mundo se calme.

Pero sólo había gritos, acusaciones y los sollozos desesperados de Blair.

—¡*Ciunas!*—La voz de Moira atravesó el caos con fría autoridad—. Silencio todos vosotros. Larkin, él ha hecho lo que había que hacer, de modo que basta de tonterías. Cian, suelta a Blair. Glenna, ve a por un poco de agua para ella. Debemos averiguar qué es lo que ha sucedido aquí.

Cuando Cian se apartó de Blair, ésta simplemente se derrumbó.

—Ella lo ha matado. No he podido hacer nada para detenerla.—Levantó las rodillas y apoyó la cabeza en ellas mientras se cubría con los brazos—. Oh, Dios. Oh, Dios mío.

—Ahora tienes que mirarme. —Moira se agachó junto a ella, le cogió con fuerza los brazos y se los bajó—. Blair, tienes que mirarme y contarme lo que ha pasado aquí.

—Él nunca lo creyó, ni siquiera cuando se lo mostré. Era más fácil apartarme de su vida y alejarse de mí que creer lo que yo le decía. Y ahora está muerto.

—¿Quién está muerto?

—Jeremy. Jeremy está muerto. Ella lo ha traído aquí para que yo pudiese ver cómo lo mataba.

—Aquí no hay nadie, Blair. No hay nadie aquí y tampoco en la casa, excepto nosotros seis.

—Había alguien. —Glenna le alcanzó el agua a Blair—. Puedo sentirlo.

Miró a Hoyt buscando la confirmación de sus palabras.

—Sí, un olor en el aire —asintió Hoyt—. Una especie de pesadez que es propia de la magia negra.

—Ha llegado a través de la pared y yo pensé, bueno, ahora lucharemos. Tú y yo, puta francesa. —Aunque Blair hacía un esfuerzo para calmarse, la voz continuaba saliéndole a trompicones—. Le he lanzado una estaca, pero ha pasado a través de ella. Lora no estaba realmente aquí. Ella...

—Igual que en el metro. A mí también me pasó —explicó Glenna—. En Nueva York. Un vampiro apareció en el vagón del metro donde yo viajaba, pero nadie más pudo verle. Me habló, se movía, pero no estaba realmente allí.

—Boston. —Transida de dolor, Blair consiguió ponerse de pie—. Ella había ido a Boston. En una época, yo viví allí. Fue donde conocí... a Jeremy. Estaban en su apartamento. Ella me ha dicho dónde estaba. Cian, ¿tienes contactos allí?

—Sí.

Blair le dio una dirección.

—Jeremy Hilton. Es necesario que alguien lo compruebe. Quizá Lora sólo estaba jugando conmigo. Pero si... Tenemos que asegurarnos de que Lora no lo ha transformado.

—Yo me encargaré de eso.

Blair miró hacia donde había acuchillado y clavado la estaca en las tablas del suelo.

—Siento lo del suelo —le dijo a Cian.

—Ahora eso será problema de Glenna y Hoyt —contestó él, y le tocó ligeramente el hombro antes de abandonar la habitación.

—Deberíamos bajar. Y tú deberías acostarte —aconsejó Glenna—. O, al menos, sentarte. Puedo darte algo que te ayudará.

—No. No quiero nada. —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Sabía que volvería a visitarnos, pero nunca pensé, nunca se me ocurrió algo así. Glenna, tu familia.

—Ellos están protegidos. Hoyt y yo nos encargamos de que así fuese. Blair, lamento tanto no haber hecho algo por tu... por tu amigo.

—Nunca pensé en él. Nunca consideré que ellos... yo... me tomaré unos minutos antes de que volvamos al trabajo.

—Todos los que necesites —dijo Glenna.

Blair miró a Larkin.

—Lo siento. Siento haberte golpeado.

—No es nada.

Dejar que se marchase, dejar que se marchase sola fue más doloroso que cualquier golpe que ella hubiese podido darle.

Blair ya no lloraba. Las lágrimas no ayudarían a Jeremy y, sin duda, a ella no le harían ningún bien.

Se puso en contacto con su tía y le dio los detalles. Ella podía contar con la familia para proteger a la familia. En cualquier caso, dudaba de que Lilith o Lora, o cualesquiera de ellos, fuesen a por personas que estuviesen preparadas, que los conocieran. Y que, por tanto, pudieran defenderse.

Los monstruos elegían a gente indefensa por una muy buena razón. No suponía una pérdida de tiempo o esfuerzo, el riesgo era muy bajo, y la acción era muy, muy eficaz.

Cuando comenzó a armarse, Blair estaba ya absolutamente tranquila. Deslizó la espada en la vaina que llevaba sujeta a la espalda, y la estaca dentro de otra que tenía en el cinturón. Su mente, su objetivo, eran claros como el cristal cuando salió de la casa.

No habría muchos, pensó. Sería una estrategia muy mala malgastar más de un puñado en esa etapa. Aunque, que fueran pocos era una auténtica lástima, lamentó Blair.

Ellos esperarían que estuviese destrozada, temblando y sollozando debajo de las mantas. Se equivocaban.

Vio a los dos que se le acercaban, por la derecha y la izquierda.

—Hola, chicos, ¿estáis buscando un poco de diversión?

La espada salió de su vaina con el sonido bruído de metal contra metal. Blair giró describiendo un rápido movimiento con la espada sujeta con ambas manos y decapitó al que se le acercaba por la espalda.

—Pues habéis venido al lugar adecuado.

Cuando atacaron, ella ya estaba preparada. Cortando, perforando, bloqueando los golpes con una espada que cantaba

como la venganza. Recibió un corte en el antebrazo. No le importaba sentir ese aguijón.

Eran torpes, pensó. Jóvenes y pobremente entrenados. Gordos y blandos en las vidas que habían llevado antes de que los convirtiesen en lo que eran ahora. No indefensos, no como Jeremy, pero muy lejos de estar preparados.

Lanzó la estaca y acabó con otro de ellos.

El único rival que quedaba dejó caer la espada y echó a correr.

—Eh, eh, que aún no he acabado.

Salió corriendo tras él y lo derribó con un perfecto placaje. Luego, sosteniendo la estaca a escasos centímetros de su corazón, miró sus ojos, en los que se reflejaba el terror.

—Tengo un mensaje para Lora. ¿La conoces? El pastelillo francés. Bien —dijo cuando él asintió—. Dile que tenía razón con respecto a una cosa. Será entre ella y yo, y cuando haya acabado con ella... Oh, no importa, se lo diré personalmente.

Clavó la estaca en el pecho del monstruo, luego se levantó y se pasó los dedos por el pelo húmedo. Tras recoger sus armas desperdigadas, emprendió el regreso a la casa.

La puerta se abrió de par en par antes de que llegase y Larkin salió hecho una furia.

—¿Es que te has vuelto loca?

—No lo esperaban. —Le arrojó una de las espadas y entró con él en la casa—. De todos modos, sólo eran tres. Probablemente he ahuyentado a los que Lilith había apostado cerca de la casa.

Blair dejó sobre la encimera de la cocina las espadas que había confiscado.

—Y no eran más que pesos ligeros.

—¿Has salido de la casa sola? ¿Has arriesgado tu vida de esta manera?

—He salido sola la mayor parte de mi vida —le recordó ella—. Y arriesgar mi vida forma parte de mi trabajo.

—No es un trabajo.

—Es exactamente un trabajo. —Se sirvió un gran tazón de café. Advirtió que aún conservaba las manos. Misión cumplida—. Iré a asearme.

—No tenías derecho a correr un riesgo semejante.

—Riesgo mínimo —replicó ella mientras salía de la cocina. —Excelentes resultados.

Cuando se hubo cambiado de ropa, se reunió con los demás en la biblioteca. Por las expresiones de sus rostros pudo ver que Larkin había informado al grupo acerca de su pequeña incursión.

—Estaban apostados cerca de la casa —comenzó a decir—. Probablemente trataban de ver u oír algo de lo que pudiesen informar. Ahora eso ya no será un problema.

—Habría sido un problema si hubiese habido más de ellos en el bosque. —Hoyt habló con voz calmada, pero eso no disimuló la dureza que había detrás de sus palabras—. Habría sido un problema si ellos te hubiesen capturado o matado.

—Pero eso no ha pasado. Tenemos que estar dispuestos a aprovechar todas las oportunidades que se nos presenten. No sólo nosotros seis, sino también la gente que enviaremos a la batalla.

Tienen que estar entrenados, tienen que saber cómo matar y cuándo matar. No sólo con espadas y estacas, sino con sus manos desnudas o con cualquier cosa que tengan a su alcance. Porque todo puede ser una arma. Y si no están entrenados, si no están preparados, simplemente se quedarán allí parados y morirán.

—Como Jeremy Hilton.

—Sí. —Le hizo un gesto con la cabeza a Larkin, añadiendo su ira al peso de su corazón—. Como Jeremy. Cian, ¿has podido averiguar algo?

—Está muerto.

Blair refrenó una parte de ella que quería gemir.

—¿Podrían haberlo convertido en uno de ellos?

—No. El cuerpo estaba demasiado golpeado como para eso.

—¿Aun así, es posible que él...?

—No. —Cian escupió la palabra interrumpiéndola—. Lo hicieron pedazos. Es una de las firmas de Lora. Está muerto.

Blair se sentó. «Es mejor sentarse —decidió—, que caerse al suelo.»

—No había nada que tú pudieras hacer, Blair —le dijo Moira suavemente—. Nada que pudieras haber hecho para impedirlo.

—No, no había nada. Ése era precisamente su objetivo: mira lo que soy capaz de hacer, ante tus propias narices, y tú no puedes

mover un dedo. Jeremy y yo estuvimos prometidos para casarnos hace un par de años. De modo que tuve que contarle, al final tuve que mostrarle, lo que soy, lo que hago. Él entonces se marchó porque no quería creerlo, no quería formar parte de ello. Ahora, eso lo ha matado.

—Ella lo ha matado —la corrigió Larkin—, no lo que tú eres.—Esperó a que Blair desviase la mirada hacia él—. Ella quiere que tú te culpes de su muerte, ¿le darás esa victoria?

—Ella no obtendrá ninguna victoria de mí. —Las lágrimas amenazaron con volver a asomar a sus ojos, pero las reprimió—. Lo siento, lo siento por todo. Esto me perturba, y tengo que meditarlo yo sola hasta que pueda superarlo.

—Aplazaremos la reunión. —Glenna miró a los demás buscando su aprobación—. Puedes tomarte tu tiempo.

—Te lo agradezco, pero el trabajo es mejor. Pensar es mejor.— Si subía en esos momentos a su habitación, si se quedaba sola, Blair sabía que volvería a derrumbarse—. Está bien. Si vamos a colocar trampas en el otro lado, debemos determinar cuáles son los mejores lugares para ello; y también cuántas necesitaremos en esos caseríos pequeños.

—Tenemos preocupaciones más inmediatas —interrumpió Hoyt—. El transporte hasta Geall. Si Cian no puede llegar al Baile de los Dioses, tampoco puede llegar al portal.

—Tiene que haber una excepción. —Moira apoyó una mano sobre el hombro de Blair y se lo apretó con fuerza antes de apartarse de ella—. Morrigan nos eligió a nosotros, a todos nosotros.

—Quizá a mí ya me ha descartado. —Cian se encogió de hombros—. Los dioses son criaturas volubles.

—Tú eres uno de los seis —insistió Moira—. Si tú no estás en Geall, el círculo quedará roto.

—Yo podría regresar a las cuevas. Desde el aire. —Larkin se paseó por delante de las ventanas. ¿Cómo podía quedarse sentado en ese momento?—. Y explorar. Podría descubrir el lugar por donde pasarán al otro lado.

—No podemos separarnos. No estando tan cerca de la fecha límite. Permaneceremos juntos. —Glenna estudió los rostros de sus compañeros, demorándose en el de Blair—. Permaneceremos unidos.

—Hay una cosa que creo que debería mencionar. —Moira miró a Cian—. Cuando Larkin y yo fuimos al Baile de los Dioses en Geall, era mediodía. Todo pareció suceder muy de prisa, la forma en que fuimos transportados desde allí. Pero cuando aparecimos en este lugar, ya era de noche. No creo que podamos saber cuánto tiempo dura ese pasaje, o si el tiempo es el mismo. O... si partimos de noche, como lo hemos planeado, si aún seguirá siendo de noche cuando llegemos a Geall.

—O el jodido mediodía. —Cian levantó la vista—. ¿No es perfecto?

—Tiene que haber una manera de protegerle si llegamos en pleno día.

—Para ti es fácil decirlo, pelirroja. —Cian se levantó para buscar un vaso de whisky—. Tu delicada piel puede quemarse un

poco bajo la intensa luz del sol, pero no te conviertes en cenizas, ¿verdad?

—Alguna especie de bloqueo, Hoyt—comenzó a decir Glenna.

—No creo que el factor 40 de protección solar funcione —objetó Cian.

—Ya pensaremos en algo —replicó ella—. Encontraremos una manera de hacerlo. No hemos llegado hasta aquí para rendirnos, ni para dejarte atrás.

Blair dejó que hablasen, debatieran, discutieran. Las voces no eran más que un zumbido a su alrededor. Ella no hizo ningún comentario, ninguna contribución al tema. Cuando finalmente Hoyt insistió para que Cian le diese una muestra de sangre, ella los dejó con su magia.

Larkin no trató de dormir. Había intentado acercarse a la habitación de ella media docena de veces. ¿Para ofrecerle qué?, se preguntó. Consuelo no quería, ira no necesitaba.

Blair había sufrido una pérdida terrible y un golpe muy duro. No había querido, quizá no había podido recurrir a él. Ni siquiera, pensó ahora, como un compañero guerrero.

No podía mitigar unas heridas que ella no quería que él viese, o llegar a otras que ella guardaba en su interior.

Blair había amado a ese hombre, eso estaba claro. Y había una pequeña parte de sí mismo, una mezquindad que Larkin despreciaba, que se sentía celoso de ese hombre brutalmente asesinado.

De modo que permaneció junto a la ventana, contemplando la salida del sol en su último día en Irlanda.

Cuando alguien llamó a la puerta, supuso que se trataba de Moira.

—Bi istigh.

No se volvió cuando la puerta se abrió, no hasta que Blair habló.

—Mi gaélico es bastante malo, de modo que si lo que has dicho es «vete al infierno», lo siento, no lo he entendido. —Levantó la botella de whisky que llevaba en una mano—. He hecho una incursión en la bodega de Cian. Pienso emborracharme un poco, velar a un viejo amigo. ¿Quieres acompañarme?

Sin esperar una respuesta, Blair entró en la habitación de Larkin y fue a sentarse en el suelo, a los pies de la cama, con la cabeza apoyada en ella. Abrió la botella, sirvió unos generosos dos dedos en cada uno de los vasos que había traído.

—Brindo por estar sólo muerto. —Levantó su vaso y bebió todo el contenido de un trago—. Venga, Larkin, acompáñame. Puedes estar furioso conmigo y aun así tomar un trago.

Larkin se acercó y se sentó en el suelo, frente a ella.

—Lamento que estés sufriendo.

—Lo superaré. —Le alcanzó el segundo vaso y volvió a servirse en el suyo—. Slainte. —Entrechocó los vasos, pero esta vez bebió un pequeño sorbo en lugar de todo—. Los lazos afectivos, me enseñó mi padre, son armas que el enemigo podría usar contra nosotros.

—Ésa es una manera de vivir fría y dura.

—Oh, mi padre es muy bueno con la frialdad y la dureza. Se largó de casa y me dejó sola el día en que cumplí los dieciocho. Fin.—Eché la cabeza hacia atrás y bebí—. ¿Sabes?, mi padre me había herido muchas veces antes, me había roto el corazón en pedazos sólo por el hecho de no amarme. Pero nada de lo que pudiera haber pasado antes, o no pasado, se acercó siquiera a lo que significó para mí que él se marchara. Así fue como me hice esto.

Blair hizo girar la muñeca y se miró la cicatriz.

—Salí cuando aún estaba conmocionada, tratando de demostrar que no le necesitaba. Pero le necesitaba. Peor para mí.

—Tu padre no te merecía.

Blair sonrió levemente.

—Él estaría completamente de acuerdo con eso, pero no en el sentido en que tú lo has dicho. Yo no era lo que él quería y, aun cuando lo hubiese sido, no me habría amado. Me llevó mucho tiempo aceptar eso. Tal vez se habría sentido orgulloso. Tal vez se habría sentido satisfecho. Pero jamás me habría amado.

—Y, a pesar de todo, tú lo amabas.

—Lo adoraba. —Blair cerró los ojos por un momento mientras dejaba que esa parte de ella se alejara. Esa parte estaba clausurada—. No podía simplemente arrancarlo de mí y convertirlo en polvo. De modo que trabajé realmente duro hasta que fui mejor de lo que él lo había sido nunca. Pero aún seguía teniendo esa necesidad dentro de mí. La necesidad de amar a alguien, lograr que me amasen. Y entonces apareció Jeremy.

Blair sirvió más whisky para los dos.

—En esa época, yo estaba trabajando en el pub de mi tío. Mi tía, mis primos y yo nos turnábamos para atender a los clientes. Cazando, o atendiendo la barra, sirviendo mesas, pasando la noche. Mi tía lo llamaba tener una vida. Trabajar como una familia, compartir la carga, tener cierta normalidad.

—Parece una mujer muy razonable.

—Lo es. Y muy buena. De modo que yo estoy en el tajo, atendiendo la barra, cuando Jeremy entra en el pub con un par de amigos. El acababa de conseguir una gran cuenta e iban a celebrarlo. Era corredor de bolsa. —Hizo un gesto con la mano como para borrar ese comentario—. Es difícil de explicar. En fin, es un tío guapo. Muy guapo, en realidad. De modo que me sedujo totalmente...

—¿Él te golpeó?⁵

—No, no. —A Blair la pregunta le pareció maravillosamente divertida y se echó a reír—. Es una manera de hablar, argot. Él flirteó conmigo. Y yo también lo hice, porque me tenía loca. ¿Sabes a qué me refiero? ¿Ese pequeño zzzzzz que sientes por dentro?

—Sí, sé a qué te refieres. —Larkin le acarició la mano—. Conozco ese zumbido.

—Él se quedó en el pub hasta que cerramos y acabé dándole mi número de teléfono. Bueno, no hace falta que cuente todos los detalles. Empezamos a vernos... a salir. Era divertido, dulce. Normal. La clase de tío que te envía flores al día siguiente de la primera cita.—Sus ojos se nublaron, pero meneó la cabeza y bebió

⁵ To hit es en argot «seducir», y también significa «golpear». (N. del t.)

un poco más de whisky—. Yo quería una vida normal. Quería tener una posibilidad de conseguirlo. Cuando las cosas se pusieron serias entre nosotros, yo pensé, sí, sí, así es como se supone que debe ser. Mi trabajo no significa que no pueda tener a alguien, formar parte de alguien. Pero aún no le dije lo que hacía durante aquellas noches en que no estábamos juntos, o lo que hacía algunas noches después de que él se hubiera dormido. No se lo conté.

—¿Lo amabas?

—Sí, lo amaba. Y se lo dije. Le dije que lo amaba, pero no le dije lo que yo era. —Respiró profundamente—. Aún no sé realmente si fue simple cobardía o entrenamiento arraigado, pero no se lo dije. Estuvimos juntos ocho meses y Jeremy nunca lo supo. Debía de haber señales, debía de haber indicios. Eh, Jeremy, ¿no te preguntas cómo me he hecho estas magulladuras? ¿Por qué mi ropa está desgarrada? ¿De dónde demonios ha salido esta sangre? Pero él jamás preguntaba, y yo nunca me permití preguntarme por qué.

—La gente, tú lo has dicho, lleva anteojeras. El amor, creo, puede aumentar su tamaño.

—Puedes apostar a que sí. Me pidió que me casara con él. Oh, Dios, puso toda la carne en el asador. El vino, las velas, la música, las palabras justas. Yo simplemente me dejé llevar por la enorme y brillante fantasía. Sin embargo, seguí sin decirle nada durante varios días. Hasta que mi tía habló conmigo. —Se presionó los ojos con el pulgar y el índice—. Tienes que contárselo, me dijo. Tienes que hacer que él lo entienda. No puedes tener una vida, no puedes construir una vida con él con mentiras o medias verdades, o sin confianza. Yo seguí sin contárselo durante un par de semanas, pero me corroía por dentro. Yo sabía que mi tía tenía razón, y él me amaba, de modo que todo saldría bien. Porque Jeremy me amaba,

comprendería que yo no sólo estaba haciendo lo que debía hacer sino también lo correcto.

Blair cerró los ojos mientras sostenía el vaso con ambas manos. Larkin la escuchaba en silencio.

—Se lo expliqué a Jeremy tan cuidadosamente como pude, llevándolo a través de la historia de mi familia. Al principio pensé que estaba bromeando. —Abrió los ojos y miró a Larkin—. Cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, su actitud se volvió hostil. Pensó que era mi manera enferma de poner fin a nuestro compromiso. Estuvimos dándole vueltas al asunto y yo insistí para que me acompañase al cementerio. Yo sabía que esa noche uno de ellos se levantaría de su tumba, y una imagen vale más que mil palabras, de modo que le mostré a Jeremy lo que ellos eran; lo que yo era. —Volvió a beber, un trago largo—. No esperó un minuto para alejarse de mí. Tenía prisa por coger sus cosas y largarse. Y abandonarme. Yo era una chiflada, y no quería volver a verme nunca más.

—Era débil.

—No era más que un tío. Y ahora es un tío muerto.

—De modo que es tu culpa, ¿verdad? ¿Es tu culpa haberle querido tanto como para compartir lo que eres con él? ¿Para mostrarle no sólo que en el mundo existen monstruos, sino también que eres lo bastante fuerte, lo bastante valiente como para luchar contra ellos? ¿Es tu culpa que no fuera lo bastante hombre como para ver el prodigio que eres?

—¿Qué prodigio? Hago aquello para lo que fui entrenada; continuó la tradición familiar.

—Eso es una estupidez, y peor aún, es compadecerte de ti misma.

—Yo no le maté... en eso tienes razón, pero Jeremy está muerto por mi culpa.

—Él está muerto porque un demonio desalmado y perverso lo mató. Está muerto porque no creyó en lo que tenía delante de los ojos, y no se quedó contigo. Y nada de eso es culpa tuya.

—Jeremy me abandonó, igual que mi padre. Pensé que eso era lo peor. Pero esto... no sé qué hacer con el dolor.

Larkin le quitó el vaso y lo dejó a un lado. Luego la cogió entre sus brazos y presionó su cabeza contra su hombro.

—Puedes dejar un poco aquí por ahora. Derrama tus lágrimas, *a stór*. Te sentirás mejor después de habérselas dado a él.

La abrazó, acariciándole el pelo y consolándola, mientras ella lloraba por otro hombre.

Se despertó acurrucada en la cama de él, aún vestida y agradecida de estar sola. La resaca no era la campana estruendosa de después de una noche de absurda juerga, sino el sonido apagado que se obtiene después de haber usado el whisky como almohada.

Larkin había corrido las cortinas para que el sol no la despertase, advirtió, y comprobó la hora en su reloj. El hecho de que ya fuese mediodía le hizo proferir un leve gruñido, al tiempo que apartaba las sábanas para sentarse en el borde de la cama.

«Hay muchas cosas que hacer —se dijo a sí misma—, como para consentirse una resaca incompleta y un feroz caso de aflicción.» Antes de que consiguiera hacer acopio de las fuerzas necesarias para levantarse de la cama, Larkin entró en la habitación. Llevaba un vaso que contenía algo marrón y de aspecto sospechoso.

—Te diría buenos días, pero probablemente no es lo que sientes.

—No es demasiado malo —dijo ella—. Los he tenido peores.

—A pesar de todo, no es día para estar así. Glenna dice que esto te ayudará.

Ella miró el vaso con reticencia.

—¿Porque beber ese brebaje hará que vomite todo lo que tengo dentro?

—No lo ha dicho. Pero ahora te portarás como una chica valiente y tomarás tu medicina.

—Supongo que sí. —Cogió el vaso y olisqueó el contenido—. No huele tan mal como parece. —Respiró hondo y se lo bebió de un trago. Luego se estremeció de la cabeza a los pies—. Sabe a rayos. No debe de ser sólo ojo de salamandra, sino toda la jodida salamandra.

—Espera uno o dos minutos a que haga efecto.

Blair asintió y luego se miró las manos.

—Anoche no estaba en mi mejor momento, por decirlo de un modo extremadamente suave.

—Nadie espera que estés siempre en tu mejor momento. Yo no, desde luego.

—Quiero darte las gracias por la oreja y el hombro.

—Me pareció que ésas eran las partes de mí que más necesitabas. —Se sentó junto a ella—. ¿Estabas lo bastante lúcida como para entender lo que te dije?

—Sí. No soy culpable. En mi cabeza sé que no lo soy. Pero hay otras partes de mí, Larkin, que tienen que ponerse de acuerdo con mi cabeza en este asunto.

—Esos hombres te malgastaron. Yo no lo haré. —Se levantó mientras ella lo miraba fijamente—. Otra cosa que deberás asimilar. Baja cuando estés lista. Tenemos mucho trabajo por delante.

Ella siguió mirando incluso después de que Larkin hubo abandonado la habitación y cerrado la puerta.

Tener trabajo que hacer le ayudó. Ellos llevarían —a la vieja usanza— la mayor cantidad posible de suministros y armas al círculo. Hoyt y Glenna continuarían trabajando para crear alguna clase de escudo para Cian.

Larkin transformado en caballo, fue cargado por Blair mientras Moira hacía lo propio con el caballo de Cian.

—¿Estás segura de que puedes montar esa cosa? —le preguntó Blair.

—Puedo montar cualquier cosa. —Moira alzó la vista hacia la ventana de la torre—. Es la única manera de hacerlo. Ellos necesitan concentrarse en lo suyo. No podemos arriesgarnos a intentar transportar todo esto después de la puesta del sol.

—No. —Blair montó de un salto sobre el lomo de Larkin—. Mantén los ojos abiertos. Es posible que tengamos compañía al atravesar el bosque.

Emprendieron el camino una detrás de otra.

—¿Realmente eres capaz de olerlos? —preguntó Moira.

—Es más bien que los percibo. Sabré si uno de ellos se acerca a nosotras.

Examinó los árboles, las sombras. No había más que pájaros y conejos.

La luz del sol, pensó, y el trino de los pájaros. Tomar aquel camino por la noche sería una historia completamente diferente. Moira y ella, decidió, montarían a Larkin, y Glenna y Hoyt irían en el caballo de Cian. Cian, por su parte, pensó, podía moverse casi tan rápido como un caballo al galope si la ocasión lo exigía.

Era un sendero sinuoso y, en algunos tramos, apenas hollado. Y, por momentos, las sombras que lo cubrían eran lo bastante densas como para que sus dedos se desviaran hacia la ballesta.

Sintió el movimiento de los músculos de Larkin entre sus muslos y asintió. De modo que él también podía sentirlos, pensó. O el caballo que era en esos momentos podía hacerlo.

—Ellos están vigilando. Mantienen la distancia, pero nos vigilan.

—Se darán cuenta de lo que estamos haciendo. —Moira miró hacia atrás—. O informarán a Lilith y ella lo hará.

—Sí. Acelera un poco el paso. Acabemos con esto de una vez.

Salieron del bosque y cruzaron un pequeño campo sin cultivar. En la cima se encontraba el círculo del Baile de los Dioses.

—Es grande —musitó Blair.

No tan grande como Stonehenge, pensó, pero era impresionante. Y, al igual que Stonehenge, incluso antes de entrar en la sombra de las piedras, las sintió. Casi podía oírlas.

—Es muy poderoso —dijo, y desmontó.

—En este mundo y en el mío.

Moira se deslizó del semental de Cian y luego apoyó la cabeza contra la de Larkin.

—Es nuestro camino a casa.

—Esperemos que sí. —Blair comenzó a descargar las armas dentro del círculo de piedras que conformaban el Baile de los Dioses—. ¿Estás segura de que los vampiros no pueden entrar aquí?

—Ningún demonio puede pasar entre las piedras y pisar suelo sagrado. Es así en Geall y, según todo lo que he leído, también es así en este mundo.

Moira miró hacia el bosque, lo mismo que Blair. Pero ella pensaba en Cian, y en lo que sería de él si se veían obligados a dejarlo atrás.

—Ya lo resolveremos de alguna manera.

Moira la miró.

—Tú también estás preocupada.

—Es para estarlo —contestó Blair—. Primero, tenemos que conseguir llevarlo hasta allí, y luego impedir que arda; se trata pues de dos preocupaciones realmente importantes. Esta es una zona segura, y cuando regresemos dentro de unas horas, seguiremos teniendo aquí nuestras armas, pero Cian está en desventaja.

Acarició el flanco de Larkin sin pensarlo. Cuando él giró la cabeza, ella dejó caer la mano.

—Hoyt y Glenna están en ello —prosiguió—. Iremos todos, ése es el trato. De modo que lo resolveremos.

Larkin movió la cola y le dio con ella en las nalgas.

—¡Eh!

—Es un ser juguetón —comentó Moira—. Casi en cualquier forma que adopte.

—Sí, es un auténtico bromista. Debería andarse con cuidado, uno de estos días podría quedarse atascado en una variedad de cuatro patas. —Se acercó a su cabeza—. ¿Qué pasaría entonces?—le dijo.

Larkin le lamió la cara desde la barbilla hasta el pómulo.

—¡Eh!

Moira se echó a reír mientras apilaba las últimas armas.

—Me hace reír incluso en los peores momentos. Ah, muy bien—añadió cuando vio que Blair hacía una mueca de disgusto y se limpiaba la baba de la mejilla—. Su lengua no parece molestarte demasiado cuando él es un hombre.

El sonido que hizo Larkin fue lo más parecido a una carcajada que un caballo podía soltar. Moira se limitó a sonreír y montó nuevamente en el semental.

—Es difícil no ver cuándo dos personas están ansiosas por ponerse las manos encima. En una época, yo también estuve enamorada de él. —Estiró la mano y acarició la crin de Larkin—. Claro que entonces yo tenía sólo cinco años. Ahora ya lo he superado.

—Hay que tener cuidado con las calladas —musitó Blair. Giró la cabeza hacia Moira mientras montaba a Larkin—. Tú que eres del tipo tranquilo, de las que siempre están metidas entre libros, aparentemente un poco tímidas, nunca hubiese imaginado que dedujeras tan pronto que me follaba a tu primo.

—¿Follar? —Moira frunció los labios mientras cabalgaban entre las piedras—. ¿Ésa sería una manera de describir las relaciones sexuales? Encaja, ¿verdad?, porque... —Dejó caer las riendas sobre el cuello de Vlad para juntar las manos.⁶ Y esta vez fue Blair quien se echo a reír.

—Estás llena de sorpresas.

—Sé lo que ocurre entre un hombre y una mujer. Teóricamente.

—Teóricamente. O sea que tú nunca... —Se percató de la mirada de Moira hacia Larkin—. Oh, lo siento. Los caballos grandes tienen grandes orejas.

⁶ To bang, entre otras acepciones, también es «follar», y asimismo significa «chocar, golpear». (N. del T)

—Bueno, supongo que son más bien pequeñas, considerando todo el resto. No, yo nunca. Si quiero ser reina, deberé casarme; pero aún hay tiempo. Quiero encontrar a alguien que me agrade y que me entienda. Me gustaría poder amarlo, como se amaron mis padres, pero al menos quisiera sentir cariño por él. Y me gustaría también que fuese bueno follando.

Esta vez, el sonido que hizo Larkin fue una especie de refunfuño.

—¿Por qué deberías ser tú el único? —Moira deslizó el pie fuera del estribo para propinarle un ligero puntapié con la bota—. ¿Es bueno en eso nuestro Larkin? —preguntó.

—Es un animal —contestó Blair.

Debajo de ella, Larkin inició un rápido trote.

Sí, pensó Blair, era bueno reírse, incluso en los peores momentos.

CAPITULO 12

Cian palpó el material negro y áspero con un gesto de ligero disgusto.

—Una capa.

—Pero se trata de una capa mágica. —Glenna trató de esbozar una sonrisa cautivadora—. Con capucha.

Capas negras y vampiros, pensó Cian suspirando interiormente. Vaya cliché.

—Y se supone que esta... esta cosa impedirá que me convierta en una pira ardiente al recibir la luz del sol.

—Realmente debería funcionar.

Él la miró con expresión divertida.

—Siendo *debería* la palabra clave.

—Tu sangre no hirvió cuando la expusimos a la luz —comenzó a decir Hoyt.

—Tengo alegres noticias. Ocurre que estoy hecho de algo más que sangre.

—La sangre es la clave —insistió Hoyt—. Es la parte fundamental de todo esto. Tú mismo lo dijiste.

—Eso fue antes de que mi carne y mis huesos estuviesen en peligro.

—Lamentamos que no haya tiempo para probarla. —Glenna hizo un gesto en el aire—. Nos ha llevado mucho tiempo y hasta que no hemos estado razonablemente seguros no podíamos pedirte que te la pusieras y salieras a la luz del sol.

—Eso ha sido muy considerado de vuestra parte. —Cian alzó la capa—. ¿No podrías haberla hecho un poco más elegante?

—La moda no era nuestra principal preocupación. —Hoyt no pronunció bruscamente las palabras, pero le faltó poco—. Lo era proteger tu lamentable naturaleza.

—Me aseguraré de daros las gracias si, al acabar el día, no me he convertido en una pila de cenizas.

—Eso deberías hacer. —Moira lo censuró con una mirada serena—. Glenna y Hoyt han trabajado toda la noche y todo el día de hoy teniéndote sólo a ti en mente. Y, mientras tú dormías, el resto de nosotros también hemos estado trabajando.

—Yo he tenido mis propios que haceres, majestad. —Y la ignoró simplemente dándole la espalda—. Aunque, es poco probable encontrar una salida cuando vuestro círculo de piedra rechaza a los de mi especie.

—Tienes que confiar en los dioses —dijo Hoyt.

—Me veo obligado a recordaros una vez más que soy un vampiro. Los vampiros y los dioses no son buenos compañeros de juergas.

Glenna se acercó a Cian y apoyó una mano sobre la suya.

—Póntela. Por favor.

—Lo haré por ti, pelirroja. —Le alzó la barbilla y la besó ligeramente en los labios. Luego retrocedió y se puso la capa—. Me siento como un maldito extra de una película de serie B. O, peor aún, como un estúpido monje.

No parecía en absoluto un monje, pensó Moira. Se lo veía peligroso. Blair y Larkin entraron en la habitación.

—Estamos tan seguros como es posible estarlo —dijo Blair, y luego enarcó las cejas mirando a Cian—. Eh, pareces el Zorro.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes, esa escena en la que está en la capilla con la chica y finge ser el cura. Sólo que, joder, de la clase de cura que solíamos llamar padre Qué Desperdicio. En fin, el sol se está ocultando. Si vamos a ponernos en marcha, será mejor que lo hagamos ahora.

Hoyt asintió y miró a Cian.

—Te mantendrás cerca de nosotros.

—Lo bastante cerca.

Blair habría deseado que hubiesen tenido tiempo de practicar la maniobra, pero ya era demasiado tarde para los deseos. «Basta de charla —pensó—. Basta de discusiones... y nada de ensayos de vestuario. Es ahora o nunca.»

Después de un leve asentimiento y una rápida exhalación, Larkin y ella fueron los primeros en atravesar la puerta. Él cambió de forma y se convirtió nuevamente en un caballo, mientras Blair montaba de un salto y luego extendía la mano para ayudar a Moira a montar detrás de ella.

Se alejaron del establo a todo galope, con la esperanza de adelantarse a los monstruos que esperaban para emboscarles. Blair apenas vio a Cian salir de la casa, porque en pocos segundos ya estaba en las puertas del establo, liberando al semental.

Luego desapareció, y Hoyt y Glenna montaron en Vlad.

Con sólo el tenue resplandor de la luna para guiarlos, continuar al galope al llegar al bosque era correr un riesgo. Blair puso a Larkin al trote confiando en que él vigilase el sendero mientras ella escudriñaba los árboles.

—Nada, todavía nada. Si están aquí, están esperando.

—¿Puedes ver a Cian? —Moira, con el arco preparado, trataba de mirar a todas partes al mismo tiempo—. ¿Lo sientes?

—No, no hay absolutamente nada. —Blair se volvió en la silla para mirar a Hoyt por encima del hombro de Moira—. Vigila los flancos. Pueden atacarnos por la retaguardia.

Viajaban en absoluto silencio y sólo se oía el sonido de los cascos en el sendero. Y ese silencio, pensó Blair, era precisamente el problema. ¿Dónde estaban las aves nocturnas? ¿Dónde estaban todos los crujidos y miradas cautelosas de los pequeños animales en el bosque en sombras?

Los cazadores de vampiros, ella lo sabía muy bien, no eran las únicas criaturas que podían sentir la presencia de éstos.

—Alerta —dijo Blair casi en un susurro.

Entonces lo oyó, el choque del acero y un grito súbito. No tuvo necesidad de espolear a Larkin con palabras o un golpe con los tacones. Él ya se había lanzado al galope.

Blair los percibió pocos segundos antes de que salieran de detrás de los árboles. Soldados de infantería en esta ocasión, con cierta madurez y armadura ligera. Comenzó a hacer girar la espada al tiempo que Moira empezaba a lanzar sus flechas.

Los cascos de Larkin se lanzaron hacia adelante aplastando todo lo que caía debajo de ellos. Pero el enemigo salía de todas partes, bloqueaba el círculo y les cerraba el acceso hacia el Baile de los Dioses. Blair lanzó una patada y derribó a uno de ellos que se había aferrado a su pierna. «Demasiados —pensó—. Demasiados como para poder resistir su ataque.»

Más les valía atacar, romper la línea y llegar a las piedras.

Entonces uno de los monstruos se descolgó de una rama encima de su cabeza y estuvo a punto de desmontarla, lanzándola hacia atrás mientras ella levantaba un codo para bloquear el ataque.

Sin embargo, Moira cayó al suelo. Con un grito de furia, Blair lanzó un violento puñetazo y estaba a punto de saltar del caballo cuando Cian voló a través del sendero.

Levantó a Moira y volvió a colocarla a lomos de Larkin.

—¡Seguid adelante! —gritó—. ¡Ahora!

Blair cargó contra la línea enemiga abriendo una brecha entre sus filas con su espada flamígera. Confiaba en que Cian estuviese fuera de la trayectoria de una bola de fuego que pasó junto a ella. Sintió que Larkin vibraba bajo su cuerpo, y su forma cambió.

Un segundo después, estaban volando a lomos del dragón, con las enormes garras del animal haciendo estragos entre la línea de vampiros, golpeando con su cola mientras Hoyt y Glenna galopaban a través de la brecha abierta por él.

Ahora Blair podía ver las piedras. Aunque las nubes cubrían la luna, el círculo refulgía como plata pulida, brillando en la oscuridad. Hubiese jurado, incluso con el sonido del viento y los gritos de la batalla, que oía cómo cantaban.

Mientras Hoyt y Glenna se lanzaban hacia el interior del círculo, Larkin también descendió entre las piedras.

Blair saltó de su lomo, intentando no apoyarse en la pierna que el vampiro le había herido.

—Preparaos —ordenó.

—Cian...

Ella apretó el hombro de Moira.

—El vendrá. ¿Hoyt?

Éste sacó su llave; Moira lo imitó.

—No pronunciaremos las palabras hasta que Cian no se haya reunido con nosotros. —Como sucedía con las propias piedras, el poder parecía proyectarse desde Hoyt cuando cogió la mano de Glenna—. No pronunciaremos las palabras hasta que no volvamos a ser un círculo.

Blair asintió. Contuvieran lo que contuviesen aquellas piedras, y fuera lo que fuese aquello con lo que Glenna y Hoyt habían nacido, la fuerza de los seis provenía de su unión. Esperarían a Cian.

Se volvió hacia Larkin.

—Ha sido una buena galopada, ¿eh, vaquero? ¿Es grave?

Larkin se presionó con la mano el costado, en el que se le veía sangre.

—Sólo rasguños. ¿Y tú?

—Igual. Un ligero corte. ¿Los demás?

—Estamos bien.

Glenna estaba colocando una venda en el brazo de Hoyt.

—Ahí viene —murmuró Moira.

—¿Dónde? —Hoyt la aferró de un brazo—. No veo nada.

—Allí. —Moira señaló hacia los árboles—. Está llegando.

Se vio una especie de mancha que surgía de entre los árboles; un remolino negro ascendiendo hacia el terreno elevado donde estaba el círculo de piedras.

—¿No creéis que ha sido entretenido? Ahora se están reagrupando; para lo que les va a servir —dijo Cian al llegar.

Tenía sangre en la cara y un tajo en el muslo.

—Ven. —Hoyt le tendió una mano—. Ha llegado el momento.

—No puedo. —Cian alzó una mano y la apoyó contra el aire, entre las piedras—. Es como una pared para mí. Soy lo que soy.

—No puedes quedarte aquí —insistió Hoyt—. Te cazarán. Estarás solo.

—No soy una presa tan fácil. Ahora debéis hacer aquello para lo que habéis venido hasta aquí. Yo me quedaré para asegurarme de que funcione.

—Si tú te quedas, todos nos quedaremos. —Larkin pasó a través de la brecha que había entre dos piedras—. Si tú peleas, todos peharemos.

—Aprecio el sentimiento —le dijo Cian—, pero esto es más importante que uno de nosotros, y tenéis que marcharos a otra parte.

—El otro portal —comenzó a decir Larkin.

—Si lo encuentro, puedes invitarme a un trago cuando lleguemos a Geall. Marchaos. —Miró a Hoyt fijamente a los ojos—. Lo que tiene que ser, será. Eso es lo que tú siempre has creído, y lo que yo, a mi manera, también he creído. Marchaos. Salvad los mundos.

—Encontraré una manera. —Hoyt extendió la mano a través de las piedras y cogió con fuerza la de Cian—. Encontraré una manera, te lo juro.

—Buena suerte. —Cian los saludó alzando la espada—. A todos.

Con un profundo abatimiento reflejado en los ojos, Hoyt retrocedió y levantó el cristal. La luz brilló en él y desde él.

—Los mundos esperan. El tiempo fluye. Los dioses vigilan.

Con las mejillas bañadas en lágrimas, Glenna cogió su mano y repitió las palabras.

—No está bien —dijo Larkin débilmente—. No está bien dejar aquí a uno de nosotros.

—Tal vez podamos... Oh, mierda —murmuró Blair mientras la tierra comenzaba a temblar. El viento formó un remolino y la luz empezó a latir.

—Slan, mo cara. —Con una última mirada a Cian, Larkin aferró su mano—. Será un viaje agitado —le dijo—. Será mejor que te agarres a mí. ¿Moira?

Moira levantó también el cristal y pronunció las palabras. Luego miró a Cian a los ojos mientras sentía que el mundo comenzaba a cambiar. Entonces extendió la mano y cogió la de Cian.

—Somos una sola fuerza, un solo poder. ¡Que así sea!

Y le arrastró hacia el interior del círculo.

Era como ser absorbidos por un tornado, pensó Blair. Un viento imposible que parecía arrancarlos de la Tierra y hacerlos girar en círculos enloquecidos mientras la luz estallaba en sus ojos.

¿Habría munchkins⁷ del otro lado?

No podía ver más que la intensa luz blanca y su vertiginoso remolino. No encontraba ningún punto de apoyo, ningún terreno firme, de modo que se sujetó con fuerza a la mano de Larkin.

Luego llegó la oscuridad y una quietud absoluta. Se frotó la cara con la mano conteniendo el aliento. Entonces distinguió la luz de la luna; rayos de plata que caían sobre las piedras enhiestas.

—¿Hemos llegado?

—¡Oh, Dios mío! —La voz de Glenna sonaba temblorosa—. ¡Qué viaje! ¡Qué... guau! ¿Y Cian? —Colocando sus manos trémulas a cada lado del rostro de éste, lo besó sonoramente—.

⁷ El Munchkin es un juego de rol muy popular diseñado por Steve Jackson ilustrado por John Kovalic. Su lema, «Mata a los monstruos. Roba el tesoro. apuñala a tus amigos», es sin duda la frase que mejor refleja el objetivo del juego.

¿Cómo lo has hecho? —le preguntó a Moira—. ¿Cómo has podido meterlo dentro?

—No lo sé. Yo sólo... Así debía ser. Tú debías estar aquí —le dijo a Cian—. Yo lo sentí, y... —Moira pareció darse cuenta de que aún aferraba la mano del vampiro, y la soltó—. Y bueno, aquí estás. —Se apartó un mechón de pelo que se había escapado de su trenza—. Bien, así pues —prosiguió—, faite a Geall, Larkin. —Y se abalanzó a los brazos de éste—. Estamos en casa.

—Y de noche, en un momento muy conveniente. —Si Cian estaba aturdido, supo disimularlo muy bien... limitándose a mirar a su alrededor mientras se quitaba la capucha de la capa—. Y no es que no me fíe de vuestros poderes mágicos.

—Aún queda la cuestión de trasladarnos a donde debemos ir y llevar con nosotros todo este material.

Blair hizo un amplio gesto con el brazo abarcando los baúles, las armas y las cajas.

—Por la mañana podemos enviar a unos hombres a buscar el grueso del equipo. Ahora deberíamos llevar con nosotros sólo lo más importante —sugirió Moira.

—Las armas entonces. No sabemos qué es lo que nos podemos encontrar. Lo siento —añadió Blair mirando a Moira y a Larkin—, pero hace un mes que os marchasteis. No podemos saberlo.

—Yo puedo llevar a tres por el aire. —Larkin dio un estirón a la desordenada trenza de Moira—. Así vería si hay alguna cosa que deba preocuparnos. Y tú, Cian, puedes llevar a uno en el caballo.

—Mi caballo. —Cian se acordó de él. A continuación, miró a Moira—. Tú puedes montar conmigo.

—Parece un buen plan. Pongámonos en marcha. —Blair se colgó del hombro su petate y luego sonrió a Glenna y Hoyt—. Chicos, este viaje os va a encantar.

Los tres volaron sobre Larkin a través de Geall, con el semental y sus dos jinetes galopando debajo. La luna brillaba con luz mágica, aureolando de plata las colinas y los bosques; el río refulgía en su curso sinuoso a través de ellos. Desde lo alto, Blair pudo ver cabañas con finos penachos de humo que escapaban de sus chimeneas, y unos puntos diminutos que eran vacas u ovejas pasciendo en los campos. Los caminos parecían estrechos, y estaban enlodados, y no se veía en ellos más viajeros que Cian y Moira.

No había coches, pensó, y tampoco luces, salvo algún resplandor ocasional que bien podría haber sido una vela o un farol. Sólo tierra que se ondulaba y extendía y se elevaba formando las siluetas de las montañas.

Una tierra, se recordó a sí misma, que hasta hacía pocas semanas ella había creído que era sólo un cuento de hadas.

Giró la cabeza y vio la costa, con sus altos y escarpados acantilados que se precipitaban hacia graciosas calas. El mar se extendía, como terciopelo negro, en el que destacaba un trío de pequeñas islas en su camino hacia el horizonte.

Oyó que Glenna lanzaba una exclamación a su espalda y volvió a mirar.

Aquella maravilla se elevaba de entre las altas colinas, rodeada por detrás por un amplio recodo del río. Sus muros brillaban como diamantes bajo la luz de la luna, elevándose en forma de torres y torreones, extendiéndose en murallas almenadas.

«Un castillo», pensó Blair atónita. ¿Y qué castillo estaría completo sin un puente levadizo y sombreretes puntiagudos en los que ondeasen blancos y sedosos estandartes?

Un claddaugh en uno de ellos, advirtió, mientras los veía agitarse con la brisa. Un dragón en el otro.

Glenna se inclinó hacia adelante para susurrarle al oído.

—Esto es demasiado para un par de chicas del siglo veintiuno. Pensaba que ya nada podría sorprenderme. —Había admiración en la voz de Blair, ella misma pudo oírla—. Pero, guau, un auténtico castillo.

Larkin describió un amplio círculo para que no perdiesen de vista al caballo y los jinetes, y luego planeó en suave descenso hacia un gran patio.

Blair se encontró rodeada al instante por hombres provistos de armaduras ligeras y las espadas preparadas. Alzó ambas manos para que quedasen bien a la vista mientras sus compañeros se bajaban también del dragón.

Uno de los guardias se adelantó hacia ella.

—Vuestro nombre y vuestras intenciones.

Larkin abandonó la forma del dragón.

—Esa no es una calurosa bienvenida, Tynan.

—¡Larkin! —El guardia envainó la espada y luego rodeó a Larkin con un brazo—. ¡Gracias a los dioses! ¿Dónde demonios has estado todas estas semanas? Ya casi habíamos perdido las esperanzas de encontrarte. ¿Y la princesa, dónde...?

—Abrid las puertas. La princesa Moira está aguardando para entrar en casa.

—Ya habéis oído a lord Larkin —ordenó Tynan. Era unos centímetros más bajo que Larkin, pero su voz resonó potente al dar

la orden—. Elevad la puerta. Debes contármelo todo. Tu padre querrá que lo despierten.

—Sí, hay muchas cosas que contar. Y, ya que estás en ello, haz que despierten también al cocinero. Da la bienvenida a mis amigos. La guerrera Blair, Glenna la bruja, Hoyt el hechicero. Hemos venido desde muy lejos, Tynan. De mucho más lejos de lo que puedas imaginar.

Se volvió para ayudar a Moira a bajar del caballo.

Los hombres inclinaron la cabeza, observó Blair, cuando los pies de Moira tocaron el suelo.

—Tynan, tu rostro es una grata visión. —Lo besó en la mejilla—. Éste es Cian y este bello compañero es su caballo Vlad. ¿Puedes decirle a uno de los hombres que lo lleve al establo y se encargue de que sea atendido?

—¿A mí o al caballo? —musitó Cian, pero ella fingió no haberle oído.

—Avisad a mi tío que hemos llegado y que le esperaremos en el salón familiar.

—Ahora mismo, alteza.

Moira los guió a través del patio en dirección a una gran arcada. Las puertas ya estaban abiertas para ellos.

—Una bonita residencia de verano la que tenéis aquí —dijo Blair—, lord Larkin.

Él le sonrió.

—No es mucho, pero es un hogar. De hecho, la casa de mi familia no está muy lejos de aquí. Mi padre ejerce como regente hasta que Moira sea coronada.

—Si es lo que corresponde —dijo Moira por encima del hombro.

—Si es lo que corresponde —convino él.

En el gran salón estaban encendiendo las antorchas, de modo que Blair supuso que la noticia de su llegada ya se estaba extendiendo por todas partes. En el suelo, compuesto por alguna clase de azulejos, se veían los dos símbolos que aparecían en los estandartes, con el claddaugh flotando sobre la cabeza del dragón.

Ambos símbolos se repetían en la cúpula de cristal del alto techo.

Mientras iniciaban el ascenso de una gran escalinata curva, Blair vio fugazmente muebles pesados y coloridos tapices, y le llegó la fragancia de las rosas.

—El castillo lleva aquí más de mil doscientos años —le dijo Larkin—. Fue construido en este mismo lugar por mandato de los dioses. Esta elevación del terreno es conocida como Rioga. Real. Todos los que han reinado en Geall desde entonces lo han hecho desde aquí.

Blair miró a Glenna.

—Esto hace que la Casa Blanca parezca un cobertizo.

Blair nunca hubiese llamado salón a la estancia en la que entraron. Era enorme y de techos muy altos, con un hogar de mármol azul lo bastante grande como para que dentro de él cupiesen cinco hombres de pie. Los leños ya estaban encendidos.

Encima de la chimenea colgaba un tapiz que describía lo que supusieron que eran escenas de la historia de Geall.

Había varios bancos largos y bajos cubiertos con telas de tonos brillantes. Sillas de respaldos altos y ornamentados se alineaban junto a una larga mesa donde los criados ya estaban colocando jarras y vasos, recipientes con manzanas y peras, platos con queso y pan.

Las paredes estaban llenas de pinturas y tapices mientras que en los suelos se extendían delicadas alfombras de trabajados dibujos. Las velas ardían en los brazos de pared, en altos pedestales, en candelabros de plata.

Una de las criadas, una joven curvilínea con una cabellera dorada que le caía sobre la espalda, le hizo una reverencia a Moira.

—Mi señora, damos gracias a los dioses por vuestro regreso. Y por el vuestro, mi señor.

Los ojos de la joven brillaron al mirar a Larkin y Blair enarcó las cejas.

—Isleen, me alegro de verte. —Moira le cogió ambas manos—. ¿Tu madre se encuentra bien?

—Sí, mi señora. Está derramando lágrimas de alegría.

—¿Le dirás que la veré muy pronto? Necesitaremos que preparen habitaciones para nuestros invitados.

Moira la llevó aparte para explicarle lo que quería.

Larkin ya se dirigía hacia la mesa y la comida. Partió una gruesa rebanada de pan con las manos, cortó un gran trozo de queso y empezó a darles bocados.

—Ah, esto sabe a hogar—dijo, con la boca llena—. Ven, Blair, prueba un poco.

Antes de que ella pudiese decir nada, Larkin le metió un trozo de queso en la boca.

—Es bueno —consiguió decir.

—¿Bueno? Es brillante como la luz de las estrellas. ¿Y qué es esto? —Levantó una gran jarra—. Vino, ¿verdad? Glenna, tú beberás un poco, ¿no?

—Chico, claro que sí.

—Muy pocas cosas cambian —dijo una voz desde la puerta. El hombre que estaba allí, alto, corpulento, de pelo negro salpicado de hebras grises, miraba fijamente a Larkin—. Aquí estás, rodeado de comida y mujeres hermosas.

—Padre.

Se encontraron a medio camino a través de la habitación y se fundieron en un abrazo de oso. Blair pudo ver el rostro del hombre, la emoción que mostraba. Luego vio a Larkin reflejado en aquellos ojos dorados.

El hombre cogió el rostro de su hijo entre sus grandes manos y le dio un firme beso en la boca.

—No he querido despertar a tu madre. Quería asegurarme, antes de alimentar sus esperanzas.

—Iré a verla tan pronto como pueda. A vos se os ve bien. Tal vez un poco cansado.

—No ha sido fácil dormir estas últimas semanas. Estás herido.

—Nada que deba preocuparos, os lo aseguro.

—No, no me preocupa. Ahora ya estás en casa.

El hombre se volvió y sonrió... y Blair vio a Larkin en él.

—Moira.

—Señor.

Entonces su aliento pareció quebrarse y corrió hacia él. Sus brazos se cerraron alrededor de su cuello, al tiempo que él la alzaba del suelo.

—Lo siento, lamento haberlo alejado de vos. Lamento haberos preocupado tanto.

—Pero ahora habéis regresado. Sanos y salvos. Y habéis traído invitados con vosotros. —Volvió a depositar a Moira en el suelo—. Sois bienvenidos.

—Él es el padre de Larkin y el hermano de mi madre, el príncipe Riddock. Señor, os presentaré a mis amigos, los mejores que he tenido nunca.

Mientras Moira los presentaba, Larkin permanecía detrás de su padre, haciendo señas a los demás para que inclinaran la cabeza o bien hicieran una reverencia. Blair inclinó la cabeza sin poder evitar sentirse un tanto ridícula.

—Tenemos tantas cosas que contaros... —comenzó a decir Moira—. Si pudiéramos sentarnos. Larkin, las puertas por favor. Esto deber ser privado.

Riddock la escuchó, interrumpiendo ocasionalmente para pedirle a Moira que repitiese algún punto o ampliase las explicaciones. De vez en cuando formulaba una pregunta a su hijo o a alguno de los demás.

Blair casi podía ver el peso de las palabras sobre sus hombros y la férrea determinación con que las soportaba.

—Ha habido otros ataques, al menos seis, desde que... —Riddock vaciló brevemente—, desde que os marchasteis. Hice lo que pude para cumplir con lo que me dejaste escrito, Moira; para advertir a la gente que debía quedarse en sus casas después de la puesta del sol, que no abrieran la puerta a desconocidos durante la noche. Pero los hábitos y las tradiciones son obcecados. Como lo eran quienes las han respetado estas últimas semanas.

Riddock estudió a Cian a través de la larga mesa.

—Decís que debemos confiar en él, aunque es uno de ellos. Un demonio dentro de un hombre.

—Confiar es una palabra importante —dijo Cian—. Tolerar podría serlo menos y por tanto más fácil de ejercer.

—Cian ha luchado a nuestro lado —intervino Larkin—. Ha sido herido con nosotros.

—Él es mi hermano. Si no confiáis en él —espetó Hoyt categóricamente—, tampoco confiáis en mí.

—Y en ninguno de nosotros —concluyó Glenna.

—En estas semanas habéis formado un grupo muy unido, es comprensible. —Riddock bebió un pequeño sorbo de vino mientras sus ojos permanecían vigilantes, posados en Cian—. Pero confiar en un vampiro, tolerarlo, y creer que puede y desea enfrentarse a los de su propia especie... cuesta un poco de aceptar.

Cian continuó pelando su manzana, a pesar de que Hoyt empezó a levantarse de su silla.

—Tío —Moira apoyó una mano sobre la de Riddock—, yo estaría muerta de no haber sido por él. Pero más allá de eso, ha entrado con nosotros en el Baile de los Dioses, ha viajado hasta aquí por designio de los dioses. Elegido por ellos. ¿Cuestionaréis su voluntad?

—Todo hombre pensante cuestiona, pero respetaré la voluntad de los dioses. A otros quizá les resulte más difícil.

—El pueblo de Geall seguirá vuestras órdenes, señor, y vuestra guía —concluyó Moira.

—¿Las mías? —Se volvió hacia ella—. La espada te espera, Moira, igual que la corona.

—Pues tendrán que esperar un poco más. Acabo de regresar a casa y hay mucho que hacer. Cuestiones más importantes que las ceremonias.

—¿Las ceremonias? ¿En un momento hablas de la voluntad de los dioses y la ignoras al siguiente?

—No la ignoro. Sólo digo que debe esperar. Vos contáis con la confianza y la fe del pueblo. Yo no estoy aún madura. No me siento preparada, no en mi corazón ni en mi mente. —Su mirada era grave mientras sus ojos estudiaban el rostro de su tío—. Un poco más de

tiempo, por favor. Tal vez no sea yo quien deba levantar la espada, pero antes de probarlo, necesito saber que estoy preparada para portarla. Geall necesita y merece un soberano que posea fuerza y seguridad. No les daré menos que eso.

—Seguiremos hablando de ello. Ahora estás cansada. Todos debéis de estarlo, y una madre espera para ver a su hijo. —Riddock se levantó—. Hablaremos por la mañana y haremos todo lo que sea necesario en los próximos días. Larkin.

Este se puso de pie a la orden de su padre.

—Os deseo buenas noches —les dijo a los demás—. Y sueños apacibles en vuestra primera noche en Geall.

Miró fugazmente a Blair y luego siguió a su padre fuera del enorme salón.

—Tu tío es un hombre imponente —comentó Blair.

—Y bueno. Con su ayuda formaremos un ejército que enviará a Lilith de regreso al infierno. Si estáis listos, os enseñaré vuestras habitaciones.

No era fácil serenarse y dormir, pensó Blair, cuando estaba pasando la noche en un castillo. Y en una habitación propia de la realeza.

Antes de que llegaran a Geall, ella había esperado encontrarse con algo más Edad Media. Una fortaleza de piedra en la cima de una colina azotada por el viento. Antorchas humeantes, barro, excrementos de animales.

Pero en cambio, estaba en el castillo de Cenicienta una vez convertida en princesa.

En lugar de la habitación pequeña y estrecha que le habría parecido normal, algo así como un barracón con esteras de junco—o de lo que fuesen exactamente— en el suelo y un catre tosco y pesado, disponía de una espaciosa alcoba de paredes encaladas, de una cama grande, blanda y provista de un dosel de terciopelo azul, y una mullida alfombra con imágenes de pavos reales tejidos en suave lana.

Al mirar a través de la ventana, comprobó que daba a un jardín en el que había una hermosa fuente que arrojaba chorros de agua. El asiento que tenía frente a la ventana estaba acojinado con más terciopelo.

La alcoba disponía de un pequeño escritorio. Bonito, pensó, aunque ella no haría mucho uso del tintero de cristal o de la pluma.

El fuego ardía lentamente en un hogar hecho de mármol blanco vetado de azul.

Todo era tan fino y perfecto que Blair casi pasó por alto la ausencia de instalaciones sanitarias modernas. Lo más próximo a ello que encontró en la habitación era el orinal colocado discretamente detrás de una cortina.

Se desvistió hasta quedarse sólo en ropa interior y utilizó la jofaina con agua para lavarse los rasguños de la pierna antes de untarse la zona con un poco del bálsamo que le había dado Glenna.

Se preguntó qué estarían haciendo los demás. Deseó que fuese ya de día para poder dedicarse a lo suyo.

Cuando la puerta se abrió, cogió el cuchillo que había dejado junto a la jofaina. Pero volvió a dejarlo al ver que era Larkin quien entraba en la habitación.

—No te he oído llamar.

—No lo he hecho. Pensaba que quizá estuvieses durmiendo.— Cerró la puerta suavemente tras él y examinó la habitación de un vistazo—. ¿Es de tu agrado?

—¿La habitación? Es para una estrella del rock. Sólo me siento un poco extraña. Como si me hubiese metido dentro de un libro.

—Lo entiendo, ya que yo me sentí igual no hace mucho. Y tus heridas, ¿tienes problemas con ellas?

—No son nada. ¿Y las tuyas?

—Mi madre se ha encargado de ellas. Eso la ha hecho feliz, igual que llorar por mí. Está ansiosa por conocerte, a todos vosotros.

—Supongo que sí. —Embarazoso, pensó Blair. ¿Por qué era todo tan embarazoso?—. Yo, eh, nunca había registrado que tú pertenecieras a la realeza.

—Oh, bueno, todo eso no tiene mucho que ver conmigo en realidad. Es algo más ceremonial que otra cosa. Honorífico, podría decirse. —Alzó la cabeza mientras se acercaba a ella—. ¿Pensabas que no vendría a verte esta noche?

—No sé qué es lo que he pensado. Todo es bastante desconcertante.

—¿Desconcertada tú? —Una sonrisa asomó a su boca—. No me importa. Yo te desconcertaré un poco más, voy a seducirte.

Él deslizó un dedo a lo largo del borde del sujetador, rozando apenas la piel.

—¿Dedicas mucho tiempo a las seducciones? ¿Ocupándote, digamos, de esa rubia de grandes pechos? ¿Cuál es su nombre? Isleen.

—Es sólo coqueteo, diversión sana, nunca seducción. No es apropiado o justo aprovecharte de alguien que está a tu servicio. — Se inclinó hacia ella y, frotando los labios sobre su hombro, le bajó la tira del sujetador—. Y aunque pudiese haber flirteado en el pasado, tú no estabas aquí. Porque Dios es testigo de que en Geall no hay ninguna mujer que pueda compararse contigo.

Acercó los labios a los de ella, sólo para mordisqueárselos ligeramente.

—Blair Murphy —susurró—. Mujer guerrera y hermosa.

Deslizó las manos por su espalda, profundizando apenas el beso. Luego sólo un poco más. Y cuando sus labios se deslizaron por su rostro, por su cuello, él canturreó en gaélico para ella.

El sonido de sus palabras, el tacto de él, la hicieron estremecerse de placer.

—Sigo pensando que esto es un error. Pero es tan condenadamente bueno.

—No es un error. —Larkin le dio un leve mordisco en la barbilla mientras con las yemas de los pulgares describía círculos alrededor de sus pezones—. En absoluto.

«Es parte del viaje», se dijo Blair mientras casi desfallecía. Ambos tomarían algo bueno, algo poderoso para sí mismos a lo largo del camino.

Ahora Larkin unió sus labios a los de ella, y hundió en su boca su lengua cálida y dura. Había una gran dulzura en la forma en que la acariciaba y una temblorosa excitación cuando sus manos tocaban sus lugares secretos.

Cuando Larkin la alzó en brazos, Blair no se sintió como una guerrera. Se sintió conquistada.

—Te deseo. —Ella apretó su rostro contra la curva de su garganta mientras él la depositaba encima de la cama, aspirando su aroma—. ¿Cómo puedo desearte tanto?

—Está escrito —contestó Larkin y, alzándose le besó la palma—. Shhh —dijo antes de que ella pudiese volver a hablar—. Sólo siente. Esta noche sólo sintamos.

Ella podía ser tan suave, pensó él, tan dócil, tan generosa. Al entregársele hacía que se sintiese como un rey. Aquellos ojos azul profundo lo observaban mientras ambos se movían juntos. Se nublaban de placer cuando él la tocaba, la saboreaba. Aquellas manos, tan firmes empuñando una espada, temblaron levemente al quitarle la camisa.

Los labios de Blair presionaron contra su pecho, contra el corazón que ya estaba perdido por ella.

Se tomaron mutuamente con suavidad, en silencio, mientras la luz de los leños brillaba sobre sus cuerpos desnudos. Hubo murmullos y suspiros en lugar de palabras, y una ascensión prolongada e indolente en lugar de una carrera frenética.

Cuando se deslizó dentro de ella, Larkin miró su rostro, la contempló mientras la penetraba. Cuando todo en su interior se dispuso a dar el salto final, él siguió mirándola.

Y, al acabar, pensó que, simplemente, se había caído dentro de sus ojos.

CAPITULO 13

¡Era tan cariñoso...! Estaba de lado en la cama, detrás de ella, con un brazo enlazándole la cintura del mismo modo en que Blair imaginaba que un crío podía abrazar a un osito de peluche.

No estaba acostumbrada a tener a un hombre aferrado a ella por la noche, y no podía decidir si le gustaba o no. Por un lado, era dulce y sexy despertarse cobijada por el cuerpo de Larkin. Resultaba cálido y suave y acogedor.

Por otro, si tuviese que moverse de prisa, buscar una estaca o una espada, él sería un peso muerto.

Tal vez debería practicar liberarse de su abrazo, rodar fuera de a cama y llegar hasta el arma que tuviese más cerca. Y tal vez debería relajarse. Aquélla no iba a ser una situación permanente.

Era sólo... conveniente.

Y su actitud estúpida y cargada de mentiras, tuvo que admitir. Si no era capaz de ser honesta dentro de su propia mente, de su propio corazón, entonces, ¿dónde?

Ellos eran algo más que convenientes el uno para el otro, más que compatriotas. Más, temía, que amantes. Al menos por su parte.

No obstante, a la luz del día tenía que ser realista. Fueran lo que fuesen el uno para el otro, era algo que no podía ir a ninguna parte. No más allá de lo que compartían en aquellos momentos. Cian había dicho la pura y cruda verdad en Irlanda, fuera del Baile de los Dioses. El problema al que se enfrentaban era mucho más grande e importante que una persona o sus deseos y necesidades personales. Y, por lo tanto, esas necesidades personales debían ser, por fuerza, temporales.

Después de Samhain todo habría acabado. Ella tenía que creer que obtendrían la victoria, eso era fundamental, pero después de la celebración de la misma, de las palmadas de felicitación en la espalda y de los brindis con champán, habría hechos muy duros que afrontar.

Larkin —lord Larkin— era un hombre de Geall. Una vez que todo aquello hubiese terminado y ella hubiera completado la misión, Geall sería para ella, en un sentido muy real, de nuevo un cuento de hadas. De acuerdo, posiblemente pudiera quedarse unos días, ir con él a ese picnic del que Larkin había hablado. Disfrutar un poco. Pero finalmente tendría que marcharse.

Ella tenía una misión de nacimiento, una obligación, pensó mientras acariciaba la cruz de Morrigan. No era posible volverle la espalda a todo eso.

El amor, si era eso lo que sentía, no era suficiente para triunfar. ¿Quién podía ser tan tonto como para creerlo?

Larkin era más de lo que jamás había esperado tener, incluso para un corto período de tiempo, de modo que no podía ni quería quejarse de su suerte, o de su destino, o de la fría voluntad de los dioses. Él la había aceptado, se había preocupado por ella, la había

deseado. Era un hombre que tenía valor, una profunda lealtad y sentido del humor.

Blair pensó que quizá —no era imposible— él la amase.

Para ella, Larkin era una especie de milagro personal. Nunca la abandonaría y se olvidaría de ella. Nunca la apartaría de su vida simplemente por lo que era. De modo que, cuando se separasen, no podría haber reproches.

Si las cosas fuesen diferentes, podrían haber llevado adelante su relación. Al menos podrían haberlo intentado. Pero las cosas no eran diferentes.

O, más precisamente, las cosas eran demasiado diferentes.

De modo que contaban con unas pocas semanas. Tendrían el viaje. Y ambos conservarían algo memorable de ello.

Blair lo besó, un beso cálido y suave en los labios. Luego le sacudió.

—Despierta.

La mano de Larkin se deslizó por su espalda para acariciarle sensualmente las nalgas.

—No de esta manera.

—Es la mejor manera. Sentir lo firme que eres, suave y firme. He soñado que estaba haciendo el amor contigo en un huerto, en pleno verano. Porque siempre hueles a manzanas verdes, y haces que desee darte un buen mordisco.

—Come muchas manzanas verdes y tendrás dolor de estómago.

—Yo tengo un estómago de acero. —Sus dedos se deslizaron arriba y abajo por la parte posterior de su muslo—. En el sueño no había nadie más que nosotros dos, y los árboles estaban cargados de frutos bajo un cielo del azul más puro.

Su voz sonaba soñolienta y pastosa, pensó ella. Sexy.

—¿Como el paraíso? ¿Adán y Eva? Una manzana los metió en problemas muy grandes, si la memoria no me falla —dijo ella.

Él se limitó a sonreír. Aún no había abierto los ojos.

—Tú miras el lado oscuro de las cosas, pero no me importa. En el sueño yo te daba tanto placer que tú llorabas de alegría.

Ella soltó una carcajada.

—Claro, en tus sueños.

—Y pronunciabas mi nombre una y otra vez entre sollozos. Me rogabas que te tomase. «Usa este cuerpo, implorabas, tómalo con tus fuertes manos, con tu experimentada boca. Penétralo con tu poderoso...»

—Ya vale, te lo estás inventando.

Él abrió un ojo, y ella vio tanta diversión en él que su estómago tembló al aguantarse la risa.

—Bueno, sí, pero me estoy divirtiendo mucho. Y tú también te estás riendo. Eso es lo que quería ver cuando abriese los ojos. La sonrisa de Blair.

La ternura la inundó.

—Eres un auténtico payaso —murmuró ella mientras le acariciaba la mejilla.

—La primera parte del sueño era verdad. Algún día deberíamos buscar ese huerto.

Larkin volvió a cerrar los ojos y a acurrucarse en la cama.

—Eh, un momento. La escena de los ojos cerrados ya ha terminado. Ahora tenemos que ponernos en marcha.

—¿Tienes prisa? Muy bien.

Larkin rodó hasta ponerse encima de ella.

—No me refería...

Larkin se deslizó en su interior.

El placer fue tan profundo, tan instantáneo, que, aunque se estaba riendo, se le cortó el aliento.

—Tendría que haber sabido que tu «poderoso» estaría erguido y dispuesto.

—Y siempre a tu servicio.

Algo más tarde de lo que había planeado, Blair se vistió.

—Tenemos que hablar de algunas cuestiones básicas.

—Está bien. Romperemos nuestro ayuno en el comedor pequeño.

—Nunca he sabido que tú tuvieses ningún ayuno que romper. Y no estaba hablando de la comida.

—¿Ah, no? —Él pareció ligeramente interesado mientras se colocaba el cinturón sobre la túnica—. ¿De qué otra cosa entonces?

—De cuartos de baño. Ya sabes, eliminación, higiene. El orinal que tengo aquí es muy práctico para situaciones de emergencia, pero no como recurso cotidiano.

—Ah. —Larkin frunció el cejo y se rascó la cabeza pensando en el problema—. Hay una especie de retretes en el ala de la familia, y letrinas para los guardias del castillo. Pero no son a lo que estás acostumbrada.

—Ya lo arreglaré. ¿Tomar un baño?

—La ducha —dijo Larkin con añoranza—. Ya la echo de menos. Puedo hacer que te suban una tina y que calienten agua. O también puedes bañarte en el río.

—Muy bien, es un comienzo. —No necesitaba lujos, pensó Blair. Ella sólo necesitaba, bueno..., algo razonable—. Ahora tenemos que hablar del entrenamiento.

—Hablemos de ello mientras desayunamos. —La cogió del brazo y la arrastró fuera de la habitación para que ella no siguiese hablando mientras el estómago de él gruñía.

Había manzanas sazonadas con especias a las que Larkin parecía particularmente aficionado, y grandes cantidades de patatas, fritas en lo que Blair dedujo que era la grasa de las gruesas lonchas de jamón que las acompañaban. El té era negro como la brea y tenía casi el mismo efecto que el café.

—También echo de menos la Coca-Cola —dijo Larkin.

—Tendremos que pasar sin ella.

Aunque el comedor era más pequeño que el salón donde habían estado la noche anterior, aún era lo bastante grande como para alojar la gran mesa de roble y un par de enormes armarios y arcones donde Blair imaginó que habría vajilla y manteles.

—¿El puente levadizo funciona como una puerta? —preguntó—. Para mantenerlos fuera —explicó cuando Larkin la interrogó con la mirada.—¿Necesitan una invitación para entrar en el recinto del castillo? Será mejor que nos encarguemos de ese asunto, que nos cubramos las espaldas. Hoyt y Glenna podrían trabajar en algo.

—Tenemos pocos días.

—Si Lilith se ajusta al programa. En cualquier caso, nosotros tenemos que hacer nuestro trabajo. Organizarnos, evacuar a los civiles de la zona de combate. Hoyt y Glenna quizá quieran intentar ese conjuro de que hablaron para crear una zona libre de vampiros, pero debo decir que no creo que funcione. No se trata de una sola casa, ni siquiera de un pequeño asentamiento. —Blair meneó la cabeza mientras hablaba—. Una área demasiado extensa, demasiadas variables. Y, muy probablemente, una pérdida de su tiempo y energías.

—Es posible. Trasladar a la gente a un lugar seguro es mejor. Mi padre y yo hablamos de ello anoche, antes de que yo fuese a tu habitación. Los mensajeros ya han partido para transmitir las noticias.

—Bien. Ahora deberemos concentrarnos en el entrenamiento de las tropas. ¿Vosotros tenéis guardias... y caballeros, quizá?

—Sí.

—Ellos deben de poseer habilidades de combate básicas, pero esto es algo completamente diferente. Y también es necesario que la población en general esté preparada para defenderse. Debemos comenzar a trabajar en la colocación de las trampas. Y quiero echar un vistazo al campo de batalla. —Su mente iba repasando la lista al tiempo que desayunaba—. Tendremos que establecer áreas de entrenamiento múltiples, tanto militares como civiles. Luego está la cuestión de las armas, los suministros y el transporte. Es probable que necesitemos un lugar donde Hoyt y Glenna puedan trabajar.

—Nos encargaremos de todo.

Algo en su tono de voz, la calma que transmitía, le recordó que ahora estaban en su terreno. Él lo sabía, y su gente también. Ella no.

—No conozco el orden jerárquico. La cadena de mando —dijo ella—. ¿Quién está a cargo de todo esto?

Larkin sirvió más té para ambos. Por un momento pensó que agradable era —aunque la conversación girase en torno a la guerra— estar sentados allí, sólo ellos dos, disfrutando del desayuno.

—Hasta que la espada no sea extraída de la piedra, mi padre gobierna como cabeza de la primera familia de Geall. Él no es el rey ni lo será, pero creo que Moira entiende que los hombres... los soldados como vosotros los llamáis, confían en él. Ellos seguirán al soberano, a aquel cuya mano levante la espada, pero mientras...

—Lo entiendo. No levantar aún la espada significa darles tiempo. Permitir que sigan las órdenes, y se hagan a la idea de esta

guerra, de un hombre en el que confían. Moira es inteligente al esperar un poco más para tomar el mando.

—Sí, lo es. Y también tiene miedo.

—¿De no ser ella quien logre extraer la espada de la piedra?

Larkin meneó la cabeza.

—Eso lo hará. Lo que teme es ser la reina que deba ordenar a su pueblo ir a la guerra. Derramar su sangre, provocar sus muertes. Eso la obsesiona.

—Es Lilith la que derrama su sangre y provoca sus muertes.

—Pero será Moira quien les diga que deben luchar. A los granjeros y los tenderos, a los caldereros y los cocineros. Geall ha vivido en paz durante generaciones. Ella será la primera que cambie eso. Y es un enorme peso sobre sus hombros.

—Debe de serlo. Nunca debe de ser fácil enviar un mundo a la guerra. Larkin, ¿y qué pasará si no es ella? ¿Qué pasaría si no es Moira la elegida, por el destino, o, simplemente, renuncia a sacar esa espada de la piedra?

—Moira era la única hija de la reina. No queda nadie más de su linaje.

—Los linajes pueden cambiar. Estás tú.

—Muérdete la lengua. —Cuando Blair no sonrió, él suspiró—. Sí, estaría yo. Y mi hermano, y mi hermana y los hijos de mi hermana. Mi hermano es poco más que un muchacho y lo que le llama es la tierra. Mi hermana sólo desea atender a sus hijos y su hogar. El mayor tiene sólo cuatro años. Ninguno de ellos podría

jamás hacer esto. No puedo creer que los dioses pusieran algo así en sus manos.

—¿Y qué me dices de las tuyas?

Él la miró fijamente a los ojos.

—Yo nunca he querido gobernar. Ya fuera en tiempos de pazo de guerra.

—Pero la gente te seguiría. Ellos te conocen y confían en ti.

—Es posible. Y si se presentase la ocasión, ¿qué otra elección tendría? Pero no deseo la corona, Blair. —Y tampoco era su destino, de eso estaba seguro. Extendió la mano y cogió la de ella—. Tú sabes lo que yo deseo.

—Deseos, sueños. No siempre conseguimos lo que queremos, de modo que hay que aceptar lo que viene.

—¿Y qué hay en tu corazón, y en el mío? Yo quiero...

—Lo siento. —Moira apareció en el vano de la puerta—. Lamentó interrumpiros, pero mi tío ha hablado con los guardias y con el círculo íntimo de los caballeros. Debéis acudir al gran salón.

—Entonces será mejor que nos pongamos en movimiento.— dijo Blair.

Con los téjanos y un jersey negro, Blair se sintió mal vestida. Por primera vez desde que Blair la había visto, Moira llevaba un vestido. ¿Era un vestido? Se llamara como se llamase, era una

prenda sencilla y elegante, en una especie de tono bermejo, que caía recto sobre su cuerpo desde una cintura alta y fruncida.

La cruz de plata colgaba entre sus pechos y en la cabeza lucía una fina corona de oro.

Hasta Glenna parecía ir bien arreglada, pero es que su bruja favorita tenía un don especial para convertir un conjunto informal de camisa y pantalones en algo estiloso y elegante.

La cavernosa habitación estaba calentada por hogares a ambos lados y tenía una amplia plataforma sobre dos escalones sobre los que se había extendido una alfombra roja. En la plataforma descansaba un trono. Un trono auténtico, pensó Blair, rojo y dorado.

En él estaba sentado Riddock, con Moira a su lado.

A su otro lado se sentaba una mujer. Llevaba el pelo rubio recogido en lo que Blair creía que se llamaba una redecilla. Una mujer más joven, obviamente embarazada, estaba a su lado. A sus espaldas, había dos hombres de pie.

«La familia real de Geall —decidió Blair—. La familia de Larkin.»

Ante una mirada de su padre, Larkin tocó el brazo de Blair y susurró:

—Todo saldrá bien.

Luego subió a la plataforma elevada para sentarse entre sus padres.

—Por favor —Riddock hizo un gesto—, tomad asiento. — Esperó a que todos lo hubiesen hecho—. Moira y yo hemos hablado extensamente. A petición de ella, he hablado con los guardias y con

muchos de los caballeros para avisarles de la amenaza que se cierne sobre nosotros y de la inminente guerra que tendremos que librar. Es el deseo de Moira que vosotros, y el resto de los que han llegado con vosotros, recibáis la autoridad del mando. Para reclutar, entrenar y forjar nuestro ejército. —Hizo una pausa y les estudió—. Pero vosotros no sois geallianos.

—Señor—objetó Larkin—, todos ellos han sido probados en combate.

—Esta guerra ha sido traída a nuestra tierra y será pagada con nuestra sangre. Yo pregunto por qué deberían mandar a nuestro pueblo aquellos que han llegado desde fuera.

—¿Puedo hablar? —Hoyt se puso de pie y aguardó hasta que Riddock asintió—. La propia Morrigan es quien nos ha enviado aquí; del mismo modo que envió a dos geallianos a Irlanda, para que pudiésemos reunirnos y formar el primer círculo. Los que hemos venido a Geall hemos dejado atrás nuestros mundos y a nuestras familias, y hemos ofrecido nuestras vidas para combatir esta plaga que se acerca a Geall.

—Esta plaga asesinó a nuestra reina, mi hermana, antes de que vosotros llegaseis. —Riddock los señaló—. Vosotros sois dos mujeres, un demonio y un hombre que practica la magia. Y sois desconocidos para mí. Yo cuento con hombres avezados que han demostrado su valía. Hombres cuyos nombres conozco, a cuyas familias conozco. Hombres que conocen Geall y cuya lealtad es incuestionable. Hombres que sé que conducirán a nuestro pueblo con entusiasmo al combate.

—Donde serán sacrificados como corderos. —Aunque la mirada de Riddock se volvió de hielo ante la interrupción, Blair se levantó—. Lo siento, pero así es como son las cosas. Podemos darle

vueltas, seguir el protocolo, perder el tiempo, pero el hecho es que vuestros avezados hombres no saben nada acerca de combatir contra vampiros.

Cuando Hoyt apoyó una mano sobre el hombro de Blair, ella se la sacudió de encima. Con irritación.

—Y yo no he venido aquí para que me dejen de lado porque no he nacido en Geall, o porque soy una mujer. Tampoco he venido a luchar por Geall. He venido a combatir por todo.

—Bien dicho —musitó Glenna—. Estoy de acuerdo en todo contigo. Mi esposo está acostumbrado a las cuestiones de la corte y los príncipes —prosiguió, dirigiéndose a Riddock—, pero nosotros no. De modo que tendréis que perdonarnos por ser simples mujeres. Simples mujeres de poder.

Alzó una mano, y entonces apareció en ella una bola de fuego; luego lanzó la bola hacia el hogar que había a uno de los lados del salón, con irritación.

—Simples mujeres que han luchado y sido heridas y visto morir a sus amigos. Y el demonio del que habláis es mi familia. Él también ha luchado y derramado su sangre y visto morir a un amigo.

—Es posible que seáis guerreros —reconoció Riddock con lo que sólo podía denominarse un asentimiento regio con la cabeza—, pero para mandar se necesita algo más que magia y coraje.

—Se necesita experiencia y una mente fría. Y también sangre fría.

Riddock volvió a mirar a Blair al tiempo que enarcaba ligeramente las cejas.

—Sí, así es, y la confianza de la gente a la que uno dirigirá.— Ellos tienen la mía —dijo Larkin—. Y también la de Moira.

Se la han ganado cada hora de cada día de estas últimas semanas. Señor, ¿no me he ganado yo la vuestra?

—Sí, lo has hecho. —Por un momento no dijo nada y luego volvió a hacer un gesto señalando a Blair, Glenna y Hoyt—. Os pediré que os hagáis cargo de la instrucción de nuestros hombres bajo las órdenes de lord Larkin y la princesa Moira.

—Podemos empezar con eso —decidió Blair—. ¿Vos también lucharéis? —le preguntó a Riddock.

Ahora su mirada tenía un cercano parentesco con la de un lobo.

—Hasta el último aliento —contestó.

—Entonces también necesitaréis instrucción militar, o ese último aliento llegará antes de lo que pensáis.

Larkin elevó los ojos al cielo, pero apoyó una mano en el hombro de su padre y le susurró al oído.

—Blair tiene espíritu guerrero.

—Y una lengua indócil. Destinaremos la zona de juegos —decidió Riddock— para nuestras primeras instrucciones.

—A tu padre no le caigo bien.

—Eso no es verdad. —Larkin le dio un suave codazo—. Él solamente está buscando la manera de entenderte, y también de entender todo esto.

—Ya. —Miró a Glenna mientras salían—. ¿Crees que deberíamos decirle a Riddock lo que siente nuestra gente por los reyes?

—Creo que podríamos dejar ese tema por el momento. Pero después de lo que hemos visto ahí dentro, he comprendido que no será nada fácil convencer a un puñado de machos de Geall de que unas mujeres van a enseñarles a luchar en una guerra.

—Tengo algunas ideas al respecto, pero de todos modos, creo que tú deberías trabajar con las mujeres —dijo Blair.

—¿Cómo?

—No te enfades, Glenna. Tú tienes más diplomacia y paciencia que yo. —Probablemente cualquiera las tenía, pensó Blair—. Y lo más seguro es que las mujeres se relacionen mejor contigo. A ellas también hay que entrenarlas. Para defenderse y que puedan defender a sus familias. Para luchar. Alguien tiene que hacerlo, Glenna. Y alguien tiene que saber cuáles deberían quedarse en casa y cuáles deberían luchar.

—Oh, Dios.

—Tendremos que aplicar el mismo criterio a los hombres— prosiguió Blair impertérrita—. Aquellos que no den la talla, deben ser destinados a otras funciones. Encargarse de los heridos, proteger a los niños, a los mayores, suministrar comida, armas.

—¿Y qué sugieres que hagamos Cian y yo —preguntó Hoyt mientras vosotras dos estáis tan ocupadas?

—Está molesto porque le hemos replicado a Riddock —dijo Glenna.

—Mi nariz está bien,⁸ gracias de todos modos. —Hoyt habló con firmeza y dignidad—. Estoy de acuerdo en que era necesario decirle esas cosas, aunque podríais haberlo hecho con mucho más tacto. Si lo hemos ofendido, necesitaremos tiempo y esfuerzo para reparar el daño.

—Mi padre es un hombre razonable —insistió Larkin—. Y no permitiría que unas pocas desviaciones de protocolo interfieran con lo que debemos hacer. —Se pasó una mano por el pelo con gesto de frustración—. Él nunca se ha visto en la obligación de gobernar antes de que se produjese esta situación. La reina fue coronada muy joven, y él sólo ocupaba ocasionalmente el puesto de consejero.

«Tendrá que aprender muy de prisa entonces», pensó Blair.

Los hombres ya se hallaban reunidos en lo que Blair dedujo que era el sitio donde celebraban sus justas, juegos y torneos. Había una larga cuerda de la que colgaban anillas de colores. Un marcador, supuso. El palco real, los asientos más bastos y duros para las masas; corrales para los caballos y grandes tiendas donde los competidores se preparaban para el deporte que estuviese en el programa.

—¿Has visto alguna vez esa película, Destino de caballero?⁹—preguntó Blair.

⁸ En este caso, la expresión en inglés para expresar que alguien está molesto o enfadado es *the nose out of joint* que, literalmente, significa «tener la nariz dislocada». La respuesta de Hoyt es coherente con su desconocimiento del argot moderno que emplean ellas. (N. del t.)

⁹ Basada libremente en *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer, la película cuenta la historia de un humilde paje que participa en una justa medieval y llega a convertirse en el caballero más famoso de su época. (N. del t.)

—Sí, lo pasaremos de maravilla —respondió Glenna, e hizo sonreír a Blair.

—No cabe duda de que tenerte aquí ayuda. Hemos llegado justo a tiempo para el espectáculo. Escoge a uno al que creas que puedes vencer.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué?

—Los dos —dijo Blair, añadiendo también a Hoyt—. Por si acaso.

Larkin se adelantó hacia los hombres, formados en hileras.

—Mi padre ya os ha explicado contra qué debemos enfrentarnos y qué es lo que se avecina. Tenemos hasta Samhain para prepararnos; ese día debemos ir al Valle del Silencio para librar la batalla. Y tenemos que ganar. Para eso, debéis saber cómo luchar y cómo matar a esas cosas que no son humanas. No son hombres ni mujeres y no se les puede matar como si lo fuesen.

Colocándose detrás de Larkin mientras éste hablaba, Blair estudió a los hombres. La mayoría de ellos parecían aptos y en buena forma física. Divisó a Tynan, el guardia al que Larkin y Moira habían saludado a su llegada al castillo. Blair decidió que no sólo parecía apto y en buena forma. También parecía estar preparado.

—Yo he luchado contra ellos —continuó Larkin—, así como la princesa Moira y las personas que han venido con nosotros desde fuera de este mundo. Nosotros os enseñaremos todo lo que necesitáis saber.

—Sabemos cómo luchar —gritó un hombre que estaba junto a Tynan—. ¿Qué puedes enseñarme que no te haya enseñado yo en este mismo sitio?

—Esto no va a ser un juego —contestó Blair avanzando unos pasos. El tipo era un matón. Hombros anchos y fuertes, cuerpo resistente, actitud hostil.

«Perfecto», pensó ella.

—Si quedas segundo en esta competición, no recibirás el premio de consolación y una palmada en la espalda, estarás muerto.

El rostro del soldado no mostró ninguna expresión despectiva, pero sí su tono de voz.

—Las mujeres no instruyen a los hombres en el arte del combate. Ellas se encargan de atender el fuego y mantener la cama caliente.

Su comentario fue recibido con algunas risas de aprobación por parte de sus compañeros y una mirada de conmiseración de Larkin.

—Niall —intervino con humor—, con ese comentario, has metido la pata hasta el fondo. Estas mujeres son guerreras.

—Yo no veo a ninguna guerrera aquí. —Con las manos apoyadas en las caderas, Niall avanzó hacia la primera línea—. Sólo a dos mujeres vestidas como hombres y a un hechicero con ellas. O detrás de ellas.

—Yo iré primero —le susurró Blair a Glenna—. Yo me enfrentaré contigo —dijo dirigiéndose a Niall—. Aquí y ahora. Elige armas.

El hombre se echó a reír.

—¿Esperas acaso que luche con una chica?

—Elige tu arma —ordenó Riddock.

—Señor, a vuestras órdenes. —Y se alejó riendo entre dientes.

Las apuestas comenzaron de inmediato.

—¡Vaya! —Larkin le dio a Blair una rápida palmada en la espalda y se acercó a los hombres—. Yo también quiero apostar.

Niall regresó con dos gruesas varas de competición. Blair estudió la forma en que las sostenía y cómo se movía, contoneándose como un bravucón.

—Esto será rápido —aseguró dirigiéndose a Blair.

—Sí, será muy rápido. Has elegido buenas armas —gritó ella por encima de las voces que seguían intercambiando apuestas—. La madera puede matar a un vampiro si tienes la fuerza y la puntería necesarias como para atravesarle el corazón. Tú pareces bastante fuerte. —Miró a Niall de arriba abajo—. ¿Qué me dices de tu puntería?

Él esbozó una amplia sonrisa.

—Hasta ahora, ninguna mujer se ha quejado.

—Bien, veamos pues lo que tienes, muchachote. —Blair cogió con fuerza la vara extendida hacia adelante, y asintió—. ¿Estás listo?

—Por cortesía, te concederé los tres primeros movimientos.

—Muy bien.

Ella lo derribó en dos, golpeándole en el vientre con el extremo de la vara y agachándose luego para atizarle con fuerza en las piernas. Ignorando las risas, las exclamaciones y los gritos de aliento, se colocó encima de él y presionó la vara contra su corazón.

—Si fueses un vampiro, te atravesaría con esto hasta que el extremo saliese por el otro lado. Luego te convertirías en polvo.— Dio un paso atrás—. Creo que deberíais reservar vuestras apuestas, chicos. Éste ha sido sólo de práctica. —Levantó la cabeza y miró al hombre—. ¿Estás listo?

Niall se levantó y Blair vio que la sorpresa y la vergüenza que sentía al haber sido derribado por una mujer habían encendido un fuego en él. Atacó con furia, la fuerza de su vara contra la suya, obligándola a levantar los brazos. Ella saltó cuando intentó golpearla en las piernas y luego le asestó un fuerte golpe en el pecho.

Niall luchaba bien, decidió Blair, y con una fuerza de mil demonios... pero carecía de toda creatividad.

Ella usó la vara como una pértiga, clavándola en el suelo y alzándose por encima de su oponente. Cuando aterrizó detrás de él, le propinó una patada en la zona lumbar y, cogiendo con fuerza la vara, lo hizo tropezar y caer al suelo.

Esta vez apoyó la punta en su garganta, mientras Niall jadeaba tratando de llevar aire a sus pulmones.

—¿Tres de cinco? —sugirió ella.

El hombre soltó un rugido y apartó la vara de un manotazo. Blair dejó que el impulso de él la llevase hacia atrás, y luego levantó

ambos pies para lanzarlo por encima de ella. Niall volvió a caer pesadamente sobre su espalda.

Aún estaba aturdido cuando ella volvió a apoyar la punta de la vara contra su garganta. La última caída lo había dejado sin aire, y el color había abandonado sus mejillas.

—Puedo seguir haciendo esto durante todo el día y tú acabarás cada vez con el culo en el suelo. —Blair se levantó, clavó la punta de la vara junto a Niall y se apoyó en ella con actitud negligente—. Eres fuerte, pero yo también lo soy. Además, eres lento de pies, y no estabas pensando en ellos. Sólo porque seas más grande no significa que vayas a ganar y puedes estar jodidamente seguro de que no significa que vivirás. Yo diría que me superas en unos cincuenta kilos, pero te he derribado tres veces.

—La primera no cuenta. —Niall se sentó en el suelo y se frotó la dolorida cabeza—. Pero te concedo las otras dos.

Cuando él sonrió, Blair supo que había ganado.

—Larkin, ven a buscar una vara —gritó Niall—. Lucharé contigo en lugar de con ella, ya que no cabe duda de que es toda una mujer.

Blair levantó una mano.

—Larkin también te derrotará. Yo ayudé a entrenarle.

—Entonces también me enseñarás a mí. ¿Y ellos? —Niall señaló con la barbilla a Glenna y Hoyt—. ¿Ellos también pueden luchar como tú?

—Yo soy la mejor, pero ellos también son muy buenos.

Blair se volvió hacia el grupo de hombres y aguardó hasta que el dinero de las apuestas hubiese cambiado de manos. Observó que Tynan era uno de los pocos, junto con Larkin, que había ganado algo.

—¿Alguien más necesita una demostración?

—No me importaría una a cargo de la pelirroja —gritó alguien, y las carcajadas volvieron a atronar el aire.

Glenna hizo aletear las pestañas y sonrió con un gesto entre tímido y modesto. Acto seguido sacó el puñal de su vaina y lanzó con él un chorro de fuego.

Los hombres retrocedieron atropelladamente.

—El de mi esposo es más grande —dijo con voz dulce.

—Sí. —Hoyt se adelantó—. Tal vez alguno de vosotros querría que la demostración la hiciera yo en lugar de mi encantadora esposa. ¿Espada? ¿Lanza? —Giró las manos y el fuego danzó sobre las palmas—. ¿O bien con las manos? Porque yo no me oculto detrás de estas mujeres, sino que me siento orgulloso y honrado de estar junto a ellas.

—Tranquilo, muchacho —murmuró Blair—. El fuego es una arma útil contra ellos —explicó a los hombres—. Una arma poderosa, lo mismo que la madera, si se usa correctamente. El acero puede herirlos, los detendrá, pero no los matará a menos que les cortéis la cabeza. Heridos o no, ellos simplemente seguirán avanzando hasta cortaros la garganta.

Le lanzó la vara a Niall.

—No será tan rápido y limpio como este breve asalto — prosiguió—, sino algo terrible y sangriento, y de una crueldad indescriptible. Muchos de ellos, quizá la mayoría, serán más fuertes y rápidos que vosotros, pero los detendréis. Porque, si no lo hacéis, Dios no solamente os matarán a vosotros, los soldados que se enfrentarán a ellos en combate, matarán también a vuestros hijos y a vuestras madres. Y a aquellos a quienes no maten, los convertirán en lo mismo que son ellos, o bien en esclavos para que les sirvan de alimento o de diversión. De modo que los detendréis, porque no hay otra alternativa.

Blair hizo una pausa, porque para entonces el silencio era total, para entonces todos los ojos estaban fijos en ella.

—Os enseñaremos cómo hacerlo.

CAPITULO 14

Blair se debatía entre el río y la tina. El agua del río probablemente estaría helada, lo que sería muy desagradable. Pero no podía resignarse a la idea de que una criada le subiese cubos y más cubos de agua caliente para echarla dentro de lo que, básicamente, sería un cubo un poco más grande. Y luego, una vez que ella hubiese tomado su baño, tendrían que repetir todo el proceso, sólo que en sentido inverso.

Era simplemente demasiado.

No obstante, después de haber estado entrenando durante varias horas con un montón de hombres, necesitaba agua y jabón.

¿Era acaso demasiado pedir?

—Lo has hecho muy bien. —Moira se acercó a ella—. Sé que todo esto debe de ser muy frustrante para ti, como volver a empezar. Y con hombres que, de alguna manera, sienten que ya saben tanto como tú, si no más. Pero lo has hecho muy bien. Has tenido un buen comienzo.

—La mayoría tienen una forma física entre buena y excelente, y eso es una ventaja. Pero en general, el grueso de ellos sigue pensando que se trata de un juego. Simplemente no creen en los vampiros. Y eso es algo realmente negativo.

—Porque no lo han visto con sus propios ojos. Ellos saben lo que le ocurrió a mi madre, pero muchos aún quieren creer, necesitan creer, que fue una especie de perro salvaje. Si yo no hubiese visto qué fue lo que pasó. También podría negarme a creerlo.

—Es más fácil negarlo. Pero la negación es una de las razones de que ahora Jeremy esté muerto.

—Sí. Por eso creo que la gente necesita ver, necesita pruebas. Tenemos que cazar a los que mataron a la reina, a los que han matado a otras personas desde aquella noche. Debemos traer aquí al menos a uno de ellos.

—¿Quieres coger vivo a uno de esos monstruos?

—Así es. —Moira recordó cómo, en una ocasión, Cian había hecho entrar a un vampiro en la sala de entrenamiento, y luego se apartó para que el resto de ellos tuviese que luchar contra él. Y entendiera—. Eso lo cambiaría todo.

—No es imposible negar lo que tienes delante de las narices, sólo un poco más difícil. —Blair lo pensó durante un momento—. Pero de acuerdo. Esta noche saldré a buscarlo.

—No irás sola. No, no —la cortó Moira con calma cuando Blair empezó a discutir—. Estás acostumbrada a cazar en solitario, sé que eres capaz de hacerlo, pero éste no es tu terreno, mientras que a estas alturas, ellos ya deben de conocerlo. Iré contigo.

—Es un punto a tu favor, y muy fuerte, pero tú no eres la persona indicada para esta cacería. No estoy diciendo que no seas capaz, sin embargo, no eres la mejor cuando se trata de lucha cuerpo a cuerpo. Tendrá que ser Larkin, y también necesitaré a Cian.

Con gesto de fastidio, Moira arrancó una flor de un arbusto.

—Ahora eres tú la que tiene un sólido argumento. Tengo la sensación de que, desde que hemos regresado a Geall, sólo me he ocupado de asuntos de Estado.

—Cuentas con todas mis simpatías, pero esa clase de cosas también debe de ser importante. Los hombres de Estado crean ejércitos. Y tú ya has tomado las medidas oportunas que evacuar a la gente de la que será zona de guerra. Eso significa salvar vidas, Moira.

—Lo sé. De verdad. Pero...

—¿Quién se encargará de incitar a la población en general, de animarles para que pongan sus vidas en peligro? Nosotros los entrenaremos, Moira. Pero tú debes conseguir que se nos acerquen.

—Tienes razón, lo sé.

—Te conseguiré un vampiro, dos si puedo. Tú consígueme gente a la que pueda enseñarle a matar uno. Pero en este momento tengo que lavarme. Un vampiro podría olerme desde un kilómetro de distancia.

—He hecho que te preparasen el baño en tus habitaciones.

—Estaba pensando en que podía usar el río.

—¿Te has vuelto loca? —Finalmente, el rostro de Moira se relajó con una sonrisa—. El río está helado en esta época del año.

A Moira nunca le resultaba cómodo hablar con Cian. Y no sólo por lo que era, circunstancia a la que ya se había acostumbrado.

Cuando pensaba en Cian, pensaba en ello como en un estado; una especie de enfermedad.

En su primer encuentro, él le había salvado la vida y, desde entonces había demostrado su fidelidad en más de una ocasión.

Su especie había matado a su madre y, sin embargo, él había luchado junto a ella, había arriesgado su vida —o, más exactamente, su existencia— al hacerlo.

No, Moira no podía hacerlo responsable de lo que era.

Y aun así, había algo dentro de ella, algo que no podía ver con claridad, o estudiar, o comprender. Fuera lo que fuese, la hacía sentir intranquila, incluso nerviosa, cuando Cian estaba cerca.

Él lo sabía, o lo notaba, Moira estaba segura de ello, porque Cian se mostraba mucho más frío con ella que con los demás. Era muy raro que le sonriese, o que le dijera una palabra amable.

Después del ataque, cuando se dirigían al Baile de los Dioses, él la había levantado literalmente del suelo cuando cayó del caballo, y sus brazos eran los brazos de un hombre. Carne y hueso, fuerte y real.

—Sujétate —le había dicho él. Y eso fue todo.

Luego, ella había cabalgado con él sobre Vlad hasta el castillo, Y su cuerpo era el de un hombre. Delgado y duro. Y el corazón de Moira se había acelerado por tantas razones, que hasta había tenido miedo de tocarle.

¿Qué le había dicho él entonces, con aquella voz impaciente y cortante?

Ah, sí: «Agárrate a mí antes de que vuelvas a dar con tu culo en el suelo. Aún no te he mordido, ¿verdad?».

Había conseguido que se sintiese avergonzada y confusa, y agradecida de que él no viese el rubor que teñía sus mejillas.

Probablemente, Cian hubiese tenido algún comentario mordaz que hacer acerca de su sonrojo virginal.

Y ahora tenía que acudir a él para pedirle ayuda. No era algo que fuese a delegar en Blair, o Larkin, ni por supuesto, en uno de los criados. Era su obligación enfrentarse con él, pronunciar las palabras, pedir su aprobación.

Iba a pedirle que abandonase el castillo, la comodidad y la seguridad de sus muros, y se adentrase en una tierra extraña para cazar a uno de los suyos.

Y Cian lo haría, ella sabía que lo haría. No por ella... la petición de una princesa, el favor a una amiga. Lo haría por los demás. Por todo lo que significaba.

Fue sola. Las mujeres que la atendían no lo aprobarían, por supuesto, y considerarían indecorosa, incluso escandalosa, la idea de que su señora visitase sin compañía las habitaciones de un hombre.

Pero esas cuestiones ya habían dejado de constituir un problema para Moira. ¿Qué pensarían sus damas de compañía si supieran que, una vez, ella lo alimentó con sangre cuando estaba herido?

Imaginaba que comenzarían a chillar y ocultarían los rostros entre las manos... eso las que no se desmayasen. Pero ellas tendrían que enfrentarse a esa clase de cosas muy pronto. O con algo mucho peor.

Sus hombros se pusieron rígidos cuando se acercó a la puerta de la habitación de Cian. Pero llamó con decisión y luego esperó.

Cuando él abrió la puerta, las luces del corredor bañaron su rostro y sumieron el resto del cuerpo en sombras. Moira percibió un leve brillo de sorpresa en sus ojos mientras la estudiaba.

—Vaya, mírate. Si casi no te he reconocido, alteza.

El comentario le recordó que llevaba un vestido, y la diadema de oro de su rango. Y, al recordarlo, se sintió ridículamente expuesta.

—Tenía que atender algunas cuestiones de Estado. Se espera que me vista de un modo apropiado.

—Y encantador también. —Se apoyó en el vano de la puerta con actitud indolente—. ¿Se requiere mi presencia?

—Sí. No. —¿Por qué hacía que siempre se sintiera torpe?—. ¿Puedo entrar? Me gustaría hablar contigo.

—Por supuesto.

Ella tuvo que rozar su cuerpo para entrar en la habitación. En el interior, parecía medianoche, pensó. No había una sola vela, no había fuego en el hogar, y las pesadas cortinas cubrían completamente las ventanas.

—El sol ya se ha puesto.

—Sí, lo sé.

—¿Te importaría si dejamos entrar un poco de luz? —Cogió el yesquero y comenzó a accionarlo—. No puedo ver tan bien como tú en la oscuridad. —La rápida aparición de la llama consiguió

calmar su estómago inquieto—. Aquí hace mucho frío —continuó Moira prendiendo unas velas—. ¿Quieres que encienda el fuego por ti?

—Como quieras.

Cian no dijo nada cuando ella se arrodilló delante del hogar y encendió la turba, pero Moira sabía que la estaba observando, y esa mirada hizo que sintiese las manos frías y rígidas.

—¿Estás cómodo aquí? —preguntó—. La habitación no es tan grande o lujosa como otras a las que estás acostumbrado.

—Pero está lo bastante alejada de la gente como para que todos puedan sentirse cómodos.

Ella se volvió asombrada, inclinada aún mientras la turba se encendía a su espalda. No se sonrojó. Por el contrario, sus mejillas palidieron intensamente.

—Oh, no, nunca fue mi intención...

—No tiene importancia. —Cian cogió un vaso que, obviamente acababa de servirse antes de que ella llegase, y bebió la sangre con los ojos deliberadamente fijos en los suyos—. Me imagino que tu gente se sentiría desconcertada por algunos de mis hábitos cotidianos.

La voz de ella se tiñó de angustia.

—Eso nunca se me habría ocurrido. La habitación mira al norte. Yo pensé... Bueno, pensé que recibiría menos luz directa del sol y que te sentirías más cómodo. Jamás insultaría a un invitado... y un amigo. Nunca insultaría a alguien que me recibió en su casa

cuando viene a la mía. —Se levantó rápidamente—. Puedo hacer que trasladen tus cosas ahora mismo. Yo...

Cian alzó una mano.

—No hay necesidad de eso. Y te pido disculpas por haber hecho una suposición errónea. —Para él resultaba muy extraño experimentar la incomodidad de la culpa, pero era lo que sentía en esos momentos—. Ha sido muy considerado de tu parte. No debería haber esperado menos de ti.

—¿Por qué estamos...? No entiendo por qué parece que estemos siempre enemistados.

—¿No lo entiendes? —preguntó él—. Bueno, no tiene mayor importancia. Y, ¿a qué debo el honor de tu presencia?

—Te burlas de mí —dijo ella con voz serena—. Eres tan duro cuando hablas conmigo...

Moira pensó que él había suspirado, sólo un poco.

—Estoy de mal humor. No descanso bien fuera de casa.

—Lo siento. Y ahora he venido yo a causarte otra incomodidad. Le he pedido a Blair que salga a cazar vampiros aquí, en Geall, y que traiga al menos a uno de ellos. Vivo.

—Eso es una contradicción en los términos —dijo Cian.

—No sé de qué otra forma expresarlo —replicó ella—. Mi gente luchará porque se les ha pedido que lo hagan, pero no puedo pedirles que crean, no puedo obligarlos a que crean, en lo que les parece imposible. De modo que es necesario que se lo demuestre.

Sería una buena reina, pensó él, que no esperaría que su pueblo la siguiera ciegamente. Y había que verla cómo se mostraba. Tan tranquila, tan serena, cuando él sabía que en su interior se estaba librando una guerra.

—¿Quieres que vaya con Blair?

—Sí... ella lo quiere. Yo lo quiero. Dios, siempre tartamudeo cuando hablo contigo. Ella ha pedido que Larkin y tú la acompañéis. Blair no quiere que yo vaya. Cree, y yo también, que seré mucho más útil reuniendo a las fuerzas, ayudando a poner las trampas que ella prepare.

—Gobernando.

—Aún no gobierno.

—Así lo has elegido.

—Sí. Por ahora. Te estaría muy agradecida si fueses con ella y con Larkin, y encontrases la manera de traer a un prisionero.

—Prefiero hacer eso a estar aquí sin hacer nada. Pero la cuestión es dónde buscar.

—Tengo un mapa. Ya he hablado con mi tío y sabe dónde se produjeron los ataques... al menos aquellos de los que tenemos noticia. Larkin conoce el territorio de Geall. No puedes tener un guía mejor que él. Ni mejor compañía en las horas de ocio o en la batalla.

—No tengo ningún problema con el muchacho, ni con una cacería.

—Entonces, tan pronto como estés listo, ven al patio exterior.

Puedo enviar a alguien para que te enseñe cómo llegar.

—Recuerdo cómo llegar.

—Bien. Iré a encargarme de que preparen los caballos y las provisiones. —Fue hacia la puerta, pero Cian llegó antes que ella... sin que diese la impresión de haberse movido. Moira alzó la vista y lo miró a los ojos—. Gracias —dijo, y abandonó rápidamente la habitación.

«Esos ojos —pensó él mientras cerraba la puerta detrás de Moira—. Esos grandes ojos grises podrían matar a un hombre.»

Era una suerte que él ya estuviese muerto.

Pero no podía hacer nada con respecto al olor que había dejado tras ella; el aroma de claros umbríos de los bosques y el agua fresca y cristalina de la primavera. No podía hacer ni una sola maldita cosa al respecto.

—Estaremos vigilando —dijo Glenna, apoyando una mano sobre la pierna de Blair cuando ésta montó en su caballo—. Si tenéis problemas, lo sabremos, y haremos todo lo posible para ayudaros.

—No te preocupes. Llevo trece años con esto colgado del cinturón.

«No en Geall», pensó Glenna, pero no lo dijo.

—Buena caza.

Atravesaron las puertas del castillo y se dirigieron hacia el sur.

Era una buena noche para cazar, pensó Blair. Despejada y fresca. Sería más fácil seguirles la pista entonces, cuando estaban

activos, que durante el día, cuando habrían ido a refugiarse a alguna parte. En cualquier caso, si cazaban de día, no podrían contar con Cian, a quien consideraba una ventaja.

Cabalgaba entre los dos hombres, llevando su caballo a un trote ligero.

—No he querido preguntarle a Moira —dijo—, pero tengo entendido que el que sufrió su madre fue el primer ataque.

—Sí, la reina fue la primera víctima de la que tuvimos noticia.

—¿Y aquella noche no se produjeron más ataques? ¿No se llevaron a nadie?

—No. —Larkin meneó la cabeza—. Al menos que nosotros sepamos.

—Fue un ataque a un blanco específico pues —reflexionó Blair—. Es de suponer que vinieron a por la madre de Moira... ¿Sabemos cómo consiguieron entrar?

—He pensado en ello —dijo Larkin—. Antes de la muerte de la reina no había ninguna razón para impedirle la entrada a nadie. Pudo ser una carreta con provisiones, o cualquier otra actividad comercial. Pudieron entrar sin problemas.

—Sí, es posible que lo hicieran de ese modo —asintió Blair después de un momento—. Debieron de entrar poco antes de que se pusiera el sol y permanecieron escondidos en algún agujero hasta que todo el mundo se acostó. Hicieron salir a la reina con algún engaño y la mataron. —Miró a Larkin—. ¿No tenemos detalles más específicos?

—Moira no habla nunca de ello. No estoy seguro de que recuerde con exactitud lo que ocurrió.

—Tal vez no tenga importancia para nuestros propósitos. Así pues, mataron a la reina y se quedaron aquí. Tal vez no han podido volver a salir salvo en momentos muy concretos. Desde luego no han armado jaleo —prosiguió Blair—. Sólo un puñado de muertes en todas estas semanas. Eso es un perfil muy bajo para la especie.

—Seguramente hubo más víctimas —comentó Cian—. Viajeros, prostitutas, personas a las que no se echa de menos inmediatamente. Pero está claro que han sido muy cuidadosos, y que han evitado lo que ahora estamos haciendo nosotros: cazar. No creo que se estén ocultando sólo de nosotros.

—¿De quién entonces? —Larkin alzó la vista y vio que Blair estaba estudiando a Cian con expresión pensativa.

—Se refiere a Lilith —dijo ella—. ¿Crees que están tratando de permanecer fuera del alcance de su radar? ¿Por qué?

—Porque podría ser que tú hubieses acertado sólo a medias en la teoría. Un blanco específico, sí —convino Cian—, pero dudo que ese blanco fuese la reina. Es Moira la que fue escogida como uno de los eslabones del primer círculo.

—Moira. —Había una nota de alarma en la voz de Larkin mientras se daba la vuelta en su silla para echar un vistazo hacia atrás, en dirección al castillo, que cada vez se veía más pequeño con la distancia—. Ellos ya intentaron matarla una vez...

—De hecho, han tratado de matarnos a todos más de una vez —señaló Cian—. Sin éxito. En el castillo, Moira está lo más a salvo posible.

Blair resumió la situación.

—Estás pensando que Lilith intentó coger un atajo. Atrapar a uno de nosotros antes de que esa persona fuese realmente uno de nosotros.

—Es una posibilidad muy elevada. ¿Por qué no perder un poco de tiempo y lo que debió de ser algo de esfuerzo, y enviar aquí a un par de asesinos? Si vas a meterte en el negocio del destino — continuó diciendo Cian— la amenaza era Moira, y no la madre de Moira.

—Entonces la pifiaron —dijo Blair—. Se equivocaron de blanco. Así pues, puede que no se trate de que no sean capaces de regresar, sino de que no quieran hacerlo.

—Lilith no se muestra especialmente tolerante con los errores. Si pudieses elegir entre ser torturado y asesinado por ella, o permanecer oculto y alimentarte con los habitantes de este lugar, ¿tú qué harías?

—La puerta número dos —dijo Blair—. Pero si Lilith quería meterse en el negocio del destino, como tú dices, el primer error fue de ella, al convertirte a ti en un vampiro hace la tira de años. Como vampiro eres un enemigo mucho más formidable de lo que lo hubieses sido como hombre. Sin ánimo de ofender.

—No hay problema.

—Entonces haces enfadar a Hoyt y comienza todo este asunto de la Cruz de Morrigan.

Blair acarició con expresión pensativa las dos cruces que colgaban de su cuello.

—Por un lado, tienes a Glenna unida a Hoyt, quizá, con un enfoque romántico, destinados a encontrarse y amarse. Y, al hacerlo, incrementando exponencialmente su poder mutuo. Está la conexión de Larkin con Moira y, debido a ella, el hecho de que la acompañase a través del Baile de los Dioses y a Irlanda.

—Eso forma un agradable y ordenado círculo —concluyó Cian—. Complicado, pero así son los dioses para vosotros.

—Así pues, la reina estaba destinada a morir. —Larkin respiró profundamente para tranquilizarse—. Destinada a morir en lugar de Moira. Si mi prima se entera de esto su dolor sería inconsolable.

—Con esa mente inteligente e investigadora que tiene, me sorprendería que no estuviese pensando ya en la cuestión. Luego tendrá que enfrentarse a ella —añadió Cian—. ¿Qué otra opción tiene?

Larkin dejó que la idea penetrara en su corazón y en su cabeza mientras atravesaban un campo.

—El siguiente ataque se produjo aquí. Me contaron que el hombre que cultiva estas tierras pensó que los lobos estaban atacando a sus ovejas. Fue su hijo quien lo encontró a la mañana siguiente. Mi padre vino a ver el cuerpo y estaba igual que el de la reina.

Blair cambió de postura en la silla de montar.

—Unos tres kilómetros al sur del castillo. Aquí no hay ningún lugar donde esconderse. Sólo campos abiertos. Pero un par de vampiros experimentados podrían cubrir tres kilómetros bastante de prisa. Pueden entrar y salir de los terrenos del castillo como nada, pero...

—No es un buen lugar para anidar —acabó Cian la frase por ella—. Presas fáciles, sin duda, pero demasiada exposición. Deben de refugiarse en cuevas o en el corazón de un bosque.

—¿Por qué no en una casa o una cabaña? —sugirió Larkin—. Eligiendo con un poco de atención, podrían haber encontrado algo alejado del camino, donde no es probable que alguien les moleste.

—Es posible —convino Cian—. Pero el problema con una cabaña o con una casa, es que te ataquen a la luz del día. Tu enemigo tiene un arma más contra ti... Sólo tiene que retirar la cortina de una ventana para ganar.

—Muy bien entonces. —Larkin señaló a través del campo—. Los dos ataques siguientes se produjeron justo al este de aquí. Hay bosques, pero en ellos la caza es buena, con lo que hay mucha gente que persigue venados y conejos. Eso podría perturbar el descanso diario de un vampiro.

—Tú lo sabes —dijo Blair—, pero ellos tal vez no. Son extranjeros aquí. Me parece un buen lugar para empezar.

Continuaron cabalgando en silencio durante un tiempo. Blair podía ver vacas y ovejas en los campos, presas fáciles si un vampiro no podía cazar a un humano. Había algunos destellos de luz que dedujo que eran velas o faroles que alumbraban las cabañas. Podía oler el humo, el rico aroma de la turba y la leña.

Olía también a pasto y excrementos de animales; un olor más profundo y margoso procedente de los campos sembrados que esperaban la inminente cosecha.

Asimismo podía oler los caballos, y a Larkin, y sabía cómo separar el olor de Cian de los otros vampiros.

Pero cuando llegaron a la linde del bosque, ya no estaba tan segura.

—Por aquí han pasado caballos, y no hace mucho —dijo Larkin. Blair lo miró con las cejas enarcadas.

—Bien, adelante.

—Hay huellas —prosiguió él desmontando para estudiar el terreno—. No están herrados. Probablemente gitanos, aunque no veo ninguna señal de carretas, y viajan en esa dirección. En cualquier caso, se están alejando del bosque.

—¿Cuántos son?

—Podrían ser dos. Dos caballos salieron del bosque por aquí y atravesaron el campo.

—¿Puedes seguirlos? —Preguntó Blair—. ¿Ver de dónde venían?

—Puedo hacerlo —contestó Larkin, y montó de nuevo—. Si van a caballo podrían cubrir una distancia considerable. Necesitaríamos la suerte de los dioses para poder seguirles el rastro en una sola noche.

—También hemos visto que los jinetes volvieron a entrar en el bosque por aquí. Y los otros ataques se produjeron hacia el este, ¿verdad? Recto a través de estos bosques, justo al otro lado.

—Sí. Otros cinco kilómetros como máximo.

—Éste sería un buen sitio. —Miró a Cian mientras hablaba—. Si tienen algún escondite decente es éste. Es un buen lugar para permanecer ocultos durante el día y salir en busca de comida al caer la noche.

—Las hojas aún son gruesas en esta época del año —convino— Y también hay animales pequeños para cazar si lo necesitan.

Larkin encabezó la marcha, siguiendo el rastro hasta que los árboles fueron tan densos que ocultaban la luz. Volvió a desmontar y siguió a pie. Blair se dio cuenta de que ella no podía ver el rastro.

Hasta entonces, había llevado a cabo la mayor parte de sus incursiones de caza en bosques urbanos y caminos suburbanos. Larkin en cambio se movía en aquel terreno con la seguridad y la confianza de un hombre que sabía perfectamente lo que estaba haciendo, deteniéndose sólo para agacharse de vez en cuando, estudiando las huellas con mayor atención.

—Espera —dijo ella abruptamente—. Un momento. ¿Notas eso? —le preguntó a Cian.

—Sangre. No es fresca. Y muerte. Más antigua aún.

—Será mejor que vuelvas a montar, Larkin —le dijo Blair—. Creo que, después de todo, hemos tenido un poco de la suerte de los dioses. Podemos seguir el rastro desde aquí.

—Yo no huelo nada, a excepción de los bosques.

—Lo olerás —murmuró Blair, y extrajo la espada de la vaina que llevaba a la espalda mientras avanzaban con los caballos al paso a través del camino.

La carreta había sido empujada entre los árboles, fuera del camino, quedando oculta por ellos. Era una especie de pequeña caravana con la parte trasera pintada de color rojo, desteñida y descascarillada.

Y el olor de la muerte parecía impregnarla.

—Hojalateros —les dijo Larkin. Y Blair tenía razón, ahora él también podía oler la muerte—. Gitanos que recorren los caminos vendiendo todo tipo de objetos. De la carreta tiran dos caballos.

—Un buen nido —decidió Blair—. Móvil si es necesario. Y con ella se puede viajar de noche sin que nadie preste ninguna atención.

—Podrías llevarla incluso dentro de la ciudad —dijo Larkin con gesto sombrío—. O hasta alguna cabaña y solicitar hospitalidad. En situaciones normales, nadie la negaría.

Pensó en los niños que podían salir corriendo de la cabaña para ver si había juguetes en venta, de modo que pudieran rogar a sus padres que les comprasen algunos, o los intercambiasen por otros productos. Y ese pensamiento lo enfermó aún más que el hedor que impregnaba el lugar.

Desmontó junto con sus compañeros y se dirigieron a la parte posterior de la carreta, cuyas puertas estaban cerradas y con el cerrojo por fuera. Sacaron sus armas. Blair descorrió el cerrojo y empujó la puerta.

Cuando la puerta cedió, hizo un gesto de asentimiento a Cian y Larkin, contó mentalmente hasta tres y la abrió violentamente.

El aire fétido fue lo primero que surgió del interior, penetrando en sus gargantas y ojos. Blair oyó el zumbido voraz de las moscas y luchó contra el deseo de vomitar.

El monstruo saltó directamente sobre ella. Tenía el rostro de una joven guapa, con los ojos rojos y de mirada enloquecida. El hedor

procedía de ella, su enmarañado pelo negro y su vestido rústico estaban impregnados de él.

Blair se hizo velozmente a un lado, de modo que la criatura cayó entre los matorrales, sobre manos y rodillas, gruñendo como el animal en que se había convertido.

Fue Larkin quien hizo girar su espada y acabó con ella.

—Oh, Dios, dulce Jesús. No debía de tener más de catorce años. —Quería sentarse, quedarse allí, sentado en el suelo, mientras el estómago se le asentaba—. Ellos la transformaron. ¿A cuántos más...?

—Es poco probable que sean muchos —le interrumpió Cian—, porque entonces tendrían que competir por la comida y preocuparse de mantenerlos controlados.

—Ella no vino con ellos —insistió Larkin—. Ella no era una de ellos. Esta chica era de Geall.

—Era una chica joven y guapa. La comida no es la única necesidad de un vampiro.

Blair advirtió cuándo las palabras de Cian hicieron impacto en Larkin. Y lo vio no sólo por su conmoción, sino por la expresión de furia desatada en su rostro.

—Bastardos. Malditos y jodidos bastardos. Era poco más que una niña.

—¿Y por qué te sorprende?

Larkin se volvió hacia Cian, y Blair estaba segura de que habría liberado con él parte de su horror y su furia. Tal vez Cian se estaba

creciendo como blanco para ello. Pero no había tiempo para indulgencias.

Blair se limitó a interponerse entre ambos y empujó a Larkin hacia atrás un par de pasos.

—Déjalo estar —le ordenó—. Y tranquilízate.

—¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo puedes tú?

—Porque no puedes hacer que vuelva, ni a los que están ahí.— Señaló la carreta con la barbilla—. Así que ahora debemos pensar cómo usar esto para capturar a quienes lo hicieron.

Conteniendo su propia repulsión entró en la carreta. Era una pesadilla.

Los que debían de ser los padres de la chica habían sido empujados debajo de una especie de banco que había a un costado del carro. El hombre probablemente había muerto rápidamente, lo mismo que el chico más pequeño, cuyo cuerpo yacía en el otro extremo, debajo de otro banco.

Pero a la mujer le habían dedicado más tiempo. No tiene sentido arrancarle la ropa si no se tiene intención de jugar con ella. Aún tenía las manos atadas y lo que quedaba de ella estaba lleno de mordiscos.

Sí, no cabía duda de que con esa mujer se habían tomado su tiempo.

Blair no pudo ver ninguna arma, pero uno de los bancos estaba manchado con una sangre más fresca que la que cubría el otro, el suelo y las paredes. Allí era donde había muerto la chica, dedujo. Y donde había vuelto a despertar.

—La mujer lleva muerta sólo un par de días —dijo Cian a su espalda—. El hombre y el chico uno o dos días más.

—Sí. Jesús.

Blair tenía que salir de allí, tenía que respirar. Saltó a tierra desde la parte posterior de la carreta para aspirar una bocanada de aire que esperaba que limpiase lo que sentía en la garganta, en los pulmones.

—Ellos volverán a buscarla. —Blair se inclinó hacia adelante, abrazándose los muslos y bajando la cabeza para que se le disipase la terrible sensación de náusea y mareo—. Le traerán algo para que pueda comer. Ella era nueva. Probablemente se ha despertado esta noche por vez primera.

—Debemos enterrarles —dijo Larkin—. A los otros. Merecen ser enterrados.

—Eso tendrá que esperar. Mira, puedes enfadarte conmigo si quieres, pero...

—No, no estoy enfadado contigo. Me siento enfermo, pero no estoy enfadado contigo. Ni contigo —dijo dirigiéndose a Cian—. No sé por qué estoy así. Vi lo que había en el interior de las cuevas en Irlanda. Sé cómo matan estos monstruos, cómo se alimentan. Pero el hecho de saber que convirtieron en un monstruo a esa chica sólo para poder usarla, me parte el corazón.

Ella no tenía palabras, ninguna que sirviera, para contestarle. Le cogió el brazo y se lo apretó ligeramente.

—Hagamos que paguen por lo que han hecho. Estarán de regreso antes de que salga el sol. Mucho antes si pueden encontrar

de prisa lo que han salido a buscar y traerlo aquí. Ellos saben que ella se iba a despertar esta noche y necesitan alimentarla. Por eso...

—Por eso dejaron los cuerpos dentro de la carreta —dijo Larkin cuando ella se interrumpió—. Para que ella tuviese algo que llevarse a la boca hasta que pudiesen traerle sangre fresca. No soy estúpido, Blair. Le dejaron a los miembros de su propia familia para que se alimentase.

Blair asintió y volvió la vista hacia la carreta.

—De modo que volveremos a cerrar la carreta y esperaremos. ¿Serán capaces de olerlos? ¿A los humanos?

—Es difícil de decir —contestó Cian—. No sé qué edad tienen, ni con qué experiencia cuentan. Imagino que la suficiente como para que Lilith pensara que podían llevar a cabo esta misión que ellos convirtieron en una auténtica chapuza. Pero es posible que puedan captar el olor de la sangre viva, incluso a través de todo este hedor. Y además, están los caballos.

—De acuerdo, eso lo tengo previsto. Lo más probable será que regresen aquí por el mismo camino por el que se marcharon. Llevaremos los caballos hacia el interior del bosque, donde el viento no traiga su olor. Les ataremos las patas. Excepto al mío. Si lo llevo de las riendas cuando ellos me vean, esos monstruos pensarán que el caballo está cojo. Y estarán tan felices de haberse topado con una mujer sola que no lo pensarán dos veces.

—O sea que crees que vas a ser el anzuelo —dijo Larkin con una expresión que le advirtió a Blair que estaban a punto de enzarzarse en otra pelea.

—Yo me llevaré los caballos mientras vosotros dos discutís este asunto.

Cian cogió las riendas y se perdió entre los árboles.

«Tranquila —se ordenó Blair—. Sé razonable.» Debía recordar que era muy agradable tener a alguien que realmente se preocupaba por ella.

—Si ven a un hombre, es más probable que ataquen. Pero si se trata de una mujer, ellos me querrán viva... temporalmente. De ese modo cada uno tendría una compañera de juegos. Larkin, es la manera más lógica de hacer esto. —Y ahí se acabó su actitud tranquila y razonable—. Y si tu ego tiene algún problema por el hecho de que aun estando sola podría encargarme perfectamente de esos dos monstruos, tendrás que solucionarlo.

—Mi ego no tiene nada que ver con este asunto. Es igualmente lógico que los tres nos ocultemos para esperarlos y luego les ataquemos como un solo hombre.

—No, porque si ellos perciben tu olor o el mío perderemos el elemento sorpresa. Moira los quiere vivos... al menos a uno de ellos. Ésa es la razón de que estemos aquí en lugar de estar disfrutando de una copa de vino delante del fuego. Si lanzamos un ataque a gran escala, es probable que tengamos que matarlos a los dos. La sorpresa nos proporciona una mejor posibilidad de capturarlos.

—Hay otras maneras.

—Probablemente una docena de ellas. Pero aunque quizá no regresen hasta dentro de cinco horas, también podrían hacerlo dentro de cinco minutos. Esto funcionará, Larkin, porque es sencillo y básico. Porque nunca esperarán que una mujer sola signifique una

amenaza para ellos. Yo quiero cargarme a esos dos monstruos tanto como tú. Asegurémonos de hacerlo.

Cian reapareció entre los árboles.

—¿Ya habéis llegado a un acuerdo o seguiremos discutiendo este asunto durante mucho más tiempo?

—Parece estar solucionado. —Larkin pasó una mano por el pelo de Blair—. Sólo he estado desperdiciando mi aliento. —Luego le cogió la barbilla—. Pero tienes que hablar con ellos para mantener el engaño hasta que nosotros podamos intervenir, se darán cuenta de que no eres de Geall.

—Seguramente piensas que no soy capaz de fingir un poco de acento. —Blair habló con una acusada pronunciación regional irlandesa, y miró a Larkin con expresión de chica desamparada—. Ni de dar la impresión de ser una mujer sola e indefensa.

—Eso no está mal. —Larkin acercó sus labios a los de ella—. pero en lo que a mí respecta, jamás creería la parte de chica indefensa.

CAPITULO 15

"Pasó una hora, luego otra. Y una tercera. Ella tenía poco más que hacer que comer un poco de pan y queso que Moira les había dado y tragarlos con ayuda de agua de la botella que llevaba en la mochila.

Al menos Cian y Larkin se tenían el uno al otro para hacerse compañía, mientras que ella sólo se tenía a sí misma. Frunció el ceño cuando ese pensamiento se le ocurrió. Estaba acostumbrada a cazar sola, a esperar sola en lugares oscuros y silenciosos.

Era extraño, pero sólo había tardado unas semanas en romper ese hábito de toda la vida.

En cualquier caso, la espera se estaba prolongando más de lo que había previsto y no había incluido el aburrimiento como factor. La situación le recordaba su primera noche en Irlanda y la suerte — el destino— de que se le hubiese pinchado un neumático en una carretera oscura y solitaria.

En aquella ocasión, los vampiros eran tres, y el elemento sorpresa había contribuido a aumentar su ventaja sobre esos monstruos. En general, los vampiros no esperan ser atacados con un gato de coche, especialmente por una mujer muchísimo más fuerte de lo que ellos habían calculado.

Y sin duda no habían esperado que sacara una estaca y les convirtiese en polvo.

Esos dos —si es que alguna vez regresaban a la carreta— tampoco lo esperarían. Sólo que debía recordar que su misión no consistía en convertirles en un montón de polvo. Algo duro de tragar para alguien que llevaba la sangre de un cazador de vampiros.

Su padre jamás habría aprobado esa pequeña aventura, pensó.

En su manual, se acababa con ellos, punto. Rápida, eficazmente. Nada de adornos, nada de conversación.

Él, por supuesto, ya habría hecho todo lo posible para liquidar a Cían. Que les diesen a las conexiones familiares y a la voluntad de los dioses. Su padre jamás hubiese trabajado con Cian, luchado junto a él o entrenado con él.

Y uno de ellos, posiblemente los dos, ya estaría muerto.

Tal vez por esa razón la habían llevado a ella y no a su padre a aquel lugar. Y por eso mismo —ahora, mientras esperaba en ese sendero en mitad del bosque podía admitirlo— ella no le había contado nada acerca de Cian. No era precisamente que su padre se molestase en leer sus correos electrónicos, pero aun así, Blair no había mencionado su alianza con los muertos vivientes en los mensajes que le había enviado hasta el momento.

En la caza de los demonios simplemente no había alianzas, eso era algo inconcebible para su padre. Eras tu enemigo y tú. Blanco y negro, vivir y morir.

Ése era otro de los motivos, comprendió entonces, por los que ella jamás había obtenido su aprobación. No sólo porque no fuera su hijo, sino porque Blair había percibido el gris, y había cuestionado el blanco y negro.

Porque, al igual que Larkin, ella había experimentado, en más de una ocasión, piedad y lástima por esas criaturas a las que mataba. Sabía lo que diría su padre. Que un instante de piedad o de pena podían significar un instante de vacilación. Y un instante de vacilación podía matarte.

Él tenía razón, pensó. Pero no del todo; no, no la tenía en absoluto, ya que también existían matices de gris. Blair podía sentir esa piedad y aun así seguir haciendo su trabajo. Es lo que había hecho.

¿Acaso no estaba ahora allí, viva? Y estaba condenadamente decidida a seguir estándolo.

Sólo se preguntaba, por primera vez desde Jeremy, si le sería posible tener vida amorosa. Blair se había prohibido desear o querer o cuestionarse si podía tener a alguien que la amase. Pero ahora estaba Larkin, y ella creía que él la amaba. O algo lo bastante parecido al amor como para que quisiera protegerla y la deseara.

Con el tiempo, quizá podía llegar a ser amor. Del tipo que ella jamás había tenido antes, la clase de amor que rebasaba todos los límites, que aceptaba lo que uno era.

Era brutal, pensó, absolutamente brutal que no hubiese tiempo suficiente. Y que no fuese posible abarcar mundos enteros.

Pero cuando ella volviese a su propio mundo, sabría que alguien la había mirado, había visto quién era y lo que era y, aun así, la había querido.

Si conseguía regresar, si lograban la victoria y los mundos seguían girando en el espacio, le diría a Larkin qué era lo que él le había dado. Le diría hasta qué punto había sido capaz de cambiar algo en su interior, para mejor.

Pero no le diría que le amaba. Esa clase de palabras sólo servirían para hacerles daño. No le diría lo que finalmente era capaz de reconocer ante sí misma.

Que ella siempre le amaría.

Blair sintió el movimiento y se volvió hacia él, lista para el ataque. Pero era Cian, su forma y su olor, saliendo del sendero hacia las sombras.

—Atención —musitó él—. Dos jinetes acaban de entrar en el bosque. Arrastran a un hombre con ellos. Aún con vida.

Ella asintió y pensó: «Arriba el telón».

Comenzó a caminar lentamente delante del caballo en dirección a la carreta, de modo que los dos monstruos llegasen después de ella. Para que pareciera que había entrado en el bosque antes de que su caballo se quedase cojo de una pata.

Primero los presintió; era algo que estaba más allá del olor. Era más un conocimiento que llenaba todos sus sentidos. Pero esperó hasta oír el ruido de los cascos.

Se había quitado el abrigo. No creía que las mujeres de Geall se pasearan vestidas de cuero negro. Para protegerse del frío llevaba

una de las túnicas de Larkin, lo bastante ceñida al cuerpo como para que se viera que tenía pechos. Las cruces estaban fuera de la vista, ocultas debajo de la tela.

Parecía una mujer desvalida esperando que alguien la ayudase.

Incluso dio unas voces cuando el sonido de los caballos se oyó más cerca, asegurándose de fingir el acento y un poco de temor.

—¡Eh, los jinetes! Tengo problemas... aquí, un poco más adelante, en el camino.

El sonido de los cascos cesó de pronto. «Oh, sí —pensó Blair—, habladlo durante un minuto, deducid qué es lo que pasa.» Volvió a gritar, aumentando el temblor de su voz.

—¿Estáis ahí? Me temo que mi caballo ha tropezado con una piedra. Voy de camino a Cillard.

Los jinetes reanudaron la marcha lentamente, y Blair adoptó una expresión en la que se combinaban el alivio y la preocupación.

—Bueno, gracias a los dioses —dijo, cuando los caballos estuvieron a la vista—. Ya pensaba que acabaría teniendo que andar el resto del camino hasta la casa de mi hermana, y además sola en la oscuridad. Lo que me estaría bien empleado, por haber salido mucho más tarde de lo debido.

Uno de ellos se bajó del caballo. Parecía fuerte, juzgó Blair, de constitución sólida. Cuando se quitó la capucha de la capa, ella pudo ver una mata de pelo rubio casi blanco, y una profunda cicatriz en forma de V sobre la ceja izquierda.

No se veía que arrastrasen a nadie detrás de los caballos, por lo que dedujo que, por el momento, habían dejado a su presa en alguna parte.

—¿Viajáis sola?

«Eslavo —pensó Blair—. Un acento apenas perceptible. Ruso, ucraniano quizá.»

—Sí. No voy muy lejos y tenía previsto salir más temprano. Pero una cosa trae la otra, y ahora esto... —Señaló el caballo—. Soy Beal, de la familia Dubhuir. ¿Por casualidad no os dirigiréis hacia Cillard?

El segundo jinete desmontó para sostener las riendas de ambos caballos.

—Es peligroso viajar por el bosque sola y de noche.

—Conozco muy bien el bosque. Pero vos, vos no parecéis de esta parte de Geall. —Retrocedió un paso, como lo haría una mujer asustada—. ¿Sois forastero quizá?

—Se podría decir que sí.

Y, cuando sonrió, sus colmillos brillaron en la oscuridad.

Blair profirió un leve chillido; en esos casos no había que sobreactuar. El monstruo se echó a reír al tiempo que se abalanzaba sobre ella. Blair levantó violentamente la rodilla clavándosela entre las piernas y luego remató la acción con un fuerte gancho a la cabeza. Cuando cayó de rodillas, le pateó la cara y luego se afirmó para hacer frente al segundo ataque.

El segundo vampiro no era tan fuerte como el primero, pero sí más rápido. Y ya había sacado su espada. Blair se lanzó hacia atrás,

aterrizando sobre las manos para patear el brazo que sostenía el acero. Eso le dio tiempo y un poco de distancia. Cuando el primero se puso de pie, Larkin salió de entre los árboles.

—Ahora veremos cómo te comportas cuando luchas contra un hombre.

Blair tomó carrerilla para que su patada llevase el máximo impulso posible. Alcanzó al primer vampiro en mitad del cuerpo mientras Larkin cruzaba su acero con el otro. Sacó la espada de la vaina sujeta a la silla de montar y los tres caballos relincharon sobresaltados. El instinto hizo que girase sobre sí misma, con la hoja alzada con ambas manos para bloquear el golpe descendente de la espada de su enemigo.

Comprobó que había estado en lo cierto en cuanto a la fuerza de éste, ya que la potencia del golpe se desplazó por su cuerpo hasta llegarle a los dedos de los pies, como las ondas que se forman en el agua al tirar una piedra. Blair se acercó más al vampiro.

La ventaja sobre su rival era que ella no quería matarlo... pero él no lo sabía. Le pisó con fuerza el empeine y llevó hacia arriba la empuñadura de la espada asestándole un golpe terrible en la barbilla.

Eso lo lanzó hacia atrás, contra el caballo de Blair. Los tres animales volvieron a relinchar al tiempo que se dispersaban.

Su enemigo continuó atacando, lanzando golpes a diestra y siniestra hasta que las gotas de sudor le caían dentro de los ojos.

Oyó gritar, pero no podía arriesgarse a desviar la mirada. En cambio, hizo una finta, amagando con la espada hacia la izquierda y luego lanzó el pie hacia el estómago de su vampiro. El golpe lo

mantuvo en tierra el tiempo suficiente como para que ella saltase sobre él y apoyara la hoja de la espada en su garganta.

—Un solo movimiento y te conviertes en polvo. ¿Larkin?

—Sí.

—Si ya has terminado de jugar con el tuyo, podrías echarme una mano aquí.

Larkin pasó por encima de su contrincante y luego pateó varias veces la cabeza y la cara del de Blair.

—Sí, eso debería bastar —dijo ella, y se sentó casi sin aliento, a continuación miró a Larkin. Tenía la camisa y el rostro manchados de sangre—. ¿Es tuya mucha de esa sangre?

—No, no mucha. Debe de ser de él en su mayor parte.

Retrocedió e hizo un gesto para que ella pudiese ver al vampiro al que había inmovilizado contra el suelo con una espada.

—Ouch. —Blair se puso de pie—. Tenemos que reunir a los caballos, encadenar a estos dos y...

Se interrumpió cuando Cian apareció caminando hacia ellos, con los caballos sujetos por las riendas y un hombre inconsciente colocado de través sobre la silla de uno de ellos.

Echó un vistazo a los dos vampiros que sangraban, tendidos en tierra.

—Poco delicado —decidió—, pero eficaz. Éste no está en muy buena forma —e hizo un gesto hacia el hombre cubierto de sangre que llevaba sobre el lomo del caballo—, aunque está vivo.

—Buen trabajo.—Blair se preguntó, y no por primera vez, cuan duro debía de ser para Cian resistir el olor de la sangre humana fresca. Pero no parecía el momento más oportuno para preguntar—. Será mejor que inmovilicemos a estos dos cuanto antes. Si ése se despierta, tendremos problemas. —Se masajeó el hombro dolorido—. Es fuerte como un maldito toro.

Mientras ellos dos encadenaban a los vampiros, Blair examinó al hombre. Estaba muy golpeado y ensangrentado, pero no lo habían mordido. Tenían intenciones de llevarlo a la carreta, pensó, y organizar una pequeña fiesta con él y la chica.

—Tenemos que enterrar a los muertos —dijo Larkin.

—No podemos dedicar tiempo a eso ahora.

—No vamos a dejarlos así.

—Escúchame, sólo escucha. —Lo cogió de las manos antes de que él pudiese alejarse—. Este hombre está herido, gravemente herido. Si no recibe ayuda urgente, quizá no sobreviva. Entonces tendremos que cavar otra tumba. Además, por Cian, es necesario que regresemos antes de que salga el sol. Y el tiempo apremia.

—Yo me quedaré atrás y me encargaré de hacerlo.

—Larkin, tenemos que irnos. Si no nos damos prisa, Cian tendrá que adelantarse, o meterse bajo tierra, y eso me dejará sola con dos vampiros y un hombre herido. Podría arreglármelas si no tuviera más remedio, pero no lo haré. Enviaremos a alguien para que los entierre. Yo regresaré contigo y lo haremos juntos si eso es lo que quieres. Pero por ahora debemos dejarlos. Tenemos que marcharnos ya.

Larkin no dijo nada, sólo asintió y montó en su caballo.

—Se ha tomado muy a pecho la muerte de esa chica —dijo Cian.

—Algunos son más duros que otros. Tienes esa capa que te hicieron Glenna y Hoyt, ¿verdad? Por si acaso.

—La tengo, pero para serte sincero, preferiría no arriesgar mi pellejo con ese chisme.

—No te culpo. Si tienes que adelantarte, o cuando debas hacerlo, no esperes por nosotros. —Miró hacia donde estaban los dos vampiros, encadenados, amordazados y atados sobre uno de sus caballos—. Podemos encargarnos de ellos.

—Tú podrías encargarte de ellos sin ayuda de nadie, ambos lo sabemos.

—Pero Larkin no debería encargarse solo de lo que hay en esa carreta. —Montó en su caballo—. Acabemos con esto.

Cabalgaron en silencio a través de la oscuridad del bosque y de los campos moteados por la pálida luz de la luna. En una ocasión, justo delante de ellos, una lechuza voló por encima de una leve elevación del terreno batiendo apenas las alas. Por un instante, Blair distinguió el brillo de sus ojos, verdes como esmeraldas. Luego sólo hubo el murmullo del viento a través de las hierbas altas y el silencio que precede al amanecer.

Vio que el vampiro contra el que había luchado alzaba la cabeza. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, advirtió en su mirada la furia y las ansias de sangre. Pero por encima de todo, vio el miedo. Luchó contra sus cadenas, con la mirada fija en el este.

Su compañero yacía junto a él, y a Blair le pareció que los sonidos que se oían detrás de su mordaza eran sollozos.

—Sienten que se acerca el amanecer —dijo Cian a su lado—. La hoguera del amanecer.

—Ve. Larkin y yo podemos arreglárnoslas.

—Oh, aún queda tiempo, un poco de tiempo.

—Debemos de estar a un par de kilómetros.

—Un poco menos —dijo Larkin—. El hombre herido está volviendo en sí. Ojalá no lo hiciera.

Galopar seguramente no le haría ningún bien, pensó Blair, pero no podían permitirse continuar a ese paso. Las estrellas ya habían desaparecido.

—Apresurémonos.

Espoleó su caballo lanzándolo al galope y esperó que el hombre que llevaba desplomado sobre la grupa del animal, resistiera un kilómetro más.

Primero vio las luces; el débil resplandor que proyectaban velas y antorchas a través de la niebla que comenzaba a disiparse. Y un poco más allá la silueta del castillo elevándose sobre la colina con sus estandartes ondeando contra un cielo que ya no era negro, sino de un azul profundo e intenso.

—¡Vamos!

Los vampiros rebotaban violentamente sobre el lomo del caballo, profiriendo sonidos inhumanos a medida que las primeras

vetas rojas comenzaban a insinuarse sobre el horizonte, detrás del castillo.

Sin embargo Cian cabalgaba erguido en la silla, con la melena al viento.

—Raramente veo este espectáculo al aire libre.

Había dolor, desgarrado y ardiente, pero también embeleso en su rostro. Y luego una leve decepción cuando atravesó al galope las puertas del castillo y entró en las sombras que le brindaban los muros.

Moira estaba allí, con el rostro tenso y pálido.

—Entra, por favor. Alguien se encargará de tu caballo. Por favor —repitió, la angustia abriéndose paso a través de las palabras mientras Cian desmontaba—. Date prisa.

Hizo un gesto a los hombres que la acompañaban para que se hicieran cargo de los prisioneros.

—¿Tenéis alguna mazmorra a mano? —preguntó Blair.

—No, no tenemos mazmorras.

Riddock observó cómo los hombres se llevaban a rastras a los prisioneros encadenados.

—Se han hecho los arreglos necesarios según indicaciones de Moira. Se mantendrá a los prisioneros vigilados en las bodegas.

—No les quitéis las cadenas —recomendó Larkin.

—Hoyt y Glenna están esperando dentro —le dijo Moira—. Añadiremos un poco de magia a esas cadenas. No debes preocuparte por nada, Larkin. Necesitas comer y descansar, todos vosotros.

—Este es humano. Y está herido. —Blair se acercó y apoyó los dedos en el cuello del hombre—. Aún está vivo, pero necesita atención.

—Ahora mismo. ¿Señor?

—Enviaremos a buscar al médico. —Riddock hizo una señal a un grupo de hombres—. Encargaos de él —ordenó antes de volverse hacia su hijo—. ¿Estás herido?

—No. Debo regresar allí. Hemos tenido que dejar algunos cuerpos en el bosque que conduce a Cillard. —Larkin estaba pálido y su expresión era obstinada—. Hay que enterrarlos.

—Enviaremos una partida.

—Necesito hacerlo yo.

—Entonces lo harás. Pero primero ven dentro. Necesitas lavarte y comer algo. —Rodeó con el brazo los hombros de su hijo—. Ha sido una larga noche para todos nosotros.

En el interior del castillo, Cian estaba hablando con Hoyt y Glenna. Se interrumpió cuando entraron los demás, y enarcó una ceja mirando a Moira.

—Ya tienes a tus prisioneros. ¿Qué intentas hacer con ellos?

—Ahora hablaremos de eso, todos nosotros. He ordenado que lleven comida al salón familiar. Si pudiésemos reunimos allí, tenemos mucho que discutir.

Moira se marchó con dos de sus damas de compañía apresurándose tras ella.

Blair fue a su habitación, donde la esperaba el fuego encendido y una jofaina con agua limpia. Se lavó la sangre y se cambió la túnica prestada por una de sus camisas.

Luego apoyó las manos sobre la cómoda y estudió el aspecto de su rostro en el espejo.

Había tenido días mejores, pensó. Necesitaba dormir, pero no podía ser. Todavía no. Habría dado cualquier cosa por una hora en la cama, pero eso estaba tan fuera de programa como unas vacaciones en un balneario de lujo.

En cambio, tendría que dedicar la mitad del día a regresar al bosque a caballo y enterrar a tres desconocidos. No había tiempo para ello, no cuando debería estar trabajando con las tropas, diseñando estrategias, comprobando la producción de armas. Una docena de tareas prácticas e imprescindibles.

Pero si ella no iba, Larkin lo haría solo. Y Blair no podía permitir que tal cosa sucediera.

Él ya estaba en el salón cuando ella entró. Solo junto a la ventana, observando cómo el sol de la mañana disipaba la niebla.

—Crees que estoy malgastando un tiempo valioso —dijo sin volverse—. Con algo innecesario e inútil.

De modo que él había sabido interpretarla, pensó. Y jodidamente bien.

—No tiene importancia. Necesitas hacerlo, de modo que lo haremos.

—Las familias deberían estar seguras en los caminos de Geall. Las chicas jóvenes no deberían ser violadas ni torturadas ni

asesinadas. No deberían ser convertidas en algo que debe ser destruido.

—No, no deberían.

—Tú has vivido con ello más tiempo que yo. Y quizá puedas afrontarlo más...

—Insensiblemente.

—No. —Se volvió hacia ella. Bajo la luz directa, y con la violencia de la noche aún en él, parecía mayor, pensó Blair—. Esa no era la palabra y nunca sería una palabra que yo usaría contigo. Serenamente, quizá, de manera más práctica sin duda. De modo que haz lo que debas hacer. Yo no te impediré que vayas conmigo.

Porque él no se lo impediría, ella sabía que no podía hacer otra cosa que ir.

—He dicho que lo haría y lo haré.

—Sí, lo harás; gracias por ello. ¿Puedes entender que soy más fuerte al saber que vas a hacer esto conmigo, que entiendes mi necesidad lo suficiente como para dedicar tu tiempo a acompañarme?

—Creo que sólo un hombre fuerte puede hacer aquello que es humano y compasivo. Con eso me basta.

—Hay tantas cosas que tengo que decirte, tantas cosas que quiero decirte. Pero hoy no es el día. Yo me siento... —Bajó la vista a la mano con la que manejaba la espada—. Manchada. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí. Lo sé.

—Bueno. Ven, beberemos té fuerte y nos imaginaremos que es Coca-Cola. —Sonrió levemente mientras se acercaba a ella. Luego apoyó las manos sobre sus hombros y la besó en la frente—. Eres tan hermosa.

—Debes de tener la vista realmente cansada.

Larkin se relajó.

—Te veo —dijo— exactamente como eres.

Retiró una silla para que ella se sentase, un gesto que no recordaba que hubiera hecho antes. Cuando él mismo estaba tomando asiento, Hoyt y Cian entraron en el salón. Cian miró hacia las ventanas y luego se apartó de ellas para sentarse a la mesa que Moira había preparado, lejos de la luz.

—Glenna vendrá luego —dijo Hoyt—. Quería examinar al hombre que habéis traído con vosotros. Los prisioneros están a buen recaudo. —Miró a su hermano—. Y nada contentos.

—No han comido. —Cian se sirvió té—. El castillo puede enorgullecerse de tener excelentes vinos, algo que no mencionaste —le dijo a Larkin—. Y un rincón de la bodega es un lugar apropiadamente húmedo y oscuro para mantener allí a esos dos. Pero a menos que la intención de tu prima sea simplemente matarlos de hambre, necesitarán comer algo si van a estar encadenados otro día.

—No tengo intención de matarlos de hambre. —Moira entró en el salón. Ahora llevaba ropa de montar, un traje de amazona color verde oscuro—. Y tampoco se les alimentará. Ya han bebido suficiente sangre en Geall, animal y humana. Mi tío y yo partiremos en breve para reunir a la gente y difundir la noticia. Todos los que

puedan, vendrán aquí cuando se ponga el sol. Y, cuando haya oscurecido, les mostraremos lo que hay en la bodega. Luego acabaremos con ellos.

Moira miró directamente a Cian.

—¿Lo encuentras duro, frío, sin una pizca de conmiseración o sentimiento humano?

—No. Lo encuentro práctico y eficaz. En ningún momento se pasó por la cabeza que nos enviases a cazarlos para traerles aquí con fines de terapia y rehabilitación.

—Le mostraremos a la gente lo que son y cómo se los debe matar. Blair, hemos enviado tropas para que coloquen las trampas que quieres. Larkin, le he dicho a Phelan que se haga cargo de esa tarea.

—El esposo de mi hermana —explicó Larkin—. Sí, Phelan será capaz de cumplir con esa misión. Has elegido bien.

—El hombre que trajisteis se ha despertado; el médico quiere que tome algunas medicinas. Glenna está de acuerdo. Nos ha explicado que salió de su casa al oír lo que creyó que era un zorro en el gallinero. Ellos lo atacaron. Tiene esposa y tres hijos, y les gritó que no salieran de la casa. Eso fue todo lo que pudo hacer, y podemos agradecer a los dioses que lo obedecieran. Hemos enviado a buscarlos.

—Hasta que Larkin y Blair regresen del bosque, Glenna y yo podemos seguir con el entrenamiento —dijo Hoyt—. Y tal vez Cian, si hay algún lugar apropiado dentro del castillo.

—Gracias. Esperaba que pudieseis hacerlo —contestó Moira—. Tenemos al herrero del pueblo y a otros dos forjando armas. Habrá otras más, porque algunos de los hombres traerán las suyas.

—También tenéis árboles —señaló Blair—. ¿Querréis empezar a fabricar estacas con algunos de ellos? Además de más lanzas, flechas, picas.

—Sí, por supuesto. Ahora debo marcharme, mi tío y nuestros soldados me esperan. Quiero daros las gracias por vuestro trabajo de esta noche. Estaremos de regreso antes de que se ponga el sol.

—Comienza a parecer una reina —dijo Blair cuando Moira se hubo marchado.

—Una persona agotada es lo que parece.

Blair asintió mirando a Larkin.

—Ser reina es un trabajo muy difícil. Si a eso le añades una guerra, la tarea pasa a ser brutal. Cian, ¿te parece bien explicarles a Hoyt y Glenna nuestro trabajo de esta noche?

—Ya les he contado lo más importante. Luego les daré los detalles.

—Entonces ¿por qué tú y yo no nos ponemos en marcha?—le dijo a Larkin.

Fue a las caballerizas con él y reunieron las herramientas que necesitaban.

—Podríamos ir volando; sería más rápido que hacerlo a caballo —propuso Larkin—. ¿Te parece bien?

—Sí, es muy buena idea.

Larkin se dirigió hacia el jardín que ella veía desde su ventana.

—La bolsa es pesada. Cuélgala alrededor de mi cuello una vez que me haya transformado.

Le entregó la bolsa a Blair antes de convertirse en un dragón. A continuación, agachó la cabeza para que ella pudiera pasarle la correa alrededor del cuello. Luego Blair lo miró a los ojos y le acarició la mejilla.

—Estás muy guapo —musitó.

El inclinó el cuerpo para que ella pudiese montar en su lomo. Un momento después, estaban ascendiendo por encima de las torres almenadas y de las torretas, por encima de los estandartes que ondeaban al viento.

La mañana era como un mosaico de azul, verde y ocre extendiéndose a su alrededor. Blair echó la cabeza hacia atrás y dejó que el viento la envolviera, que borrara la fatiga de la noche.

Ahora abajo, en el camino, vio caballos y carruajes, carretas y gente caminando. El pequeño pueblo que aún debía explorar era una extensión de bellas construcciones, colores brillantes, establos bulliciosos. Las personas que miraban hacia arriba saludaban con las manos o las gorras y luego volvían a concentrarse en sus tareas.

La vida, pensó Blair, no sólo continuaba, sino que insistía en florecer.

Volvió el rostro hacia las montañas, con sus nieblas y sus secretos. Y su valle, llamado del silencio, que en cuestión de semanas se convertiría en un lugar de sangre y muerte.

Ellos lucharían, pensó, y algunos morirían. Pero combatirían para que la vida continuase floreciendo.

Llegaron al bosque y describieron un círculo antes de que Larkin planease suavemente entre los árboles hasta tocar tierra.

Ella se deslizó de su lomo y cogió la bolsa que contenía las herramientas.

Cuando él se convirtió nuevamente en un hombre la cogió de la mano.

—Es hermoso —le dijo Blair—. Antes de que hagamos esto, quiero decirte que Geall es hermoso.

Caminaron juntos entre los árboles, luego se detuvieron para cavar tres tumbas en la tierra blanda y musgosa. El trabajo era físico y mecánico, y lo llevaron a cabo en silencio. Regresar a la carreta para retirar los cuerpos, fue un verdadero horror. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra, simplemente hicieron lo que tenían que hacer.

Mientras echaban tierra sobre los cadáveres, Blair sintió que la fatiga volvía a apoderarse de ella, y que la náusea revolvió las profundidades de su estómago.

Larkin llevó piedras para cada una de las tumbas, luego acarreó una cuarta para la chica a la que no habían podido dar sepultura.

Una vez que hubieron terminado, Blair se apoyó en la pala.

—¿Quieres, no sé, decir algo?

Larkin habló en gaélico, cogiéndola de la mano, mientras pronunciaba unas palabras, repitiéndolas luego en inglés para que ella pudiese entenderlas.

—Eran desconocidos para nosotros, pero eran familia los unos de los otros. Tuvieron una muerte terrible y ahora les devolvemos a la tierra y a los dioses, donde tendrán paz. No les olvidaremos.

Retrocedió unos pasos llevando a Blair con él.

—Arrastraré el carromato hacia el campo, lejos de los árboles. Allí lo quemaremos.

Aquello era todo lo que esa familia había tenido, pensó Blair mientras le prendía fuego. La totalidad de las pertenencias de aquellas personas que no tenían nombre para ella. La sola idea era tan triste... El carromato ardía y el humo se elevaba hacia el cielo. Cuando Blair volvió a montar a lomos del dragón, apoyó la cabeza en su cuello, cerró los ojos y permaneció así mientras volaban alejándose de las cenizas.

CAPITULO 16

Oyó un trueno a lo lejos y pensó, soñolienta, que tendrían que atravesar una tormenta. Irguiéndose, asombrada de haberse dormido sobre el lomo de un dragón, abrió los ojos. Sacudió la cabeza para despejarse.

No había sido un trueno, descubrió boquiabierta ante la imponente caída de agua que se precipitaba entre dos rocas gemelas hacia un enorme estanque azul.

Había árboles, aún verdes y frondosos, y el sorprendente toque tropical de unas palmeras. En el estanque se veían nenúfares flotando, rosa y blancos, como si hubiesen sido pintados sobre el agua. Debajo de la superficie azul se podía distinguir el movimiento de los peces, brillantes y elegantes como joyas.

El aire olía a flores y agua cristalina.

Blair estaba tan asombrada, que no movió un músculo cuando Larkin se posó en el suelo. El dragón inclinó la cabeza, de modo que la correa de la bolsa se deslizó por su cuello. Ella seguía sentada, inmóvil sobre la espalda de Larkin.

— ¿Nos hemos equivocado de camino?

El giró la cabeza y sonrió ante sus ojos abiertos como platos.

—Te dije que te traería a este lugar. Faerie Falls, así se llama. Esta vez no habrá picnic, pero he pensado... Quería pasar una hora contigo a solas, en un lugar donde sólo hay belleza.

—Lo tomo —dijo ella.

Se levantó de encima de él y miró a su alrededor.

En la hierba había pequeñas flores de colores brillantes y una maraña de enredaderas, cubiertas de púrpura, que ascendían sinuosamente por las rocas, casi como enmarcando aquel salto de agua. El propio estanque era claro como un espejo, azul como un pensamiento, mientras el cáliz de los nenúfares flotaba en él y la cascada se precipitaba desde una altura de veinte metros.

—Es increíble, Larkin, un pequeño trozo de paraíso. Y no me importa si el agua está helada, voy a darme un chapuzón.

Se quitó las botas y comenzó a desabrocharse la camisa.

—¿Tú no?

—Por supuesto. —Larkin no dejaba de sonreír—. Te sigo en seguida.

Blair se desnudó, arrojando la ropa descuidadamente sobre la tierra blanda. De pie en la orilla, inspiró profundamente preparándose para la impresión del agua fría. A continuación se zambulló.

Cuando reapareció en la superficie lanzó un grito de alegría.

—¡Oh, Dios mío, es caliente. Es caliente y limpia y maravillosa.—Volvió a sumergirse para asomar la cabeza a los pocos segundos—. Si fuese un pez, viviría aquí.

—Algunos dicen que las hadas calientan el agua todas las mañanas con su aliento. —Larkin se sentó y se quitó las botas—. Otros, menos fantasiosos, hablan de manantiales calientes subterráneos.

—Hadas, ciencia, no me importa. Es una sensación fabulosa.

Larkin saltó al agua y, como suelen hacerlo los hombres, procuró impactar con fuerza contra la superficie para salpicar a Blair lo máximo posible. Ella se echó a reír y lo salpicó a su vez.

Se sumergieron juntos, arrastrándose mutuamente hacia abajo o pellizcándose, jugando como focas. Blair nadó por debajo del agua, avanzando con vigorosas brazadas hasta sentir la vibración del agua cayendo sobre el agua. Se impulsó desde el fondo y salió justo debajo de la cascada. El agua golpeó con fuerza contra sus hombros, la parte posterior del cuello, la base de la columna vertebral. Gritó con una mezcla de alivio y felicidad, mientras el agua hacía desaparecer los dolores y la fatiga. Cuando Larkin se reunió con ella, la rodeó con sus brazos y ambos se echaron a reír mientras el agua caía sobre ellos. La fuerza de la cascada los llevó de nuevo hacia el centro del estanque, donde simplemente se dejaron flotar.

—Antes estaba pensando cuánto me gustaría pasar unos días en un buen balneario —dijo Blair—. Esto es mejor. —Suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de Larkin—. Una hora aquí es mejor que cualquier cosa.

—Quería que vieses algo natural, no contaminado. Creo que necesitaba recordarme a mí mismo que existen estos lugares.—No sólo tumbas que cavar, pensó. No sólo batallas que librar—. No hay ninguna otra mujer que yo conozca, salvo Moira, que hubiera hecho lo que tú has hecho hoy conmigo. Por mí.

—No conozco a muchos hombres que hubiesen hecho lo que tú has hecho hoy. De modo que estamos a la par.

Él le besó la sien, la mejilla, hasta encontrar su boca. El beso fue suave y cálido como el agua. La mano que la acariciaba, ligera como el aire.

Era como si nada existiese fuera de aquel lugar, fuera de aquel tiempo precioso. Allí, por el momento, simplemente podían limitarse a ser. Mientras se movían en el agua a la deriva, Blair vio que una paloma blanca volaba en círculos en lo alto. Distinguió el brillo de sus ojos verdes.

«De modo que los dioses vigilan —pensó, recordando a la lechuza—. En los buenos tiempos y también en los malos.»

Luego volvió los labios hacia los de Larkin. ¿Qué podían importarle en ese momento los dioses? Aquél era el tiempo de ellos dos, aquél era su lugar. Se hundió en las profundidades del beso, dejándose llevar por sus brazos y por el agua.

—Te necesito —susurró él con los ojos fijos en los suyos mientras volvía a cubrir su boca—. ¿Sabes acaso, eres capaz de saber cuánto te necesito? Déjame entrar dentro de ti —le rogó Larkin aferrando sus caderas y deslizándose en su interior.

Ambos se miraron mientras sus cuerpos se unían, los dedos acariciando los rostros, los labios frotándose contra los labios.

Era algo más que placer lo que sentía, más incluso que alegría de vivir. Si aquello era verdad, pensó Blair, aquella necesidad, aquella forma de compartir, entonces podría vivir de eso el resto de su vida.

Enlazó con las piernas el cuerpo de Larkin y se entregó a esa verdad.

Y supo que su nombre era amor.

Probablemente fuese posible sentirse más cansada, más frustrada, pero Glenna esperaba no tener que comprobarlo nunca. Había hecho lo que Moira le había pedido, había llevado a un grupo de mujeres hasta un extremo de los campos de juegos para impartirles la primera lección básica de defensa personal.

Las mujeres se habían mostrado más interesadas en reír entre dientes e intercambiar cotilleos, o tratar de coquetear con los hombres con los que Hoyt estaba trabajando en el otro extremo del campo, que en mover el culo.

Glenna había elegido a unas veinte mujeres de las más jóvenes, suponiendo que estarían en mejor forma física y mostrarían más entusiasmo por la tarea. Y ése, decidió, pudo haber sido su primer error.

Era hora, decidió, de ponerse dura.

—¡Silencio! —El tono perentorio de su voz silenció al grupo reduciéndolo a un único jadeo agitado—. ¿Sabéis?, a mí me gusta tanto coquetear con un tío bueno como a cualquier chica, pero no estamos aquí para que podáis conseguir una cita para el próximo baile de la cosecha. Estamos aquí para que pueda enseñaros a conservar la vida. Tú. —Señaló al azar a una de las jóvenes, una guapa morena que parecía fuerte y decidida—. Acércate.

Se oyeron algunas risitas, y la chica sonrió afectadamente mientras caminaba hacia Glenna.

—¿Cómo te llamas?

—Dervil, señora.

Cuando el puño de Glenna salió disparado hacia arriba deteniéndose a escasos centímetros de su cara, lanzó un chillido y se tambaleó hacia atrás.

—¿Es eso lo que piensas hacer cuando alguien trate de hacerte daño, Dervil? ¿Vas a chillar como una niña y boquear como un pez?

Cogió el brazo de la muchacha y se lo alzó de modo que le protegiese el rostro cuando le lanzó otro puñetazo. Los antebrazos de ambas chocaron violentamente.

—¡Eso duele! —Dervil abrió la boca con expresión asombrada—. No tiene derecho a hacerme daño.

—Hacer daño a alguien no tiene nada que ver con los derechos, sino con la intención. Y un bloqueo con el antebrazo es menos doloroso que un puñetazo en pleno rostro. A ellos les gustará tu aspecto, Dervil, así que ¡bloquea! No, no debes levantar el brazo como si fuese de trapo. Firme, con fuerza. ¡Otra vez! —Hizo retroceder a Dervil con cada golpe—. Tienes bastante carne, y litros de sangre recorriendo tus venas. Lanzar chillidos y menearte no te ayudará en nada. ¿Qué harás cuando vengan a por ti?

—¡Correr! —gritó una de las mujeres, y aunque hubo algunas risas, Glenna se detuvo y asintió.

—Echar a correr podría ser una posibilidad. Podría llegar el momento en que fuese la única posibilidad, pero en ese caso, os

recomiendo que corráis a toda velocidad, porque un vampiro puede moverse a la velocidad del rayo.

—Nosotros no creemos en demonios.

Dervil alzó la barbilla y se frotó el antebrazo dolorido. Por el gesto rebelde de la boca y el brillo de los ojos, Glenna supo que había hecho su primer enemigo en Geall.

Mala suerte.

—Pues podéis apostar a que ellos sí creen en vosotros. Así que ahora, corred. Hasta el extremo del campo de juegos y vuelta. Corred como si os estuviesen persiguiendo todos los demonios del infierno. Maldita sea, he dicho corred.

Para conseguir que se moviesen, lanzó una pequeña llamarada hacia sus pies.

Se oyeron algunos gritos, pero todas echaron a correr. Como niñas, pensó Glenna completamente desesperada. Agitando los brazos, casi de puntillas y con las faldas al viento. Y al menos tres de ellas tropezaron y se cayeron, algo que ella consideraba una situación embarazosa para cualquier mujer en cualquier parte.

Como calculó que perdería a la mitad si las obligaba a regresar al punto de partida, fue Glenna quien corrió tras ellas.

—Muy bien, hasta aquí. Un par de vosotras tenéis realmente algo de velocidad pero, en general, todas sois lentas y torpes. De modo que correremos todos los días un largo del campo. Tendréis que llevar, ¿cómo se llaman? Sobrecalzas, polainas. Pantalones —dijo, palmeándose los suyos—. Vestimenta de hombre para el entrenamiento. Las faldas no harán más que estorbaros y hacer que tropecéis.

—Una dama... —comenzó a decir una de ellas, sólo para enmudecer cuando Glenna la fulminó con la mirada.

—Vosotras no sois damas cuando yo os estoy entrenando. Sois soldados. —Un plan de acción diferente, pensó—. ¿Quiénes de vosotras tenéis hijos?

Varias de las mujeres levantaron las manos, ella escogió a una que pensó que al menos la estaba mirando con cierto interés.

—Tú. ¿Tu nombre?

—Ceara.

—¿Qué harías tú, Ceara, si alguien viniese a llevarse a tu hijo?

—Lucharía, por supuesto, eso haría. Moriría luchando para proteger a mi hijo.

—Muéstrame cómo lo harías. Voy a por tu hijo. ¿Qué es lo que haces? —Cuando Ceara la miró indecisa, Glenna trató de controlar su impaciencia—. He matado a tu esposo. Él yace muerto a tus pies, ahora tú eres lo único que se interpone entre tu hijo y yo. Debes detenerme.

Ceara alzó las manos con los dedos curvados como garras y se lanzó sobre Glenna sin demasiado empeño. Se quedó sin aliento cuando Glenna la hizo pasar por encima de su hombro y caer pesadamente de espaldas al suelo.

—¿Cómo me detiene eso? —preguntó Glenna—. Tu hijo te está llamando a gritos. ¡Haz algo!

Ceara se agazapó y saltó hacia adelante. Glenna permitió que la placase y luego simplemente le hizo pasar de nuevo por encima de ella y apoyó un codo contra su garganta.

—Eso ha estado mejor, ha sido algo positivo, pero demasiado lento. Y tus ojos, todo tu cuerpo, me han anunciado lo que pensabas hacer.

Cuando Glenna se levantó, Ceara se sentó y se frotó la parte posterior de la cabeza.

—Muéstrame cómo se hace —le dijo a Glenna.

Hacia el final de la sesión, Glenna dividió a sus primeras alumnas en dos grupos. En el de Ceara estaban aquellas mujeres que habían mostrado cierto interés y aptitud. Y luego estaba el de Dervil, integrado por mujeres que no sólo no mostraban ningún interés o aptitud, sino una fuerte resistencia a perder el tiempo haciendo algo que no era tradicionalmente obligación de una mujer.

Cuando todas se marcharon, Glenna se quedó sentada en el suelo. Un momento más tarde, Hoyt se reunió con ella, y pudo disfrutar del placer de apoyar la cabeza sobre su hombro.

—Creo que soy un profesor horrible —dijo él.

—Pues ya somos dos. ¿Cómo vamos a hacer esto, Hoyt? ¿Cómo haremos para convertir a esta gente en un ejército?

—No tenemos más alternativa que procurarlo. Pero la verdad, Glenna, es que ya estoy agotado, y apenas acabamos de empezar.

—Era diferente cuando estábamos en Irlanda. Nosotros seis sabíamos, entendíamos contra qué nos enfrentábamos. Al menos tú estás tratando con hombres, y algunos de ellos ya saben manejar la espada, o el arco. Pero lo que yo tengo aquí es un grupo de chicas, y la mayoría de ellas no podría enfrentarse a un enano ciego y cojo, mucho menos a un vampiro.

—La gente se rebela cuando no le queda más remedio. Nosotros lo hicimos. —Volvió la cabeza para besarle el pelo—. Tenemos que creer que somos capaces de hacerlo, y entonces lo haremos.

—Creer es importante —convino ella—. Muchos de ellos no creen lo que les estamos diciendo.

Hoyt observó que dos de los guardias transportaban unos postes de hierro y los clavaban en el suelo.

—Pronto lo harán. —Se puso de pie y le tendió la mano—. Debemos ir a ver si los demás ya han regresado.

A Blair nunca le habían dicho que se requería su presencia... a menos que incluyera bajo ese concepto las ocasionales veces en que se le había ordenado que compareciera en el despacho del director cuando estaba en el instituto. Dudaba de que Moira tuviese intenciones de detenerla, pero resultaba extraño que la escoltaran unos guardias para ir a ver a la princesa.

La propia Moira abrió la puerta, y su sonrisa era seria y discreta.

—Gracias por venir. Eso es todo, Dervil, gracias. Ahora debes ir a buscar un lugar en las gradas.

—Mi señora...

—Quiero que estés allí. Quiero que todos estéis allí. Blair, por favor, pasa. —Retrocedió para permitir que Blair entrase en la habitación y luego cerró la puerta en las narices de Dervil.

—No cabe duda de que ya has comenzado a actuar como una reina.

—Sé que eso es lo que parece. —Moira acarició brevemente arriba y abajo el brazo de Blair antes de dirigirse hacia el centro de la habitación—. Pero soy la misma.

Moira llevaba lo que Blair conocía como su ropa de entrenamiento —túnica sencilla, pantalones y unas botas duras y resistentes—, pero en ella había algo diferente.

Quizá la habitación contribuía a ello. Era, supuso Blair, una especie de sala de estar; muy lujosa. Cojines de telas ricamente tejidas, cortinas de terciopelo, el encantador hogar de mármol con su fuego de turba... Todo revelaba su elevada posición.

—Te he hecho venir para explicarte cómo se llevará a cabo la demostración.

—Para explicarme... —repitió Blair.

—Imagino que lo que he pensado no te gustará nada, pero la decisión está tomada. Para mí no hay otra forma de hacerlo.

—¿Por qué no me dices qué es lo que has decidido y luego yo te diré si me gusta o no.

A Blair no le gustó. Y discutió, amenazó y maldijo. Pero Moira permaneció firme e irreductible.

—¿Y qué han dicho los demás al respecto? —preguntó finalmente Blair.

—No se lo he dicho. Sólo te lo he contado a ti. —Pensando que les vendría bien a ambas, Moira sirvió un par de copas de vino—. Por favor, ponte en mi lugar. Éstos son los monstruos que mataron a mi madre. Ellos asesinaron a la reina de Geall.

—Pero la idea era, es, mostrarle a la gente que existen. Lo que son, cómo se debe luchar contra ellos y destruirlos.

—Sí, ése es un punto fundamental. —Moirra se sentó un momento y bebió un poco de vino para serenarse. Entre la preocupación de la noche anterior y las obligaciones del día, había estado haciendo acopio de valor para lo que debía afrontar—. Dentro de unos días iré a la piedra. Ante el pueblo de Geall, que estará reunido allí, intentaré sacar la espada. Si lo consigo, seré reina. Y, como tal, conduciré a mi pueblo a la guerra; la primera guerra que se librá en Geall. ¿Puedo enviarlos a la batalla, puedo enviarlos a la muerte cuando yo no he superado ninguna prueba?

—Moirra, a mí no tienes que demostrarme nada.

—A ti no, a mi pueblo. Y a mí misma, ¿lo entiendes? No sacaré la espada de la piedra y me coronaré reina hasta que no sienta que lo merezco.

—En mi opinión, te lo mereces. No te lo diría si no lo creyese así.

—No, estoy segura de que no lo harías. Por eso te he hecho llamar a ti y no a uno de los demás. Tú me hablas claramente, y yo hago lo mismo contigo. Para mí es muy importante que tú creas que estoy preparada para la espada y la corona. Muy importante. Pero además tengo que sentirlo yo, ¿no lo entiendes?

—Sí. Mierda. — Precisamente porque lo entendía, se pasó los dedos por el pelo, desesperada—. Sí.

—Blair, tengo miedo de lo que se me ha pedido que haga. De lo que necesito hacer, de lo que va a venir. Te estoy pidiendo que esta noche me ayudes a hacer lo que debo hacer, como amiga, como

compañera guerrera, y como una mujer que sabe cuan fría puede ser la senda del destino.

—Y si me niego lo harás de todos modos.

—Por supuesto —Ahora hubo un atisbo de sonrisa en sus labios—. Pero me sentiría más fuerte y segura si cuento con tu comprensión.

—Lo comprendo. No tiene por qué gustarme, pero puedo entenderlo.

Moira dejó su copa de vino, se levantó y cogió la mano de Blair.

—Para mí es suficiente.

Lo habían organizado como si se tratara de una especie de festejo, pensó Blair. Las antorchas estaban encendidas y se alineaban a ambos lados del campo de juegos. Las llamas se elevaban hacia el cielo, donde una luna casi llena brillaba como un reflector.

La gente se apiñaba en las graderías, se empujaba para colocarse en los mejores sitios detrás de las barreras de madera. Vio que habían traído a sus hijos con ellos, incluso a los bebés... y el ambiente era festivo.

Iba armada —espada, estaca, ballesta— y pudo oír los murmullos mientras se dirigía hacia el palco real.

Se deslizó junto a Glenna.

—¿Cuál crees que sería la póliza del seguro para una reunión de estas características? Fuego, madera, todas esas telas inflamables.

Glenna meneó la cabeza mientras estudiaba a la multitud.

—Ellos no entienden de qué va esto, Blair. Son como los fans de un artista esperando a que comience el concierto. Por el amor de Dios, si hasta hay vendedores de pasteles de carne.

—Nunca subestimes el poder de la libre empresa.

—He intentado hablar con Moira antes de venir aquí. Ni siquiera conocemos el plan.

—Yo sí. Y no va a gustarte. —Antes de que pudiese continuar, se oyó el sonido estridente de las trompetas. La familia real llegó al palco—. No me culpes a mí —añadió Blair por encima de las muestras de júbilo de la multitud.

Riddock se adelantó y alzó las manos para acallar al público.

—Pueblo de Geall, estamos aquí para dar la bienvenida a casa a su alteza, la princesa Moira. Para dar gracias por su regreso, sana y salva, y por el de Larkin, señor de MacDara.

Se produjeron más expresiones de júbilo cuando Moira y Larkin se colocaron a ambos lados de Riddock. Larkin miró a Blair y le dirigió una sonrisa rápida y satisfecha.

«Él no lo sabe», pensó Blair, y sintió que se le revolvió el estómago.

—Estamos también aquí para recibir a los valientes hombres y mujeres que los acompañaron en su regreso a Geall. El hechicero Hoyt, de la familia Mac Cionaoith. Su dama, Glenna, cailleach

dearg. La dama Blair, gaiscioch dorcha. Cian, de la familia Mac Cionaoith y hermano del hechicero. Todos ellos son bienvenidos a nuestra tierra, a nuestro hogar y a nuestros corazones.

Los gritos de alegría atronaron el aire. «Dales unos cuantos cientos de años —pensó Blair—, y habrá muñequitos de brujas y hechiceros por todas partes. Si es que el mundo consigue sobrevivir tanto tiempo.»

—¡Pueblo de Geall!, hemos conocido tiempos oscuros, tiempos de miedo y dolor. Nuestra amada reina nos fue cruelmente arrebatada. Asesinada a manos de quienes no son hombres sino bestias. Esta noche, en este lugar, todos podréis ver a quienes lo hicieron. Han sido traídos aquí por orden de su alteza real, y gracias al valor de lord Larkin, la dama Blair y Cian de los Mac Cionaoith.

Riddock retrocedió y, por la forma en que tensó la barbilla, Blair pensó que él sí estaba al corriente de lo que iba a pasar... y no se sentía muy feliz con ello.

Moira se adelantó y esperó a que la muchedumbre se calmase.

—Pueblo de Geall, he vuelto a casa con vosotros, pero no para traeros felicidad. He venido a traeros la guerra. La propia diosa Morrigan me ha encargado luchar contra lo que quiere destruir nuestro mundo, el mundo de mis amigos, todos los mundos de la humanidad. Me ha encargado que, junto con estas cinco personas a quienes confiaría mi vida, mi tierra, la corona que un día quizá lleve si los dioses así lo disponen, os guíe en esta batalla.

Moira hizo una pausa y Blair pudo ver que estaba calibrando la reacción de la multitud, los murmullos, tomándose su tiempo.

—No se trata de una batalla por tierras o riquezas, tampoco por gloria o venganza, sino por la vida misma. Yo no he sido vuestra soberana, ni una guerrera, sino una estudiante, una hija obediente, una orgullosa ciudadana de Geall. Sin embargo, os pediré que me sigáis, a mí y a los míos, que ofrezcáis vuestras vidas por mí y por todo lo que vendrá después de mí. Porque en la noche de Samhain nos enfrentaremos a un ejército de monstruos como éstos.

Los vampiros fueron arrastrados hacia el campo de juegos. Blair sabía lo que la gente estaba viendo. Veían a dos hombres encadenados, asesinos, sí, pero no demonios.

Hubo gritos y expresiones de asombro, peticiones de justicia, hubo incluso lágrimas. Pero no había auténtico miedo.

Los guardias fijaron las cadenas a los postes de hierro y, a una señal de Moira, abandonaron el campo.

—Estos que mataron a mi madre, que asesinaron a vuestra reina, se llaman de una forma. La palabra es vampiro. En su mundo, la dama Blair les da caza y los destruye. Ella es una cazadora de estos demonios, y ella os enseñará lo que son.

Blair dejó escapar el aire y se volvió brevemente hacia Larkin.

—Lo siento.

Antes de que él pudiese decir nada, ella saltó desde el palco real y cruzó el campo de juegos en dirección a los postes de hierro.

—¿Qué significa esto? —preguntó Larkin.

—Tú no interferirás —le dijo Moira sujetándole el brazo con fuerza—. Éste es mi deseo. Más aún, es mi orden. Tú no interferirás. Ninguno de vosotros.

Cuando Blair comenzó a hablar, Moira abandonó el palco.

—Los vampiros tienen un único propósito. Matar. —Blair se paseó alrededor de ellos, permitiendo que absorbieran su olor, el olor que estimularía su terrible apetito—. Se alimentan de sangre humana, y os cazarán y se beberán la vuestra. Si su único propósito es alimentarse, moriréis rápido. En medio de terribles dolores, de un horror espantoso, pero rápido. Si ellos quieren más, os torturarán, como torturaron a la familia que Larkin, Cian y yo encontramos muerta en el bosque la noche en que conseguimos capturar a estos dos.

El más grande de los dos trató de abalanzarse sobre ella. Ahora sus ojos estaban completamente rojos, y los que estaban más cerca pudieron ver los colmillos expuestos.

—Los vampiros no nacen. No son concebidos, no crecen dentro del vientre materno, sino que son creados. Creados a partir de humanos. La mordedura de un vampiro, aunque no es mortal, infecta. Algunos de los que resultan infectados se convierten en medio vampiros, en sus esclavos. A otros en cambio les chupan la sangre hasta casi matarlos. Luego son alimentados con la sangre de su creador y mueren sólo para volver a despertar. Ya no como seres humanos, sino como vampiros.

Blair continuó caminando en círculos fuera del alcance de ambos monstruos.

—Vuestro hijo, vuestra madre, vuestro enamorado puede ser convertido en esto. Y luego ya no serán más vuestro hijo, vuestra madre, vuestro enamorado, serán demonios como éstos, con la sed de sangre que los lleva a alimentarse de seres vivos, a matar, a destruir.

Se volvió y, detrás de ella, los vampiros tensaron las cadenas, aullando de frustración y hambre mientras Blair permanecía fuera de su alcance.

—Esto es lo que viene hacia vosotros. Cientos, tal vez miles de ellos. Esto es contra lo que tendréis que luchar. El acero no los mata, sólo los hiere.

Se volvió de nuevo y, con la punta de la espada, hizo un corte en el pecho del más grande de los vampiros.

—Ellos sangran, pero cicatrizan rápidamente, y una herida como ésta apenas servirá para frenarlos. Estas son las armas que destruyen a un vampiro. Madera.

Sacó una de las estacas que llevaba en la cintura y, cuando amagó un ataque al más pequeño de los dos vampiros, éste retrocedió, encogiéndose para protegerse el pecho.

—Clavada en el corazón. Fuego.

Blair cogió una de las antorchas y, cuando la agitó en el aire, los dos monstruos lanzaron un chillido.

—Se alimentan de noche, porque la luz directa del sol los destruye. Pero pueden moverse furtivamente en las sombras y caminar bajo la lluvia. Pueden matar cuando las nubes ocultan el sol. El símbolo de la cruz les quema y, si tenéis suerte, los mantendrá a distancia. El agua bendita también les quema. Si se usa una espada, el golpe debe dirigirse al cuello para cortarles la cabeza.

Ella también podía juzgar el estado de ánimo de la multitud, pensó Blair. Excitación, confusión, las primeras ráfagas de miedo. Y una cantidad aún mayor de incredulidad. Ellos seguían viendo sólo a un par de hombres encadenados.

—Éstas son vuestras armas, con esto es con lo que contáis aparte de con vuestro ingenio y vuestro valor contra unas criaturas que son más fuertes y más difíciles de matar que vosotros. Si no luchamos, si no ganamos, dentro de poco más de un mes a partir de este momento, ellos os devorarán.

Blair hizo una pausa mientras Moira atravesaba el campo hacia ella.

—¿Estás segura? —susurró Blair.

—Lo estoy.

Apretó brevemente la mano de Blair y luego se volvió hacia la multitud, cuyas exclamaciones se alzaban con una mezcla de preocupación y desconcierto.

Moira levantó la voz por encima de ellas.

—Morrigan es llamada la reina de los guerreros y, sin embargo, se dice que jamás ha participado en una batalla. Aun así, yo me someto a su voluntad. Es una cuestión de fe. Yo no puedo pedirlos, ni lo haré, que tengáis en mí la misma fe que tendríais en un dios. Soy una mujer, tan mortal como vosotros, pero cuando os pido que me sigáis a la batalla, estaréis siguiendo a una guerrera. Probada en combate. Lleve o no la corona de Geall, empuñaré una espada. Lucharé junto a vosotros.

Sacó su espada y la alzó en el aire.

—Esta noche, en este lugar, destruiré aquello que mató a vuestra reina y mi madre. Lo que hago aquí, lo hago por ella, por su sangre. Lo hago por vosotros, por Geall y toda la humanidad.

Se volvió hacia Blair.

—Hazlo. Si sientes algo de amor por mí —dijo al ver que Blair dudaba—. De guerrera a guerrera, de mujer a mujer.

—Es tu espectáculo.

Eligió al más pequeño de los dos vampiros, aunque calculó que superaba a Moira en unos quince kilos.

—De rodillas —le ordenó, sosteniendo la espada junto a su garganta.

—Te resulta fácil matarme estando encadenado.

Lanzó un horrible siseo, pero se arrodilló.

—Sí, me resultaría muy fácil. Y ya me estoy arrepintiendo de no poder partirte en pedazos.

Mantuvo la espada apoyada en su cuello mientras se movía detrás de él. Luego cogió la llave que Moira le había dado y lo liberó de sus cadenas.

Con orgullo y temor, clavó la espada en la tierra, junto al vampiro, y se alejó.

—¿Qué has hecho? —preguntó Larkin cuando Blair ocupó su sitio en el palco real.

—Lo que ella me pidió que hiciera. Lo que yo querría que ella hiciese por mí si la situación fuese a la inversa. —Alzó la vista y lo miró fijamente—. Si tú no eres capaz de confiar en ella, ¿por qué iban a hacerlo ellos? —Le cogió la mano—. Si nosotros no confiamos en ella, ¿cómo puede ella confiar en sí misma?

Luego le soltó la mano y, mirando hacia el campo de juegos, rogó haber hecho lo correcto.

—Recoge la espada —le ordenó Moira al vampiro.

—¿Con una docena de flechas apuntándome? —preguntó éste.

—Ninguna de ellas volará hacia ti a menos que intentes huir. ¿Tienes miedo de enfrentarte a un humano en igualdad de condiciones? ¿Habrías echado a correr aquella noche si mi madre hubiese tenido una espada?

—Ella era débil, pero su sangre era muy buena. —Sus ojos se desviaron hacia la izquierda, hacia su compañero aún encadenado al poste de hierro, demasiado lejos de él como para ayudarlo—. Tenías que haber sido tú.

Ese cuchillo ya estaba clavado en el corazón de Moira. Las palabras del monstruo sólo sirvieron para removerlo.

—Sí, y la matasteis por nada. Pero ahora me tienes a mí aquí. ¿Te aceptará Lilith de nuevo si esta noche pruebas mi sangre? Lo deseas. —Se hizo un corte superficial en la palma de la mano—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que comiste.

Ella vio que sacaba la lengua y se humedecía los labios con ella cuando alzó la mano para que la sangre se deslizara por su brazo y gotease en la tierra.

—Ven. Derríbame y aliméntate con mi sangre.

El vampiro cogió la espada y, levantándola, atacó.

Moira no bloqueó el primer golpe, sino que giró hacia un lado y lanzó una patada que alcanzó de lleno a su enemigo haciéndolo rodar por el suelo.

«Un buen recurso —pensó Blair—. Añadir un poco de humillación al miedo y el hambre.» Él se levantó y se abalanzó

sobre Moira a esa velocidad pasmosa, inexplicable, que poseían algunos de ellos. Pero ella estaba preparada para él. Tal vez, pensó Blair, lo había estado toda la vida.

Los aceros de las espadas chocaron en el aire y Blair pudo ver que, si bien el vampiro era más veloz y más fuerte, Moira estaba en mejor forma. Ésta golpeó la espada de su adversario, desviando el golpe, luego hundió la suya en su pecho. Retrocedió unos pasos y recuperó su posición.

Blair sabía que Moira le estaba mostrando a la multitud que, si bien una herida de esa naturaleza podía ser mortal para un ser humano, apenas conseguía alterar el avance de un vampiro.

Ignoró los gritos, las exclamaciones e incluso los gritos de pánico y el sonido de los pies que corrían alejándose de allí, y se concentró en el combate que su amiga libraba ante sus ojos.

El vampiro se tocó la herida del pecho con una mano y se llevó los dedos ensangrentados a la boca. Blair oyó detrás de ella el ruido de un cuerpo que chocaba contra el suelo cuando alguien se desmayó.

El demonio volvió a la carga, pero esta vez anticipó el movimiento de Moira. Su espada la alcanzó en el brazo mientras la golpeaba en el rostro con el dorso de la mano. Moira retrocedió tambaleándose; consiguió bloquear el siguiente golpe, pero fue impulsada de rebote hacia el otro vampiro.

Blair alzó su ballesta, dispuesta a romper su promesa.

Moira, sin embargo, se lanzó al suelo y rodó hacia un costado. A continuación se levantó lanzando una doble patada que hizo que el corazón de Blair cantase de alegría.

—¡Venga, Moira! Acaba con él de una vez. Deja ya de jugar.

Pero ella había superado ese punto; ya no se trataba sólo de mostrarle a la gente lo que un vampiro era capaz de soportar en una batalla. Moira bajó la espada con fuerza y le abrió una profunda herida en el hombro, sin embargo, luego, en lugar de asestarle el golpe definitivo, retrocedió un paso.

—¿Cuánto tiempo siguió viva? —preguntó Moira—. ¿Cuánto tiempo sufrió?

Continuó bloqueando los golpes de su enemigo, atacando incluso cuando la mano con que empuñaba la espada estaba empapada con su propia sangre.

—Mucho más de lo que vivirás tú o el cobarde que te engendró.

Y la atacó aprovechando su desconcierto. Ella apenas pudo ver el movimiento, y nunca sabría cómo pudo defenderse contra él. Sintió un dolor lacerante, la punta de la espada cuando ésta la alcanzó en el costado. Oyó su propio grito cuando hizo girar la espada en el aire y cortó limpiamente la cabeza de su enemigo.

Moira cayó de rodillas, más por la pena que la desgarraba que por las heridas que había sufrido. Se sacudió esa sensación y oyó el rugido de la multitud como un océano lejano.

Se levantó y se volvió hacia Blair.

—Libera al otro vampiro.

—No. Es suficiente, Moira. Es suficiente.

—Eso debo decidirlo yo. —Se acercó a Blair y le arrancó la llave del cinturón—. Debo hacerlo yo.

Todos los sonidos cesaron de golpe cuando comenzó a cruzar nuevamente el campo. Moira vio la súbita luz, una especie de júbilo en los ojos del vampiro cuando se acercó a donde éste estaba encadenado. Vio su hambre y el placer anticipado.

Entonces Moira oyó silbar una flecha que pasó volando junto a ella y se clavó en el corazón del vampiro.

Se volvió sintiendo que la invadía la furia de la traición. Pero no era Blair quien sostenía el arco, sino Cian.

CAPITULO 17

Moira no pensó, no esperó. No volvió a ocupar su lugar en el palco real para dirigirse a su pueblo. Mientras se alejaba corriendo pudo oír la voz de Larkin que se elevaba sobre las demás, fuerte y clara. Él estaba hablándole a la gente en su lugar, con eso bastaba.

Aún llevaba en las manos la espada manchada de sangre cuando corrió tras Cian.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a interferir?

Cian llegó al patio del castillo y lo cruzó.

—No recibo órdenes de ti. No soy uno de tus súbditos, uno de tu pueblo.

—No tenías ningún derecho.

Moira corrió hasta colocársele delante, bloqueándole el paso e impidiéndole entrar en el castillo. Y, al ver su rostro, pudo percibir en él una furia helada.

—A mí no me preocupan los derechos.

—¿Acaso no podías resistirlo? ¿Ver cómo luchaba contra uno de ellos, cómo lo torturaba y lo destruía? No has podido soportar quedarte allí y ver cómo mataba al segundo de esos vampiros.

—Si tú lo dices.

Cian no la hizo a un lado para poder pasar sino que cambió de dirección para continuar a través del patio y tomar por un corredor abovedado.

—No te alejarás de mí. —Esta vez, cuando ella lo alcanzó, le apoyó la espada plana contra el pecho. Su furia no era helada, como la de él sino caliente, y bullía en su interior como la cólera de los dioses—. Tú estás aquí porque yo lo deseo, porque yo así lo permito. Aquí no eres el amo.

—No te ha llevado demasiado tiempo cubrirte con el manto real, ¿verdad? Pero entiende esto, princesa, yo estoy aquí porque yo quiero, y tu permiso es menos que nada para los de mi especie. Y ahora usa esa espada o apártala.

Moira la lanzó a un lado y el metal resonó contra las losas del patio.

—Era yo quien debía hacerlo.

—¿Para morir delante de una multitud vociferante? Eres un poco pequeña para ser gladiador.

—Yo...

—Le habrías proporcionado a un vampiro su última comida— la interrumpió Cian—. No podrías haber derrotado al segundo de ellos. Tal vez, sólo tal vez, podrías haber tenido una pequeña posibilidad de no haber estado herida. Pero Blair escogió al más pequeño de ellos para empezar porque era la mejor elección para que demostrases lo que querías. Ahora ya lo has hecho, confórmate con eso.

—¿Crees que sabes lo que puedo hacer?

Él se limitó a apretar con una mano el tajo que tenía en el costado; la retiró cuando ella palideció y tuvo que apoyarse contra la pared.

—Sí. Y él también lo sabía. Hubiese sabido exactamente cómo atacarte. —Cian alzó el borde de la túnica de Moira y se limpió la sangre de la mano—. No habrías tardado ni dos minutos en estar tan muerta como la madre a la que intentas vengar.

Los ojos de Moira pasaron de la neblina al humo.

—No hables de ella.

—Entonces deja ya de utilizarla.

Sus labios temblaron una vez antes de que pudiese controlarlos.

—Yo le habría vencido porque tenía que hacerlo.

—Eso es una tontería. Estabas acabada, pero eres demasiado arrogante, demasiado estúpida como para admitirlo.

—Pero eso ahora no podremos saberlo, ¿verdad?, porque tú acabaste con él.

—¿Crees que podrías haber impedido que él hundiese sus colmillos aquí? —Cian rozó ligeramente con el dedo el borde de su cuello, enarcando apenas una ceja cuando ella le apartó la mano bruscamente—. Detenme entonces. Pero necesitarás algo más que un manotazo para conseguirlo.

Cian retrocedió y recogió la espada que Moira había lanzado al suelo un momento antes. Sonrió con gesto sombrío al ver que ella se encogía de dolor al cogerla cuando él se la lanzó.

—Ahora tienes una espada, yo no. Haz algo para detenerme.

—No tengo ninguna intención de...

—Detenme.

Cian la apartó con escaso esfuerzo y luego, simplemente, le quitó la espada.

Moira lo abofeteó, le cruzó la cara con fuerza antes de que él la cogiese de los hombros y apoyase con firmeza su espalda contra la pared. Ella sintió algo que podría haber sido miedo, que podría haberlo sido, mientras los ojos de Cian la miraban fijamente.

—Por el amor de Dios, haz algo para detenerme.

Cuando su boca se aplastó contra la de ella, Moira lo sintió todo. Demasiado. La luz y la oscuridad, dureza y una ternura insoportable. Todo lo que había en su interior corrió hacia él, de forma temeraria y enloquecida.

De repente, Cian estaba a un metro de ella y Moira sintió que todo el aire había abandonado su cuerpo.

—Ésa no es la forma en que ese vampiro te hubiese saboreado.

Cian se fue, dejándola temblorosa contra la pared; se fue antes de agravar un error que ya era enorme.

Olió a Glenna antes de verla.

—Necesita que la atiendan —dijo, y continuó su camino.

Dentro del castillo, Blair estaba sentada delante del fuego en el salón familiar, tratando de recuperar la calma.

—No me agobies —le advirtió a Larkin—. Moira consiguió arrancarme la promesa de que no intervendría, y el hecho es que entendí perfectamente por qué necesitaba hacerlo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque tú no estabas allí. Ella dejó ese asunto para el último momento. Me tendió una emboscada. Y fue una estrategia condenadamente buena, si quieres mi opinión. Discutí con ella, y tal vez podría haberlo hecho con más dureza, pero Moira tenía razón. En general tenía razón. Y, Dios, demostró lo que quería, ¿verdad? Con todas las de la ley.

Larkin le alcanzó una copa de vino y se agachó junto a ella frente al fuego.

—Tú crees que estoy enfadado contigo. Pues no lo estoy. Con Moira un poco. Porque no confió en mí en este asunto. Porque la mujer a la que esas bestias mataron no sólo era su madre, sino también mi tía. Y yo la quería. El pueblo al que ella buscaba enardecer esta noche con su demostración no es sólo suyo, también es mi pueblo. Y te aseguro que Moira y yo hablaremos de esto.

—De acuerdo. De acuerdo. —Bebió un trago de vino y miró a Hoyt—. ¿Tienes tu grano de arena que aportar a esta cuestión?

—Si te refieres a si tengo alguna opinión al respecto, la tengo. Moira no debería haber asumido esto sola. Ella es demasiado valiosa

como para ponerse en peligro, y se supone que formamos un círculo. Ninguno debería tomar una decisión tan importante sin contar con el resto.

—Bueno, puestos a ser lógicos —Blair suspiró—, no estás equivocado, y, si hubiera habido tiempo, yo habría insistido en que ella os hiciera partícipes a todos de su proyecto. No hubiésemos conseguido detenerla, pero todos habríamos estado informados. Ella se comportó como una reina conmigo. —Blair volvió a suspirar y se frotó la base del cuello para disipar la tensión—. Moira ha recibido algunos golpes.

—Glenna se encargará de ella —contestó Hoyt—. Y habría recibido unos cuantos más si Cian no hubiese intervenido.

—Yo no hubiese permitido que sucediera —dijo Blair—. No voy a discutir con él por haberse abalanzado sobre mí para arrebatarme el arco, pero yo no habría permitido que Moira se enfrentase al número dos. —Volvió a beber—. Sin embargo, no lamento que le esté sacando la piel a tiras a Cian en lugar de a mí.

—La piel de Cian es bastante gruesa. —Hoyt atizó ociosamente el fuego—. Ahora tendremos nuestro ejército.

—Lo tendremos —convino Larkin—. Nadie puede dudar ahora de a qué deberemos enfrentarnos. No somos un pueblo guerrero, pero tampoco somos cobardes. En Samhain tendremos un ejército.

—Lilith llegará en cualquier momento —señaló Blair—. Todavía nos espera un duro trabajo. Será mejor que descansemos un poco y mañana comencemos a trabajar temprano.

Pero cuando se levantó de su asiento, Dervil apareció en la puerta.

—Siento interrumpiros, pero me envían a buscar a la dama Blair. Mi señora desea hablar con ella.

—Otra comparecencia por orden de la reina —musitó ella.

—Te esperaré en tu habitación —dijo Larkin al tiempo que apoyaba la mano sobre su brazo—. Cuando regreses me contarás cómo se encuentra.

—Te lo haré saber. —Blair salió del salón y miró a Dervil al pasar—. Ya conozco el camino.

—Me han pedido que os acompañe.

Dervil llamó a la puerta cuando llegaron a los aposentos de Moira. Fue Glenna quien abrió, respirando aliviada al ver a Blair.

—Gracias por venir.

—Mi señora. —Cuando Glenna enarcó una ceja, Dervil carraspeó antes de hablar—. Quisiera pedir os disculpas por mi pobre comportamiento de hoy y preguntaros a qué hora querréis que las mujeres estén preparadas para la instrucción.

—Una hora después de que haya amanecido.

—¿Podéis enseñarme a luchar? —le preguntó a Blair.

—Yo te enseñaré —la corrigió Glenna.

La sonrisa de Dervil fue dura y tensa.

—Estaremos preparadas.

—¿Me he perdido algo? —le preguntó Blair a Glenna cuando Dervil abandonó la habitación.

—Sólo parte de un día muy largo. Y te has perdido algo más.—Le dijo muy bajo—. He encontrado a Moira discutiendo con Cian en el patio.

—No me sorprende.

—No, pero él ha puesto punto final a la discusión con los labios.

—Repite eso.

—Cian la ha besado. Un beso intenso, fogoso, apasionado.

—¡Caray!

—Moira está conmocionada. —Glenna miró por encima del hombro—. Y, en mi opinión, no debido al insulto y el ultraje.

—Repito: ¡caray!

—Te lo he contado porque no quiero ser la única preocupada por ello.

—Gracias por compartirlo conmigo.

—¿Para qué están los amigos? —Glenna retrocedió unos pasos—. Moira, acábate esa poción —dijo, ahora elevando la voz—. Hablo en serio.

—Lo estoy haciendo. Ya me has fastidiado bastante.

Moira se sentó junto al fuego. Ahora llevaba puesta una bata y el pelo le caía suelto por la espalda. La contusión en el rostro destacaba contra la palidez de sus mejillas.

—Blair, gracias por haber venido. Sé que debes de estar muy cansada, pero no quería que te acostases sin poder agradecerte lo que has hecho esta noche.

—¿Cómo te encuentras?

—Glenna me ha regañado, me ha cuidado y me ha dado unas medicinas. —Alzó la copa y bebió todo el contenido—. Me siento bastante bien.

—Ha sido una buena pelea. Has llevado a cabo unos cuantos buenos movimientos ahí fuera.

—He jugado con ese vampiro demasiado tiempo. —Moira se encogió de hombros, luego dio un respingo cuando la herida que tenía en el costado no aprobó ese movimiento—. Ha sido estúpido y arrogante. Y aún más estúpido y arrogante ha sido decirte que soltaras al segundo vampiro. Tenías razón al negarte.

—Sí, tenía razón. —Blair se acercó para sentarse en el cojín que había a los pies de Moira—. No te diré que sepa lo que significa ser una reina, pero sí sé que ser un líder no implica que debas hacerlo todo tú sola. Ni ser un guerrero luchar cuando no es necesario.

—He dejado que mis necesidades nublasen mi entendimiento.

—Bueno, bien está lo que bien acaba.

Dio una palmada en la rodilla de Moira.

—Sois los mejores amigos que he tenido nunca, exceptuando a Larkin. Y vosotras las mujeres más cercanas a mí, aparte de mi madre. Cuando estabais en la puerta he podido ver por la expresión

de tu rostro que Glenna te ha contado lo que ha pasado entre Cian y yo.

Blair, insegura de cómo responder a eso, se frotó las manos en los muslos.

—Así es.

—Creo que deberíamos beber un poco de vino.

Cuando Moira fue a levantarse, Glenna apoyó una mano sobre su hombro para que no lo hiciera.

—Yo iré a buscarlo. No se lo he contado a Blair para hablar a tus espaldas o para cotillear.

—También lo sé. Ha sido una muestra de preocupación, como amiga, como mujer. Pero no hay necesidad de preocuparse. Yo estaba enfadada. No, estaba furiosa —se corrigió Moira mientras Glenna volvía con el vino—. Porque Cian hubiese decidido interrumpir lo que yo quería hacer.

—Cian se me ha adelantado sólo un par de segundos —dijo Blair.

—Entiendo. He ido tras él cuando mi obligación era permanecer en el palco real y hablarle a mi pueblo. Pero he decidido ir tras él y recriminarle su acción. Cian lo ha hecho para evitar que yo cometiese un error estúpido y quizá fatal. Así me lo ha dicho, pero yo no estaba dispuesta a escuchar, a entenderlo. Y me demostró que tampoco estaba dispuesto a hacerlo y al final todo encaja. El sólo me ha demostrado cómo podía haber acabado todo. Que yo no soy lo bastante fuerte como para detener cualquier clase de ataque. No ha sido nada más.

—De acuerdo...—Blair buscó las palabras adecuadas—. Si estás satisfecha con eso.

—Para una mujer, es difícil estar satisfecha cuando se la besa de esa manera y luego se la rechaza fríamente. —A pesar del dolor en el costado, Moira se encogió de hombros—. Pero ha sido algo que ambos hemos hecho porque estábamos furiosos. No me disculparé con él y tampoco espero que Cian lo haga conmigo. Simplemente, seguiremos adelante, y tendremos presente que hay cosas mucho más importantes que el orgullo y la cólera.

—Moira. —Glenna le pasó suavemente la mano por el pelo—. ¿Sientes algo por él?

Moira cerró los ojos como si estuviese buscando algo en su interior.

—Hay momentos en los que me parece que es lo único que siento. Pero sé cuáles son mis obligaciones. He accedido a acudir a la piedra e intentar extraer la espada. No mañana. Mañana hay muchas cosas que hacer. Pero sí a finales de esta semana. Le he demostrado a mi pueblo que tienen en mí a una guerrera. Pronto, si es la voluntad de los dioses, les mostraré que tienen también una reina.

Cuando Glenna y Blair se marcharon, Moira permaneció en el sillón, contemplando el fuego que ardía en el hogar.

—Le he dado algo que hará que se duerma en pocos minutos; eso espero al menos. —Glenna dejó escapar el aire y hundió las manos en los bolsillos.

—Esto podría complicarse.

—¿Y qué no? Tendría que haber visto que algo así podía ocurrir.

—¿Crees que ha llegado el momento de cambiar tu bola de cristal por un modelo más nuevo?

—¡Oh, vamos! —Ambas se dirigieron juntas a sus respectivas habitaciones—. ¿Crees que deberíamos hablar de esto con Cian?

—Por supuesto. Tú primera —contestó Blair.

Glenna meneó la cabeza con una media sonrisa.

—De acuerdo, lo dejaremos estar y nos mantendremos al margen de esto... al menos por ahora. Yo soy una firme defensora de que no haya secretos en las relaciones, pero no le diré una palabra a Hoyt sobre todo esto.

—Si crees que yo voy a decirle algo a Larkin, estás muy equivocada. Todos tenemos ya demasiadas cosas en la cabeza.

La mañana era fría y húmeda, pero en el campo de juegos se había reunido un numeroso grupo de mujeres. La mayoría de ellas llevaban pantalones —lo que en Geall llamaban braes— y túnicas.

—Es más del doble de la concurrencia que tuve ayer —le dijo Glenna a Blair—. Y eso es obra de Moira.

—No cabe duda de que anoche consiguió hacerse entender. Escucha, me quedaré contigo una hora, hasta que las pongamos en movimiento. Luego le pediré a mi dragón mascota que me lleve nuevamente por el aire.

Ya fuese por la penumbra del amanecer o por los vestigios de la tensión acumulada la noche anterior, Blair estaba ansiosa.

—Quiero comprobar personalmente el campo de batalla, asegurarme de que esos caseríos cercanos han sido evacuados. Y quiero sobrevolar la zona para asegurarme de que las trampas están colocadas y funcionando.

—Otro día en el paraíso. Bueno, supongo que deberíamos ir dentro. —Con las manos apoyadas en las caderas, Glenna miró a su alrededor—. Ver si hay algún sitio donde podamos entrenar.

—¿Por qué?

—En caso de que no te hayas dado cuenta, está lloviendo.

—Sí, eso me parecía, con toda esa agua chorreándome del pelo. La cuestión es que no sabemos cuáles serán las condiciones para Samhain. Por eso mismo no sabemos en qué circunstancias tendrán que enfrentarse estas mujeres a un vampiro. Tal vez deberían acostumbrarse a pelear sucio, como quien dice.

—Mierda.

—Anímate, soldado.

Blair le propinó un golpe amistoso en el brazo.

Una hora más tarde, Blair estaba sucia, ligeramente magullada y con el ánimo exultante. Un poco de entrenamiento intenso en el barro había conseguido calmar su inquietud.

Echó a andar a través del patio con la intención de ir en busca de Larkin. Se detuvo en seco cuando vio que su madre y su hermana venían hacia ella.

Perfecto, pensó. Estaba cubierta de barro y sudor y a punto de cruzarse con la madre del tío con quien se estaba acostando. Era su día de suerte.

Puesto que no había ningún lugar donde esconderse, decidió coger el toro por los cuernos.

—Buenos días.

—Y para vos también. Soy Deirdre y ésta es mi hija, Sinann.

Blair estuvo a punto de tender la mano antes de recordar su posición. Puesto que, en sus circunstancias, no se veía capaz de una reverencia, se limitó a mover la cabeza a modo de saludo.

—Es muy agradable conoceros. Yo... esto, he estado entrenando a algunas de las mujeres.

—Hemos estado observando. —Sinnan cruzó las manos sobre el abdomen, como suelen hacerlo las mujeres embarazadas—. Tenéis mucha habilidad... y energía.

Sinann sonrió cuando lo dijo, de modo que Blair se ordenó a sí misma que debía relajarse.

—Están haciendo muchos progresos.

—Mi hijo habla muy bien de vos.

—Oh. —Blair miró a Deirdre y carraspeó. «Relájate, joder—. Oh, es bueno saberlo. Gracias. Precisamente lo estaba buscando. Tenemos que llevar a cabo una pequeña exploración.

—Larkin está en las caballerizas. —Deirdre le dedicó a Blair una mirada larga y serena—. ¿Creéis que no sé que él comparte vuestro lecho?

Antes de que Blair pudiese hablar, pudiese pensar siquiera en decir nada, Sinann hizo un sonido que bien podría haber sido una risa ahogada.

—Después de todo, soy su madre —continuó Deirdre con el mismo tono sereno—. Sé que Larkin ha compartido el lecho con otras mujeres antes de conoceros. Pero jamás me habló de ellas como me habla de vos. De modo que eso lo cambia todo. Os ruego que me perdonéis. Por lo que él me ha dicho, pensaba que preferirías hablar con franqueza.

—Sí. Así es. Oh, lo siento. Es sólo que nunca había tenido una conversación como ésta, y nunca con alguien como vos.

—¿Una madre?

—Eso para empezar. No quiero que penséis que comparto mi lecho con cualquiera que... —¿Acaso podía ser más embarazoso?, se preguntó Blair mientras Deirdre simplemente continuaba estudiándola con lo que parecía ser un divertido interés—. Larkin es un buen hombre. Él es, bueno, es un hombre asombroso. Habéis hecho un excelente trabajo.

—No hay un cumplido más preciado para el corazón de una madre y estoy completamente de acuerdo con vos. —Ahora la expresión divertida se esfumó de su rostro—. Esta guerra se nos echa encima y él combatirá en ella. Nunca he tenido que enfrentarme a algo así, de modo que debo creer, en lo más profundo de mi corazón, que Larkin hace lo que debe, y sobrevivirá.

—Yo también lo creo, si eso ayuda en algo.

—Sí, ayuda. Además de Sinann tengo otro hijo. —Deirdre apoyó la mano en el brazo de su hija—. Más el esposo de Sinnan,

que es como un hijo para mí. Tendré la misma fe en ellos. Pero mi hija no puede combatir como las mujeres a las que estáis entrenando.

—El niño nacerá antes de Navidad —le explicó Sinann a Blair—. Es mi tercer hijo. Los otros son demasiado pequeños para luchar y éste aún no ha nacido. ¿Cómo haré para protegerles?

Blair pensó en las cruces que Hoyt y Glenna habían creado. Ella creía que los demás accederían a que la hermana embarazada de Larkin también tuviese una.

—Hay muchas cosas que podéis hacer —le aseguró Blair—. Yo os ayudaré. —A continuación se volvió hacia Deirdre—. No deberíais preocuparos por vuestra hija y vuestros nietos. Vuestros hijos, vuestro esposo, mis amigos y yo jamás permitiremos que esos monstruos lleguen tan lejos.

—Vuestras palabras tranquilizan mi espíritu y os estoy agradecida por ello. No podemos luchar, pero no permaneceremos ociosas. Hay muchas cosas que pueden hacer aquellas mujeres que ya no son jóvenes y las que llevan una vida en sus vientres. Y las haremos. Ahora, vos tenéis trabajo y no os entretendremos más. Que tengáis un buen día y que los dioses os protejan.

—Gracias.

Blair se quedó un momento allí quieta, observando a las dos mujeres que se alejaban. Mujeres con temple, pensó. Lilith se encontraría con una gran sorpresa.

Satisfecha, fue a buscar a Larkin a los establos, donde lo encontró con el torso desnudo, empapado en sudor y ayudando a forjar las armas para la batalla.

Su ánimo mejoró aún más. ¿Qué podía ser más edificante que contemplar a un hombre hermoso, medio desnudo, convirtiendo un trozo de hierro candente en una espada?

A juzgar por el número de armas que había amontonadas a un lado, pudo comprobar que llevaban muy bien el trabajo. El yunque resonaba bajo el peso del martillo y el humo se alzaba en el aire cuando la hoja al rojo vivo era sumergida en una tina de agua.

¿Era un milagro, se preguntó, que su mente reaccionase así ante el sexo?

—¿Podría tener yo una de esas espadas con la hoja grabada?— preguntó Blair—. ¿Algo así como: «A la mujer que atravesó mi corazón»? Cursi, pero halagador.

Larkin alzó la vista y sonrió.

—Parece como si hubieses estado revoleándote en el barro.

—Así ha sido. Ahora iba a lavarme.

Larkin le entregó su martillo a otro de los hombres y luego cogió un trapo para secarse el sudor de la cara mientras se acercaba a ella.

—Cuando llegue Samhain, todos los hombres y mujeres de Geall estarán armados. El comentario que hizo Cian hace un tiempo acerca de convertir las rejas de arado en espadas no está tan lejos de convertirse en realidad. El mensaje ya ha empezado a extenderse.

—Bien. Es necesario que así sea. ¿Puedes salir un momento?

Él le quitó un poco de barro de la mejilla con el dedo.

—¿En qué estás pensando?

—Un par de vuelos de inspección. El tiempo es horrible, lo sé, pero no podemos esperar a que salga el sol y el arco iris. Necesito ver el campo de batalla, Larkin. Necesito verlo en directo.

—Muy bien.

Cogió la túnica que se había quitado antes y gritó unas cuantas palabras en gaélico a los hombres que continuaban trabajando detrás de ellos.

—Ellos lo harán muy bien sin mí.

—¿Has visto a Moira esta mañana?

—Sí. Hemos tenido una discusión bastante acalorada. Luego nos hemos tranquilizado y reconciliado. Ha ido al pueblo a hablar con la gente, con los comerciantes. A negociar para conseguir más caballos, carros, suministros, lo que sea que esté apuntado en la lista de cosas que necesitaremos en las próximas semanas.

—Buena idea. Y ha sido muy inteligente al asegurarse de que la vean después de lo que sucedió anoche en el campo de juegos. Todo el que no estuviese allí, en este momento ya debe de estar enterado. Cuando más presente esté, mejor para ella.

En las próximas semanas, pensó Blair mientras entraba en el castillo y subía a sus habitaciones para lavarse, las compras, la confección de listas, la recogida de suministros, eran todas cosas de las que podían encargarse las mujeres como Deirdre y Sinann. La cuestión era mantenerlas ocupadas, reflexionó. Y mantener a la familia real visible para sus súbditos.

Se lavó el barro, se puso una camisa razonablemente limpia y luego se sujetó el arnés con sus armas.

Cuando volvió a reunirse con Larkin en el patio, recogió unas vainas para la espada y las estacas.

—Tengo una cosa para ti —le dijo. Y cogió el arnés que había dejado en el suelo, deslizando las vainas en las correspondientes presillas—. He preparado esto para que puedas llevar tus armas cuando estés volando por allá arriba.

—¡Bueno, qué sorpresa! —Sonrió como un niño a quien le muestran un flamante coche rojo de juguete—. Qué detalle, Blair.

Se inclinó para darle un beso.

—Haz tu truco y lo probaremos.

—Te debo un regalo —contestó Larkin, y volvió a besarla.

Una vez que se hubo convertido en dragón, Blair le sujetó el arnés al cuerpo y se lo ajustó.

—No está mal, si me permites decirlo. —Se subió de un salto a su lomo—. Despeguemos, vaquero.

Nunca se acostumbraría a eso. Incluso bajo la lluvia, era excitante sentir la maravilla de lo que había debajo de ella y ascender cada vez más alto. Ahora, en medio de la niebla, empapada por la humedad que cubría la tierra, era como volar dentro de una nube, pensó, donde el sonido estaba amortiguado y no existía nada más que el vuelo.

Blair supo que ya nunca volvería a sentirse satisfecha con algo tan corriente como un avión.

La lluvia comenzó a caer con menos intensidad y, mientras el sol luchaba por atravesar las nubes con sus rayos, el arco iris apareció en el cielo. Un trazo de delicados colores que parecían gotear a través de la lluvia. Con un perezoso batir de alas, Larkin giró de modo que el arco brilló como un portal delante de ellos. Los colores se volvieron más intensos, refulgiendo como seda húmeda. Y mientras los tenues rayos de sol atravesaban las nubes, la lluvia y ese arco de delicados colores, transformaron el cielo en una maravilla.

Se oyó una llamada estridente, una especie de jubiloso estruendo, y el cielo se llenó de dragones.

Blair se quedó sin aliento, sintió literalmente que el aire escapaba de sus pulmones mientras unas bellas criaturas aladas volaban a su lado, y delante y detrás de ella. De más colores aún que el arco iris, descubrió, con sus tonos esmeralda y rubí y zafiro. Sintió que el cuerpo de Larkin se agitaba al responder a esa llamada y sonrió como una tonta cuando él volvió la cabeza y fijó en ella uno de sus ojos dorados.

Blair estaba volando junto con una bandada de dragones. ¿Manada? ¿Rebaño? ¿Qué importancia tenía? El viento de sus alas le daba en la cara y hacía ondear su pelo y su abrigo mientras atravesaban el cielo iluminado por el arco iris. Los otros dragones describían círculos y tirabuzones, realizaban saltos mortales danzando juguetones. Blair se cogió con fuerza del arnés y, anticipándose, le gritó a Larkin:

—¡Hazlo! ¡Hazlo!

Y lanzó gritos de excitación cuando él se lanzó en picado y giró en el aire. Colgada cabeza abajo mientras él volaba en posición invertida, pudo ver cómo se abría el manto de niebla para revelar el verde brillante y el intenso marrón de las tierras de Geall.

Larkin pasó rozando las copas de los árboles, planeó sobre la rápida corriente de un río, y luego ascendió, ascendió y ascendió en el aire, que ahora resplandecía bajo el intenso sol.

Larkin y ella continuaron volando, junto con el arco iris y las alas como gemas de los otros dragones, hasta que de nuevo estuvieron sólo ellos y el cielo. Abrumada, Blair se inclinó hacia adelante y apoyó la mejilla en su cuello. Recordó que él le había dicho que le debía un regalo. Acababa de hacerle uno que no tenía precio.

Ahora volaban bajo la luz del sol y ocasionales e inesperados chaparrones. Abajo alcanzaba a ver pequeños pueblos o aldeas, los escabrosos caminos que los unían, la maraña de arroyos o ríos estrechos y breves pinceladas de bosques.

Pero delante de ellos se alzaban las montañas, oscuras y rodeadas de nubes; de alguna manera, inquietantes.

Podía ver el límite del valle que se extendía a sus pies, una tierra irregular compuesta sobre todo de rocas. Un primer temblor le recorrió la columna vertebral cuando sus ojos descubrieron lo que tantas veces había visto en sus sueños.

Allí el sol no brillaba. Era como si la luz fuese absorbida, chupada hacia el oscuro vientre de barrancos y precipicios, rechazada por la hierba opaca que competía con las puntas y dientes de las rocas erosionadas por el tiempo.

La tierra subía y bajaba formando pliegues, y las ominosas montañas proyectaban enormes sombras sobre ella; sombras que creaban la ilusión de que la Tierra se movía y cambiaba.

Ahora era algo más que un estremecimiento lo que recorría el cuerpo de Blair. Era un miedo cervical y atávico. El miedo a que aquella tierra dura e inhóspita se convirtiese en su tumba.

Cuando Larkin cambió la dirección del vuelo, Blair cerró los ojos y dejó que el miedo se apoderase de ella durante un momento. Porque éste no podía ser golpeado, pensó, no podía ser derrotado con puños ni armas. El miedo tenía que ser reconocido y aceptado.

Una vez hecho eso, podría controlarlo. Y si era lo bastante fuerte, podría utilizar ese miedo para luchar y sobrevivir.

Cuando Larkin tocó tierra, ella se deslizó de su lomo. Con las piernas un tanto temblorosas, tuvo que reconocer. Pero la sostuvieron en pie, y eso era lo que contaba. Podía tener los dedos rígidos, pero respondieron, y con ellos Blair soltó el arnés de las armas.

Luego Larkin apareció junto a ella.

—Es un lugar siniestro —le dijo Blair.

Para ella fue casi un alivio cuando él contestó:

—Sí, oh sí, lo es. Es como si pudieras sentir el mal surgiendo del fondo de la Tierra. He estado ahí antes, y siempre he tenido la sensación de que era un lugar que estaba fuera de Geall. Que no formaba parte de él. Pero ese sentimiento nunca ha sido tan fuerte como hoy; como si la propia Tierra quisiera abrirse y engullirnos por completo.

—Oh, Larkin, yo también lo he sentido, tengo que reconocerlo. Se me ha helado la sangre en las venas. —Se pasó las manos por la cara y luego miró a su alrededor—. ¿Dónde estamos?

—A poca distancia del campo de batalla. No quería bajar a tierra directamente allí. Desde aquí hay un corto paseo, y primero quería disfrutar de unos momentos contigo.

—Acepto.

Él le acarició la mejilla.

—Aquí estamos muy lejos del arco iris.

—Al otro lado, diría yo. Y quiero decir algo más, antes de que emprendamos el camino para llegar a ese lugar. Ese vuelo, el arcoíris, los otros dragones, todo eso, ha sido la experiencia más increíble de mi vida.

—¿En serio? —Larkin alzó la cabeza—. Pensaba que la experiencia más increíble de tu vida habría sido hacer el amor conmigo.

—Oh, sí, correcto. Pero, inmediatamente después de eso.

—Muy bien entonces. —Le cogió la barbilla con los dedos para besarla—. Me alegra que lo hayas disfrutado.

—Ha sido más que eso. Ha sido absolutamente asombroso. El mejor regalo que jamás me ha hecho nadie.

—Ese arco iris me ha venido muy bien. Los dragones son incapaces de resistirse a él.

—¿De verdad? Son tan encantadores... Creía que los ojos se me saldrían de las órbitas.

—Te recuerdo que ya has visto antes un dragón —replicó él.

—Y tú eres el más guapo y encantador de todos ellos, bla, bla, bla, pero en serio, Larkin, son increíbles. Todos esos colores, y el poder... Espera un momento, ¿la gente acostumbra a viajar en ellos como yo lo he hecho contigo?

—Nadie monta como tú, *a stór*. Y ellos no lo hacen, no. Al fin y al cabo, no son caballos.

—Pero ¿podrías hacerlo? Tú has hablado con ellos.

—Bueno, no ha sido lo que tú llamarías una conversación. Es, desde luego, alguna clase de comunicación. Una suerte de expresión del pensamiento, del sentimiento. Y algo que solamente puedo hacer cuando estoy en el dragón, por decirlo de alguna manera.

—La guerra aérea nos daría una enorme ventaja. Quiero pensar en este asunto.

—Los dragones son criaturas amables, Blair.

—También lo son, en general, las mujeres que Glenna y yo estamos entrenando para luchar. Cuando los mundos están en peligro, tienes que usar todo lo que tienes a tu disposición, amigo.

—Pudo ver claramente la resistencia en el rostro de Larkin—. Deja que juegue un poco con la idea en mi cabeza. Es por aquí, ¿verdad?

—Sí.

Ambos echaron a andar por el estrecho camino, flanqueado de setos y hojas de lirios anaranjados. Larkin se inclinó, arrancó uno y se lo dio a Blair.

Ella contempló la flor, sus delicados pétalos de intensos y vibrantes colores. Algo silvestre y encantador.

Ella hablaba de guerra, pensó. Y él le regalaba una flor.

Tal vez fuese una tontería —tal vez ambos estuviesen siendo unos cursis— pero ella deslizó el tallo en uno de los ojales de su abrigo y aspiró el dulce perfume de la flor mientras se dirigían hacia el campo de batalla.

CAPITULO 18

Llevaban caminando apenas unos minutos cuando Blair oyó el sonido de cascos de caballos y el traqueteo de lo que supuso que sería un carromato. Cuando doblaron un recodo del camino, comprobó que estaba en lo cierto. Había dos carromatos, ambos cargados con gente y pertenencias. También había jinetes, algunos de ellos poco más que niños.

En la parte posterior de cada carromato habían atado unas mulas, y los animales trotaban con una expresión que sólo podría describirse como de extrema irritación.

El primer carromato se detuvo, y el hombre que lo conducía levantó su gorra mirando a Blair, luego se dirigió a Larkin.

—Estáis viajando en la dirección equivocada —dijo—. Por orden de la familia real, todos los que viven en esta provincia deben partir hacia Dunglas, o más lejos, incluso a la propia ciudad de Geall si pueden llegar allí. Dicen que se acercan unos demonios y que traen la guerra con ellos.

Junto a él, su mujer apretó contra su pecho al niño que llevaba en brazos.

—Este lugar no será seguro —dijo ella—. Todos están dejando sus hogares. La princesa Moira ha decretado que todo ciudadano de

Geall debe permanecer dentro de su casa en cuanto se ponga el sol. Sois bienvenidos a ocupar un lugar en nuestro carromato y a viajar con nosotros hasta la casa de mi primo, en Dunglas.

—Es muy amable de vuestra parte, señora, y os agradezco el ofrecimiento de hospitalidad, pero estamos aquí cumpliendo una misión para la familia real y para Geall. Seguiremos nuestro camino.

—Hemos tenido que dejar nuestras ovejas, nuestras cosechas.—El hombre miró hacia atrás por encima del hombro—. Pero los jinetes que llegaron del castillo dijeron que no había más remedio.

— Y tenían razón.

El hombre se volvió para estudiar a Blair.

—Y se dice, también, que han llegado guerreros y brujos de allende Geall para librar esta guerra y expulsar a los demonios fuera de nuestro mundo.

—Es verdad. —Pero Larkin vio que en los ojos del hombre había miedo y duda—. Yo he salido de este mundo y he regresado con ellos. Soy Larkin, señor de MacDará.

—Mi señor. —Ahora el hombre se quitó la gorra en señal de respeto—. Es un honor hablar con vos.

—Ella es Blair, una gran guerrera de más allá de Geall.

El chico que viajaba a caballo junto al carromato casi se cayó de la silla.

—Entonces, ¿habéis matado demonios? ¿Habéis luchado contra ellos y los habéis matado, señora?

—Seamas. —La mujer, obviamente su madre, habló con tono percutorio—. Nadie te ha dado permiso para hablar, y mucho menos para que importunes con tus preguntas.

—No hay problema. —Blair acarició el caballo. El chico tenía un rostro franco y agradable, pensó, lleno de pecas. No debía de tener más de ocho años—. He luchado contra ellos y los he matado. Y también lord Larkin.

—¡Y yo también lo haré!

Blair confiaba en que no. Tenía la esperanza de que estuviese a salvo en su cama al caer esa noche, y todas las noches siguientes.

—Un chico fuerte como tú tiene otro trabajo que hacer. Permanecer dentro de la casa todas las noches hasta que la guerra haya acabado, protegiendo a su madre y a sus hermanos y hermanas. Mantenerlos a salvo requerirá coraje.

—¡Ningún demonio los tocará!

—Ahora será mejor que continuéis vuestro camino y viajéis seguros —dijo Larkin.

—Y vosotros también mi señor, mi señora.

El hombre chasqueó la lengua para poner en marcha los caballos y sacudió las riendas. Blair los observó hasta que ambos carromatos se hubieron alejado.

—Eso es tener mucha fe en la familia real; recoger todas tus pertenencias, dejar tu hogar. Esa fe es otra arma muy poderosa.

—Le has hablado bien a ese chico, le has hecho ver que quedarse en la casa con su madre era un trabajo. El niño de Lilith tenía aproximadamente esa edad... un poco más pequeño, de

hecho.—Larkin buscó debajo de su pelo y palpó con los dedos la cicatriz que tenía en la parte posterior del cuello—. También de expresión dulce. Ese crío era el hijo de alguna madre antes de que Lilith lo convirtiese en un monstruo.

—Ella pagará por eso y por mucho más. ¿Esa mordedura te está dando problemas? —preguntó Blair cuando reanudaron la marcha.

—No. Sin embargo, no es algo que vaya a olvidar fácilmente. Como estoy seguro de que sabes por experiencia propia. —Alzó la mano de Blair, le dio la vuelta y le besó la cicatriz—. Aún me cabrea, como tú dices, que ese pequeño monstruo haya probado mi sangre. Es poco más que un bebé y estuvo a punto de acabar conmigo.

—Los pequeños vampiros no son menos letales que la variedad adulta. Y, de hecho, en mi opinión, son mucho más inquietantes.

Los setos vivos que formaban los arbustos desaparecieron y el Valle del Silencio se extendió ante ellos.

—Y hablando de inquietante —musitó ella—. No es menos escalofriante visto desde aquí. No soy ninguna cobarde, pero no me sentiría insultada si me cogieras de la mano.

—Yo no me consideraría insultado si tú cogieras la mía.

De modo que los dos se quedaron allí, cogidos de la mano, en lo que a Blair le parecía que era el fin del mundo.

La tierra descendía en una pendiente pronunciada, dentada y peligrosa. Luego se elevaba formando lúgubres montecillos u onduladas mesetas de roca. Hectáreas de ese paisaje, pensó ella.

Hectáreas de desolación y sombras con el único sonido del gemido entrecortado del viento helado a través de la hierba silvestre.

—Hay muchos lugares donde esconderse —comentó ella—. Podemos utilizarlos tan bien como ellos. La mayor parte de los combates tendrán que librarse a pie. Sólo los mejores jinetes podrían dominar un caballo en este terreno. —Blair entornó los ojos—. Será mejor que bajemos a echar un vistazo a lo que tendremos que enfrentarnos.

—¿Qué te parecería montar en una cabra?

—No me convence. —Sin embargo, le apretó la mano—. Si no podemos arreglárnoslas con esta pendiente ahora, a plena luz del día y sin presión, no nos resultará fácil hacerlo de noche, en el fragor de la batalla.

Había muchos puntos de apoyo para el descenso, descubrió Blair cuando comenzaron a bajar. Y el terreno era demasiado avieso y obcecado como para desmenuzarse bajo sus botas. Sin duda hubiese preferido un campo de batalla llano para librar la madre de todas las batallas, pero había posibilidades de usar lo que tenían en provecho propio.

—Algunas de estas grietas y cuevas poco profundas podrían resultar muy útiles para ocultar hombres y armas.

—Lo serán. —Larkin se agachó y miró dentro de una pequeña abertura—. A ellos también se les ocurrirá, como dijiste cuando estábamos en Irlanda.

—Sí, pero nosotros hemos llegado primero, y bloquearemos algunos puntos estratégicos. Con magia, quizá... podemos hablar con Glenna y Hoyt acerca de ello. O valiéndonos de las cruces.

Larkin asintió y se irguió.

—Podríamos ocupar el terreno elevado allí y tal vez allí. — Larkin señalaba mientras estudiaba la configuración del lugar—. Desde ahí nos lanzaríamos sobre ellos, eso es lo que haríamos. Caer sobre esos malditos cabrones manteniendo a los arqueros en el terreno elevado.

Blair subió a un saliente rocoso.

—Necesitaremos luz, eso es fundamental.

—No podemos contar con la luna.

—La noche en que tuvimos aquella pequeña escaramuza en la casa de Cian, Glenna consiguió crear una especie de luz. Si luchamos en la oscuridad, nos aniquilarán como a moscas. Éste es su terreno. No podemos colocar trampas aquí —añadió, frunciendo el cejo con un gesto pensativo—. No podemos arriesgarnos a que nuestros hombres tropiecen o caigan dentro de una de ellas.

Larkin le tendió la mano cuando ella se preparó para saltar a tierra.

—Ella también vendrá aquí, por la noche, para estudiar el terreno y preparar su estrategia —dijo él—. Es posible que ya haya venido; antes de que nosotros nacióramos. Antes de que hubiesen nacido quienes nos trajeron al mundo. Tejiendo su tela y soñando con la llegada de esa noche.

—Sí, ella podría haber estado aquí. Pero...

—¿Qué?

—Yo también. He visto este lugar en mi cabeza desde que soy capaz de recordar. Desde allí arriba, desde aquí abajo. A plena luz

del sol y en silencio, en la oscuridad y rodeada de los gritos de la batalla. Conozco este lugar —susurró Blair—. He tenido miedo de él durante toda mi vida.

—Y, sin embargo, has venido. Estás aquí.

—Es como si me hubiesen ido empujando, cada vez más cerca, todos los días. No quiero morir aquí, Larkin.

—Blair...

—No, no tengo miedo de morir. Tampoco estoy obsesionada con esa idea. Pero oh, Dios, no quiero acabar mis días aquí, en este lugar inhóspito y solitario. Ahogada en mi propia sangre.

—Basta. —La cogió por los hombros—. Basta ya.

Ahora los ojos de Blair se veían enormes e intensamente azules.

—No sé si lo he visto o sólo lo he imaginado a causa del miedo. No sé si me he visto a mí misma morir en este lugar. Malditos dioses, en cualquier caso, por sus mensajes contradictorios y sus demandas absurdas.

Blair apoyó las manos en el pecho de Larkin para apartarle y conseguir un poco de espacio.

—Está bien, estoy bien. Sólo ha sido un pequeño ataque de pánico.

—Es este lugar, este lugar siniestro. Se mete debajo de la piel y te hiela la sangre en las venas.

—Bien, aprovechemos eso. Pero ¿sabes una cosa? ¿Sabes qué es

lo que inclina la balanza a nuestro favor? Toda esa gente que vendrá aquí, que ocupará este terreno y luchará en este lugar, tiene algo en su interior. Sea lo que sea, ya le ha hecho un corte de mangas al mal.

—¿Qué manga?

Ella no lo habría creído posible, no en medio de aquel horrible silencio, en aquel paisaje de pesadilla, pero se echó a reír a carcajadas hasta que le dolieron las costillas.

Le explicó a Larkin el significado de esa expresión mientras atravesaban el accidentado terreno. Y le pareció más sencillo entonces caminar por él, estudiarlo, pensar con claridad. Cuando volvieron a escalar la pendiente ya se sentía más tranquila, más segura.

Se limpió las manos en los pantalones y fue a decir algo, pero en vez de eso se quedó paralizada.

La diosa estaba frente a ellos, envuelta en un halo de luz. Éste parecía surgir de su túnica blanca que, aun así, parecía mate comparada con su luminosa belleza.

«Estoy despierta —pensó Blair—, de modo que esto es nuevo. Completamente despierta, y aquí está ella.»

—Larkin, ¿tú también ves...?

Pero él ya estaba con una rodilla en tierra e inclinando la cabeza.

—Mi señora.

—Hijo mío, ¿te arrodillas delante de aquello en lo que en realidad no has creído nunca?

—He empezado a creer en muchas cosas.

—Entonces cree en lo que voy a decirte —prosiguió Morrigan—. Vosotros sois muy preciados para mí. Cada uno de vosotros. Todos vosotros. He estado observando vuestro viaje hacia aquí, a través de la luz y la oscuridad. Y tú, hija de mis hijas, ¿no te arrodillarás?

—¿Lo necesitáis?

—No. —Y Morrigan sonrió—. Sólo preguntaba. Levántate, Larkin. Tienes mi gratitud y me enorgullezco de ti.

—¿Alguna de esas dos cosas viene acompañada de un ejército de dioses? —preguntó Blair, ganándose un alarmado siseo de Larkin para que se callase.

—Vosotros sois mi ejército, vosotros y lo que lleváis en vuestro interior para el futuro. ¿Creéis que os pediría esto si no fuese posible realizarlo?

—No lo sé —contestó Blair—. No sé si los dioses sólo piden lo que puede hacerse.

—Y, sin embargo, vienes, preparas el combate, luchas. Cuentas con mi gratitud, mi orgullo y mi admiración. En este segundo mes, el tiempo del aprendizaje casi ha tocado a su fin. Ahora llegará el tiempo del conocimiento. Para obtener la victoria en esta guerra debéis saber.

—¿Qué es lo que debemos saber, mi señora?

—Lo sabréis cuando llegue el momento de saberlo.

—Ya veo. —Blair extendió las manos—. Críptico. ¿Por qué todo tiene que ser siempre críptico?

—Eso te frustra, lo sé. —Los ojos de Morrigan parecían sonreír cuando se acercó a ellos. Pero no había ninguna duda acerca del afecto que transmitían sus dedos, cálidos y reales, sobre la mejilla de Blair—. Los mortales pueden ver el camino que han trazado los dioses, pero de ellos depende elegir una dirección y seguirla. Yo os digo que los seis que formáis el círculo sois mi esperanza. La mía y la de la humanidad. Sois mi alegría y el futuro.

Ahora Morrigan acarició la mejilla de Larkin.

—Y estáis bendecidos.

Morrigan retrocedió y la sonrisa desapareció de sus ojos. En su lugar ahora había tristeza, y una especie de poderosa fuerza.

—Lo que se acerca debe suceder. Habrá dolor y sangre y pérdida. No hay vida sin coste. Las sombras caerán, la oscuridad sobre la oscuridad, y los demonios se levantarán de ella. Una espada arde a través de ésta y brilla una corona. La magia late como un corazón y lo que se ha perdido puede recuperarse si ese corazón lo desea. Transmitid estas palabras al círculo y recordadlas. Porque no es la voluntad de los dioses la que obtiene la victoria, sino la voluntad de la humanidad.

Morrigan se desvaneció junto con la luz, y Blair permaneció allí con Larkin, en el borde del terreno maldito.

—¿Tú lo recuerdas? —Blair levantó las manos y las dejó caer—. ¿Cómo se supone que nos acordaremos de todo lo que ha dicho? ¿Tú lo harás?

—Lo recordaré. Es mi primera conversación con una diosa, te aseguro que no olvidaré ni un solo detalle.

Volvieron a levantar el vuelo, alejándose del valle en dirección al primero de los tres puntos donde Blair había decidido que se colocaran las trampas. Unos minutos más tarde tocaron tierra en un hermoso claro del bosque atravesado por un bonito río de cauce sinuoso.

Blair sacó el mapa en el que habían estado trabajando los seis.

—Muy bien, si damos por supuesto que nuestro portal se encuentra aproximadamente en el mismo lugar aquí y en Irlanda y luego realizamos el mismo acto de fe en cuanto a la vía de entrada de Lilith, es decir, que los acantilados están aquí y allí más o menos en el mismo sitio, entonces los tenemos a unos treinta kilómetros hacia el oeste.

—Así es, como puedes ver aquí. —Larkin desplazó el dedo sobre el mapa a lo largo.

—Podría hacerlo —convino Blair—. Y también podría ocultar allí a parte de sus tropas. Pero tiene más sentido establecer la base en un lugar más próximo al campo de batalla. Aun cuando no lo haga, en algún momento se verá obligada a moverse de oeste a este, y si decide tomar la ruta más directa, tendría que cruzar por aquí. Y por este río. —Hizo un gesto hacia el agua—. Es más inteligente cruzarlo cerca de este punto, donde es más estrecho. Moira dijo que se había encargado del conjuro.

—Sí, hizo que trajesen al hombre santo, como tú querías. El agua fue bendecida.

—No es que dude de vuestro hombre santo, pero me sentiría mejor si lo comprobase personalmente.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un frasco con sangre.

—Cortesía del vampiro al que clavaste en el suelo la otra noche. Intentemos un poco de química.

Larkin fue hasta el río a llenar la cantimplora. Mientras estaba allí, cogió un poco de agua con las manos y se la bebió.

—Limpia y fresca en cualquier caso. Es una pena que no sea lo bastante profundo como para poder nadar un rato, o te convencería para que volviesses a quitarte la ropa.

—Tenemos el tiempo contado, chico guapo. —Blair se agachó en la orilla, junto a él, y abrió el frasco—. Sólo un par de gotas. Esto funcionará o no funcionará.

Vertió unas gotas de agua, y la sangre comenzó a burbujear y hervir al mezclarse con ella.

—¡Muy bien! Tenéis a un auténtico hombre santo. Mira cómo hierve la sangre. —Se puso de pie y, contenta, dio unos pasos de baile—. Imagina esta escena. A lo largo del camino marcha el malvado ejército de los vampiros. Tiene que cruzar el río, si no en este punto, en algún otro. «Mierda, tendremos que mojarnos los pies, pero somos el malvado ejército de los vampiros y no le tememos a un poco de agua pestilente.» Entonces comienzan a cruzar el río. Si hasta puedo oírles. «¡Splash, splash, mierda, joder!» Hacia adelante, hacia atrás, sólo empeorando las cosas. Pies mojados, diablos. Pies

chamuscados, ardientes... y peor aún si a algunos les entra el pánico y chocan entre ellos y caen al agua. ¡Oh, dicha, oh, embeleso!

Larkin permaneció acuclillado y sonriendo ante la alegría que sentía Blair.

—Ha sido condenadamente listo de tu parte.

—¡Ha sido jodidamente brillante! ¡Chócala! —Cogió la mano de Larkin y golpeó su palma contra la suya—. Es un hecho.

Larkin se levantó, la acercó hacia él y la besó larga y profundamente.

—Es un hecho que me gusta muchísimo.

—¿Quién quiere discutirlo? No sería maravilloso, oh, no sería increíble, si Lilith encabezara la marcha e iniciara su pavoneo a través del río. El paso fundamental. Eso me encantaría. —Blair respiró profundamente—. Muy bien, basta de diversión y frivolidad. Vayamos a comprobar el resto de las trampas.

Un día bueno, pensó Blair mientras se dirigían al emplazamiento de la segunda trampa. Arco iris, dragones, diosas. Había hecho frente a una de sus pesadillas personales caminando por el valle, y la había dejado atrás. Ahora estaba viendo cómo cobraban forma sus tácticas de guerra de guerrillas.

El ejército de Lilith iba a recibir unas cuantas patadas en el culo mucho antes de la fecha de Samhain. Puesto que los vampiros no se distinguían precisamente por atender a sus heridos ni por desarrollar fuertes vínculos entre sí, Lilith probablemente perdería a una parte importante de su ejército durante su marcha hacia el lugar de destino.

Cuando Larkin inició su descenso, Blair se preparó para recibir otra felicitación. Pero luego él cambió de dirección. Desconcertada, miró hacia abajo y vio una carreta volcada en el camino.

Había un hombre tendido junto a ella, una mujer con un bebé en los brazos y una niña aferrada a sus faldas.

El bebé lanzó un chillido que lo mismo podría haber sido de placer como de terror al ver que un dragón dorado estaba a punto de posarse en tierra con una mujer montada en su lomo.

La joven madre se quedó como una sábana y retrocedió al ver que el dragón se convertía en un hombre.

—¡Oh, madre bendita!

—No temáis. —Larkin le habló suavemente, añadiendo lo que Blair calificaba como su sonrisa de mil vatios—. Es sólo un poco de magia. Soy Larkin, hijo de Riddock.

—Mi señor.

Las mejillas de la mujer seguían intensamente pálidas, pero consiguió hacer una reverencia.

—Veo que tenéis un problema. ¿Vuestro hombre está herido?

—Es mi pierna. —El hombre hizo un esfuerzo por sentarse, pero sólo consiguió proferir un gemido de dolor—. Me temo que está rota.

—Dejadme que le eche un vistazo.

Blair se arrodilló a su lado. El hombre tenía el rostro ceniciento, advirtió ella, y una contusión en la barbilla.

—Se ha roto el eje. Gracias a los dioses que mi familia no ha sufrido ningún daño, pero yo he caído en mala postura. Y luego el maldito caballo se ha escapado.

—Podríais tener una pequeña fractura aquí. —Blair le sonrió para animarle—. No es tan mala como la que ha sufrido el eje, pero no podréis caminar durante algún tiempo. Necesitará ayuda, Larkin.

Éste examinó la rueda.

—No hay manera de arreglarlo sin tener madera a mano. ¿Hacia dónde os dirigíais? —le preguntó a la mujer.

—Mi señor, pensábamos hacer un alto en la posada que hay de camino a la ciudad de Geall, y luego continuar viaje por la mañana. Mi esposo tiene conocidos allí. Su hermano, Niall, forma parte de la guardia del castillo.

—Conozco muy bien a Niall. Recoged lo que creáis que no podéis dejar aquí y os acompañaremos hasta la posada.

La niña de unos cuatro años, dio unos tirones a la túnica de Larkin.

—¿Qué ha pasado con tus alas?

—De momento las he guardado, pero luego volveré a mostrártelas. Ahora debes ayudar a tu madre.

Le hizo un gesto a Blair y le preguntó, refiriéndose al hombre:

—¿Puede cabalgar?

—Tendríamos que ir al paso. Podemos entablillarle temporalmente la pierna, pero no creo que deba moverse mucho. El dolor es muy intenso.

—Muy bien, entonces tendrá que ser por el aire. A la posada sólo hay un par de kilómetros.

—Llévatelos a ellos. Dos adultos, uno de ellos herido, y dos niños. Eso es aproximadamente todo lo que puedes cargar.

—No me gusta dejarte aquí sola.

—Estamos en pleno día —le recordó ella— y estoy armada. Puedo adelantarme y comprobar la siguiente trampa. ¿A qué distancia se encuentra, medio kilómetro en esa dirección, verdad?

—Sí, pero también podrías esperarme aquí. No tardaré más de media hora en ir y volver.

—¿Y quedarme perdiendo el tiempo junto a una carreta inservible? Puedo ir a comprobar esa trampa y estar nuevamente aquí para cuando hayas completado tu viaje. Luego podemos ir a examinar juntos la última de las trampas y quizá estudiar toda la zona, ver si hay algún rezagado que necesite ayuda. Regresaremos al castillo antes de que se ponga el sol y nos tomaremos un poco de tiempo libre.

—Muy bien entonces. De todos modos te irías en cuanto yo me hubiese marchado.

—Me encanta que me comprendas tan bien.

Llevó un poco de tiempo, no sólo ayudar a subir a la familia al lomo del dragón, sino convencer primero a la mujer de que podía hacerse. De que tenía que hacerse.

—No tenéis nada de que preocuparos, Breda —argumentaba Larkin exhibiendo todo su poderoso encanto—. Volaré tan cerca del suelo como me sea posible. Os llevaré a vos y a vuestra familia a la posada en un abrir y cerrar de ojos y, una vez allí, enviaré a buscar ayuda para vuestro esposo. Mañana me encargaré de que alguien venga a arreglar la carreta y luego os la entregue allí donde estéis. No se puede pedir más.

—No, mi señor, no. Sois muy amable. —No obstante, la mujer permaneció donde estaba, restregándose las manos—. Por supuesto, he oído hablar de vuestro don. Todo Geall lo conoce, pero otra cosa es verlo... Y la idea de viajar sobre un dragón...

—¿No creéis que vuestra hija tendrá una buena historia que contar? Vamos, vuestro esposo necesita ayuda.

—Sí. Bueno, sí, por supuesto, por supuesto.

Larkin cambió de forma antes de que ella pudiese negarse y dejó que Blair se hiciera cargo del resto. Ésta ayudó al hombre herido a levantarse, sosteniéndolo mientras Larkin apoyaba el vientre en el suelo. Luego le sujetó con una cuerda que había en la carreta.

—Os estoy muy agradecido —le dijo a Blair—. No sé cómo hubiésemos podido arreglárnoslas sin vuestra ayuda.

—Si os parecéis en algo a vuestro hermano, estoy seguro de que algo se os habría ocurrido. Niall es un buen hombre. Colocaos detrás de él —le indicó Blair a la mujer—, y mantened a los niños entre ambos. Ahora os sujetaré a la espalda de vuestro esposo. Estaréis seguros, os lo prometo.

—Me gustan sus alas. —La niña trepó a gatas sobre el lomo de Larkin antes de que su madre pudiese impedirlo—. Brillan.

Cuando toda la familia estuvo acomodada y asegurada sobre su lomo, Larkin giró la cabeza hacia Blair para frotar la nariz contra su brazo. Luego se elevó en el aire.

Blair oyó los gritos de alegría de la niña cuando el dragón pasó rozando el camino y se alejó.

—Sé cómo te sientes —murmuró Blair echándose a reír.

Cruzó el camino con el mapa en la mano y comenzó a atravesar el primer campo.

Le apetecía caminar y tener un poco de tiempo para ella. No era que no estuviese loca por aquel hombre, pensó mientras acariciaba la flor que llevaba en el ojal del abrigo, pero estaba muy acostumbrada a estar sola. Y todo aquel asunto había eliminado su tiempo de soledad.

Desde que comenzó toda la historia, ella había formado parte de un equipo... un círculo, se corrigió. Personas a las que respetaba y en las que creía, no había duda de ello, pero también personas con las que había que consultar. En general, como integrante de un equipo, había resultado mucho mejor de lo que ella esperaba. Tal vez, decidió, todo fuese cuestión de quién compusiera el grupo.

Y, de alguna manera, a través de eso, ella había acabado siendo la mitad de una pareja. No habría creído en ningún momento que eso fuese a suceder, no otra vez. Y menos aún con un hombre que sabía todo lo que había que saber sobre ella y no sólo lo comprendía sino que lo valoraba.

Sabía que cuando ambos continuasen por caminos separados, se quedaría destrozada. No había ninguna otra alternativa viable, de modo que no tenía mucho sentido lamentarse por ello, y mucho menos malgastar el tiempo que aún tenían para estar juntos compadeciéndose de sí misma.

En cualquier caso, ambos tenían todavía tiempo para compartir antes de quedarse solos y tristes.

Era mejor, mucho mejor, disfrutar y apreciar ese tiempo. Cuando se hubiese acabado, ella podría volver la vista atrás y saber que había amado y había sido amada.

Elevó la vista al cielo, preguntándose cómo les iría al granjero y su familia en su primer —y si ella había juzgado bien a la madre de la prole, su último— viaje en dragón.

Larkin cuidaría de ellos. Era una de las cosas en las que era realmente bueno. En cuidar de los demás. Si a eso se añadía el aspecto de un príncipe de cuento de hadas, una actitud agresiva en el combate, una sonrisa fácil y una excelente resistencia en la cama, se tenía a alguien casi perfecto.

Blair volvió a consultar el mapa y salvó una pequeña valla de piedra para adentrarse en el siguiente campo.

Más allá, detrás de unos pocos árboles, discurría la ruta más directa que unía la costa con el valle.

«Ellos avanzarán por aquí —pensó Blair—, dos, quizá tres horas antes de llegar al río del agua bendita.» Y, al caer la noche, atravesarían de prisa aquella zona abierta en dirección al refugio que ofrecía el bosque, unos cuantos kilómetros tierra adentro.

Esta ruta era el camino lógico y más eficaz. Además, gracias a las granjas existentes en la zona, y las cabañas que salpicaban el paisaje, tenían la posibilidad de conseguir comida fresca.

«Oh, sí —decidió Blair—, por aquí llegará Lilith con su ejército. Tiene que hacerlo por esta ruta. En etapa, quizá, dejando aparte de sus monstruos en las cuevas y en varios puntos seguros a lo largo del camino, para cazar, para tender emboscadas y llevar a cabo incursiones relámpago.»

—Eso es lo que yo haría —musitó Blair y, con una última mirada al mapa, se desvió hacia el sudeste, en dirección a un pequeño y escaso grupo de árboles.

Ella lo vio casi de inmediato, y su primer pensamiento fue que algún niño o algún caminante había tropezado con la trampa y caído dentro de ella.

El corazón se le subió a la garganta, y echó a correr hacia el gran agujero excavado en la tierra, aterrada ante la posibilidad de encontrarse allí con cuerpos empalados en las afiladas estacas que había en el fondo.

Sin embargo, lo que vio fue un montón de armas desperdigadas y un caballo bien muerto.

—Se han adelantado al calendario previsto —dijo casi en un susurro, y, a pesar del brillante sol, se llevó la mano a la espalda en busca de su espada.

Debían de haber acelerado el proceso, cuando llegaron los informes de que ellos seis habían ido al Baile de los Dioses con armas y provisiones. Y desde allí se habían esfumado.

Lilith debía de saber hacia dónde habían ido, pensó Blair. De modo que su ejército estaba ya en Geall, ya se había puesto en marcha. Y ya había pasado por aquel sitio. La trampa había funcionado. Por la cantidad de armas que había en el agujero, parecía que allí hubiesen muerto una docena de vampiros... y el desafortunado caballo.

Se agachó, deseando poder disponer de un poco de cuerda. Debían recuperar aquellas armas —no desperdiciar nada— y sacar de allí a aquel pobre caballo.

Estaba pensando de qué forma Larkin y ella podían hacerlo cuando se dio cuenta de que la luz había cambiado. Al levantar la vista, comprobó que el cielo se había cubierto de nubes oscuras.

—Oh, mierda.
Mientras la penumbra caía sobre el campo, ella se levantó y comenzó a retroceder, alejándose del agujero. Entonces pensó que no eran sólo una docena de vampiros los que habían caído en una trampa. Ella misma lo había hecho.

Y ellos aparecieron, surgiendo de la tierra.

CAPITULO 19

Acabó con dos de ellos rápidamente, con un mandoble amplio e instintivo de la espada antes de que estuviesen completamente desenterrados. Pero en el fondo de su cabeza habían comenzado a sonar unas alarmas que le decían que se encontraba en un grave problema.

Ocho, contó, además de los dos a los que había convertido en sendos puñados de polvo. Los vampiros la habían rodeado, impidiéndole cualquier posibilidad de retirada. Se había metido directamente en la boca del lobo casi silbando una melodía. Si conseguía salir de ésa con vida —y tenía todas las probabilidades en contra— ya se maldeciría más tarde. En ese momento, puesto que volar no era una opción, luchar era lo único que le quedaba.

Blair se obligó a recordar que, dentro de ella, tenía una enorme capacidad de luchar. Sacó la estaca de su cinturón, bloqueó la primera hoja con su espada al tiempo que lanzaba una patada hacia atrás. Se volvió a la vez que hacía girar la espada en el aire, cortando carne, ganando tiempo. Al divisar una brecha, atacó con la estaca.

Un vampiro menos.

Pero aquéllos no eran unos reclutas bisoños que fueran a cometer demasiados errores estúpidos y fatales. Blair se enfrentaba a

unos soldados veteranos y entrenados, y todavía eran siete contra una.

Imaginó el fuego y lo envió a través de la espada que Glenna había encantado.

—Sí, venid. ¡Venid!

Atacó con la espada flamígera e hizo morder el polvo a uno de sus enemigos, que cayó a tierra con un brazo envuelto en llamas.

Luego, cuando fue a lanzar la siguiente patada, uno de ellos le cogió el pie y la envió volando por el aire. Chocó violentamente contra el tronco de un árbol y vio un montón de estrellas flotando en un campo gris bordeado por un rojo nauseabundo. Pero el vampiro que la había atacado se topó con fuego y acero, y cayó dentro de la trampa lanzando un alarido.

Blair rodó sobre el suelo y, con un horrible dolor atravesándole el cuerpo, siguió atacando con la espada flamígera. Tenía el brazo izquierdo entumecido desde el hombro hasta la mano y había perdido la estaca. Atacó, golpeó, cortó, recibió un duro golpe en el rostro que casi la hizo caer dentro de la trampa. Consiguió salvarla de un salto y luchó por mantenerse de pie y, asestando golpes violentos y terribles, logró repeler el siguiente ataque.

Uno de los vampiros buscó su garganta y Blair estrelló la empuñadura de la espada contra el puente de su nariz. Cuando él cayó hacia atrás, ella sintió que le rompía la cadena que sostenía las cruces que llevaba colgadas al cuello.

Ahora no tenía la estaca y tampoco las cruces. Y aún quedaban cinco de ellos. No lo conseguiría, ya no confiaba en poder contenerlos hasta que llegase Larkin para equilibrar las fuerzas.

O sea que no moriría en el valle sino allí y entonces. Pero Dios sabía que antes se llevaría con ella a todos los que pudiese, de modo que, cuando Larkin volviese a buscarla, pudiera acabar con el resto.

Su brazo izquierdo estaba casi inutilizado, pero aún tenía los pies, y al tiempo que utilizaba la espada flamígera, lanzó patadas a diestro y siniestro. Ellos habían conseguido debilitarla rompiendo su forma, su ritmo. Consiguió bloquear el golpe de una espada, pero la punta de la misma le abrió un largo corte en el muslo cuando bajaba. Al trastabillar ligeramente, abrió la guardia, de modo que, cuando otro de los vampiros atacó, el golpe le dio de lleno en el estómago y la dejó sin aire mientras su cuerpo volaba hacia atrás.

Cayó pesadamente a tierra y sintió que algo se desgarraba en su interior. Con las fuerzas que le quedaban, agitó la espada a ciegas y tuvo la siniestra satisfacción de ver a uno de sus enemigos envuelto en llamas.

Luego le arrancaron la espada de la mano y ya no le quedó nada con que luchar.

«¿Cuántos quedaban todavía? —se preguntó—. ¿Tres? Quizá tres. Larkin podría con ellos. No tendría problemas.» Con la cabeza dándole vueltas, hizo un enorme esfuerzo para volver a ponerse de pie. No quería morir tendida en el suelo. Cerró los puños y se esforzó en no perder el equilibrio.

Tal vez, sólo tal vez, pudiese acabar con uno más, sólo uno más, con las manos antes de que la matasen.

Pero los vampiros retrocedieron. ¿Tres? ¿Cuatro? Veía doble. Finalmente consiguió enfocar y vio a Lora que planeaba sobre el suelo.

«Ellos no tenían intención de matarme —pensó Blair con la mente nublada—. Sólo me estaban desgastando, acabando con mi resistencia. Reservándome para ella.» Algo peor que la muerte, comprendió mientras la sangre se le helaba en las venas. Se preguntó si podría encontrar un arma, alguna manera de acabar con su vida antes de que Lora la convirtiese en un monstruo.

Si pudiese conseguirlo, si lograra lanzarse dentro de la trampa. Mejor empalada que convertida en uno de ellos.

—Estoy realmente impresionada. —Lora sonrió levemente al tiempo que aplaudía—. Has derrotado a siete de nuestros guerreros más veteranos. He perdido una apuesta con Lilith. Le dije que no serías capaz de vencer a más de cuatro.

—Me alegra haber ayudado a que perdieses.

—Bueno, tenías una pequeña ventaja. Tenían órdenes de no matarte. Ese placer será sólo mío.

—¿Eso crees?

—Lo sé. ¿Y ese abrigo? He deseado ese abrigo de cuero desde el momento en que te vi en el arcén de aquella carretera de Irlanda. A mí me sentará de maravilla.

—¿O sea que eras tú? Lo siento, pero todos vosotros oléis igual para mí.

—Yo puedo decir lo mismo de vosotros los mortales. —Lora sonrió luminosamente—. Hablando de mortales, tengo que decir que tu Jeremy era absolutamente delicioso.

Sin dejar de sonreír, se llevó las puntas de los dedos a los labios y los agitó como si estuviera reviviendo el momento.

«No debes pensar en Jeremy —se ordenó Blair—. No debes darle esa satisfacción.» De modo que no dijo nada, enfrentando la risa de Lora con un silencio impasible.

—Pero ¿dónde están mis modales? Nos conocemos, por supuesto, pero no hemos sido presentadas formalmente. Soy Lora, y seré tu ama.

—Blair Murphy, y seré la que te convierta en un montón de polvo. Y el abrigo me queda mucho mejor a mí de lo que te sentaría a ti.

—¿Serás una deliciosa compañera! Apenas puedo esperar. Porque siento admiración y respeto por ti te daré la posibilidad de luchar. Sólo tú y yo. —Lora señaló al trío de soldados con el dedo y lo agitó en el aire—. Atrás, atrás, atrás, ahora. Esto es entre nosotras.

—¿Quieres pelear? —«Piensa, piensa, piensa. Piensa por encima del dolor, se ordenó Blair a sí misma—. ¿Espadas, cuchillos, con las manos?

—Me encanta con las manos. —Lora levantó las suyas y movió los dedos—. Es tan íntimo.

—Por mí no hay problema. —Blair se abrió el abrigo para mostrarle que no llevaba ninguna arma—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Bien sûr.

—¿Ese acento es real o sólo lo finges?

Sacó la cantimplora con agua que llevaba enganchada al cinturón.

—Nací en París, en el año mil quinientos ochenta y cinco.

Blair lanzó una carcajada.

—Venga ya.

—Está bien —dijo Lora, riendo a su vez—: mil quinientos ochenta y tres. Pero ¿qué mujer no miente un poco con su edad?

—Eras más joven que yo cuando moriste.

—Era más joven cuando me concedieron la verdadera vida.

—Todo es cuestión de perspectiva. —Blair alzó la cantimplora de agua y la abrió—. ¿Te importa? Tus chicos me han dado mucho trabajo. Me siento un tanto deshidratada.

—Por favor.

Blair se llevó la cantimplora a los labios y bebió un trago. El agua fue como un bálsamo para su garganta seca.

—¿Si acabo contigo, tus chicos se encargarán de acabar conmigo?

—No podrás acabar conmigo.

Blairladeó la cabeza ligeramente y elevó una rápida plegaria.

—¿Quieres apostar?

A continuación le lanzó la cantimplora, de modo que el agua bendita cayó sobre el rostro y el cuello de Lora.

Los gritos fueron como navajas oxidadas atravesando el cerebro de Blair. Había humo y un nauseabundo hedor a carne quemada. Se alejó tambaleándose, mientras Lora huía sin dejar de proferir unos horribles alaridos.

«Una arma», pensó Blair, luchando por mantener la vista enfocada, por sostenerse en pie. Todo, cualquier cosa era una arma.

Cogió una rama baja de un árbol tanto para apoyarse como para realizar un último y desesperado intento. Recurriendo a las fuerzas que aún le quedaban, tiró de la rama y sintió que ésta se quebraba. Con algo entre un sollozo y un grito, agitó la rama ante los tres vampiros que se habían abalanzado sobre ella.

El dragón se lanzó en picado desde el cielo, moviendo la cola como si fuese un látigo. Blair vio cómo uno de los vampiros salía despedido de cabeza hacia la trampa mientras el dragón se convertía en hombre y sacaba la espada del arnés que había quedado a sus pies.

Lo último que alcanzó a ver antes de caer al suelo inconsciente fue la llama brillante que despedía la espada y atravesaba la oscuridad.

Larkin luchó como un demente, sin pensar en su propia seguridad. Si los vampiros conseguían asestarle algún golpe, él no lo sentía. Su furia y su miedo estaban más allá del dolor. Los vampiros eran tres, pero si hubiesen sido treinta él se habría abierto paso entre ellos como un dios vengador.

Su dragón había empalado a uno de ellos en las estacas de la trampa y él ahora asestó un golpe terrible con la espada en el hombro de otro. El brazo amputado cayó al suelo y se convirtió en polvo, y la monstruosa criatura huyó profiriendo alaridos a través del campo. El tercero se batió en retirada. Larkin cogió una estaca y la lanzó por el aire. Con ella lo envió al infierno.

Sin soltar la espada, listo para luchar con cuantos vampiros pudiesen surgir de la oscuridad, se agachó junto a Blair. Las palabras

salieron a borbotones de su boca y todas la nombraban. Estaba pálida, pero la sangre que manchaba su cara y las magulladuras empezaban a tornarse negras.

Cuando abrió los ojos, él vio que los tenía vidriosos a causa del dolor.

—Mi héroe. —Su voz era apenas un susurro ronco—. Tenemos que movernos, tenemos que irnos de aquí; podría haber más. Oh, Dios, oh, Dios, estoy herida. Tienes que ayudarme a levantarme.

—Quédate quieta un momento. Necesito ver cuan grave es la herida.

—Es grave. ¿Es... es el sol que vuelve, o estoy avanzando por el estúpido túnel hacia esa luz blanca de la que habla todo el mundo?

—El sol ha vuelto a aparecer. Ahora todo está bien.

—Diez, había diez de ellos, y once con esa puta francesa. Mi cabeza... joder. Tengo una conmoción. Aún veo doble. Pero... —No pudo reprimir el grito cuando Larkin le movió el hombro.

—Lo siento. *A stór, a stór*, lo siento.

—Dislocado. No creo que esté roto, sólo fuera de la articulación. Larkin, tienes que volver a colocarlo en su sitio. Yo no puedo... no puedo. Tendrás que hacerlo tú, ¿de acuerdo? Luego... oh, Jesús, Jesús, ve a por un carro. No puedo montar.

—Ahora deja que yo me ocupe de ti, querida. ¿Confiarás más en mí?

—Lo haré. Confiaré en ti. Pero antes necesito que tú...

Él lo hizo rápidamente, apoyándola con fuerza contra el árbol y presionando su cuerpo contra el de ella mientras volvía a colocarle el hombro en su lugar.

Esta vez Blair no gritó, pero Larkin estaba observando su rostro y vio cómo sus ojos se cerraban antes de desplomarse contra él.

Se arrancó la manga de la túnica, y la utilizó para vendarle la herida del muslo antes de examinar su torso en busca de alguna costilla rota. Una vez que hubo hecho todo lo posible por ella, Larkin la tendió suavemente en el suelo antes de ponerse en pie para recoger las armas. Después de meterlas en el arnés, se lo colocó encima y confió en que se sostuviese.

Luego cambió de hombre a dragón, recogió a Blair y la llevó entre sus garras como si estuviese hecha de cristal.

—Algo pasa. —Glenna cogió con fuerza el brazo de Moira mientras ambas estaban en el campo de prácticas trabajando con un puñado de las alumnas más prometedoras—. Algo malo y grave. Despierta a Cian. Despiértalo ahora.

Ambas miraron el cielo, negro hacia el sudeste, y la ondulada cortina de oscuridad que caía de él.

—Larkin. Blair.

—Ve a buscar a Cian —repitió Glenna, y echó a correr. No tuvo necesidad de gritar llamando a Hoyt; él ya corría hacia ella.

—Lilith —fue lo único que Glenna dijo.

—Midir, su mago —añadió Hoyt. Y la cogió de un brazo, llevándola hacia el castillo—. Esto debe de ser obra suya.

—Ella ya está aquí y Larkin y Blair están ahí fuera, en alguna parte, en medio de la oscuridad. Es necesario que hagamos algo, de prisa. Contrarrestar el conjuro. Tiene que haber una manera de hacerlo.

—Riddock debería enviar jinetes.

—Ellos nunca conseguirán llegar a tiempo. Eso está a kilómetros de distancia, Hoyt.

—Han de hacerlo de todos modos.

Cuando entraron corriendo en el castillo, Cian bajaba de su habitación con Moira pisándole los talones.

—El ya venía hacia aquí —dijo ésta.

—Lo he notado. Una noche falsa. Puedo llegar allí más de prisa que vosotros, que cualquier mortal.

—¿Y de qué servirá eso si el sol vuelve a brillar? —preguntó Moira.

—Es hora de que pruebe esa maldita capa.

—No debemos separarnos. No podemos arriesgarnos. Y ese asunto de enviar jinetes, Hoyt. —Glenna meneó la cabeza—. Ellos no serán de ninguna ayuda ahora. Necesitamos un círculo y un contra conjuro. —Lo que necesitaban más bien era un milagro, pensó—. Y lo necesitamos ya.

—Tiene que ser fuera, al aire libre. —Hoyt miró a su hermano a los ojos—. ¿Te arriesgarás? Podemos intentarlo sin ti —añadió antes de que Cian pudiese hablar—. Nosotros tres.

—Pero las posibilidades son mejores conmigo. Hagámoslo.

Reunieron todas las cosas que necesitaban. Hoyt y Glenna ya estaban fuera del castillo, llevando a cabo unos precipitados preparativos, cuando Cian volvió a bajar, esta vez con la capa.

Moira se acercó a él cuando llegó al pie de la escalera.

—Creo que si tienes fe en tu hermano fortalecerás el conjuro de protección.

—¿Eso crees?

—Creo —contestó Moira en el mismo tono mesurado— que tu disposición a arriesgar tanto por tus amigos ya te ha proporcionado la protección que necesitas.

—Pronto lo averiguaremos. —Se colocó la capa y se cubrió la cabeza con la capucha—. Quien no arriesga, no gana —añadió. Y, por primera vez en casi mil años, salió a la luz del sol.

Notó calor. Lo sintió sobre él como plomo derretido. Le oprimía el pecho, dejaba sin aliento, pero aun así atravesó el patio.

—Todavía no me he convertido en una antorcha humana— dijo— pero no pondría ninguna objeción si esto no se prolongase demasiado.

—Lo haremos tan de prisa como podamos —dijo Glenna—. Luminosas bendiciones para ti, Cian.

—Mantengamos la luz fuera de esto, si no te importa.

—Cornalina para la velocidad. —Glenna comenzó a colocar cristales sobre un pentágono dibujado en el suelo—. Cristal de lava para la luz. Ágatas ramificadas para la protección, vilano para la unión. —Luego cogió un puñado de hierbas y las dejó caer en un cuenco—. Ajo para la protección. Lo siento —le dijo a Cian.

—Eso es un mito.

—Bien, de acuerdo. Acebo para la recuperación del equilibrio. Rosa y sauce. Poder y amor. Unid las manos. Tú no debes sacarlas de la capa, Cian, nosotros te las cogemos dentro de la manga.

—Concentraos —ordenó Hoyt con los ojos puestos en el cielo negro, la noche que se extendía por el sur y el este—. Sacad lo que tenéis. Todos tenéis poder dentro de vosotros. Sacadlo y forjad el círculo.

—Guardianes de las Atalayas —llamó Glenna—, os convocamos.

—Del este, del sur, del oeste, del norte, convocamos vuestro fuego para formar aquí este círculo.

A las palabras de Hoyt, las velas amarillas que Glenna había escogido para que representasen el sol se encendieron súbitamente.

—Morrigan la poderosa, unios a nosotros ahora —continuó diciendo Hoyt—. Somos vuestros siervos, somos vuestros soldados.

Elevando los ojos al cielo, Glenna sacó todo lo que tenía en su interior y lo proyectó.

—Bendita seáis vos y benditos seamos nosotros que intentamos combatir esta infamia. Magia contra magia, blancura y pureza contra la negritud, que aquí brote nuestra fuerza contra este

ataque. Que el poder y la justicia hagan retroceder la noche. Con la unión de nuestro espíritu elevemos nuestro grito, rompamos este tétrico conjuro en el cielo de oriente. Atended a nuestro amor y nuestra lealtad. Que lo logremos, que así sea.

La mano de Glenna tembló en la de Hoyt cuando el poder recorrió el círculo. Con los ojos aún elevados hacia el cielo, ella vio el fragor del choque. Luces que refulgían e impactaban contra la oscuridad como si fuesen espadas, desencadenando un trueno que hizo estremecer la Tierra.

—¡Rebatamos la magia negra! —gritó Hoyt—. Obliguémosla a retroceder, expulsémosla. Llamamos al sol para que brille a través de la falsa noche.

La guerra entre la oscuridad y la luz atronaba por encima de sus cabezas.

Blair se debatía confusamente entre la conciencia y el dolor.

Sentía que el viento soplaba junto a ella y le pareció ver la tierra borrosa debajo.

¿Volando? ¿Estaba volando? ¿Era eso lo que pasaba después de que morías? Pero si estaba muerta, ¿por qué demonios le dolía tanto?

Trató de moverse, pero estaba atada, atrapada. O quizá su cuerpo simplemente se negaba a seguir funcionando. Entonces se las ingenió para girar la cabeza y se encontró con un cuello dorado ante los ojos.

Larkin», pensó. Y luego se alejó flotando una vez más.

El sintió su estremecimiento y aumentó suavemente la presión para tranquilizarla y hacer que se sintiese más segura. Giró un poco la cabeza para mirarla, pero los ojos de Blair habían vuelto a cerrarse.

Estaba tan pálida... Se la veía tan frágil...

Él la había dejado sola.

Toda su vida recordaría la imagen de ella sangrando, con sólo la rama de un árbol para defenderse mientras los monstruos la rodeaban como buitres.

Si él hubiese llegado sólo unos segundos más tarde, ella ahora estaría muerta. Porque él no había estado a su lado. Porque se había encargado de poner a salvo a otras personas y se había retrasado un poco para dejar que una niña pudiese acariciar sus alas.

Cuando llegó la oscuridad, él no había estado junto a Blair.

El miedo se le comía por dentro al pensar que no importaba cuan veloz hubiese volado para llegar hasta ella, no importaba si había conseguido eliminar a los tres demonios que la habían rodeado para hacerla servir de alimento, aun así había llegado demasiado tarde para salvarle la vida.

Incluso cuando vio el castillo en la distancia, el miedo seguía royéndole las entrañas. Vio que Moira salía corriendo, y también Hoyt, Glenna, su padre y otras personas. Pero aun así lo único que sentía era ese miedo.

En cuanto tocó tierra cambió de forma sosteniendo a Blair entre sus brazos.

—Está herida. Está herida.

—Llévala dentro, de prisa. —Corriendo junto a él, Glenna apoyó los dedos en el cuello de Blair para comprobar el pulso—. A su habitación. Iré a buscar lo que necesito. Moira, ve con Larkin, haz lo que puedas por ella. Iré en seguida.

—¿Es muy grave?

Cian subió rápidamente la escalera detrás de Glenna.

—No lo sé. El pulso es débil, irregular. Su rostro... la han golpeado.

—¿Mordeduras?

—No he visto ninguna.

Buscó su caja de curas y salió disparada de la habitación.

Larkin había tendido a Blair sobre la cama y permanecía inmóvil mientras Moira apoyaba las manos en el rostro de Blair, en sus hombros, sobre el corazón.

—¿Cuánto tiempo ha estado inconsciente? —preguntó Glenna al entrar en la habitación.

—Yo... no lo sé. Se desmayó —consiguió decir Larkin—. Yo tuve que... tenía el hombro dislocado. He tenido que... ella se desmayó al volvérselo a colocar en su sitio. Creo que ha vuelto en sí una vez en el camino de regreso, pero no puedo estar seguro. La oscuridad ha llegado de repente. Yo no estaba con Blair y ellos la atacaron, estaba sola.

—Tú la has traído hasta aquí. Moira, ayúdame a quitarle el abrigo, la ropa. Tengo que ver dónde está herida.

Cian se acercó para quitarle las botas.

—Los hombres deberían marcharse —dijo Moira.

—Ella no es la primera mujer a la que he visto desnuda y no creo que a Blair eso le preocupase demasiado. ¿Cuántos eran? —le preguntó Cian a Larkin.

—Blair ha dicho que eran diez. Diez y la francesa. Cuando yo he llegado sólo quedaban tres.

—Ella se lo ha hecho pagar caro.

Cian le quitó los pantalones con mucho cuidado.

Glenna reprimió una expresión de angustia al ver las contusiones y los cortes en el cuerpo.

—Costillas. —Ahora su voz era enérgica—. Probablemente el riñón. Magullados. El hombro también está golpeado. El corte del muslo es bastante superficial. Pero Dios, la rodilla. Al menos no está rota. No tiene nada roto.

—Ella... —Larkin se inclinó y cogió una mano flácida de Blair entre las suyas—. Ella ha dicho que veía doble. Conmoción, lo ha llamado.

Ahora Glenna habló con un tono más suave.

—¿Por qué no salís de la habitación? Dejad que Moira y yo nos encarguemos de ella.

—No, no volveré a dejarla. Siente dolor. Mucho dolor. Tienes que darle algo que se lo calme.

—Lo haré, Larkin, te lo prometo. ¿Por qué no enciendes el fuego? Quiero que la habitación esté caliente.

Blair podía oír sus voces. No era capaz de distinguir unas de las otras, o de entender las palabras, pero oía suficientes sonidos como para saber que estaba viva.

El dolor también se lo confirmaba, eso y que le habían propinado una soberana paliza.

Ahora percibía algunos olores. Humo de turba, Glenna, y algo intenso y floral. Pero cuando trató de abrir los ojos, sus párpados se negaron a cooperar. Eso hizo que el pánico se escurriese en su pecho como pequeñas y horribles gotas de ácido.

¿Coma? Ella no quería estar en coma. La gente caía en ese estado y, a veces, jamás salían de él. Prefería estar muerta a quedarse atrapada en la oscuridad, oyendo, sintiendo, pero sin ser capaz de ver o de hablar.

Entonces notó que algo se deslizaba por encima de ella, como si fuese seda. Apenas un roce sobre la piel, luego debajo de ésta, y a continuación más profundamente, hasta donde el dolor estaba cerrado como un puño.

Después la seda se calentó, y finalmente le quemó. Oh, Dios. Esa quemazón obligó al puño a abrirse hasta que el dolor se extendió y se quebró en mil pedazos dentados.

Sus ojos se abrieron a la luz cegadora.

—¡Hijo de puta!

En su mente, ella gritó ese insulto, pero el sonido que salió de sus labios fue como un graznido ronco.

Cogió aire para volver a insultar, pero lo peor del dolor fue disminuyendo hasta convertirse en una palpitación lenta y regular.

—Duele, lo sé, curarse duele. ¿Puedes verme? ¿Blair? No, quédate aquí ahora y mírame.

Blair se obligó a abrir nuevamente los ojos. Glenna apareció en su campo visual, su rostro muy próximo al suyo. Su mano sostuvo la nuca de Blair y le levantó suavemente la cabeza.

—Bebe un poco de esto. Sólo un poco. No puedo darte demasiado debido al golpe que has recibido en la cabeza. Pero esto te ayudará.

Blair tragó el brebaje y dio un respingo.

—Sabe a corteza de árbol líquida.

—No andas muy descaminada. ¿Sabes dónde estás?

—He vuelto.

—¿Cómo te llamas?

—Blair Murphy. ¿Quieres saber también mi rango y número de serie?

Los labios de Glenna se curvaron en una sonrisa.

—¿Cuántos dedos?

—Dos y medio. Tengo la visión un tanto borrosa. —Pero se esforzó en enfocar, en ver. La habitación estaba llena de gente... todo el equipo—. Eh. Dorothy, Espantapájaros, el Hombre de Hojalata. —Se dio cuenta de que su mano aferraba la de Larkin, probablemente con fuerza suficiente como para romperle los huesos. Relajó los dedos y consiguió esbozar una sonrisa—. Gracias por salvarme la vida.

—No ha sido ningún esfuerzo. Tú ya te habías encargado de la mayoría de ellos.

—Estaba acabada. —Volvió a cerrar los ojos—. Derrotada.

—No debí dejarte sola.

—Corta ese rollo. —Blair habría acompañado sus palabras de un ligero golpe si hubiese tenido fuerzas suficientes para hacerlo—. Es un error y es inútil.

—¿Por qué lo hicisteis? —le preguntó Cian a Larkin—. ¿Por qué os separasteis?

Mientras Larkin le hablaba del hombre herido en la carreta, Blair cerró los ojos. Podía oír que Glenna y Moira murmuraban entre sí. Medio ida, pensó que Glenna tenía una voz sedosa... en cierto modo sensual y elegante. La de Moira era más parecida al terciopelo, suave y cálida.

Ese era un pensamiento un tanto extraño, decidió. Pero al menos estaba teniendo pensamientos.

Mientras trabajaban en ella, el dolor resurgió, luego retrocedió, volvió a aparecer y entonces se calmó. Comenzó a anticipar el ritmo del ciclo de dolor, pero entonces hizo un descubrimiento.

—¿Estoy desnuda? —Se habría incorporado apoyándose sobre los codos si Glenna no se lo hubiese impedido—. Estoy desnuda. Oh, Dios.

—Estás bastante cubierta con una sábana. Teníamos que ver tus heridas —le dijo Glenna—. Estás bastante llena de cortes y magulladuras, de modo que yo no me preocuparía mucho por el recato en este momento.

—¿Y la cara? —Blair alzó una mano para comprobarlo por sí misma—. ¿La tengo muy mal?

—Recato y vanidad —dijo Glenna—. Buenos síntomas. En este momento, no llegarías a la final en el concurso de Miss Cazadora de Vampiros, pero a mí me parece que estás muy bien.

—Estás muy hermosa. —Larkin le cogió la mano y se la besó—. No podrías estar más hermosa.

—Tan mal como eso, ¿eh? Bueno, mis heridas se curan rápidamente. No tan rápido como vosotros, tíos —le dijo a Cian— pero bastante rápido.

—¿Puedes contarnos qué ha sucedido cuando Larkin y tú os habéis separado? —Hoyt le tocó el tobillo—. Nos ha dicho que eran diez.

—Sí, diez, y con Lora, once. La trampa funcionó. Dentro había un caballo muerto, y también armas. Deberíamos recuperar esas armas. Estaban bajo tierra.

—¿Las armas? —preguntó Hoyt.

—No, los vampiros. Escondidos bajo tierra. Una trampa en una trampa. De repente ha llegado la oscuridad... bum. Como un eclipse solar, pero más rápido. Y ellos han salido de la tierra. He conseguido eliminar a dos antes de que se desenterrasen del todo. Luego me he dado cuenta de que no estaban tratando de matarme, lo que, para ser honesta, es la razón de que ahora no esté muerta. Ellos sólo me estaban debilitando para ella. Zorra cobarde.

—Pero tú la has matado.

Blair meneó la cabeza mirando a Larkin y se arrepintió inmediatamente de ese movimiento.

—No. No lo creo. No podría haberla derrotado en un combate. Apenas podía tenerme en pie, y ella lo sabía. Se ha acercado pavoneándose y diciendo tonterías sobre que iba a convertirme en su amante vampira. Pero ahora ella también está herida, oh, ya lo creo que sí. Y su aspecto tampoco debe de ser muy bueno. La cantimplora de agua.

—¡El agua bendita! —musitó Larkin—. Eres realmente inteligente.

—Cualquier cosa es un arma. Le he arrojado toda el agua que he podido en el rostro. Y he dado en el blanco. La cara, el cuello. La he oído gritar mientras huía. Pero eso era todo, era todo lo que me quedaba. Ha sido estupendo que llegaras, Larkin.

—Tenías una rama.

—¿Una rama de qué?

—Una rama de árbol —dijo él, y volvió a besarle los dedos—. Esgrimías una rama de árbol.

—¿Sí? Bien por mí. Tengo algunas lagunas aquí y allá.

—Es suficiente por ahora. —Glenna volvió a acercar la copa a los labios de Blair—. Bebe un poco más de esto.

—Preferiría un margarita helado.

—¿Y quién no? —Glenna acarició la cara de Blair—. Ahora debes dormir.

CAPITULO 20

Tenía la sensación de que se deslizaba entre el sueño y la vigilia, y el dolor estaba allí, esperándola, cada vez que recuperaba la conciencia. Entonces la debilidad volvía a arrastrarla hacia abajo, pero no antes de que oyese susurros y murmullos. No antes de que se oyera a sí misma respondiendo a preguntas que parecían caer sobre ella cada vez que volvía al mundo.

¿Por qué simplemente no la dejaban dormir?

Luego alguien vertía un poco más de corteza de árbol líquida en su garganta y Blair se alejaba flotando de nuevo.

En ocasiones, cuando se iba, regresaba a aquel campo y revivía cada golpe, cada bloqueo, cada movimiento de los que había creído que eran los últimos momentos de su vida.

Otras veces, simplemente, se alejaba flotando hacia la nada.

Larkin estaba sentado a su lado, observando cómo Glenna y Moira se turnaban para cuidarla. Observando cómo alguna de ellas entraba en la habitación para encender las velas o añadir un poco de turba al fuego que ardía en el hogar. O simplemente apoyar una mano sobre la frente de Blair y comprobar si tenía fiebre.

Cada dos horas exactamente, una de ellas la despertaba y le hacía algunas preguntas. Lo hacían debido a la conmoción, le

explicó Glenna. Era una medida de precaución, porque Blair había recibido golpes muy fuertes en la cabeza.

Entonces él pensaba en lo que podría haber ocurrido si alguno de esos golpes la hubiese dejado inconsciente, en lo que aquellos monstruos le habrían hecho mientras estaba allí sola.

Cada vez que pensaba en ello, que lo imaginaba, le cogía la mano para comprobar el latido del pulso por debajo de la cicatriz que tenía en la muñeca.

Pasaba las horas contándole tonterías y, algún rato, tocando la flauta, que Moira le había traído. Él pensaba —esperaba— que Blair pudiese descansar más plácidamente acompañada por la música.

—Deberías irte, descansar un par de horas. —Moira le acarició la cabeza mientras hablaba—. Yo me quedaré haciéndole compañía.

—No puedo.

—No. Yo tampoco podría hacerlo si estuviese en tu lugar. Pero Blair es muy fuerte, Larkin, y Glenna muy experimentada en lo suyo. Me gustaría que no te preocupases tanto.

—No sabía que eso estaba dentro de mí. Que pudiese sentir algo tan profundo por una persona. Que pudiese saber, sin vacilación, sin ninguna duda, que una mujer sería... bueno, lo sería todo para mí.

—Yo sí lo sabía. No que sería Blair, pero que habría alguien. Y que cuando la encontrases, ella lo cambiaría todo. —Moira se inclinó para besarle la cabeza—. Estoy un poco celosa. ¿Te molesta?

—No. —Larkin volvió la cabeza y apretó la cara contra el costado de Moira—. A ti te querré toda mi vida. Creo que podría

estar a miles de kilómetros de distancia y aun así, podría estirar la mano y tocar la tuya.

Las lágrimas empañaron los ojos de Moira.

—Yo no podría haber elegido a nadie mejor para ti que Blair. Con todo, es la más afortunada de las mujeres.

—Está despertando.

—Bien, ahora habla con ella. La mantendremos con nosotros unos momentos y luego le daré un poco más de la medicina de Glenna.

—Aquí estás. —Larkin habló suavemente, poniéndose en pie para cogerle la mano—. Mo chroi. Abre los ojos.

—¿Qué? —Blair levantó los párpados—. ¿Qué pasa?

—Dime cómo te llamas.

—Escarlata O'Hara. ¿Es que no puedes recordarlo ni cinco minutos?—dijo ella con evidente irritación—. Blair Murphy. No tengo daños cerebrales. Sólo estoy cansada y herida.

—Está bastante lúcida —decidió Moira y vertió un poco más del brebaje de Glenna en una taza.

—No quiero más de ese mejunje. —Al escuchar el tono petulante de su propia voz, Blair cerró un momento los ojos—. Escuchad, no quiero ser desagradable. O, bueno, tal vez sí, ¿y qué? Pero ese brebaje hace que me sienta mareada y fuera de mi cuerpo. Lo que no sería tan malo si alguien no me estuviese despertando cada diez jodidos minutos para preguntarme cómo me llamo.

Moira, sin inmutarse en absoluto por la protesta de Blair, dejó la taza a un lado.

—Glenna me ha dicho que debía despertarla si Blair se negaba a tomar la medicina.

—Oh, joder, no vayas a buscar a la enfermera Rachett.

—Volveré en un momento.

Larkin se sentó en el borde de la cama mientras Moira abandonaba la habitación.

—El color ha vuelto a tus mejillas. Es un alivio para mí.

—Apuesto a que en este momento soy de todos los colores. Azul, negro, morado, ese amarillo enfermizo. Menos mal que aquí está oscuro. Oye, no es necesario que te quedes.

—No pienso ir a ninguna parte.

—Aprecio el gesto. Pero... escucha, ¿podemos hablar de otra cosa que no sea yo y mi culo severamente pateado? Cuéntame algo. Cuéntame... ¿cuándo fue la primera vez que supiste que podías cambiar de forma?

—Oh, debía de tener unos tres años y quería tener un cachorro. Mi padre tenía sabuesos, pero eran unos perros demasiado majestuosos como para jugar con niños como yo, correr a buscar una pelota o un palo.

—Un cachorro. —Ella se relajó con el sonido de su voz—. ¿Qué clase de cachorro?

—Oh, cualquier clase hubiese servido, pero mi madre dijo que no quería tener otro perro en la casa; que ya tenía suficiente con

ocuparse de mí y del bebé. El bebé era mi hermano, quien debía de tener entonces poco más de un año. Y, en aquella época, yo ignoraba que mi madre ya llevaba en su vientre también a mi hermana.

—No me extraña que no estuviese dispuesta a educar además a un perro.

—Mi madre ha venido a verte esta noche dos veces. Y mi hermana y mi padre también.

—Oh. —Blair se palmeó la cara imaginando su aspecto—. Genial.

—Bien, para continuar con la historia, yo les rogaba que me dejaran tener un cachorro, pero era inútil. Mi madre se mostraba firme en su decisión, yo estaba muy enfadado en mi cuarto e imaginaba que me escapaba con los gitanos, con quienes podría tener todos los cachorros que quisiera, y cosas así. No dejaba de pensar en ello, y entonces, de repente, se produjo... un movimiento dentro de mí. Y vi una luz que giraba. Yo estaba muy asustado y llamé a mi madre. Pero lo que hice fue ladrar.

—Te convertiste en un cachorro.

Sus ojos estaban más claros ahora; él podía verlo, podía ver la diversión en ellos mientras le explicaba la historia.

—Oh, qué horror... y qué excitación. No podía tener un cachorro, de modo que me convertí en uno; fue algo asombroso.

—Haría un comentario sutil acerca del jugar con uno mismo, pero sería un chiste fácil. Continúa.

—Muy bien, salí corriendo de mi habitación y bajé la escalera. Mi madre me vio y, pensando que yo había metido un cachorro en la

casa a pesar de su negativa, se lanzó a por mí. Pensé que, cuando se diese cuenta de lo que había hecho, me daría una buena zurra, y traté de salir de casa. Pero ella me acorraló. Siempre ha sido muy rápida. Me alzó cogiéndome por el cogote y yo empecé a gimotear. Debía de tener un aspecto lastimoso, ya que mi madre suspiró profundamente y me rascó detrás de las orejas.

—Qué dulce.

—Sí, mi madre tiene un corazón bueno y cariñoso. Aún puedo oírla, tan claro como si fuese ese día. «Ay ese niño, dijo, qué voy a hacer con ese niño. Y contigo, me dijo a mí, sin saber que yo era ese niño.» Luego se sentó, conmigo en su regazo. Cuando empezó a acariciarme, yo recuperé mi forma.

—¿Y qué pasó cuando ella recobró el conocimiento?

—Oh, mi madre está hecha de una madera más dura que eso. Recuerdo que abrió los ojos como platos, pero los míos debían de estar igual de grandes. Le rodeé el cuello con los brazos, feliz de ser un niño otra vez. Ella no dejaba de reír. Su abuela, al parecer, tenía el mismo don.

—Excelente. De modo que se trata de un rasgo familiar.

—Y parece que se presenta de un modo irregular. Hacia fines de aquella semana, su abuela, una mujer que juro que era más vieja que la luna, vino a quedarse con nosotros y enseñarme lo que yo necesitaba saber. Y trajo con ella un pequeño cachorro moteado al que yo llamé Conn, por el guerrero de las mil batallas.

—Es una historia muy bonita. —Sus párpados empezaron a cerrarse—. ¿Qué le pasó a Conn?

—Vivió doce años muy buenos, luego cruzó el Puente de los Arco Iris, y pudo volver a ser un cachorro otra vez y jugar todo el día bajo el sol. Ahora debes dormir, aghrá. Estaré aquí cuando despiertes.

Larkin alzó la vista cuando Glenna entró silenciosamente en la habitación, y hasta esbozó una sonrisa.

—Se ha vuelto a dormir. Un sueño natural. Eso es bueno, ¿verdad?

—Sí. Ya no tiene fiebre —dijo Glenna después de haber apoyado la mano en la frente de Blair—. Si ha rechazado la medicina es porque el dolor ha remitido. Y tiene buen color. Moira dice que no quieres dejarla sola.

—¿Cómo podría hacerlo?

—Si se tratara de Hoyt, yo diría lo mismo. Pero ¿por qué no te acuestas a su lado y descansas un poco?

—Podría molestarla mientras duermo. No quiero hacerle daño.

—No se lo harás. —Glenna fue hasta las ventanas y corrió las cortinas—. No quiero que el sol os despierte a ninguno de los dos. Si me necesitas, ven a buscarme o envía a alguien, pero creo que ahora descansará sin problemas durante unas horas.

Apoyó una mano sobre el hombro de Larkin y luego se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Tiéndete junto a ella un rato y haz lo mismo.

Cuando Larkin lo hizo, Blair se agitó un poco, sólo lo suficiente como para acercársele. Él le cogió una mano tan suavemente como pudo.

—Ella pagará por lo que te ha hecho. Te lo juro; lo pagará—le dijo a Blair.

Luego cerró los ojos mientras escuchaba la respiración regular de ella. Y, finalmente, se durmió.

En otro sitio, el fuego ardía en el hogar y las cortinas estaban corridas contra el amanecer.

Los alaridos salvajes de Lora resonaban en toda la estancia, y la vampira se agitaba violentamente mientras Lilith, una vez más, extendía un bálsamo color verde claro sobre las quemaduras y las grandes ampollas que cubrían el rostro, el cuello e incluso los pechos de su amiga.

—Quieta, quieta. No, querida mía, mi dulce, dulce niña. No luches conmigo. Esto te ayudará.

—¡Me quema! ¡Me quema!

—Lo sé. —Las lágrimas se concentraban en la garganta de Lilith, en sus ojos, mientras cubría con el bálsamo las terribles quemaduras que Lora tenía en el cuello—. Oh, mi pobre niña, lo sé. Un poco más aquí, y otro poco allá. Bebe un poco de esto.

—¡No lo quiero!

Lora apartó la cabeza y cerró con fuerza los ojos y la boca.

—Pero debes hacerlo. —Aunque le destrozaba el corazón provocarle a Lora aún más dolor, Lilith la cogió con fuerza de la nuca para obligarla a beber un poco de líquido—. Sólo un poco más, querida, sólo un poco. Bien, eso ha estado muy bien, cariño.

—Ella me hizo daño. Lilith, ella me hizo daño.

—Ahora no debes hablar. Ya lo solucionaremos.

—Ella me hirió gravemente. —Las lágrimas se deslizaron sobre el bálsamo cuando Lora volvió a apartar el rostro—. Estoy horrible y quemada. ¿Cómo podrás volver a mirarme después de lo que ella ha hecho con mi cara?

—Para mí eres más bella ahora. Más preciosa. —Apoyó los labios muy suavemente sobre los de Lora. Lilith no había permitido que nadie más la cuidase. Nadie, se prometió, tocaría esa piel quemada excepto ella—. Eres mi niña más dulce. La más valiente.

—¡Tuve que esconderme en la tierra!

—Shhh. Eso ahora no importa. Lo que cuenta es que has podido regresar a mí. —Lilith cogió la mano de Lora y le dio la vuelta para besarle la palma—. Que te tengo nuevamente conmigo.

La puerta se abrió y Davey entró en la habitación. Llevaba una copa de cristal en una bandeja de plata y tenía los labios apretados en un gesto de concentración.

—No he derramado nada. Ni una sola gota.

—Eres un niño grande.

Lilith cogió la copa y acarició con la otra mano el pelo del niño. Una vez más, Lora volvió el rostro.

—Davey no debería verme así.

—No. Él tiene que saber lo que son capaces de hacer esos mortales. Ven, Davey, ven a sentarte con nuestra Lora. Con suavidad, no la empujes.

Davey se subió a la cama con mucho cuidado.

—¿Te duele mucho?

Lora asintió.

—Mucho.

—Me gustaría que no te doliera. Puedo traerte un juguete.

A pesar del intenso dolor, Lora sonrió.

—Quizá más tarde.

—Te he traído sangre. Aún está caliente. No he bebido nada—
añadió, acariciándole la mano como había visto hacer a Lilith—.
Mamá dijo que la necesitas toda para ponerte bien y volver a estar
fuerte.

—Eso es. Ahora bebe. —Lilith acercó la copa con sangre a los
labios de Lora—. Bebe, pero muy despacio.

La sangre la fortaleció y la droga que Lilith le había
administrado antes la ayudó a calmar un poco el dolor.

—Eso ayuda. —Permaneció tendida, con los ojos cerrados—.
Pero me siento tan débil. Oh, Lilith, al principio creí que me había
quedado ciega. Los ojos me quemaban. Ella me engañó. ¿Cómo
pude ser tan estúpida?

—No debes culparte. No, no debes.

—Tendrías que estar furiosa conmigo.

—¿Cómo podría estarlo en un momento así? Llevamos cientos
de años juntas, mi amor, para lo bueno y para lo malo. ¿Puedo decir
que cometiste una tontería? Por supuesto, pero yo habría hecho lo
mismo. ¿Qué atractivo tiene la cacería sin un poco de adorno? —Se
bajó la parte superior de la túnica para revelar la cicatriz en forma de

pentágono que tenía entre los pechos—. ¿Acaso no llevo yo esta cicatriz por haber jugado demasiado con un mortal en una ocasión?

—Hoyt. —Lora escupió el nombre—. Tú te enfrentaste a un hechicero, sin embargo no había nada de magia en esa puta que me quemó.

—Cuando mamá mate a ese hechicero, lameré su sangre, como hace un cachorro con la leche.

Lilith se echó a reír y revolvió el pelo de Davey.

—Éste es mi niño. Y tú, Lora, no estés tan segura de que esa cazadora de vampiros no sea capaz de hacer magia. —Alzó a Davey y lo sentó sobre su regazo—. No creo que hubiese podido herirte de esta manera sin recurrir a la magia.

—Al menos ella también quedó herida. Tal vez mortalmente.

—¿Lo ves? Siempre hay un lado brillante. —Lilith besó a Davey—. Es Midir quien debe hacerlo mejor. ¿Acaso la noche no se le escurrió de entre los dedos? ¿Acaso la magia blanca no derrotó a la suya?

Lilith tuvo que esperar un momento para calmarse ante la ira que le provocaba la incompetencia de su mago.

—Me libraría de él siuviésemos a otro mago tan poderoso como él. Pero te prometo, te juro, que lo pagarán. Cuando llegue Samhain, te bañarás en la sangre de esa mortal, querida mía. Todos beberemos de ella, larga y profundamente. Y, cuando yo gobierne, tú estarás a mi lado.

Lora, reconfortada, extendió la mano.

—¿Te quedarás conmigo un poco más? ¿Te quedarás mientras duermo?

—Por supuesto. Después de todo, somos una familia.

Blair se despertó por etapas. Primero su mente se agitó, dando vueltas y analizando lentamente dónde se encontraba, lo que había sucedido, hasta que la cabeza comenzó a dolerle con una palpitación sorda y regular. Luego sus ojos latieron con ella, y tomó conciencia de otros dolores: hombro, costillas, estómago, piernas. Mientras permanecía inmóvil, en la cama, evaluando la situación, se dio cuenta de que no había una sola parte del cuerpo que no le doliese.

Pero era más soportable que el dolor que la había dejado sin respiración. El gusto de la poción que le había dado Glenna impregnaba su garganta. No era horriblemente desagradable, decidió. Sólo un poco espeso y ahumado, pero aun así deseó beber varios litros de agua para quitárselo.

Abrió los ojos con suma cautela. Luz de velas, luz de leños ardiendo. De modo que aún no había amanecido. Bien. Se sentía razonablemente bien.

De hecho, se sentía lo bastante bien como para tener hambre, algo que sin duda debía de ser una buena señal. Hizo un esfuerzo para incorporarse justo en el momento en que vio que Larkin regresaba a la cama desde la ventana más alejada.

—Eh, ve a descansar un rato.

Él se detuvo y la miró un momento.

—Estás despierta.

—Sí, y antes de que me lo preguntes, mi nombre es Blair Murphy, estoy en Geall y un puñado de vampiros me patearon el culo. ¿Crees que puedo conseguir algo de comer?

—¡Tienes hambre!

El casi cantó las palabras mientras corría hacia la cama.

—Sí. Tal vez sólo un pequeño tentempié de medianoche... o la hora que sea.

—¿Cómo te encuentras?

—Con la abuela de todas las jaquecas —admitió—, y algunos otros dolores. Sobre todo me siento mareada y aletargada. Aparte de eso —añadió con una leve mueca— tengo una terrible necesidad de orinar. De modo que, ya sabes, vete un momento.

Pero Larkin, en cambio, la alzó en brazos y la llevó hasta el orinal que había detrás de un biombo pintado.

—No puedo hacerlo si tú estás aquí. Simplemente no puedo. Quiero que salgas de la habitación y cuentes hasta treinta. —Se encogió cuando la vejiga le dio una punzada—. Que sean cuarenta. Venga, permite que una chica tenga un momento de privacidad.

Larkin puso los ojos en blanco, pero hizo lo que ella le pedía. Exactamente cuarenta segundos después estaba de nuevo en la habitación, por donde ella daba unos pasos vacilantes. En un instante, fue hasta su lado y la sujetó del brazo.

—Glenna ha dicho que podrías sentirte algo mareada.

—Un poco. Estoy un poco mareada, un poco tambaleante y con dolores en todo el cuerpo. Pero podría ser mucho peor, considerando que, en este momento, podría estar muerta o anhelando una buena cantidad de sangre. Quiero echarme un vistazo.

Ayudada por Larkin, se acercó cojeando hasta el espejo. La mejilla izquierda estaba arañada desde la nariz hasta la sien y lucía los dos ojos a la funerala. Glenna le había puesto una especie de vendaje para cerrarle el corte que tenía en la frente. Se volvió y observó que, si bien su hombro era un amasijo de magulladuras, ya comenzaban a adquirir ese repugnante tono amarillo-verdoso que indicaba que comenzaban a curarse.

—Sí, podría haber sido peor. —Se pasó las manos por las costillas—. Muy sensibles todavía, pero nada roto. Eso es positivo.

—Nunca había pasado tanto miedo en toda mi vida.

—Yo tampoco. —Ella lo miró a los ojos a través del espejo—. No sé si te lo he agradecido o lo he soñado en uno de mis viajes a la Dimensión Desconocida, sé que te debo la vida. Nunca olvidaré cuando te vi vapulear a aquellos tres vampiros como si no fuesen nada.

—Si hubiera llegado antes...

—¿Todo este asunto no gira alrededor del destino? Si hubieras tenido que estar allí antes, lo habrías hecho. Llegaste a tiempo y eso es lo único que importa.

—Blair.

Larkin apoyó la cabeza sobre su hombro sano, y le habló en un suave susurro y en gaélico.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó ella.

—Queda para después. —Se irguió—. Ahora iré a buscarte algo de comida.

—Podría hacer un buen uso de ella. Me siento como si no hubiese comido en varios días. No volveré a meterme en la cama. Me sentaré.

Él la ayudó a hacerlo en un sillón junto al fuego y luego buscó una manta para cubrirle las piernas.

—¿Quieres que corra las cortinas?

—Sí, por favor. Escucha, después de que hayas encontrado a alguien que me consiga un poco de comida, deberías ir y tratar de dormir lo que queda de noche... ¡Oh! —Blair parpadeó y se llevó una mano a los ojos para protegerse del resplandor del sol a través del cristal.

—He dormido algo —dijo él con una rápida sonrisa.

—Sí, bueno, aparentemente lo has hecho. ¿Qué hora es?

—Yo diría que pasado el mediodía.

—Medio... —Dejó escapar el aire—. Supongo que mis poderes de curación avanzados han tenido tiempo para un entrenamiento intensivo.

—Iré a ver si te consigo algo de comida si me prometes quedarte donde estás.

Blair se frotó con mucho cuidado la rodilla herida.

—No pienso ir a ninguna parte.

Obviamente, él no se fió de su palabra, pues Glenna entró en la habitación un momento después.

—Tienes mejor aspecto.

—Entonces, antes debía de parecer la cólera de Dios.

—Efectivamente.

Glenna apoyó su caja sobre una mesa y la abrió. Y Blair frunció el cejo con un gesto más que expresivo.

—Realmente no necesito beber más de ese brebaje de corteza mágico.

—Lo cambiaremos por otra cosa. ¿Visión doble?

—Se ha reducido a niveles normales, la cabeza me duele horriblemente.

—Puedo ayudarte con eso. —Glenna se acercó y apoyó los dedos en las sienes de Blair—. ¿Cómo está tu hombro?

—Me molesta, más que las costillas, pero no está demasiado mal. Debo de tener también un golpe feo en la rodilla. Está un poco inflamada.

—Considerando que tenía aproximadamente el doble de su tamaño normal cuando Larkin te trajo, yo diría que «un poco de inflamación» es una buena señal. ¿Sabes? Ésta es la primera vez que sale de la habitación desde que te trajo de regreso.

—Pero me ha dicho que había dormido algo.

—Yo le convencí para que se acostase un rato a tu lado.

—Se culpa a sí mismo. Es una estupidez.

—Es una estupidez, estoy de acuerdo. Pero eso es sólo una parte. Larkin te ha estado cuidando toda la noche porque está desesperadamente enamorado de ti. ¿Cómo está la cabeza ahora?

—¿La qué? Oh... Mejor —dijo— Mucho mejor. Gracias. Oh, Dios, ¿qué voy a hacer?

—Ya se te ocurrirá alguna cosa. Te traerán un poco de té... una de mis infusiones. Le añadiremos un poco de esto y de aquello y te lo beberás todo. Veamos lo que puedo hacer con ese hombro.

—Si me quedase aquí, en Geall, estaría volviéndole la espalda a todo aquello para lo que he nacido. A lo que me llevó hasta él en primer lugar. Glenna, no puedo. No importa lo que sienta, no importa lo que quiera, no puedo dejar de ser lo que soy.

—Obligación y amor. Ambos pueden librar sus propias y desagradables guerras, ¿verdad? Ahora relájate. Intenta un poco de respiración yoga. Eres una mujer muy fuerte, Blair. Mente, cuerpo, corazón. Mucha gente no comprende cuan difícil es ser una mujer fuerte. Si tuviésemos que apostar, yo diría que Larkin es un hombre que lo entiende.

Más tarde, cuando hubo comido y se sentía más serena, Blair convenció a Larkin de que necesitaba salir de la habitación y caminar un poco. Se dio cuenta de que él estaba al tanto para sujetarla al menor signo de debilidad. Y en realidad se sentía débil; pero del corazón más que del cuerpo. Ella tenía que decirle, él merecía que se lo dijese, que no podía comprometerse a nada. Que

cuando hubiesen terminado con lo que les habían encomendado, ella tendría que abandonarle.

Blair sabía muy bien lo que significaba ser rechazado, y deseaba con toda el alma que las cosas pudiesen ser diferentes. Que ella pudiera ser diferente.

Caminaron hasta el patio de la fuente, el que se veía desde su ventana. Allí la luz del sol era intensa, y el aire tenía el frescor del primer soplo del otoño.

—Sólo queda un mes —dijo Larkin, y se sentó con ella en un banco de mármol azul.

—Estaremos a punto.

—Sí, lo estaremos. Dentro de pocos días, Moira extraerá su espada de la piedra.

—¿Y qué pasa si no es ella? ¿Y si eres tú?

—No soy yo. —Se encogió de hombros—. He buscado dentro de mí y sé que, si fuese yo el elegido, lo sabría. Siempre lo habría sabido, como Moira lo sabe en alguna parte de su interior. Y gracias a los dioses.

—Pero tu familia. Este lugar. Estás unido a él, por nacimiento. Por sangre.

—Es cierto. —Le cogió la mano, jugando ociosamente con sus dedos—. Es el lugar donde he nacido y siempre lo echaré de menos.

—¿Tú... qué? ¿Echarlo de menos? ¿Por qué? Vamos a ganar. Sólo porque me hayan dado un revolcón no significa que vayan a derrotarnos.

—No, no significa eso. No nos derrotarán. —Levantó la vista de los dedos de ella y la miró a los ojos. Los suyos eran como acero dorado—. Porque lucharemos hasta el último hombre. Hasta la última gota de sangre.

—Entonces, ¿por qué...?

—Deja que te haga una pregunta —la interrumpió él—, una que ninguno de los dos ha hecho todavía. ¿Todos los vampiros de tu mundo van a venir hacia aquí siguiendo a Lilith?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, cuando esta batalla se gane, la lucha continuará, y tú tendrás que seguir cazando, como siempre lo has hecho. Aquí, si algunos sobreviven, siempre habrá un ejército para luchar contra ellos. El pueblo de Geall sabe lo que son, pero el pueblo de tu mundo no lo sabe.

—Sí. —De modo que él lo entendía—. Me gustaría... Lo siento. No regresar, no es algo que yo pueda plantearme. Si hubiese... Pero no lo hay.

—No, tú no puedes planteártelo. Pero yo sí puedo escoger. De modo que regresaré contigo para luchar a tu lado.

—¿Cómo?

—*A stór*, ¿pensabas acaso que permitiría que te alejaras de mí?

—No puedes marcharte de Geall.

—¿Por qué no? Es Moira quien reinará en Geall, y mi padre la aconsejará en todo lo que necesite. Y están mi hermano y el esposo de mi hermana para trabajar la tierra y atender a los caballos.

Blair pensó en la madre, en la hermana y en el hermano de Larkin. Pensó en su padre y en la expresión de su rostro cuando abrazó a su hijo a su regreso a Geall.

—No puedes dejar a tu familia.

—Sé que es duro dejar a los seres queridos. Debe de ser muy duro, creo; y sólo debería hacerse cuando no queda más remedio. No debe, nunca debería ser, algo como lo que hizo tu padre, Blair.

—El resultado es el mismo.

—No, no lo es. No cuando la partida es con amor, amor por ambas partes. Un hombre a menudo se aleja de sus padres. Es el orden natural de las cosas.

—Pero se va a una ciudad cercana, o a algún otro lugar dentro del mismo país. No a otro mundo.

—Tratar de disuadirme es una pérdida de tiempo. He tomado esa decisión hace ya tiempo. Moira lo sabe, aunque no hemos hablado de ello abiertamente. Y mi madre también. —La miró directamente a los ojos—. ¿Crees que yo lucharía, lo arriesgaría absolutamente todo, y luego me apartaría de la persona que más me importa en este mundo, en cualquiera de los mundos? Daría mi vida por esto si fuese necesario. Pero si vivo, tú me pertenecerás. Y eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Estaba pensando que, como tú no tienes familia cercana en tu mundo, podríamos casarnos aquí. Y luego podríamos repetir la ceremonia en tu Chicago si quieres.

—¿Casarnos? Yo no te he dicho en ningún momento que me casaría contigo. Con nadie.

—Por supuesto que te casarás conmigo, no seas tonta. —Le dio una palmada amistosa en la rodilla sana—. Tú me amas. Y yo te amo—dijo él antes de que Blair pudiese hablar—. Estuve a punto de decírtelo la primera noche que estuvimos juntos, pero creo que un hombre no debe pronunciar esas palabras cuando está dentro de una mujer. ¿Cómo podría ella entonces estar segura de que él está hablando con su corazón y no con su, bueno, no con su...?

—Oh, Dios.

—He pensado en decírtelo también en otros momentos, pero me he dicho que debía esperar. Y ayer me di cuenta de que había esperado demasiado. Me has preguntado qué te he dicho antes, cuando te has despertado. Te lo diré ahora, de modo que mírame cuando lo hago.

Con cuidado, Larkin cogió la cara de Blair con las manos.

—Te he dicho que eres mi aliento, y mi pulso, mi corazón y mi voz. Te he dicho que te amaré incluso cuando todos ellos se hayan detenido. Te amaré, y sólo a ti, hasta que todos los mundos hayan desaparecido. De modo que te casarás conmigo, Blair. Y yo iré a donde tú vayas y lucharé a tu lado. Viviremos juntos, y amaremos juntos, y formaremos una familia.

—Tengo... tengo que levantarme un minuto.

Blair se puso de pie, temblando, y caminó hasta la fuente. Sólo para respirar, pensó, para dejar que el agua fresca le salpicase la cara.

—Nadie me ha amado jamás de esta manera. No sé, no sé con certeza si alguien me amó hasta que tú apareciste en mi vida. Nadie me ha ofrecido jamás lo que tú me estás ofreciendo en este momento. —Se volvió hacia él—. Sería una estúpida si lo rechazara. Y no soy una estúpida. Una vez pensé que amaba a alguien, pero fue tan poca cosa comparado con lo que siento por ti. He estado pensando que tendría que ser muy fuerte para poder dejarte. No se me había ocurrido que tú serías lo bastante fuerte como para venir conmigo a mi mundo. Debí haberlo sabido. —Se acercó a Larkin y le ofreció la mano cuando él se levantó—. Me casaría contigo en cualquier parte. Me sentiría orgullosa de casarme contigo.

Él le besó las manos y luego la estrechó suavemente entre sus brazos para besarla en los labios.

—Estréchame con fuerza, ¿quieres? —susurró ella—. Soy una cazadora de demonios. No soy una mujer frágil.

Él se echó a reír y la levantó del suelo.

—¡Ten cuidado, Larkin! ¿Es que te has vuelto loco?

Cuando Moira corrió hacia ellos, su primo sonrió e hizo girar a Blair otra vez en el aire.

—Un poco. Nos hemos comprometido.

—Oh. —Moira se frenó en seco y se llevó las manos al corazón—. Oh, bueno, eso es maravilloso. Felicidades a los dos. Estoy tan contenta por vosotros...

Moira se acercó a ellos y besó a Blair en la mejilla, y luego hizo lo mismo con Larkin.

—Esto tenemos que celebrarlo. Voy a contárselo a los demás. Cian ha tenido una idea... pero eso puede esperar.

—¿Qué idea? —preguntó Blair.

—Una manera de... ¿cómo ha dicho? De tocarle las narices a Lilith. Pero...

—Apoyo esa idea. —Blair palmeó el brazo de Larkin—. ¿Porqué no entras? En seguida me reuniré contigo. Sólo quiero hablar un momento con Moira.

—De acuerdo. Pero no te quedes de pie mucho tiempo —dijo él al irse.

—Hay que ver, después de que te ha hecho dar vueltas en el aire. Te deseo toda la felicidad, Blair.

—Quiero que sepas que intentaré hacer feliz a Larkin todos los días de mi vida. Quiero que lo sepas.

—Tú ya le haces feliz. —Moira ladeó la cabeza—. Tú y yo somos amigas, ¿verdad?

—Tú, Glenna, Hoyt, Cian. Los mejores amigos que he tenido en mi vida —contestó Blair.

—Yo siento lo mismo, de modo que seré totalmente sincera contigo. Cuando él se marche, será doloroso. Se me partirá el corazón. Y cuando ya no pueda verle, lloraré hasta que ya no me queden lágrimas. Pero me sentiré ligera y feliz. Porque sabré que Larkin tendrá lo que necesita, lo que quiere, lo que se merece.

—Si existe alguna manera de que podamos regresar y pasar algún tiempo aquí para visitaros a ti y a su familia, la encontraremos.

—Es un bello pensamiento al que aferrarse. Y eso haré. Ahora debemos entrar. Larkin tiene razón, no deberías estar tanto tiempo de pie.

—Creo que jamás me he sentido mejor en toda mi vida.

—Eso es por el amor, pero aun así necesitarás de todas tus fuerzas para lo que Cian tiene en mente.

Era tocarle las narices a Lilith, pensó Blair. Y una buena bofetada. Era perfecto.

—¿Estás segura de que estás preparada para esto? —le preguntó Glenna.

—Estoy completamente preparada para esto. Es tan en-su-propia-cara, Cian. Bien pensado. —Y Blair le dedicó una sonrisa.

Cian alzó la vista al cielo y observó la aparición de las primeras estrellas.

—Una noche clara para hacerlo. No es lo que se llamaría estrategia de combate, pero...

—Ya lo creo que es una jodida estrategia de combate. Desmoralizar al enemigo es siempre una buena estrategia. —Blair hizo girar las espadas que llevaba—. ¿Están listas? —le preguntó a Glenna.

—Están listas —confirmó ella.

—Muy bien, guapo. Veamos ese dragón —dijo entonces dirigiéndose a Larkin.

—En un momento —contestó éste—. Primero, tengo algo para ti, y quiero dártelo aquí, delante de nuestro círculo. Una de las señas de identidad de Geall es el dragón. Y también uno de nuestros símbolos, tuyo y mío. De modo que quiero darte esto, por nuestro compromiso. —Y sacó un anillo de oro brillante en forma de dragón—. Glenna hizo un dibujo cuando le dije lo que me gustaría. Y el orfebre utilizó el dibujo para hacer el anillo.

—Es perfecto —murmuró Blair cuando Larkin le deslizó el anillo en el dedo.

—Y para sellarlo... —Cogió su rostro entre las manos y la besó cálidamente. Luego le sonrió al apartar los labios—. Ahora vamos a tocarles las narices a esa perra.

Un instante después, estaba convertido en dragón. Blair saltó sobre su lomo y alzó ambas espadas en el aire.

—Y se elevaron en el aire —dijo el anciano—. Hacia la luna y las estrellas y la oscuridad que hay detrás de ellas. Y, sobre el mundo de Geall, aquellas espadas despedían llamaradas para que todos las viesen.

«Luminosas bendiciones para Geall y toda la humanidad. «Nosotros, escribió Blair con fuego, somos el futuro.»

El anciano levantó la copa de vino que tenía en la mano.

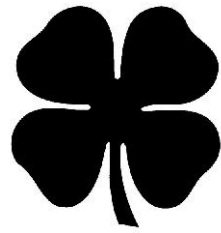
—Se cuenta que la reina de los vampiros las vio desde el suelo, maldiciendo y sacudiendo los puños mientras esas palabras brillaban como el sol.

Bebió un trago de vino, alzó una mano cuando los niños que estaban a su alrededor protestaron diciendo que ése no podía ser el final de la historia.

—Oh, hay mucho más que contar. Mucho más sin duda. Pero no esta noche. Ahora marchaos, porque me han dicho que habría bizcochos de jengibre en la cocina para vosotros, antes de iros a la cama. Me encantan los bizcochos de jengibre.

Una vez estuvo solo de nuevo, y la habitación se quedó en silencio, bebió un sorbo de vino. Cabeceó ligeramente delante del fuego que calentaba sus huesos y, con la mente, vagó hacia el final de la historia.

Hacia el momento del conocimiento.



GLOSARIO DE TÉRMINOS, PERSONAJES Y LUGARES IRLANDESES

a chroi (ah-REE), término cariñoso gaélico que significa «mi corazón», «amado de mi corazón», «querido mío».

a ghrá (ah-GHRA), término cariñoso gaélico que significa, «amor mío», «querido».

a stór (ah-STOR), término cariñoso gaélico que significa «querido mío».

Aideen (Ae-DEEN), joven prima de Moira.

Alice McKenna, descendiente de Cian y Hoyt Mac Cionaoith

An Ciar (Ahn-CLAR), el actual condado de Clare.

Baile de los Dioses, el Baile, lugar desde donde el círculo los seis pasan del mundo real al mundo fantástico de Geall.

Ballycloon (ba-LU-klun)

Beal (Bale), nombre que Blair utiliza cuando actúa como señuelo.

bi istigh (vee-ISHtee), término gaélico que significa «adelante» o «entra».

Blair Nola Bridgit Murphy, uno de los miembros del círculo de los seis, la «guerrera»; una cazadora de vampiros, descendiente de Nola Mac Cionaoith (la hermana pequeña de Cian y Hoyt).

braes (BRO-sh), pantalones o calzones usados por la gente de Geall.

Breda (BREE-da), madre de la familia a la que se les vuelca la carreta.

Burren, una región rocosa de piedra caliza en el condado de Clare, con cuevas y corrientes de agua subterráneas.

cailleach dearg (CAH-lic JAR-eg), bruja de pelo rojo, manera de llamar a Glenna.

cara (karu), término gaélico para «amigo, pariente».

Ceara, una de las mujeres de la aldea.

Cian (KEI-an) Mac Cionaoith/McKenna, hermano gemelo de Hoyt, un vampiro, Señor de Oiche, uno de los miembros del círculo de los seis, «el que se ha perdido».

Cillard, un lugar en el condado de Clare.

Cirio, el amante humano de Lilith.

dunas (CYOON-as), término gaélico para «silencio»; la batalla se libra en el Valle del Ciunas, el Valle del Silencio.

claddaugh, el símbolo celta de amor, la amistad y la lealtad.

Conn, cachorro de Larkin cuando éste era pequeño.

Dara (DARE-a), en el actual condado de Kildare.

Davey, el hijo de Lilith, la reina de los vampiro, un niño vampiro.

Deirdre (DAIR-dhra) Riddock, madre de Larkin.

Dervil (DAR-vel), una de las mujeres de la aldea.

Dunglas, un lugar de Geall.

Eire (AIR-reh), término gaélico para «Irlanda».

Eogan (O-en), esposo de Ceara.

Eoin (OAN), cuñado de Hoyt.

Eternity, nombre del club nocturno de Cian en la ciudad de Nueva York.

Faerie Falls, lugar imaginario en Geall.

fáilte a Geall (FALL-che ah GY-al), expresión gaélica que significa «Bienvenido a Geall».

Fearghus (FARE-gus), cuñado de Hoyt.

Gaillimh (GALL-yuv), la actual ciudad de Galway, capital de Irlanda occidental.

Geall (GY-al), en gaélico significa «promesa»; la tierra de donde proceden Moira y Larkin; la ciudad en la que un día reinará Moira.

Glenna Ward, uno de los miembros del círculo de los seis, la «bruja»; vive en la actual ciudad de Nueva York.

Hoyt Mac Cionaoith/McKenna (mac KHEE-nee), uno de los miembros del círculo de los seis, el «hechicero».

Isleen (Is-LEEN), una doncella del castillo de Geall.

Jarl (Yarl), el amo de Lilith, el vampiro que la convirtió a ella en vampira.

Jeremy Hilton, ex novio de Blair Murphy.

King, nombre del mejor amigo de Cian, a quien éste protegió cuando era un niño; el gerente de Eternity.

Knockarague (KNOCKA-rig), pueblo de Geall; hogar de la madre de Larkin.

Larkin Riddock, uno de los miembros del círculo de los seis, «el que adopta muchas formas»; primo de Moira, reina de Geall.

Lilith, la reina de los vampiros, alias la reina de los demonios; líder de la guerra contra la humanidad; ama de Cian, la vampira que convirtió a éste en vampiro.

Lora, una vampira; la amante de Lilith.

Lucius, el vampiro masculino amante de Lora.

Mac Dará, apellido; parte de uno de los títulos de Larkin.

Malvin, aldeano, soldado en el ejército de Geall.

Mam, término para madre.

Manhattan, distrito de la ciudad de Nueva York, donde viven Cian McKenna y Glenna Ward.

mathair (maahir), término gaélico para «madre».

Michael Thomas McKenna, descendiente de Cian y Hoyt MacCionaoith.

Mick Murphy, hermano pequeño de Blair Murphy.

Midir (mee-DEER), mago vampiro de Lilith, la reina de los vampiros.

miurnin (también miurneach [mornukh]), palabra cariñosa gaélica para «amor/querido/querida».

Moira (MWA-ra), uno de los miembros del círculo de los seis, la «erudita»; princesa y futura reina de Geall.

Morrigan (Mo-ree-ghan), diosa de la Batalla.

Niall (Nile), un miembro de la guardia de Geall.

Nola Mac Cionaoith, hermana pequeña de Cian y Hoyt.

O Dubhuir (o DOVE-er), apodo que usa Blair cuando actúa como señuelo.

ogham (á-gem) (también ogam), alfabeto irlandés de los siglos v/vi.

oiche (EE-heh), término gaélico para «noche».

Oran (O-ren), hijo menor de Riddock, hermano pequeño de Larkin.

Phelan (FA-len), cuñado de Larkin.

Pozo de Bridget, cementerio del condado de Clare, llamado así por santa Bridget.

príncipe Riddock, padre de Larkin, regente de Geall, tío materno de Moira.

Región de Chiarrai (kee-U-ree), el actual condado de Kerry, situado en el extremo sudoccidental de Irlanda, llamado a veces «el Reino».

Riscos de Mohr (también Moher), nombre dado a las ruinas de los fuertes del sur de Irlanda; sobre un risco próximo a Hag's Head «Moher O'Ruan».

Samhain (SAM-en), final del verano (festival celta); la batalla tiene lugar durante la festividad de Samhain, la celebración del final del verano.

Sean (Shawn) Murphy, padre de Blair Murphy, un cazador de vampiros.

Shop Street, centro cultural de Galway.

Sinann (shih-NAWN), hermana de Larkin.

sláinte (slawn-che), término gaélico que significa «¡salud!».

slán agat (shlahn u-gut), término gaélico que significa «adiós» y que se le dice a la persona que se queda.

slán leat (shlahn ly-aht), término gaélico que significa «adiós» y que se dice a la persona que se va.

Tuatha de Danaan (TOO-aha dai DON-nan), dioses gañeses.

Tynan (Ti-nin), guardián del castillo de Geall.

Vlad, caballo de Cian.
